

Robert Silverberg y Martin Harry Greenberg han preparado la presente Antología de la Ciencia-Ficción, una obra de envergadura, llena de vigorosos relatos sobre los siglos venideros, un libro de sueños, visiones y fantasías cuidadosamente imaginadas, seleccionadas por su capacidad de deleitar, asombrar y entretener.

Cronológicamente, esta Antología comprende relatos escritos a partir de 1946 y hasta la década de 1970, y ofrece, por tanto, un amplio panorama de la evolución de la ciencia-ficción. Debido a su extensión, la obra se presenta en cuatro volúmenes y en el formato de esta Colección. Se presentan en éste, que cierra la Antología, narraciones de Barry N. Malzberg, Carol Emshwiller, Bob Shaw, Roger Zelazny, Vonda N. McIntyre, Damon Knight, Larry Eisenberg, C. M. Kornbluth y Poul Anderson.

Lectulandia

AA. VV.

Una galaxia llamada Roma

Antologías Ciencia Ficción Caralt - 34

ePub r1.0

Titivillus 30.01.15

Título original: *The Arbor House Treasury of Modern Science Fiction*

AA. VV., 1980

Traducción: Marcelo A. Sánchez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA MÁQUINA DE CAZAR

Carol Emshwiller

Hunting Machine

Sintió el rápido latir del corazón de Ruthie McAlister, del mismo modo en que sentía los latidos de cualquier otro animal. Las palmas de sus manos estaban húmedas, cosa que percibía al igual que su aliento, y escuchaba su risita nerviosa.

Ruthie estaba observando a su marido, Joe, mientras éste se inclinaba sobre la unidad de control del aparato que sentía los latidos del corazón: la cosa gris verdosa a la que llamaban perro, o Rover, o a veces incluso sabueso.

—¡Eh! —dijo ella—. Supongo que quedará bien, ¿no es así?

Joe desenroscó un tornillo con la uña del pulgar y tiró del cable ligado a él.

—Pásame una horquilla —dijo. Ruthie buscó en su cabeza.

—Quiero decir, ¿no es peligroso?

—No.

—No me refiero sólo a eso —dijo ella señalando la cosa gris verdosa con la barbilla—. Quiero decir, sé que eres hábil para arreglar estas cosas, como la vez que obtuviste cerveza gratis de la máquina de cerveza y, válgame Dios, creo que no pagamos por los programas de TV desde hace años. Quiero decir, sé que puedes arreglar bien las cosas, pero ¿no se darán cuenta cuando lo lleven de vuelta y lo revisen?

—Escucha, esos guardas son campesinos; además, puedo arreglarlo de nuevo para que *nadie* se dé cuenta.

La cosa gris verdosa estaba en cuclillas sobre sus seis patas de manera que Joe podía inclinarse sobre ella. Sentía que los latidos de Ruthie habían bajado casi al ritmo normal, y la escuchó suspirar.

—Supongo que estás ducho en esto, ¿no es así, Joe? —dijo ella, secándose las manos húmedas en su túnica verde—. Ese es el dial del peso, ¿no es cierto? —preguntó, observando cómo él movía el aro superior.

Joe asintió.

—Setecientos kilos —dijo, lentamente.

—¡Oh! ¿Era realmente tan grande?

—Más que eso —contestó, y la cosa sintió acelerarse los latidos y la respiración del hombre.

Habían aterrizado la antevíspera, con su tienda geodésica, las camas neumáticas, la cocina de camping automática y las mesas de aire de bolsillo, la TV de bolsillo, cuatro conjuntos de caza desechables para cada uno (uno para cada día), y dos pistolas plegables con graduación de poder.

Tenían además repelente contra insectos, espantavíboras, filtro solar y el cazador gris verdoso, alquilado por el guarda y programado para tres pájaros, dos ciervos y un oso negro. Ahora sólo les quedaba el oso; Joe McAlister había abierto los contactos, desconectado la memoria y cambiado las instrucciones para un oso marrón, de 700 kilos.

—No me importa —dijo—. Quiero ese oso.

—¿Crees que mañana estará allí todavía?

Joe palmeó una de las largas y delgadas patas de la cosa.

—Si no lo está, este sabueso lo encontrará para nosotros.

El día siguiente había amanecido claro y fresco, y Joe aspiró expandiendo el tórax y dio unas palmadas sobre su incipiente barriga.

—Sí, señor —dijo—. Este es un día para algo grande; algo realmente grande, que armará un verdadero jaleo.

Observó cómo el rojo del amanecer se desvanecía mientras Ruthie encendía la cocina y luego abría su equipo de maquillaje: ella se pasó filtro solar por la cara y luego se espolvoreó con talco bronceador. Se oscureció los párpados y puso carmín en los labios; después abrió la cocina y sacó dos platos descartables con tocino y huevos.

Se sentaron en las sillas hinchables automáticas a la mesa hinchable automática. Joe dijo que no había como el aire del Norte para abrir el apetito y Ruthie replicó que en la ciudad se debían estar asando, y luego se rió tontamente.

Joe se estiró en la silla y bebió un sorbo de café.

—Tirar a un ciervo es lo mismo que disparar a una vaca —dijo—. No hay ninguna emoción. Aun cuando los perros de caza los incitan, lo único que quieren es salir huyendo. Pero este oso va a ser distinto. Claro que hay osos tímidos también, pero el perro sabe qué hacer al respecto.

—Dicen que la situación es que están quedando pocos de los grandes.

—Sí, pero uno menos no hace daño. Imagínate una piel y una cabeza de ese tamaño en la sala. Creo que cualquiera que entrase se quedaría admirado.

—No haría juego con las cortinas —dijo la esposa.

—Creo que lo que haré es empaquetar la piel y dejarla por aquí escondida hasta que los guardas no nos controlen. Luego, tal vez dentro de un par de días, volveré y la cogeré.

—Buena idea —dijo ella. Ruthie había terminado su café y se estaba perfumando con repelente de insectos.

—Bien, supongo que es hora de empezar —dijo él. Calzaron sus pistolas desplegadas en los cinturones. Pusieron los almuerzos deshidratados autococinables en sus bolsillos. Se colgaron del hombro las cantimploras refrigerantes. Cada uno cogió un paquete que contenía silla, mesa y sombrilla; por último, Joe se ajustó el micrófono que controlaba al cazador. Se ajustaba bien sobre el hombro, de modo que podía girar la cabeza hacia el costado y hablar por él.

—Todo listo, perro —dijo, levantando el hombro e inclinando la cabeza—. En marcha. Al sitio en que lo vimos ayer. Puedes seguir el rastro desde allí.

La máquina de cazar salió corriendo delante de ellos. Podía ir más rápido que cualquier cosa que tuviese que cazar. Dos kilómetros, tres kilómetros: Joe y Ruthie quedaron atrás. Seguían la señal que les enviaba, caminando, hablando y ayudándose

mutuamente en los tramos difíciles.

Cerca de las once Joe se detuvo, se sacó el sombrero de caza rojo y enjugó su calva incipiente con el pañuelo nuevo que había comprado en la Camisería El Cazador, en Nueva York. Fue en ese momento que recibió la señal: *Avistado, avistado, avistado...*

Joe se inclinó hacia el micrófono.

—Pégate a él, muchacho. ¿Cuan lejos estás? Bien, trata de empujarlo hacia aquí si puedes —se volvió a su mujer—. Veamos, unos tres kilómetros... Nos tomaremos media hora para almorzar. Tal vez nos lleve un par de horas llegar hasta allí. ¿Cómo va eso, chica?

—Bárbaro —dijo Ruthie.

El enorme oso se sentó en las rocas junto al arroyo. Sus zarpas delanteras estaban húmedas hasta el codo. Había tres cabezas de pescado arrancadas junto a él. Sólo comía las mejores partes porque era un buen pescador; y ahora estaba observando el agua clara en busca de otro lomo azul que se detuviese en su camino contra la corriente.

No fue un olor lo que lo hizo darse vuelta. Tenía un olfato agudo, pero la máquina de cazar estaba hecha para no tener ningún olor. Fue el crujido de los secos líquenes grises, que lo hizo mirar. Se quedó quieto, mirando en dirección al sonido y bizqueando con sus pequeños ojos, pero no lo vio hasta que se movió.

Pesaba tres cuartos de tonelada; pero al igual que un pájaro o un conejo o una víbora, el oso evitaba las cosas que fueran grandes y extrañas. Se volvió por el camino que siempre hacía, el camino hacia su árbol de rascarse y su casa. Se movía rápida y silenciosamente, pero la cosa lo seguía.

Giró de nuevo hacia el arroyo y lo vadeó hacia el lado opuesto a la cosa, pero ésta lo seguía todavía, sin necesidad de rastro. Una vez que la máquina de cazar avistaba, ya no perdía su presa.

Latidos normales, respiración normal, registraba. Alrededor de 700 kilos.

El oso salió del agua y se volvió, llamando con gruñidos sordos. Se irguió sobre sus patas traseras y desplegó toda su altura. Casi dos hombres uno encima del otro. Se paró e hizo una advertencia.

La máquina de cazar esperó a unos veinte metros de él. El oso la miró durante un minuto entero; luego descendió sobre sus cuatro patas y se dirigió hacia el sur otra vez. Era tímido y no quería problemas.

Joe y Ruthie siguieron caminando hacia el Norte con paso liviano hasta la hora del mediodía. Entonces se detuvieron para almorzar junto al mismo arroyo que había vadeado el oso, sólo que más abajo. Utilizaron el agua helada para su comida deshidratada: carne con setas, puré de patatas y ensalada que se desplegaban en el agua como las flores de papel japonesas. Traían también tabletas de café con una unidad calorizante que hacían efervescencia en el agua como un fuego de artificio hasta que el agua se convertía en café caliente y cremoso.

El oso no se detuvo a comer. El mediodía no significaba nada para él. Ahora se movía con otro propósito, mirando hacia atrás y fijando sus ojitos bizcos.

El cazador percibía la aceleración de los latidos, el aliento pesado y el ritmo creciente. Dirección general: Sur.

Joe y Ruthie siguieron la señal hasta que ésta cambió de pronto. Llegaba con mayor frecuencia, lo cual indicaba que estaban más cerca.

Se detuvieron y desplegaron las pistolas.

—Bebamos una taza de café primero —dijo Ruthie.

—De acuerdo, querida —Joe soltó las sillas que se inflaron solas—. Es bueno darse un recreo para aprovechar bien la pelea.

Ruthie alcanzó a Joe una taza de café efervescente.

—No te olvides que querías que Rover lo aguijoneara un poco.

—Ajá. Un oso no vale más que un ciervo sin eso. Gracias por recordármelo. Se dio vuelta y habló despacio por el micrófono.

La máquina de cazar achicó lentamente la distancia. Quince metros, diez, cinco. El oso escuchaba y se volvió. De nuevo se alzó, alto como dos hombres, y rugió con su grito de advertencia para indicarle a la cosa que se quedara en su sitio.

Joe y Ruthie sintieron un escalofrío y no se miraron. Lo habían escuchado con su espina dorsal más que con los oídos, con un instinto que habían olvidado...

Joe sacudió los hombros para sacarse la sensación del sonido.

—Creo que el sabueso está sobre él.

—Muy bien —dijo Ruthie—. Que no lo deje escapar.

Las puntas de los brazos del cazador sacaron sangre, pero sólo en los puntos seguros: rasguños en la espalda, en el grueso bulto detrás de la cabeza, pinchazos en los muslos. No tocaba nunca las venas ni las arterias.

El oso golpeó la cosa con su gran zarpa. Las garras chirriaron sobre la sección del cuerpo pero ni siquiera dejaron una marca en el metal. El golpe envió la cosa a algunos metros, pero volvió una y otra vez. Los músculos, las zarpas y los dientes no le hacían nada. Estaba hecho para soportar más de lo que podía hacerle un oso, y sabía, con su inteligencia preprogramada, cómo enfurecer a un animal.

La saliva acudió a la boca del oso y se desbordó chorreando por la barbilla mientras él movía su pesada cabeza hacia los costados y hacia atrás. Le salpicaba, haciéndose pegajosa en las mejillas y dejando oscuras y húmedas marcas cruzándole el pecho. Lo único que existía ahora para él era su rabia, y gritaba una y otra vez con la voz áspera y profunda de la frustración.

A doscientos metros de allí, Joe dijo:

—¡Eso es un gruñido!

—Ajá. Si el ruido quiere decir algo, creo que el oso está casi listo para una verdadera pelea.

Se pusieron ambos de pie y plegaron las sillas y las tazas. Miraron a través de las miras de las pistolas para comprobar si estaban bien reguladas.

—Ponlo en medio —dijo Joe—. Comenzaremos despacio.

Llegaron donde estaba el oso, y tomaron posición en un sitio elevado. Joe llamó por el micrófono a la máquina de cazar.

—Hazte a un lado, perro, y ven hasta aquí para apoyarnos. —Luego llamó al oso —:

¡Eh!, muchacho, por aquí. Por aquí.

La cosa gris verdosa se retiró y el oso vio al nuevo enemigo, esta vez dos de ellos. No hesitó; estaba listo para cargar sobre cualquier cosa que se moviera. Estaba a sólo cinco metros cuando las pequeñas pistolas detonaron. La fuerza lo tiró al piso, y rodó, atontado; luego se levantó y volvió a la carga, todo zarpas y dientes.

La pistola de Joe detonó otra vez. Esta vez el oso se tambaleó, pero siguió avanzando. Joe retrocedió, moviendo el dial para aumentar el poder de la pistola. Chocó con Ruthie que estaba detrás, y cayeron los dos. La voz de Joe era un grito desaforado:

—¡Cógelo!

La máquina de cazar se movió presta. La afilada pata delantera salió como un gancho, bajo la quijada y dentro del cerebro.

Yacía allí. Parecía más pequeño, pero todavía enorme. Su piel desgarrada estaba salpicada de sangre. Las pulgas se desplazaban sobre el cuerpo y ya acudían las moscas. Joe y Ruthie se acercaron para mirarlo respirando profundamente.

—No tendrías que haberte puesto detrás mío —dijo Joe en cuanto recuperó el aliento—. Lo hubiera hecho durar más tiempo si no te hubieras atravesado en el camino.

—Tú me dijiste que lo hiciera —dijo Ruthie—. Tú me dijiste que me quedara detrás tuyo.

—Bueno, no quise decir *tan* cerca. Ruthie resopló.

—De cualquier modo —dijo—, ¿cómo le vas a sacar la piel?

—Hmmmph.

—No creo que esa porquería comida por las polillas vaya a ser una buena alfombra. Está bastante sucio, y probablemente lleno de gérmenes.

Joe caminó alrededor del oso y le dio vuelta a la cara con la punta del pie.

—Va a ser un trabajo del demonio —agregó—, sacarle la piel. Será ponerse hasta los codos de sangre y tripas, supongo.

—No creí que fuera *así* para nada —dijo Ruthie—. ¿Por qué no lo dejas? Ya tuviste diversión.

Joe se quedó parado, mirando la cabeza del oso. Observó cómo una mosca aterrizaba en un ojo y luego caminaba hasta el húmedo agujero de la nariz.

—Está bien, vámonos.

Ruthie cogió su pequeño saco.

—Sí —dijo—, que quiero llegar a tiempo para darme un baño antes de la cena.

—Muy bien —Joe se inclinó hacia el micrófono—. Venga, Rover, sabueso. Has

hecho un buen trabajo.

LUZ DE OTROS DÍAS

Bob Shaw

Light of Other Days

Abandonamos el pueblo, y enfilamos las empinadas cuestas de la carretera que conducían hacia el país del cristal lento.

Nunca había visto aquellos grandes caserones y, al primer momento, los encontré un poco insólitos... un efecto que acentuaban aún más mi imaginación y las circunstancias. La turbina del coche giraba suave y silenciosamente en el aire saturado de humedad, hasta tal punto que nos parecía estar siguiendo las curvas de la carretera en alas de una paz sobrenatural. A la derecha, la montaña se abría a un valle de pinos milenarios, de una increíble perfección; y por todas partes se erguían los cuadrados de cristal lento bebiendo ávidamente la luz. De tanto en tanto, un destello del sol en sus tendedores daba una ilusión de movimiento, pero en realidad aquellos parajes estaban desiertos. Las hileras de ventanas alineadas en el flanco de la montaña contemplaban desde hacía años el valle, y los hombres las limpiaban tan sólo por la noche, cuando la presencia humana no podía alterar en nada la sed de imágenes del cristal.

Era algo fascinante, pero ni Selina ni yo hablábamos de las ventanas. Creo que nos detestábamos hasta tal punto que nos negábamos a ensuciar cualquier cosa nueva que surgiera mezclándola con nuestros conflictos emocionales. Empezaba a comprender que aquella idea de unas vacaciones había sido una estupidez. Me había dicho que aquello pondría de nuevo las cosas en su lugar, pero naturalmente esto no evitaba que Selina siguiera estando embarazada y, lo que era peor, no impedía que se sintiera furiosa por el hecho de estar embarazada.

Para dar falsas razones a nuestra evidente contrariedad por aquel hecho habíamos hecho correr los comentarios habituales, es decir, que queríamos tener niños... sólo que más tarde, en su tiempo. El embarazo de Selina nos había costado su bien pagado empleo, al mismo tiempo que la nueva casa cuya compra estaba en tratos y cuyo precio superaba con mucho las posibilidades de los ingresos que me proporcionaba mi poesía. Pero el origen real de nuestras dificultades era que nos habíamos hallado de pronto enfrentados al hecho de que las gentes que quieren tener niños más tarde en realidad no quieren tenerlos en absoluto. Nuestros nervios se estremecían ante la inevitabilidad del hecho de que nosotros, que nos habíamos creído tan diferentes, habíamos caído también en la misma trampa biológica que cualquier otra criatura estúpida y fornicadora que hubiera existido nunca.

La carretera nos condujo a lo largo de la ladera sur del Ben Cruachan, y acabamos por ver de tanto en tanto el gris y lejano Atlántico. Había reducido la velocidad para gozar mejor del paisaje, cuando observé el cartel clavado en uno de los postes de una cerca. Anunciaba: «CRISTAL LENTO: Alta calidad, bajo precio. J. R. Hagan.» Bajo un repentino impulso detuve el coche en la cuneta, maldiciendo por lo bajo cuando las duras hierbas rascaron fuertemente la carrocería.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó sorprendida Selina, girando su delicada cabeza, cuya cabellera era como una aureola de plateado humo.

—Mira ese cartel. Vamos a ver lo que tienen. Quizá los precios sean razonables

por aquí.

La voz de Selina tenía un tono de hastiado descontento, pero mi idea me seducía lo suficiente como para que no le prestara atención. Tenía la convicción, sin el menor fundamento, de que el hecho de hacer algo extravagante, sin sentido, fuera de lo normal, pondría las cosas en su sitio.

—Anda, ven —le dije—. El ejercicio nos hará bien. Hace ya demasiado que no salimos del coche.

Ella se alzó de hombros de una forma que me dolió, y saltó al suelo. Nos metimos en un sendero hecho con arcilla prensada a distintos niveles, sujeta por redondos troncos de madera. Serpenteaba entre los árboles que cubrían la colina. A su final había una casona baja. Tras el achaparrado edificio de piedra, altos bastidores de cristal lento contemplaban la impresionante vista del Cruachan que se alzaba imponente hasta las aguas del Loch Linnhe. La mayor parte de los cristales eran perfectamente transparentes, pero algunos de ellos eran oscuros como paneles de ébano pulido.

Mientras nos acercábamos a la casa a través de un patio pavimentado escrupulosamente limpio, un hombre de mediana edad, alto, vestido con un traje de lana color gris ceniza, nos hizo señas para que nos acercáramos. Estaba sentado en el muro de argamasa que cerraba el patio, fumando su pipa y contemplando la casa. Al otro lado a ventana del edificio, una mujer joven, con ropas anaranjadas, estaba de pie, con un bebé entre los brazos, pero no nos prestó la menor atención y desapareció a nuestra llegada.

—¿El señor Hagan? —dije.

—Exactamente. Vienen para ver el cristal, ¿no? Bueno, han elegido ustedes el lugar adecuado —Hagan se expresaba con un tono claro que iba más allá del acento de los Highlands que el oído no acostumbrado confunde a menudo con el irlandés. Poseía uno de esos rostros tranquilos e inexpresivos que uno halla entre los campesinos y entre los filósofos de edad avanzada.

—Oh —dije—, hemos visto su cartel. Estamos de vacaciones, ¿sabe?

Selina, que habitualmente es prolija por naturaleza con los desconocidos, no decía nada. Miraba hacia la ventana, ahora desierta, con una expresión que consideré un tanto intrigada.

—Así que vienen de Londres, ¿eh? Bueno, repito que han elegido el mejor lugar... y el mejor momento. Ni yo ni mi mujer vemos a mucha gente por esta época. No es la estación, ¿saben?

Me eché a reír.

—¿Significa esto que podemos comprar un poco de cristal sin tener que hipotecar nuestra casa?

—¡Oh, no me digan eso! —Hagan mostró una sonrisa desarmada—. Acabo de perder todo el beneficio que esperaba conseguir con la transacción. Rosa... mi mujer, ¿saben?... dice que nunca sabré ser vendedor. Pero siéntense, y charlaremos un rato

—señaló el muro de argamasa, luego miró dubitativamente la inmaculada falda blanca de Selina—. Esperen, iré a casa a buscar una manta —se alejó cojeando levemente y penetró en el edificio, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Quizá no haya sido una idea tan genial el venir aquí —le dije a Selina—, pero al menos podrías mostrarte amable con él. Presiento que podemos hacer un buen negocio.

—¡Oh! —dijo ella, con una calculada brutalidad—. Seguro que incluso tú te has dado cuenta del traje tan viejo que llevaba su mujer. Seguro que no va a hacerle ningún regalo a unos extraños.

—¿Era su mujer?

—Por supuesto que era su mujer.

—Bueno, bueno —dije—. Pero de todos modos procura ser un poco amable con él. No quiero que se sienta a disgusto.

Selina resopló algo irritada, pero esbozó una pálida Sonrisa cuando Hagan regresó, y me sentí un poco más tranquilo. Es extraño como uno puede amar a una mujer y sin embargo desear al mismo tiempo que el cielo la meta bajo las ruedas de un tren.

Hagan colocó una manta a cuadros sobre el muro, y nos sentamos, un poco intimidados por hallarnos transferidos, de nuestra vida de ciudadanos, a un medio tan absolutamente campesino. En las lejanas pizarras del Loch, más allá de los vigilantes cuadrados del cristal lento, una ligera bruma oscilaba suavemente, dejando una estela blanca en dirección al sur. El aire procedente de la montaña parecía invadir nuestros pulmones, suministrándonos más oxígeno del que necesitábamos.

—Hay algunos comerciantes de vidrio de por aquí —comenzó Hagan—, que ensalzan a los extranjeros como ustedes las bellezas del otoño en esta parte de Argyll, o incluso de la primavera, o del invierno. Yo nunca lo hago cualquier cretino sabe que un lugar que no se ve hermoso en verano nunca lo será. ¿Qué cree usted al respecto?

Asentí condescendentemente con la cabeza.

—Tan sólo le ruego que mire atentamente en dirección a Mull, señor...

—Garland.

—...señor Garland. Eso es lo que comprará usted si compra mi cristal, y nunca se ve más hermoso de lo que puede verlo en este mismo instante. El cristal se halla perfectamente en fase, ninguno de mis cristales tiene menos de diez años de espesor... y una ventana de un metro veinte le costará tan sólo doscientas libras.

—¡Doscientas libras! —se escandalizó Selina—. ¡Pero este es el precio que piden en Scenedows, en pleno Bond Street!

Hagan sonrió pacientemente, luego me estudió para ver si yo sabía lo suficiente sobre el cristal lento como para apreciar lo que él acababa de decir. Su precio era mucho más elevado de lo que había esperado, pero... ¡diez años de espesor! El cristal barato que uno puede encontrar en los almacenes como Vistaplex o Panorama no es más que cristal ordinario de medio centímetro recubierto con un barniz de cristal

lento, cuyo espesor es como máximo de diez o doce meses.

—Tú no entiendes, querida —dijo, decidido a comprar—. Ese cristal durará como mínimo diez años, y está en fase.

—¿Pero eso no significa tan sólo que sigue el curso de las horas? Hagan sonrió de nuevo, dándose cuenta de que me había ganado.

—¡Tan sólo, dice usted! Le pido mil perdones, señora Garland, pero usted no parece comprender el milagro, el verdadero y auténtico milagro de precisión mecánica que se necesita para fabricar un pedazo de cristal en fase. Cuando digo que el cristal tiene diez años de espesor, quiero decir que la luz necesita diez años para atravesarlo. De hecho, cada uno de estos cristales tiene diez años-luz de espesor... más de diez veces la distancia desde aquí a la estrella más próxima... lo cual quiere decir que una diferencia en espesor real de tan sólo un millonésimo de segundo equivaldría a...

Se detuvo unos instantes para desviar su vista hacia la casa. Yo aparté mi mirada del Loch y vi de nuevo a la mujer joven tras la ventana. Los ojos de Hagan estaban inundados de una especie de ávida adoración que me intranquilizó al tiempo que me persuadía de que Selina estaba equivocada. Por lo que sabía, los maridos nunca miran así a las esposas... al menos a las suyas propias.

La mujer permaneció a la vista algunos segundos, luego desapareció de nuevo en las profundidades de la habitación. De repente tuve la impresión, nítida aunque inexplicable, de que era ciega. Me dije que tal vez Selina y yo nos habíamos introducido en un complejo de emociones tan violento como el nuestro.

—Les pido perdón —dijo Hagan—: creí que Rose iba a llamarme. Veamos... ¿dónde estábamos? Ah, sí. Diez años-luz, comprimidos en un centímetro de espesor, significa que...

Dejé de escucharle, en parte porque ya estaba decidido, en parte porque había oído muchas veces la historia del cristal lento, pese a lo cual aún no había comprendido sus principios. Uno de mis amigos, que tenía una sólida formación científica, había intentado en una ocasión hacérmelo comprender diciéndome que considerara una lámina de cristal lento como un holograma que no necesitaba de la luz coherente de un laser para reconstituir las informaciones vitales, y en la cual todos los fotones ordinarios de luz pasaban a través de un conducto en espiral enrollado en la parte exterior del rayo de captación de cada uno de los átomos del cristal. Aquella jerga no sólo no me había aclarado nada, sino que me había afianzado en mi convicción de que una mente tan poco técnica como la mía se interesaba menos en las causas que en los efectos.

A los ojos del individuo medio, el efecto más importante era que la luz tardaba mucho tiempo en atravesar una lámina de cristal lento. Los cristales nuevos eran siempre de un negro color jade, puesto que nada los había atravesado aún, pero uno

podía situar por ejemplo su cristal cerca de un lago, en mitad de un bosque, y el paisaje surgiría quizás al cabo de un año. Si entonces se transportaba el cristal para instalarlo en un triste apartamento ciudadano, el apartamento —durante el siguiente año— parecería dominar el lago y los bosques que lo rodeaban. Y durante aquel año no sería tan sólo una imagen exacta e inmóvil de aquel paisaje, sino que el agua ondularía y lanzaría sus destellos bajo el sol, los silenciosos animales acudirían a beber, los pájaros cruzarían el cielo, la noche sucedería al día, las estaciones seguirían su eterno ritmo. Hasta que un día —al cabo de un año—, la belleza encerrada en los conductos subatómicos se agotaría, y sería sustituida por el sempiterno y gris paisaje urbano.

Más allá de su interés como novedad, el éxito comercial del cristal lento estaba basado en el hecho de que disponer de un tal paisaje equivalía, en el plano emotivo, a la posesión del paisaje en sí. El más humilde troglodita podía así contemplar maravillosos paisajes cubiertos por la bruma... ¿y quién podía afirmar que no le pertenecían? El hombre que realmente posee unas tierras o un jardín o un bosque bien cuidado no pasa todo su tiempo arrastrándose por el suelo, palpando, oliendo o saboreando lo que posee para demostrar su propiedad. Todo lo que recibe de ella son imágenes luminosas, y gracias al cristal lento se podían transportar estas imágenes a las minas de carbón, a bordo de los submarinos, a las celdas penitenciarias.

En varias ocasiones había intentado escribir breves poemas sobre este cristal encantado, pero para mí el tema es tan excepcionalmente poético que paradójicamente se halla fuera del alcance de la poesía... al menos de la mía. Además, las mejores poesías habían sido ya escritas, bajo una inspiración vidente, por gentes que habían muerto mucho antes de que se descubriera el cristal lento. Por ejemplo, no tenía ni remotamente la menor esperanza de igualar los versos de Moore:

A menudo, en la tranquila noche,
Antes de que el sueño me encadene
El Recuerdo adorado trae junto a mí
La luz de otros días perdidos...

Bastaron algunos años para que el cristal lento pasara, del estado de curiosidad científica, al de industria respetable. Y con gran sorpresa de nosotros, los poetas —al menos de aquellos de nosotros que seguimos persuadidos de que la belleza sobrevivirá incluso a la muerte de las flores—, las manifestaciones de esta industria no se diferenciaban en nada a las de cualquier otra empresa comercial. Había buenos scenedows que costaban una barbaridad, y había cristales inferiores que costaban muchísimo menos. El espesor —medido en años— era un factor importante del precio, pero también lo era el problema del espesor real, o sea la fase.

Incluso con los más perfeccionados métodos de fabricación, el control del espesor quedaba un poco al azar. Un error de bulto podía significar que un espesor previsto

para cinco años tuviera por ejemplo cinco años y medio, lo cual traía como consecuencia que la luz que penetrara en él en verano saldría por el otro lado en invierno; un pequeño error podía hacer que el sol saliera de medianoche a mediodía. Esas inexactitudes tenían su particular encanto —un buen número de trabajadores nocturnos, por ejemplo, preferían ver el sol en sus horas de descanso—, pero en general era mucho más costoso comprar scenedows, que permanecían estrechamente fieles al tiempo real.

Selina no pareció muy convencida cuando Hagan terminó de hablar. Agitó la cabeza con un gesto casi imperceptible, y comprendí que había entendido mal. Repentinamente, la cascada de su cabello color estaño fue agitada por un soplo de viento frío, y enormes gotas de límpida lluvia empezaron a caer desde un cielo casi desprovisto de nubes.

—Le firmaré inmediatamente un cheque —dije sin esperar más, y sentí como los verdes ojos de Selina se clavaban coléricos en mí—. ¿Se encargará usted de enviármelo?

—Por supuesto —dijo Hagan, levantándose—. El transporte no presenta ningún problema. ¿Pero no preferirían llevárselo ustedes mismos?

—Bueno... sí, si usted no tiene ningún inconveniente —me sentía confuso por la confianza que le otorgaba a mi firma.

—Buscaré un buen cristal para ustedes. Esperen aquí. Se lo embalaré rápidamente en un marco de transporte.

Hagan se dirigió cojeando pendiente arriba hacia la serie de cristales, a través de algunos de los cuales la visión del Linnhe era soleada, mientras se veía nuboso a través de otros. Otros incluso eran de un color profundamente negro.

Selina se levantó el cuello de su chaqueta.

—Al menos podría habernos invitado a su casa —dijo—. No debe haber tantos imbéciles que pasen por aquí como para que se permita tratarlos tan mal.

Me esforcé en hacer caso omiso del calificativo, y me enfraqué en la redacción del cheque. Una enorme gota cayó sobre el dorso de mi mano, salpicando el papel.

—De acuerdo —dije—, vayamos bajo el alero mientras aguardamos a que vuelva.

Especie de gusano, pensé, dándome cuenta de que nuestras relaciones se iban agriando cada vez más. Tuve que ser un perfecto imbécil para casarme contigo. Un imbécil de primera, el mejor de todos. Y ahora que te has apoderado de una parte de mí, jamás, jamás, jamás conseguiré liberarme.

Con el estómago dolorosamente contraído, corrí tras Selina hasta la pared de la casa. Tras la ventana, el salón, muy limpio pese al fuego de leña, estaba vacío, pero había un montón de juguetes esparcidos por el suelo: cubos alfabéticos, una carretilla del mismo color que las zanahorias recién rayadas... Mientras contemplaba todo aquello, el niño llegó corriendo desde la habitación contigua y empezó a dar patadas a los cubos. No me vió. Unos instantes más tarde la mujer entró y lo cogió en brazos, con una risa franca y jovial. Se acercó a la ventana, como había hecho antes, y yo

esbocé una sonrisa de circunstancias que ni ella ni el niño me devolvieron.

Un sudor frío perló mi frente. ¿Era posible que tanto ella como el niño fueran ciegos? Me eché a un lado.

Selina lanzó un gritito, y me giré hacia ella.

—¡La manta! —dijo—. ¡Se va a empapar!

Atravesó corriendo el patio, bajo la lluvia, arrancó la manta del muro y regresó, también corriendo, a la puerta de la casa. Algo protestó convulsivamente en mi subconsciente.

—¡Selina! —exclamé—. ¡No entres!

Pero ya era demasiado tarde. Selina había empujado la puerta de madera y permanecía inmóvil, con una mano sobre la boca, contemplando el interior de la casa. Me acerqué a ella y tomé la manta de sus dedos sin fuerza.

Mientras cerraba la puerta, mis ojos se posaron en el interior de la casa. El salón escrupulosamente limpio donde acababa de ver a la mujer y al niño no era en realidad más que un triste amasijo de viejos muebles, periódicos antiguos, ropa sucia y vajilla por lavar. Era húmedo, pestilente, totalmente abandonado. Lo único que reconocí de mi visión a través de la ventana fue la pequeña carretilla, rota, con la pintura desconchada.

Cerré enérgicamente la puerta, ordenándome olvidar lo que acababa de ver. Hay hombres que viven solos y saben arreglárselas, pero hay otros que no pueden.

Selina estaba pálida.

—No comprendo —murmuró—. No comprendo.

—El cristal lento funciona en ambos sentidos —le dije con voz suave—. La luz sale de la casa del mismo modo que entra en ella.

—¿Quieres decir que...?

—No lo sé. Y no nos concierne. Ahora cálmate... Hagan vuelve ya con nuestro cristal. El tumulto de mi estómago comenzaba a apaciguarse.

Hagan llegó al patio, trayendo un marco rectangular recubierto de plástico. Le tendí el cheque, pero él estaba observando el rostro de Selina. Pareció comprender instantáneamente que nuestros dedos desprovistos de comprensión habían hurgado en su alma. Selina apartó la mirada. Parecía envejecida, enferma, y sus ojos estaban obstinadamente clavados en el horizonte.

—Deme la manta, señor Garland —dijo finalmente Hagan—. No tenía que haberse molestado por ella.

—No importa. Aquí tiene su cheque.

—Muchas gracias. —Seguía examinando a Selina, Con un aire sorprendentemente suplicante—. Me siento muy feliz de haber llegado a un acuerdo con ustedes.

—Yo soy quien está encantado —dije, con el mismo formalismo desprovisto de

todo significado. Tomé el pesado rectángulo y conduje a Selina hacia el sendero que conducía a la carretera. Cuando llegábamos ya arriba de los poco empinados peldaños de arcilla, resbaladizos ahora, Hagan llamó:

—¡Señor Garland! Me giré a mi pesar.

—No fue culpa mía —dijo, con voz firme—. Un conductor irresponsable los mató a los dos en la carretera de Oban, hace seis años. Mi hijo tenía tan sólo siete años cuando ocurrió. Creo que tengo derecho a conservar algo.

Asentí lentamente con la cabeza, sin decir nada, y reemprendí la marcha, apretando a mi mujer contra mí, saboreando la alegría de estar junto a ella. En el recodo del sendero, miré hacia atrás a través de la lluvia y vi a Hagan sentado, con los hombros erguidos, en el mismo lugar donde lo habíamos visto por primera vez.

Miraba fijamente hacia la casa, pero fui incapaz de decir si había alguien en la ventana.

LAS LLAVES DE DICIEMBRE

Roger Zelazny

The Death of Dr. Island

Nacido de hombre y mujer, de acuerdo con la indicación Gatoforme Y7, Clase Mundofrío (modificado por Alyonal), 3.2-T, opción de MGSA, Jarry Dark no estaba hecho para existir en ninguna parte del universo que le había garantizado un nicho. Eso podía ser tanto una bendición como una maldición; dependía de cómo se lo mirase.

Así que, mirémoslo como lo miremos, ésta es la historia:

Es probable que sus padres le hubieran podido proporcionar la unidad de control de temperatura, pero no mucho más. (Jarry necesitaba una temperatura de por lo menos 50° C para estar cómodo.)

Es improbable que sus padres le hubieran podido proporcionar el equipo de control de presión atmosférica y de mezcla de gas necesario para mantenerlo vivo.

Nada se podía hacer para simularle 3,2 gravedades terrestres, y por lo tanto necesitaba todos los días medicamentos y fisioterapia. Es improbable que sus padres le hubieran podido proporcionar tantas cosas.

Sin embargo, la muy criticada opción se encargaba de todo eso. Velaba por su salud. Se preocupaba por su educación. Aseguraba su prosperidad económica y su bienestar físico.

Podríamos razonar que si no fuera por Minería General, SA, que tenía la opción, Jarry Dark no habría sido nunca un desvalido gatoforme de mundofrío (modificado por Alyonal). Pero entonces deberíamos tener en cuenta que nadie podría haber previsto la nova que destruyó a Alyonal.

Cuando sus padres se presentaron en el Centro de Planificación Familiar de Salud Pública a pedir consejo y medicación para la posible prole, les dieron una lista de los mundos disponibles y de las necesidades que había para esos mundos en cuanto a formas corporales. Entre todos los mundos seleccionaron el planeta Alyonal, que acababa de ser comprado por Minería General para la explotación mineral. Sabiamente, eligieron la opción; es decir, firmaron un contrato por anticipado a favor de su futuro hijo (que sería totalmente apto para habitar ese mundo), en el cual aceptaban que trabajara como empleado de Minería General hasta la mayoría de edad: a partir de ese momento quedaría en libertad para marcharse y buscar empleo donde quisiera (aunque, en verdad, no tenía mucho para elegir). A cambio de esa concesión, Minería General aceptaba asegurarle salud, educación y una buena posición económica mientras estuviera en la empresa.

Cuando Alyonal se incendió y desapareció, los gatoformes de mundofrío que dependían de la opción, diseminados por toda la atestada galaxia, eran en virtud del contrato pupilos de Minería General.

Por eso Jarry creció en un cuarto herméticamente cerrado, con control atmosférico y de temperatura, y por eso recibió educación de primera en circuito cerrado, junto con la fisioterapia y los medicamentos. Por eso también se parecía un

poco a un ocelote gris, sin cola; por eso tenía una membrana entre los dedos y no podía salir a mirar el tráfico sin ponerse un traje de refrigeración presurizado y sin tomar algunos remedios adicionales.

A lo largo de toda la pululante galaxia la gente buscaba el consejo de los Centros de Planificación Familiar de Salud Pública, y eran muchos los que habían hecho la misma elección que los padres de Jarry. Veintiocho mil quinientos sesenta y seis, para ser exactos. En cualquier grupo de veintiocho mil quinientos sesenta y seis hay, necesariamente, algunos individuos talentosos. Jarry era uno de ellos. Tenía el don de ganar dinero. Invertía casi todo el cheque de su pensión de Minería General en acciones de naturaleza especulativa, muy bien elegidas. (De hecho, luego de un tiempo llegó a poseer buena parte de las acciones de Minería General.)

Cuando apareció el hombre de la Unión Galáctica de Libertades Civiles interesándose por los contratos prenatales comprendidos en la opción y explicando que los gatoformes de Alyonal serían muy adecuados para una acción de ensayo (sobre todo porque los padres de Jarry vivían dentro de la jurisdicción del Circuito 877, donde existía la seguridad de un clima de tribunal favorable), los padres de Jarry no aceptaron colaborar, por temor a arriesgar la pensión de Minería General. Más tarde hasta el propio Jarry estuvo de acuerdo con esa decisión de los padres. Una sentencia favorable no lo transformaría en normoforme de tipo terrestre, y cualquier otra cosa ¿que sentido podría tener? No era vengativo. Además, a esas alturas poseía una considerable cantidad de acciones de MG.

Haraganeaba y ronroneaba en su tanque de metano; lo cual significaba que estaba pensando. Mientras ronroneaba y pensaba, hacía funcionar su criocomputadora. Estaba computando el capital neto de todos los gatoformes del recientemente organizado Club de Diciembre.

Dejó de ronronear y estudió un subtotal, se desperezó, meneó despacio la cabeza. Luego volvió a los cálculos.

Cuando terminó dictó un mensaje por el tubo parlante a Sanza Barati, presidente de Diciembre y prometida suya:

Queridísima Sanza:

Los fondos disponibles, como sospechaba, dejan mucho que desear. Más razón para empezar inmediatamente. Hazme el favor de presentar la propuesta a la comisión de negocios; háblales de mis cualidades y busca una aprobación inmediata. Terminé de redactar el balance general para los socios. (Adjunto copia.) Según esos números, necesitaré entre cinco y diez años si me respalda por lo menos el ochenta por ciento de los socios. Ánimo y fuerza, amor. Me gustaría conocerte algún día, en un sitio donde el cielo sea púrpura.

Tuyo, siempre, Jarry Dark, Tesorero.

P D. Me gusta que te haya gustado el anillo.

Dos años más tarde Jarry había duplicado el capital neto de Diciembre, SA. Y un año y medio después lo había vuelto a duplicar.

Cuando recibió esta carta de Sanza, al año siguiente, subió al trampolín, saltó al aire, aterrizó de pie en el otro extremo del tanque, regresó junto al visor y la pasó de nuevo:

Querido Jarry:

Adjunto especificaciones y precios para otros cinco mundos. Al personal de investigación le gusta el último. A mí también. ¿Tú qué piensas? ¿Alyonal II? En ese caso, ¿qué te parece el precio? ¿Cuándo podríamos disponer de esa suma? Los investigadores también dicen que cien unidades cambiamundos lo podrían alterar hasta conseguir lo que queremos en cinco o seis siglos. Pronto te enviaré los costos de esa maquinaria.

Ven a vivir conmigo y sé mi amor en un sitio donde no hay paredes...

Sanza.

«¡Un año —respondió Jarry—, y te compraré un mundo! Rápido, los costos de maquinaria y transporte...»

Cuando llegaron los números Jarry lloró lágrimas heladas. Cien máquinas para alterar el ambiente de un mundo, más veintiocho mil tanques de sueñofrío, más costos de transporte de la maquinaria y las personas, más... ¡Demasiado caro! Hizo un cálculo rápido.

Habló por el tubo parlante:

«...Quince años más es mucho esperar gatita. Diles que calculen cuánto tiempo necesitaríamos para transformar este sitio si compráramos sólo veinte unidades cambiamundos.

Cariños y besos, Jarry.»

Durante los días siguientes, Jarry anduvo todo el tiempo de arriba para abajo, primero de pie, luego en cuatro patas, según el estado de ánimo.

«Aproximadamente tres mil años —fue la respuesta—. Que tu pelaje sea siempre brillante...

Sanza.»

«Pongámoslo a votación, Ojosverdes», dijo Jarry.

¡Rápido, un mundo en trescientas palabras o menos! Imaginemos esto...

Una masa de tierra con tres mares negros y de aspecto salobre; llanuras grises y llanuras amarillas y cielos del color de la arena seca; bosques chatos con árboles

como hongos que han sido frotados con yodo; ninguna montaña, sólo colinas pardas, amarillas, blancas, alhucema; pájaros verdes con alas como paracaídas, picos como hoces, plumas como hojas de roble, y atrás un paraguas vuelto del revés; seis lunas muy distantes, como puntos delante de los ojos durante el día, copos de nieve por la noche, gotas de sangre al crepúsculo y al alba; hierba como mostaza en los valles más húmedos; niebla como fuego blanco en las mañanas sin viento, serpientes albinas cuando se mueve el aire; grietas radiadas como roturas en cristales de ventanas; cavernas ocultas como cadenas de oscuras burbujas; diecisiete peligrosos depredadores conocidos, de uno a seis metros de largo, con demasiada piel y demasiados colmillos; granizadas repentinas como cardúmenes de peces martillo que saltan desde un cielo despejado; un casquete de hielo como una boina azul en cada polo; nerviosos bípedos de un metro y medio de estatura, escasos de cerebro, que vagan por los bosques chatos y que devoran la larva de la oruga gigante, además de la oruga gigante, el pájaro verde, el horador ciego y la lóbrega bestia carroñera; diecisiete caudalosos ríos; nubes como preñadas vacas purpúreas que rápidamente atraviesan la tierra para parir detrás del este visible; piedras azotadas por el viento como música congelada; noches como hollín que oscurecen las estrellas menores; valles con curvas como torsos de mujer o instrumentos de música; escarcha perpetua en los sitios de sombra; sonidos por la mañana como el crujido del hielo, el temblor de la hojalata, el chasquido de cables de acero...

Sabían que transformarían todo eso en un paraíso.

Llegó la vanguardia, desembarcaron los trajes de refrigeración, montaron diez unidades cambiamundos en cada hemisferio, comenzaron a instalar tanques de sueñofrío en varias de las cavernas más grandes.

Después, de un cielo color arena, llegaron los socios de Diciembre.

Llegaron y echaron una mirada y decidieron que casi era el paraíso; luego entraron en las cavernas y se durmieron. Más de veintiocho mil gatoformes de mundofrío (modificados por Alyonal) llegaron a ese mundo para dormir durante una estación, en silencio, el sueño de hielo y de piedra, para heredar el nuevo Alyonal. En ese sueño no hay ensueños. Pero aunque los hubiera, esos ensueños serían como los pensamientos de los que aún estaban despiertos.

—Es amargo, Sanza.

—Sí, pero sólo durante algún tiempo...

—Tenernos el uno al otro, un mundo propio, y sin embargo movernos como buzos en el fondo del mar. Tener que arrastramos cuando queremos saltar...

—Es sólo por un tiempo corto, Jarry; eso nos lo dirán los sentidos.

—¡Pero son de veras tres mil años! Pasará una edad glacial mientras dormitamos. Nuestros antiguos mundos cambiarán tanto que no podríamos reconocerlos si volviéramos a visitarlos, y nadie nos recordará.

—¿Visitar qué? ¿Nuestras antiguas celdas? ¡Sólo me importa esto! ¡Que las tierras que nos dieron vida nos olviden! Somos un pueblo aparte, y hemos encontrado

nuestro mundo. Lo demás ¿a quién le interesa?

—Es cierto... Es poco tiempo, y además compartiremos los turnos de vigilia y de vigilancia.

—¿Cuándo será el primero?

—Dentro de dos siglos y medio: tres meses de vigilia.

—¿Cómo será el mundo entonces?

—No lo sé. Menos cálido.

—Durmamos entonces. Mañana será un día mejor.

—Sí.

—¡Oh! ¡Mira el pájaro verde! Flota como un sueño...

Cuando despertaron esa primera vez se quedaron dentro de la instalación cambiamundos en el sitio llamado Tierramuerta. El mundo era ya más frío, y en los bordes del cielo había un tinte rosa. Las paredes metálicas de la enorme instalación eran negras, y estaban cubiertas de escarcha. La atmósfera era todavía letal, y la temperatura demasiado elevada. Pasaban la mayor parte del tiempo en sus habitaciones especiales; sólo se aventuraban afuera cuando tenían que hacer algún experimento necesario, o para inspeccionar la estructura de la vivienda.

Tierramuerta... Rocas y arena. Ningún árbol, ninguna huella de vida.

La época de los vientos terribles estaba todavía sobre la tierra, y el mundo luchaba contra los campos de las máquinas. De noche, unas inmensas nubes se deslizaban por el suelo esculpiendo las piedras, y cuando se iban los vientos el desierto brillaba como si lo acabaran de pintar, y las piedras se erguían como llamas en la mañana y su canto. Después que el sol subía en el cielo y flotaba allí un momento, los vientos comenzaban otra vez a soplar, y la niebla parda caía otra vez sobre el mundo como un telón. Cuando partían los vientos de la mañana, Jarry y Sanza observaban la Tierramuerta por la ventana este de la instalación —la del tercer piso—, que era su favorita; allí la piedra que parecía un retorcido normoforme les hacía señas, y se tendían sobre el canapé verde que habían subido del primer piso y a veces hacían el amor mientras escuchaban cómo se levantaba el viento, o Sanza cantaba y Jarry escribía en el diario, o lo releía, la letra de amigos y desconocidos a través de los siglos, y a menudo ronroneaban pero nunca reían, porque no sabían reír.

Una mañana, mientras miraban, vieron una de las criaturas bípedas de los bosques de yodo caminando por la tierra. La criatura cayó varias veces, se incorporó, continuó, cayó otra vez y quedó inmóvil.

—¿Qué estará haciendo tan lejos de su casa? —preguntó Sanza.

—Está muriendo —dijo Jarry—. Salgamos.

Atravesaron un andén, bajaron al primer piso, se pusieron los respectivos trajes protectores y salieron de la instalación.

La criatura se había levantado otra vez, y caminaba tambaleándose. Le cubría el cuerpo un vello rojizo, tenía ojos oscuros, nariz larga y ancha, y carecía de verdadera frente. Tenía cuatro dedos cortos con uñas afiladas en cada mano y cada pie.

Cuando los vio salir de la unidad cambiamundos se detuvo y los miró. Luego se desplomó.

Jarry y Sanza se acercaron y la estudiaron.

La criatura los siguió observando, los ojos oscuros muy abiertos, temblando.

—Morirá si la dejamos aquí —dijo Sanza.

—...Y morirá si la llevamos dentro —dijo Jarry.

La criatura alzó un brazo hacia ellos, y lo volvió a dejar caer. Los ojos se le encogieron, luego se cerraron.

Jarry se acercó un poco más y la tocó con la punta de la bota. No hubo ninguna reacción.

—Está muerta —dijo.

—¿Qué hacemos?

—La dejamos aquí. La arena la tatará.

Regresaron a la instalación y Jarry anotó el suceso en el diario. Durante el último mes de servicio, Sanza le preguntó:

—¿Todo morirá aquí, menos nosotros? ¿Los pájaros verdes y los grandes depredadores? ¿Los extraños arbolitos y las orugas peludas?

—Espero que no —dijo Jarry—. He estado leyendo las notas que dejaron los biólogos. Pienso que la vida puede adaptarse. Después que comienza en un sitio, hace todo lo posible para continuar adelante. Quizá sea una suerte para las criaturas de este planeta que sólo hayamos podido comprar veinte cambiamundos. De ese modo tienen tres milenios para desarrollar más pelo y aprender a respirar nuestro aire y a beber nuestra agua. Con cien unidades las habríamos exterminado, y tendríamos que importar criaturas para mundofrío, o criarlas. De este modo, las que sobrevivan quizá no tengan problemas luego.

—Es curioso —dijo Sanza—, pero se me acaba de ocurrir que estamos haciendo aquí exactamente lo mismo que nos hicieron a nosotros. Nos crearon para Alyonal, y una nova se lo llevó. Estas criaturas nacieron en este lugar, y nosotros se lo estamos robando. Simplemente transformamos toda la vida de este planeta en lo que éramos nosotros en nuestros antiguos mundos: inadaptados.

—Hay una diferencia, sin embargo —dijo Jarry—; nosotros nos tomamos nuestro tiempo, y les damos una oportunidad para que se acostumbren a las nuevas condiciones.

—A pesar de todo, la sensación que yo tengo es de que el mundo se está transformando en eso —señaló hacia la ventana—: en una inmensa Tierramuerta.

—La Tierramuerta ya estaba aquí antes de que nosotros llegáramos. No hemos creado nuevos desiertos.

—Todos los animales van hacia el sur. Los árboles mueren. Cuando ya no puedan continuar. más hacia el sur y la temperatura siga bajando, y el aire siga quemándoles los pulmones, entonces todo habrá terminado para ellos.

—Para ese entonces quizá se hayan adaptado. Los árboles están creciendo,

desarrollando cáscaras más gruesas. La vida triunfará.

—Tengo dudas...

—¿Preferirías dormir hasta que todo haya pasado?

—No; quiero estar a tu lado, siempre.

—Entonces tendrás que resignarte al hecho de que el cambio siempre hace daño en algún sitio. Si aceptas eso, no te harás daño a ti misma.

Luego escucharon cómo se levantaban los vientos.

Tres días más tarde, en la quietud del crepúsculo, entre los vientos del día y los vientos de la noche, Sanza lo llamó a la ventana. Jarry subió al tercer piso y se acercó a ella. Los pechos de Sanza eran rosados a la luz del crepúsculo, y debajo había sombras plateadas. La piel de los hombros y las ancas era como un aura de humo. En su cara no había ninguna expresión, y sus ojos grandes y verdes miraban en otra dirección.

Jarry miró hacia afuera.

Caían los primeros copos, azules e inmensos, a través de la luz rosada. Flotaban pasando por delante del pétreo y torcido normoforme; algunos se adherían a la gruesa ventana de cuarzo; caían sobre el desierto y quedaban allí como capullos de cianuro; cuando llegaron los primeros soplos de los vientos terribles, empezaron a girar en remolinos. Allá arriba se habían juntado unas nubes oscuras, y de ellas bajaban cables y redes azules. Ahora los copos pasaban por delante de la ventana como mariposas, y el perfil de Tierramuerta parpadeaba apareciendo y desapareciendo. El rosa se apagó, y cuando llegaron a los oídos de ellos los primeros suspiros de la noche, y las oleadas de copos (ahora de color añil) empezaron a moverse no vertical sino horizontalmente, todo se volvió azul, un azul cada vez más oscuro.

«La máquina está callada —escribió Jarry—. A veces imagino que oigo voces dentro del zumbido constante, de los ocasionales gruñidos y los fuertes chasquidos. Estoy solo aquí en la estación de Tierramuerta. Han pasado cinco siglos desde nuestra llegada. Pensé que lo mejor era dejar que Sanza durmiera durante esta guardia; me pareció que las perspectivas podían ser demasiado heladas. (Lo son.) Seguramente se pondrá furiosa. Esta mañana, cuando todavía no había despertado del todo, me pareció oír las voces de mis padres en el cuarto de al lado. No entendía las palabras. Sólo oía los sonidos de las voces, como cuando los oía por el viejo intercomunicador. A estas alturas deben de estar muertos, a pesar de todos los cuidados geriátricos. Me pregunto si habrán pensado mucho en mí después de mi partida. Ni siquiera pude estrecharle la mano a mi padre sin el guante, o despedirme de mi madre con un beso. Es extraña la sensación de estar aquí tan solo, oyendo nada más que los latidos de estas máquinas mientras reordenan las moléculas de la atmósfera, refrigeran el mundo, aquí en el centro del sitio azul. Tierramuerta. Eso a pesar de que crecí en una cueva de acero. Llamo a las otras diecinueve estaciones todas las tardes. Tengo miedo de estar molestando demasiado. Mañana, o pasado mañana, no llamaré.

»Esta mañana salí un momento sin el equipo de refrigeración. Todavía hace un

calor mortal. Tragué una bocanada de aire y me sofoqué. Nuestro día está todavía lejano. Pero noto una diferencia desde la última vez que probé, hace doscientos cincuenta años.

¿Cómo será esto cuando terminemos? Y yo; ¡un economista! ¿Qué función podré cumplir en el nuevo Alyonal? Cualquiera, mientras Sanza sea feliz...

»El cambiamundos tartamudea y gime. Hasta donde llega mi vista toda la tierra es azul. Las piedras están todavía en pie, pero sus formas no son las mismas que recuerdo. El cielo es ahora totalmente rosa, y se vuelve casi castaño por la mañana y al atardecer. Creo que es en realidad del color del vino, pero como nunca he visto vino no puedo estar seguro. Los árboles no han muerto. Son más duros. Tienen cáscara más gruesa, hojas más oscuras y más grandes. Me dijeron que ahora son mucho más altos. No hay árboles en Tierramuerta.

»Las orugas viven todavía. Tengo entendido que son mucho más grandes, pero porque ahora tienen más lana. Parece que muchos de los animales ya tienen pieles más gruesas. Algunos, evidentemente, se han puesto a invernar. Una cosa extraña: la Estación Siete informó que pensaban que los bípedos tenían más vello. Todo indica hay una buena cantidad en esa zona, y los ven a lo lejos muy a menudo. Aparentemente son más velludos. Sin embargo, al observarlos más de cerca, ¡descubrieron que algunos llevaban o iban envueltos en pieles de animales muertos! ¿Será que son más inteligentes de lo que pensamos? Es casi imposible, pues el Equipo Biológico los examinó cuidadosamente antes de poner en marcha las máquinas. Sin embargo, es muy extraño.

»Los vientos son todavía fuertes. De vez en cuando oscurecen el cielo con cenizas. Al sudeste de aquí ha habido una considerable actividad volcánica. A causa de eso fue cambiada de sitio la Estación Cuatro. Ahora oigo cantar a Sanza, dentro de los sonidos de la máquina. La próxima vez la dejaré despertar. Para ese entonces las cosas ya estarán más asentadas. No, eso no es cierto. Es egoísmo. La quiero aquí, junto a mí. Me siento como si fuera el único ser viviente en el mundo. Las voces de la radio son fantasmas. El reloj hace un ruidoso tictac, y los silencios entre los tictacs son cubiertos por el zumbido de la máquina, que también es otra clase de silencio, porque es constante. A veces pienso que no está allí; escucho, fuerzo los oídos, y no sé si hay o no un zumbido. Verifico entonces los indicadores, que me aseguran que la máquina funciona. ¿Y si los indicadores anduvieran mal? Pero parece que no hay ningún desperfecto. No. Soy yo. Y el azul de Tierramuerta es una especie de silencio visual. Por la mañana hasta las rocas están cubiertas de escarcha azul. ¿Es eso hermoso o feo? No tengo respuesta. Es parte del gran silencio, nada más. Quizá me convierta en un místico. Quizá desarrolle poderes ocultos o alcance algo brillante y liberador mientras estoy aquí sentado en el centro del gran silencio. Quizá vea visiones. Ya oigo voces. ¿Habrá fantasmas en Tierramuerta? No, aquí nunca hubo nada de lo que pudiese haber salido un fantasma. Excepto quizá del pequeño bípedo. ¿Por qué habrá atravesado la Tierramuerta? ¿Por qué habrá ido hacia el centro de la

destrucción y no hacia el otro lado, como los suyos? Nunca lo sabré. A menos que tenga una visión. Creo que es hora de levantarse y salir a dar un paseo. Los casquetes polares son más gruesos. La congelación ha comenzado. Pronto, pronto, todo mejorará. Pronto acabará el silencio: ésa es mi esperanza. Me pregunto, sin embargo, si el silencio no será el verdadero estado de cosas en el universo, y si nuestros pequeños ruidos no servirán solamente para acentuarlo, como una pequeña mancha negra en un desierto azul. En un tiempo todo fue silencio, y silencio volverá a ser; o es, quizá. ¿Oíré alguna vez sonidos verdaderos, o serán siempre sonidos que salen del silencio? Sanza canta otra vez. Ojalá pudiera despertarla ahora para que caminara conmigo aquí afuera. Está empezando a nevar.»

Jarry volvió a despertar en la víspera del milenio:

Sanza sonrió, y tomó la mano de Jarry entre las suyas y la acarició, mientras él le explicaba por qué la había dejado dormir, mientras se disculpaba.

—Claro que no estoy enojada —dijo Sanza—, teniendo en cuenta que yo hice lo mismo contigo en el último ciclo.

Jarry alzó la vista y la miró, y sintió que en ese momento empezaba la comprensión.

—No lo volveré a hacer —dijo Sanza—, y sé que tú no podrías hacerlo. La soledad es casi insoportable.

—Sí —respondió Jarry.

—La última vez nos calentaron y nos revivieron a los dos. Yo desperté antes y les dije que te volvieran a dormir. En ese momento estaba furiosa; acababa de darme cuenta de lo que habías hecho. Pero tantas veces tuve deseos de que estuvieses allí conmigo que pronto se me fue el enojo.

—Estaremos juntos —dijo Jarry.

—Sí, siempre.

Tomaron un volador desde la cueva del sueño hasta la instalación cambiamundos en Tierramuerta, donde relevaron a los otros encargados y mudaron el nuevo canapé al tercer piso.

El aire de Tierramuerta era sofocante, pero ahora podía ser respirado durante períodos cortos, aunque a esos experimentos seguía invariablemente un dolor de cabeza. El calor era todavía opresivo. La roca que en otro momento había parecido un normoforme haciendo señas, había perdido su perfil característico. Los vientos ya no eran tan fuertes.

El cuarto día encontraron algunas huellas de animales que aparentemente pertenecían a uno de los depredadores más grandes. Sanza se alegró, pero después pasó otra cosa que sólo les causó perplejidad.

Una mañana salieron a caminar por Tierramuerta.

A menos de cien pasos de la instalación encontraron tres de las orugas gigantes, muertas. Estaban rígidas, más secas que congeladas, rodeadas por hileras de huellas en la nieve. Esas huellas, que llegaban hasta el lugar y se alejaban otra vez, eran

imprecisas, oscuras.

—¿Qué significa esto? —preguntó Sanza.

—No lo sé, pero pienso que debemos fotografiar todo —dijo Jarry.

Eso hicieron. Cuando Jarry habló con la Estación Siete, esa tarde, se enteró de que los encargados de otras instalaciones se habían encontrado de vez en cuando con casos similares.

—No entiendo —dijo Sanza.

—Yo no quiero entender —dijo Jarry.

Durante la guardia de ellos no volvió a suceder nada parecido. Jarry anotó todo en el diario y escribió un informe. Luego se abandonaron al amor, a escuchar la radio, y a ocasionales noches de borrachera. Doscientos años antes, un bioquímico había dedicado el tiempo de su guardia a experimentar con mezclas, buscando algo que produjese en los gatoformes las mismas reacciones que el legendario whisky en los normoformes. Al fin lo consiguió, y pasó cuatro semanas de colosal borrachera; descuidó su guardia, lo relevaron y lo retiraron a su tanque, para que no pusiera en peligro la Espera. Sin embargo su fórmula, bastante simple, se había difundido, y Jarry y Sanza encontraron un bien provisto bar en el depósito, y un manual manuscrito que explicaba su uso y la variedad de mezclas que se podían conseguir. El autor del documento expresaba la esperanza de que cada guardia descubriera una nueva mezcla, de modo que cuando llegase su próximo ciclo el manual hubiese crecido hasta un tamaño proporcional a sus deseos. Jarry y Sanza trabajaron concienzudamente, y colmaron ese pedido con un Ponche Girasol que les calentó las tripas y les transformó los ronroneos en risitas, de modo que también descubrieran la risa. Celebraron el milenio con un tazón lleno, y Sanza insistió en llamar a todas las otras instalaciones y darles la fórmula en ese momento, para que todos pudieran compartir su alegría. Es posible que así lo hayan hecho, pues la receta fue muy bien recibida, Y aunque el tazón no era ya más que un recuerdo, conservaron siempre la risa. Así se trazan, a veces, las primeras y simples líneas de una tradición.

—Mueren los pájaros verdes —dijo Sanza, dejando a un lado el informe que estaba leyendo.

—¿Ah, sí? —dijo Jarry.

—Aparentemente ya no se pueden adaptar más —agregó Sanza.

—Qué lástima —dijo Jarry.

—Tengo la impresión de que ni siquiera hemos pasado aquí un año. En realidad han sido mil.

—El tiempo vuela —dijo Jarry.

—Tengo miedo —dijo Sanza.

—¿De qué?

—No lo sé. Tengo miedo, nada más.

—¿Por qué?

—Por vivir como hemos vivido, supongo. Dejando pequeños pedazos de nosotros

mismos en diferentes siglos. Hace sólo unos pocos meses, si la memoria no me falla, este sitio era un desierto. Ahora es un témpano de hielo. Se abren y se cierran grietas. Aparecen y desaparecen desfiladeros. Se secan y brotan nuevos ríos. Todo es tan fugaz. Las cosas parecen sólidas, pero ahora tengo miedo de tocarlas. Pueden desaparecer. Pueden volverse humo, y mi mano seguirá tendida, sin tocar nada... Tocando a Dios, quizá. O no tocándolo, lo que es todavía peor. Nadie sabe con seguridad cómo será este sitio cuando todo haya concluido. Viajamos hacia un país desconocido, y es demasiado tarde para volver atrás. Caminamos dentro de un sueño, hacia una idea... A veces echo de menos mi celda... y las máquinas que me cuidaban. Quizá es que no puedo adaptarme. Quizá soy como el pájaro verde...

—No, Sanza. Eso no es cierto. Somos seres verdaderos. Pase lo que pase ahí afuera, nosotros viviremos. Todo cambia porque nosotros queremos que cambie. Somos más fuertes que este mundo, y lo vamos a estrujar, lo vamos a pintar y agujerear hasta que sea exactamente lo que queremos. Luego lo cubriremos de ciudades y de niños. ¿Quieres ver a Dios? Mírate en el espejo. Dios tiene orejas puntiagudas y ojos verdes. Tiene el cuerpo cubierto de pelusa suave y gris. Cuando alza Su mano, entre Sus dedos se ve una membrana.

—Es bueno sentirte tan fuerte, Jarry.

—Salgamos a dar una vuelta en el trineo.

—Bueno.

Pasaron el día en Tierramuerta, yendo de arriba abajo entre piedras oscuras que parecían nubes en otro cielo.

Mil doscientos cincuenta años.

Ahora respiraban sin aparatos un tiempo corto. Ahora todos los pájaros verdes estaban muertos. Ahora empezaba a ocurrir algo extraño e inquietante.

Los bípedos llegaban de noche, hacían marcas en la nieve y dejaban dentro de ellas animales muertos. Sucedió con más frecuencia que en el pasado. Los bípedos recorrían largas distancias para hacer eso, y muchos llevaban los hombros cubiertos por una piel que no era la propia.

Jarry buscó en los archivos de la historia informes sobre las criaturas.

—Éste habla de luces en el bosque —dijo—. Estación Siete.

—¿Qué...?

—Fuego —dijo Jarry—. ¿Qué pasaría si descubrieron el fuego?

—¡Entonces no serían bestias!

—¡Pero lo eran!

—Ahora llevan ropas. Lo que hacen es algún tipo de sacrificio para nuestras máquinas. Ya no son bestias.

—¿Cómo habrán llegado a esto?

—¿Tú qué piensas? Nosotros somos los culpables. Quizá serían todavía... animales, animales estúpidos, si nosotros no los hubiéramos obligado a volverse inteligentes para seguir viviendo. Hemos acelerado su evolución. Tenían que

adaptarse o morir, y se adaptaron.

—¿Crees que igual habría sucedido, si nosotros no hubiéramos llegado a este lugar?

—preguntó Jarry.

—Tal vez... algún día. Tal vez no.

Jarry se acercó a la ventana, miró hacia Tierramuerta.

—Necesito estar seguro. Si son inteligentes, si son... humanos, como nosotros —dijo, y se rió—, entonces deberemos tenerlos en cuenta.

—¿Tú qué propones?

—Localizar algunas de las criaturas. Ver si nos podemos comunicar con ellas.

—¿No se ha intentado ya?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Nada demasiado concluyente. Algunos aseguran que poseen bastante inteligencia. Otros los sitúan muy por debajo del umbral donde comienza lo humano.

—Quizá estemos haciendo algo terrible —dijo Sanza—. Creando hombres y luego destruyéndolos. Una vez que yo me sentía mal me dijiste que éramos los dioses de este mundo, y que el poder de decidir y transformar era nuestro. Ese poder es nuestro, pero no me siento especialmente divina. ¿Qué podemos hacer? Han llegado hasta aquí, pero ¿crees que podrán soportar los cambios del camino que aún nos falta recorrer? ¿Qué pasa si son como los pájaros verdes? ¿Qué pasa si han usado ya toda su elasticidad y todo su poder de adaptación, pero eso es insuficiente? ¿Qué haría un dios?

—Lo que quisiera —dijo Jarry.

Ese día atravesaron Tierramuerta en el volador, pero no vieron más señales de vida que ellos mismos. Continuaron buscando en los días siguientes, pero sin éxito.

Sin embargo, dos semanas más tarde, bajo el púrpura de la mañana, ocurrió.

—Han estado aquí —dijo Sanza.

Jarry fue hasta el frente de la instalación y miró hacia afuera.

La nieve estaba quebrada en varios sitios, grabada con las rayas que ya había visto antes, rodeando la forma de una pequeña bestia muerta.

—No pueden haberse alejado mucho —dijo.

—No.

—Buscaremos con el trineo.

Sobre la nieve, hacia afuera, en la tierra llamada Muerta, salieron a investigar: Sanza al volante, Jarry observando las hileras de huellas en el azul.

Vagaron a través de la mañana, buscando fuego y violeta, y el viento pasaba junto a ellos como un río, y los envolvían sonidos como el crujido del hielo, el temblor de la hojalata, el chasquido de cables de acero. Las piedras cubiertas de escarcha azul se alzaban como música congelada, y la larga sombra del trineo, negra como la tinta, corría delante de ellos. Una lluvia de granizo les golpeaba de pronto el techo del

vehículo, como una repentina visita de demonios bailarines, y desaparecía con la misma brusquedad. Tierramuerta descendía, volvía a subir.

Jarry puso una mano en el hombro de Sanza.

—¡Allá!

Sanza asintió y empezó a frenar el trineo.

Lo tenían acorralado. Usaban garrotes y varas largas, de puntas que parecían endurecidas por el fuego. Le tiraban piedras. Le tiraban trozos de hielo.

De pronto retrocedieron, y mientras se movían los mató.

Los gatoformes le habían llamado oso porque era grande, velludo, y podía levantarse sobre las patas traseras...

Éste tenía unos tres metros y medio de largo, piel azulada y un hocico pelado y fino, como unas tenazas.

Cinco de las pequeñas criaturas yacían muertas en la nieve. Cada vez que lanzaba un zarpazo y acertaba, caía otra.

Jarry sacó la pistola de su compartimiento y examinó la carga.

—Acércate lentamente —le dijo a Sanza—. Voy a tratar de quemarle la cabeza.

No le acertó con él primer disparo: destrozó la roca que había detrás. Con el segundo le chamuscó el vello del pescuezo. Cuando pasaban junto a la bestia saltó fuera del trineo, puso el regulador de fuerza de la pistola en máximo y le disparó toda la carga directamente al pecho.

Él oso se puso rígido, se tambaleó, cayó: lo atravesaba un boquete, de lado a lado.

Jarry volvió la cabeza y miró las pequeñas criaturas. Las criaturas le devolvieron la mirada.

—Hola —dijo—. Me llamo Jarry. A ustedes los llamo, desde ahora, rojoformes... Un golpe, desde atrás, lo derribó.

Rodó sobre la nieve; unas luces le bailaban delante de los ojos, los hombros eran un doloroso fuego.

Un segundo oso había salido del bosque de piedras. Jarry sacó el largo cuchillo de caza con la mano derecha y se levantó.

En el momento en que arremetía la criatura, Jarry se movió con la felina rapidez de su raza, saltando hacia arriba, y le hundió el cuchillo hasta la empuñadura en la garganta. El oso se estremeció, pero lanzó un zarpazo y Jarry volvió a caer, perdiendo el cuchillo.

Los rojoformes tiraban más piedras y corrían hacia allí con las varas afiladas. Entonces se oyó un ruido sordo y un crujido; el oso subió en el aire y cayó sobre Jarry. Jarry despertó.

Yacía boca arriba y le dolía el cuerpo, y parecía como si todas las cosas estuvieran latiendo, a punto de estallar.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Lo habían movido a él, o al oso.

Las pequeñas criaturas estaban agachadas, mirando.

Algunas miraban el oso. Algunas lo miraban a él. Algunas miraban el trineo

roto... El trineo roto...

Jarry hizo un esfuerzo, se levantó. Los rojoformes retrocedieron.

Jarry se acercó al trineo y miró dentro.

Supo que estaba muerta cuando le vio el ángulo del cuello. Pero hizo de todos modos las cosas que una persona hace para estar segura antes de creerlo.

Sanza había descargado el golpe mortal, chocando el trineo contra la criatura, quebrándole el lomo. Con el golpe se había quebrado el trineo. Y también Sanza.

Jarry se apoyó contra los restos del vehículo, compuso la primera oración y luego sacó el cuerpo.

Los rojoformes miraban.

Alzó a Sanza en brazos y echó a andar por Tierramuerta, de vuelta hacia la instalación. Los rojoformes siguieron mirando, todos menos el de la frente extrañamente alta, que se puso a estudiar el cuchillo que sobresalía de la velluda y humeante garganta de la bestia.

—¿Qué hacemos?

—Es la primera de nuestra raza que muere en este mundo —dijo Yan Turl, vicepresidente.

—No hay tradición —dijo Selda Kein, secretaria—. ¿La incineraremos?

—No lo sé —dijo Jarry—. No sé qué es lo más adecuado.

—El entierro y la cremación parecen las opciones más naturales. ¿Cuál prefieres?

—El... No, el suelo no. La quiero yo. Necesito un volador grande... Yo la incineraré.

—Entonces déjanos construir una capilla.

—No. Es algo que tengo que hacer a mi manera. Prefiero hacerlo solo.

—Como quieras. Usa todo lo que necesites, en el momento que desees.

—Por favor, manden algún otro a atender la estación de Tierramuerta. Cuando termine esto quiero volver a dormir... hasta el próximo ciclo.

—Muy bien, Jarry. Lo sentimos.

—Sí... lo sentimos.

Jarry movió afirmativamente la cabeza, hizo un ademán, dio media vuelta y salió. Así se trazan, a veces, las líneas más duras de la vida.

En el borde sur de Tierramuerta había una montaña azul. Tenía un poco más de tres mil metros de altura. Si uno se acercaba a ella desde el noroeste, hacía pensar en una ola congelada en un océano tan inmenso que no cabía en la imaginación. Unas nubes purpúreas se desgarraban contra su cima. En sus laderas era imposible encontrar un ser viviente. No tenía más nombre que el que le puso Jarry.

Jarry ancló el volador.

Llevó el cuerpo de Sanza hasta el punto más alto al que podía ser llevado un cuerpo.

La depositó allí, vestida con las ropas más finas; una ancha bufanda le ocultaba el cuello, un velo oscuro le cubría los inexpresivos rasgos.

Estaba a punto de ensayar una oración cuando empezó a caer el granizo. Los trozos de hielo azul, como piedras arrojadas desde el cielo, lo golpearon a él, golpearon a Sanza.

—¡Maldición! —gritó, y corrió al volador. Subió en el aire, dio una vuelta.

Las ropas de Sanza aleteaban en el viento. El granizo era una cortina de abalorios azules.

Jarry apretó el gatillo, y en la ladera de la montaña que no había tenido nombre apareció una puerta al sol. Sanza desapareció por esa puerta; Jarry la agrandó hasta que la montaña quedó más baja.

Luego subió hacia la nube, y atacó la tormenta hasta descargar los cañones. Entonces giró sobre la derretida meseta, en el borde sudeste de Tierramuerta. Giró sobre la primera pira que había visto ese mundo.

Después partió a dormir en silencio, durante una estación, el sueño de hielo y de piedra, a heredar el nuevo Alyonal. En ese sueño no hay ensueños.

Quince siglos. Casi la mitad de la Espera. Doscientas palabras o menos... Imaginemos:

...Diecinueve caudalosos ríos, pero en los mares negros hay ahora olas violáceas.

...Ningún bosque chato del color del yodo. Árboles altos y vigorosos, de cáscara lanuda, color naranja, limón, negro, hasta el horizonte.

...Grandes cadenas de montañas en el sitio de colinas pardas, amarillas, blancas, alhucema. Tirabuzones negros de humo que se desenroscan saliendo de conos encendidos.

...Flores de raíces que exploran la tierra veinte metros por debajo de los pétalos de mostaza abiertos entre la escarcha azul y las rocas.

...Horadores ciegos que hacen cuevas más profundas; lóbregas bestias carroñeras que muestran ahora formidables incisivos y grandes hileras de molares; orugas gigantes cada vez más pequeñas pero en apariencia más grandes a causa de capas protectoras más espesas.

...Los contornos de los valles tienen todavía curvas como torsos de mujeres o instrumentos de música.

...Han desaparecido muchas de las piedras golpeadas por el viento, pero no la escarcha.

...Sonidos por la mañana como siempre, ásperos, frágiles, metálicos. Sabían que estaban llegando al paraíso. Imaginemos eso.

El diario de Tierramuerta le decía todo lo que necesitaba saber. Pero también leyó los viejos informes.

Luego se preparó una bebida y miró por la ventana del tercer piso.

—...Moriré —dijo, y a continuación terminó la bebida, se puso el equipo y abandonó el puesto.

Tardó tres días en encontrar un campamento.

Aterrizó con el volador a cierta distancia y se acercó a pie. Estaba muy al sur de

Tierramuerta, donde el aire era más caliente y le producía la sensación de que era difícil respirar.

Llevaban pieles de animales, pieles mejor cortadas y que protegían más, pieles atadas alrededor del cuerpo. Contó dieciséis techos de una sola agua y tres fogatas. Titubeó al notar los fuegos, pero continuó avanzando.

Cuando lo vieron dejaron de hacer ruido: se oyó un breve grito, y entonces todo quedó en silencio.

Jarry entró en el campamento.

A su alrededor, las criaturas no se movieron. Oyó un poco de bullicio dentro de la construcción grande, al final del claro.

Caminó por el campamento.

Del centro de un trípode de varas colgaba un trozo de carne seca.

Delante de cada vivienda había varias lanzas largas. Jarry se acercó y estudió una. En un extremo, como punta, habían atado una piedra gastada, con forma de hoja.

Había el perfil de un gato tallado en un trozo de madera... Jarry sintió pasos y volvió la cabeza.

Uno de los rojoformes avanzaba lentamente hacia él. Parecía más viejo que los demás. Tenía los hombros caídos; cuando abrió la boca para emitir unos sonidos chasqueantes, Jarry vio que le faltaban algunos dientes; tenía pelo grisáceo y ralo. Llevaba algo en las manos, pero a Jarry le interesaron más las manos en sí.

Cada mano tenía un dedo oponible.

Jarry miró alrededor, estudiando las manos de los otros. Aparentemente todos tenían pulgares. Estudió su aspecto con más atención.

Ahora tenían frentes.

Volvió a fijarse en el rojoforme viejo.

El rojoforme le depositó algo a los pies y luego dio un paso atrás.

Jarry miró. Sobre una hoja grande había un pedazo de carne seca y un trozo de fruta.

Jarry recogió la carne, cerró los ojos, mordió, masticó y tragó. Envolvió el resto en la hoja y lo metió en un bolsillo lateral de las ropas.

Tendió la mano y el rojoforme retrocedió. Bajó la mano, desenrolló la manta que había llevado consigo y la extendió sobre el suelo. Se sentó, señaló al rojoforme y le indicó un sitio en el otro extremo de la manta.

La criatura vaciló, luego se adelantó y se sentó.

—Vamos a aprender a hablar entre nosotros —dijo Jarry lentamente. Luego se llevó una mano al pecho y dijo—: Jarry.

—Son inteligentes —dijo Jarry ante los ejecutivos de Diciembre, nuevamente despiertos—. Está todo en mi informe.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Yan Turl.

—No creo que puedan adaptarse. Han llegado muy lejos en muy poco tiempo. Pero no creo que puedan seguir mucho más. No creo que puedan recorrer todo el

camino.

—¿Acaso eres biólogo, o ecólogo, o químico?

—No.

—Entonces ¿en qué se funda tu opinión?

—Los observé de cerca durante seis semanas.

—En ese caso no tienes más que una sensación:..

—Saben que carecemos de expertos en este tipo de cosas. Es la primera vez que nos ocurre.

—Suponiendo que tengan inteligencia, suponiendo incluso que lo que has dicho de su poder de adaptación sea correcto, ¿qué propones?

—Retardar el cambio. Darles una mejor oportunidad. Si no pueden seguir el resto del camino, detenernos antes de llegar al final. El mundo ya es habitable. Nos podemos adaptar nosotros a lo que falta.

—¿Retardarlo? ¿Cuánto?

—Tomarnos, digamos, otros siete u ocho mil años.

—¡Imposible!

—¡Absurdo!

—¡Demasiado!

—¿Por qué?

—Porque todos montamos guardia tres meses cada doscientos cincuenta años. Eso significa un año de tiempo personal por cada mil años. Nos pides demasiado tiempo.

—¡Pero quizá esté en juego la vida de toda una raza!

—No lo sabes con seguridad.

—No, no lo sé. ¿Pero te parece que es algo con lo que podamos arriesgarnos?

—¿Quieres ponerlo a votación del directorio?

—No... Ya sé que pierdo. Quiero ponerlo a votación de todos los socios.

—Imposible. Están todos durmiendo.

—Entonces despiértalos.

—Eso sería todo un operativo.

—¿No crees que el destino de una raza justifica el esfuerzo, sobre todo si somos nosotros los culpables de su inteligencia? Nosotros la hicimos evolucionar, nosotros le echamos la maldición del intelecto.

—¡Basta! Estaban en el umbral. Habrían llegado a ser inteligentes aunque nosotros no hubiéramos aparecido...

—¡Pero no puedes estar seguro! No lo sabes, en realidad. Y no importa cómo llegamos a esta situación. Ellos están aquí, y nosotros estamos aquí, y piensan que somos dioses, quizá porque no les hemos traído más que desdicha. Sin embargo, tenemos ciertas responsabilidades frente a una raza inteligente: no aniquilarla, por ejemplo.

—Tal vez podríamos hacer un estudio de largo alcance...

—Para entonces quizá estén muertos. Propongo formalmente, en mi carácter de tesorero, que despertemos a todos los socios y sometamos el asunto a votación.

—No tomo en serio tu moción ni un segundo.

—¿Shelda? —llamó Jarry. Shelda apartó la mirada.

—¿Tarebell? ¿Clond? ¿Bondici?

Hubo silencio a su alrededor en la caverna ancha y alta.

—Está bien. Sé cuando pierdo. Él día que llegemos a nuestro Edén seremos nuestras propias serpientes. Ahora vuelvo a Tierramuerta, a completar mi turno de guardia.

—No es necesario. En realidad, quizá lo más acertado es que duermas hasta el final...

—No. Si vamos a hacer las cosas de este modo, yo también seré culpable. Quiero ver, y compartir totalmente la culpa.

—Muy bien —dijo Turl.

Dos semanas más tarde, cuando la Instalación Diecinueve intentó comunicarse con la Estación de Tierramuerta, no obtuvo respuesta.

Esperaron un tiempo y enviaron un volador. La Estación de Tierramuerta era una masa informe de metal derretido.

Jarry Dark no aparecía por ningún sitio. Unas horas después, esa misma tarde, calló la Instalación Ocho.

Enviaron inmediatamente un volador.

La Instalación Ocho ya no existía. Encontraron a sus encargados a varios kilómetros de distancia, caminando. Contaron cómo los había sacado Jarry de la instalación, a punta de pistola. Después, con los cañones del volador, había incendiado todo.

Aproximadamente en el instante en que contaban eso, calló la Instalación Seis. MANTENGAN CONTACTO RADIAL CONTINUO CON OTRAS DOS ESTACIONES EN TODO MOMENTO, fue la orden.

ESTÉN SIEMPRE ARMADOS. DETENGAN A TODOS LOS VISITANTES, fue la otra orden.

Jarry esperó. En el fondo de una grieta, estacionado debajo de un saliente de roca, Jarry esperó. Sobre el tablero de instrumentos del volador había una botella abierta. Junto a la botella, una pequeña caja de metal blanco.

Jarry tomó un largo trago de la botella, el último, mientras esperaba la noticia que en cualquier momento saldría por la radio.

Cuando la oyó se estiró sobre el asiento y durmió una siesta. Cuando despertó apenas había luz.

La radio seguía repitiendo...

«... Jarry. Los despertaremos y se hará un plebiscito. Regresa a la caverna principal. Soy Yan Turl. Por favor, no destruyas más instalaciones. No es necesario. Estamos de acuerdo con tu propuesta de una votación. Ponte en contacto con nosotros

inmediatamente. Esperamos tu respuesta, Jarry...»

Jarry arrojó la botella vacía por la ventana y salió con el volador de la sombra purpúrea, al aire y arriba. Cuando descendió sobre la plataforma de aterrizaje de la caverna principal, lo estaban esperando. Una docena de rifles le apuntaron mientras bajaba del volador.

—Suelta las armas, Jarry —dijo la voz de Yan Turl.

—No llevo armas —dijo Jarry—. Ni encima ni en el volador —agregó; y era cierto, porque ya no se veían los cañones lanzallamas.

Yan Turl se acercó y lo miró.

—Entonces puedes bajar.

—Gracias, pero prefiero quedarme aquí.

—Estás arrestado.

—¿Qué van a hacer conmigo?

—Dormirte hasta el final de la Espera. ¡Baja de ahí!

—No. Y no intenten dispararme, o usar gases, o aturdirme. Si lo hacen, moriremos todos instantáneamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Turl, haciendo un ademán suave hacia los que apuntaban.

—Mi volador —dijo Jarry— es una bomba, y tengo la espoleta en la mano derecha. — Alzó la caja metálica blanca—. Mientras apriete esta palanca, viviremos. Si la suelto, aunque sea por un instante, la explosión destruirá toda esta caverna.

—Me parece que mientes.

—Sabes cómo averiguarlo.

—Tú también morirás, Jarry.

—En este momento no me importa, de veras. Tampoco traten de quemarme la mano, de destruir la espoleta —los previno—, porque no les servirá para nada. Aunque lo consigan, les costará por lo menos dos instalaciones.

—¿Por qué?

—¿Qué creen que hice con los cañones lanzallamas? Enseñé a los rojoformes a usarlos. En este instante esas armas están en manos de los rojoformes, y apuntan a dos instalaciones. Si no visito personalmente a los cañoneros al amanecer, abrirán fuego. Después de destruir sus objetivos, seguirán adelante y tratarán de destruir dos más.

—¿Confiaste proyectores láser a esas bestias?

—Exacto. ¿Vas a comenzar ahora a despertar a los demás para la votación?

Turl se agachó, como si fuera a saltar hacia Jarry. Aparentemente lo pensó mejor y se quedó quieto.

—¿Por qué hiciste eso, Jarry? —preguntó—. ¿Qué significan ellos para ti? Has llegado incluso a hacer sufrir a tu pueblo.

—Como no sientes lo que yo siento —dijo Jarry—, no entenderías mis razones. Después de todo se basan sólo en mis presentimientos, que son distintos de los tuyos,

pues los míos nacen de la pena y la soledad. Escucha esto: soy su dios. Puedes encontrar mi forma en todos sus campamentos. Soy el Matador de Osos del Desierto de los Muertos. Han contado mi historia durante dos siglos y medio, y eso me ha cambiado. En cuanto a ellos, yo soy poderoso y sabio y bueno. En este sentido les debo una cierta retribución. Si yo no les doy la vida, ¿quién estará aquí para honrarme en la nieve y cantar mi historia alrededor de las fogatas y cortarme las mejores porciones de la oruga peluda? Nadie, Turl. Y ahora mi vida sólo vale en la medida de esas cosas. Despierta a los demás. No te queda otro remedio.

—Muy bien —dijo Turl—. ¿Y si la decisión te es adversa?

—Entonces me retiraré, y tú podrás ser dios —dijo Jarry.

Ahora, todos los días, Jarry Dark mira cómo el sol desciende del cielo purpúreo, pues no dormirá nunca más el sueño de hielo y de piedra, donde no hay ensueños. Ha decidido vivir sus días en un minúsculo instante de la Espera, y no ver nunca el nuevo Alyonal de su pueblo. Todas las mañanas, en la instalación de Tierramuerta, lo despiertan sonidos como el crujido del hielo, el temblor de la hojalata, el chasquido de cables metálicos; luego llegan ellos con las ofrendas cantando y haciendo marcas en la nieve. Él los recibe con palabras de aliento, y les sonrío. A veces tose.

Nacido de hombre y mujer, de acuerdo con la indicación Gatoforme Y7, Clase Mundofrío, Jarry.

Dark no estaba hecho para existir en ninguna parte del universo que le había garantizado un nicho. Eso podía ser tanto una bendición como una maldición; dependía de cómo se lo mirase. Así que, mirémoslo como lo miremos, ésa fue la historia. Así recompensa la vida a quienes la quieren servir plenamente.

DE NIEBLA, HIERBA Y ARENA

Vonda N. McIntyre

Of Mist, and Grass, and Sand

El muchacho estaba asustado. Con suavidad, Serpiente tocó su frente que ardía. Tras ella, tres adultos se mantenían muy juntos, observando inquietos, temerosos de mostrar su interés, que sólo se adivinaba por las arrugas que cercaban sus ojos. Temían a Serpiente tanto como la muerte de su único hijo. En la oscuridad de la tienda, las temblorosas lámparas no infundían ninguna confianza.

El muchacho miraba con unos ojos tan oscuros que las pupilas no eran visibles y tan opacos que la propia Serpiente temía por su vida. Ella le acarició el cabello. Era largo y de un tono muy pálido que contrastaba con su piel oscura, seco e irregular. Si Serpiente hubiera conocido a aquella gente unos meses atrás hubiera sabido que el muchacho estaba enfermando.

—Traedme mi caja, por favor.

Los padres del chico se sorprendieron por su suave voz. Tal vez habían esperado un tono chirriante o el siseo de una serpiente que se levanta. Era la primera vez que Serpiente hablaba en su presencia. Se había limitado a contemplarlos cuando los tres fueron a observarla a distancia y le habían expuesto entre murmullos su problema; ella se había limitado a escucharles y después asintió con la cabeza cuando finalmente le pidieron su ayuda. Tal vez pensaron que era muda.

Un joven de cabellos claros le acercó su caja de cuero. La llevaba separada del cuerpo, y al entregársela hizo una inclinación, respirando profundamente y con las aletas de la nariz muy abiertas por el fuerte olor a almizcle que flotaba en el aire seco del desierto. Serpiente ya se había acostumbrado a despertar la inquietud de la gente; la había visto muchas veces.

Cuando Serpiente tendió los brazos, el joven dio un salto atrás y dejó caer la caja. Serpiente hizo un rápido movimiento y la cogió en el aire, la colocó suavemente en el suelo y miró al joven con reproche. El hombre y la mujer se le acercaron para tranquilizarle.

—Fue mordido una vez —dijo la mujer, morena y hermosa—. Estuvo a punto de morir.

—Su tono no era de orgullo, sino de justificación.

—Lo siento —dijo el joven—. Es... —hizo un gesto; estaba temblando e intentando controlar las reacciones de su miedo. Serpiente miró tras de sí, pues había captado inconscientemente un movimiento. Una pequeña serpiente, delgada como el dedo de un niño, se deslizaba en torno a su cuello y mostraba su estrecha cabeza tras sus rizos cortos y negros. Probó el aire con su lengua bífida en un gesto placentero, fuera, arriba y abajo, dentro, para probar el gusto de los olores.

—Es Hierba —dijo Serpiente—. No te hará daño.

Si hubiera sido mayor, habría dado miedo; tenía un color verde pálido, pero las escamas que rodeaban su boca eran rojas, como si acabara de comerse a algún animal, despedazándolo. En realidad era mucho más limpia.

El niño sollozó, pero en seguida reprimió su llanto de dolor. Tal vez le habían dicho que Serpiente podría enfadarse si lloraba. Pero ella lo único que sentía era pena

por aquella gente que rechazaba una forma tan fácil de librarse del miedo. Apartó su mirada de los adultos, sintiendo que le tuvieran miedo; pero no deseaba perder el tiempo convenciéndoles de que sus reacciones eran injustificadas.

—Todo va bien —le dijo dulcemente al pequeño—. Hierba es suave, seca y blanda, y si la dejas junto a ti para que te proteja, ni siquiera la muerte podrá aproximarse a tu lado. — Hierba se colocó en su estrecha y sucia mano, y ella se la tendió al niño— Suavemente.

—El niño tocó el reptil con un dedo.

Serpiente notó el esfuerzo que tenía que hacer para un movimiento tan sencillo, pese a que el muchacho sonreía—. ¿Cómo te llamas?

El lanzó rápidamente una mirada a sus padres, y finalmente ellos asintieron.

—Stavin —murmuró. Apenas tenía fuerzas para respirar.

—Yo soy Serpiente, Stavin, y dentro de poco, por la mañana, tendré que hacerte daño. Sentirás un dolor repentino y te dolerá el cuerpo durante algunos días, pero después te encontrarás mejor.

El la miró solemnemente. Serpiente se dio cuenta de que, aunque el niño había comprendido lo que le había querido decir y sentía miedo por lo que ella tenía que hacerle, estaba menos asustado que si le hubiera mentido. El dolor debía de haberle aumentado mucho a medida que la enfermedad se agudizaba; pero parecía que los demás lo único que habían hecho era tranquilizarle, esperando que la enfermedad desapareciera o le matara rápidamente.

Serpiente colocó a Hierba sobre la almohada del muchacho y le acercó su caja. La cerradura se abrió cuando ella la tocó. Los adultos seguían sintiendo hacia ella únicamente miedo; no tenían ni tiempo ni razones para hallar ninguna confianza. La mujer era lo suficientemente mayor como para no tener ya más hijos, y Serpiente podía ver en los ojos de todos su sufrimiento, su preocupación, y que querían mucho al niño. Y así debía ser, para haberse atrevido a recurrir a ella.

Era de noche y cada vez hacía más frío. Silenciosamente, Arena salió de la caja moviendo la cabeza, moviendo la lengua, olfateando, gustando, detectando el calor de unos cuerpos.

—¿Es ésta...? —La voz del marido más viejo era baja y sabia, pero aterrorizada, y Arena sintió el miedo. Se enroscó en posición de ataque y siseó suavemente.

Serpiente habló, moviendo la mano y extendiendo el brazo. La víbora se relajó y comenzó a enroscarse en su muñeca hasta formar varias pulseras negras y marrones.

—No —respondió—. Tu hijo está demasiado enfermo para que Arena pueda ayudarlo. Sé que resulta difícil, pero intentad calmaros. Esto es terrible para vosotros, pero es lo único que puedo hacer.

Tuvo que molestar a Bruma para que saliera fuera. Serpiente sacudió la caja dos veces, notó la vibración, y súbitamente una cobra albina apareció en la tienda. Se movía rápidamente, pero parecía no tener fin. Se movía hacia delante y hacia atrás. Se oyó un penetrante silbido. Su cabeza estaba a un metro sobre el suelo, mostrando

su amplio hocico. Tras ella, los adultos lanzaron suspiros sofocados, como si se sintieran físicamente agredidos ante la visión de Bruma. Serpiente ignoró a las personas y habló a la gran cobra, centrando su atención en sus palabras:

—Ah, tú. Furiosa criatura. Échate. Esta vez te toca a ti ganarte la comida. Habla a este niño y tócale. Se llama Stavín.

Lentamente, Bruma se relajó y permitió que Serpiente la tocara. Serpiente la agarró firmemente por detrás de la cabeza, obligándola a mirar a Stavín. Los ojos plateados de la cobra reflejaron la luz amarillenta de la lámpara.

—Stavín —dijo Serpiente—, Bruma se encontrará contigo ahora. Te prometo que esta vez te tocará suavemente.

Sin embargo, Stavín tembló cuando Bruma tocó su delgado pecho. Serpiente no había soltado la cabeza de la cobra, pero permitió que su cuerpo se deslizara hacia el del muchacho. La cobra tenía de largo cuatro veces la altura del muchacho. Se curvó en blancas ondulaciones sobre su abdomen, extendiéndose, dirigiendo su cabeza hacia la cara del muchacho, tratando de eludir las manos de Serpiente. Bruma encontró la asustada mirada de Stavín con sus ojos sin párpados. Serpiente le permitió acercarse un poco más. Bruma sacó la lengua para tocar al niño. El marido más joven lanzó un aterrorizado gemido que cortó inmediatamente. Al oírlo, Stavín retrocedió y Bruma se echó hacia atrás abriendo la boca y poniendo sus dientes al descubierto, mientras se oía claramente el aire salir de su garganta. Serpiente se puso en cuclillas, expulsando su propio aliento, a veces, en otros sitios, los lugareños podían permanecer mientras ella trabajaba.

—Tenéis que salir —dijo con amabilidad—. Es peligroso asustar a Bruma.

—No quiero...

—Lo siento. Tenéis que esperar fuera.

Tal vez el marido más joven, o incluso la mujer, hubieran puesto sus indefendibles objeciones y hubiesen formulado preguntas incontestables, pero el hombre mayor les tomó de la mano y les condujo fuera.

—Necesito un animalito —dijo Serpiente mientras salían—. Ha de tener pelo y ha de estar vivo.

—Podemos encontrar uno —dijo el hombre mayor, y los tres padres se adentraron en la brillante noche. Serpiente oyó sus pasos sobre la arena.

Serpiente sostuvo a Bruma en su regazo y la fue tranquilizando. La cobra se fue enroscando en su estrecha cintura, buscando su calor. El hambre hacía que Bruma estuviera más nerviosa de lo habitual, y estaba hambrienta, como también lo estaba Serpiente. Mientras atravesaban la negra arena del desierto habían encontrado agua suficiente, pero las trampas de Serpiente no dieron resultado. Era verano, hacía mucho calor y la mayoría de los animalillos peludos que Arena y Bruma comían estaban estivando. Cuando las serpientes no tenían su comida habitual, Serpiente ayunaba también.

Comprobó con tristeza que Stavín estaba ahora más asustado.

—Siento haber tenido que enviar a tus padres fuera —dijo—. Volverán pronto. Sus ojos se humedecieron, pero contuvo las lágrimas.

—Me dijeron que hiciera lo que tú me dijeras.

—Hubiera preferido que llorases si fueras capaz de ello —dijo Serpiente—. No es una cosa tan terrible. —Pero Stavin parecía no comprender y Serpiente no le presionó. Sabía que aquella gente aprendía por sí misma a resistir las dificultades negándose a llorar, negándose a reír. Se negaban a sí mismos el consuelo y se permitían poca alegría, pero sobrevivían.

Bruma se había calmado. Serpiente se la desenroscó de la cintura y la colocó junto a Stavin. Mientras la cobra se movía, Serpiente guiaba su cabeza, notando la tensión de sus músculos.

—Va a tocarte con la lengua —le dijo a Stavin.

Puede que te produzca comezón, pero no te herirá. Ella huele con la lengua, lo mismo que tú lo haces con la nariz.

—¿Con la lengua?

Serpiente asintió, sonriendo, y Bruma sacó la lengua para acariciar el pecho de Stavin. Este no desvió el cuerpo; en su mirada se vio la alegría de saber que había superado el miedo. Permaneció tumbado tranquilamente mientras Bruma le paseaba la lengua por el pecho, los ojos y la boca.

—Está probando la enfermedad —dijo Serpiente. Bruma dejó de mostrar oposición a la mano que la sujetaba y echó para atrás la cabeza. Serpiente se sentó sobre sus talones y dejó a la cobra, que ascendió por su brazo y se tendió sobre sus hombros.

—Duérmete, Stavin —dijo Serpiente—. Intenta confiar en mí, e intenta no tener miedo al mañana.

Stavin la miró durante unos segundos, buscando confianza en los pálidos ojos de Serpiente.

—¿Dejarás que Hierba vigile? A ella le sorprendió la pregunta, o más bien, la aceptación que había tras ella. Apartó su cabello de la frente y sonrió.

—Pues claro. —Cogió a Hierba—. Tú mirarás a este niño y le cuidarás. —La serpiente permanecía quieta en su mano, con los ojos resplandecientes. Luego se puso suavemente sobre la almohada de Stavin—. Ahora duérmete.

Stavin cerró los ojos y la vida pareció escaparse de él. La alteración resultó tan grande que Serpiente se inclinó para tocarle; luego vio que respiraba, aunque lentamente. Le cubrió con una manta y se levantó. El cambio brusco de posición la mareó, y se tambaleó. Sobre sus hombros, Bruma se tensó.

Los ojos de Serpiente se hicieron incisivos y su visión se agudizó. El sonido que había imaginado oír se aproximaba. Tenía que luchar contra el hambre y el cansancio. Se inclinó lentamente y cogió la caja de cuero. Bruma le tocó el pecho con la punta de la lengua.

Abrió la cortina de la tienda y se tranquilizó al ver que todavía era de noche.

Podía soportar el calor, pero el brillo del sol la penetraba, quemándola. La luna debía de estar llena; aunque las nubes lo oscurecían todo, difundían una luz que ponía el cielo gris por todo el horizonte. Más allá de las tiendas, grupos de sombras informes se proyectaban en el suelo. Allí, junto al borde del desierto, había suficiente agua para que creciera la vegetación, proporcionando sombra y alimento a los seres vivos. La oscura arena, que durante el día cegaba con sus destellos, parecía ahora una suave capa de ceniza. Serpiente salió de la tienda, y la ilusión de suavidad desapareció; sus botas se hundieron en los ásperos granos de arena.

La familia de Stavín esperaba, muy juntos, entre las oscuras tiendas que formaban un sendero que había sido limpiado de arbustos. La miraban en silencio, con esperanza en los ojos pero sin expresión en la cara. Una mujer algo más joven que la madre de Stavín estaba sentada con ellos. Vestía, como todos ellos, con una larga túnica suelta, pero llevaba el único adorno que Serpiente había visto entre aquella gente: un círculo de cuero que pendía de su cuello por medio de una tira también de cuero. Ella y el marido más viejo tenían fuertes similitudes: rostro anguloso, pómulos altos, cabello blanco, ojos castaño oscuro, mejor adaptados para vivir al sol. A sus Pies, en el suelo, un pequeño animal negro daba saltos esporádicos dentro de una jaula, y de vez en cuando lanzaba un grito agudo pero débil.

—Stavín está durmiendo —dijo Serpiente—. No le molestéis ahora, pero acudid junto a él si se despierta.

La mujer y el marido joven se levantaron y se metieron en la tienda, pero el más viejo se detuvo junto a ella.

—¿Puedes ayudarle?

—Espero que podamos. El tumor está avanzando, pero parece sólido. —Su propia voz le sonaba extraña, como si estuviera mintiendo—. Bruma estará preparada por la mañana. —Sintió la necesidad de decirle más cosas para tranquilizarle, pero no se le ocurrió ninguna.

—Mi hermana desea hablar contigo —dijo él, y tras aquella presentación, las dejó solas, sin añadir, para vanagloriarse, que aquella mujer era la jefa de su grupo. Serpiente se volvió para mirarle de nuevo, pero ya la cortina de la tienda había caído. Se sentía cada vez más cansada, y sobre sus hombros Bruma era, por primera vez, un peso excesivo.

—¿Te encuentras bien?

Serpiente se volvió. La mujer avanzó hacia ella con una elegancia natural que procedía de su avanzado estado de gestación. Serpiente tuvo que levantar la cabeza para mirarla. Tenía finas líneas en los extremos de los ojos, como si a veces riera en secreto. Sonrió, pero con gesto preocupado.

—Pareces muy cansada. ¿Quieres que ordene que te preparen una cama?

—Ahora no —contestó Serpiente—, todavía no. No dormiré hasta después.

La jefa examinó su cara y Serpiente se sintió unida a ella por la responsabilidad que compartían.

—Comprendo, al menos así lo creo. Si hay algo que pueda hacer por ti...
¿Necesitas ayuda en tus preparaciones?

Serpiente se dio cuenta de que tenía que hacer frente a simples preguntas como si fueran problemas complejos. Les dio vueltas en su cabeza cansada, los examinó, los diseccionó y finalmente murmuró sus conclusiones:

—Mi caballo necesita comida y agua...

—Ya nos hemos encargado de eso.

—Y yo necesito a alguien que me ayude a manejar a Bruma. Alguien fuerte. Pero lo más importante es que no tenga miedo.

La jefa asintió.

—Te ayudaría yo misma —dijo, sonriendo de nuevo ligeramente—. Pero estoy un poco cansada. Encontraré a alguien.

—Gracias.

Sombría de nuevo, la mujer inclinó la cabeza y se dirigió lentamente a un pequeño grupo de tiendas. Serpiente la contempló mientras se marchaba, admirando su gracia. En comparación se sentía pequeña, joven y harapienta.

Arena comenzó a desenroscarse de su muñeca. Notando el movimiento de sus escamas, se precipitó para cogerla antes de que cayera al suelo. La mitad superior del cuerpo de Arena sobresalía de sus manos; sacó la lengua, mirando al pequeño animal, sintiendo el calor de su cuerpo, olfateando su miedo.

—Sé que estás hambrienta —dijo Serpiente—, pero éste no es para ti. —Puso a Arena en la caja, se quitó a Bruma de la espalda y le permitió que se acercara al animal.

El animalillo volvió a gritar y a saltar cuando la difusa sombra de Serpiente pasó sobre él. Ella se inclinó y lo cogió. La rápida serie de gritos aterrorizados disminuyó hasta detenerse cuando ella lo agarró. Finalmente se quedó quieto, respirando con dificultad, exhausto, mirándola con sus ojos amarillos. Tenía las patas largas y las orejas puntiagudas, y su nariz se retorció al sentir el olor de la serpiente. Su suave piel negra estaba marcada por las cuerdas de la red.

—Siento tener que tomar tu vida —dijo Serpiente—. Pero después ya no tendrás miedo y no voy a hacerte daño. —Cerró la mano cuidadosamente en torno a él y rompió su espina dorsal en la base del cráneo. El animalito pareció luchar brevemente, pero ya estaba casi muerto. Se convulsionó. Sus patas se encogieron contra su cuerpo y sus dedos se retorcieron. Incluso ahora parecía mirarla. Ella sacó su cuerpo de la red.

Luego extrajo un pequeño pomo del bolsillo de su cinturón, abrió la boca del animal y vertió dentro una gota del preparado que contenía el pomo. Rápidamente, llamó a Bruma. La cobra se acercó lentamente, deslizándose por la granulosa arena. Sus escamas lechosas captaron la tenue luz. Olió al animal, se le acercó y lo tocó con la lengua. Durante un momento, Serpiente temió que rechazara la comida muerta, pero el cuerpo estaba todavía caliente, se retorció aún y la cobra estaba demasiado

hambrienta.

—Alimento para ti —le dijo Serpiente a la cobra, pues su solicitud para con ella era ya una costumbre—. Calmará tu apetito. —Bruma olfateó el animal, retrocedió y luego se lanzó sobre él, clavando sus dientes en aquel pequeño cuerpo, y luego mordió de nuevo, bombeando su acumulación de veneno. Luego lo soltó para volver a cogerlo mejor, y lo engulló. Apenas tuvo que distender la garganta. Cuando Bruma quedó quieta, asimilando el animal, Serpiente se sentó junto a ella y esperó.

Oyó pasos en la áspera arena.

—Me han enviado para ayudarte.

Era un hombre joven, pese a tener canas en sus cabellos. Era más alto que Serpiente y no carente de atractivo. Tenía los ojos oscuros y sus agudas facciones estaban más acentuadas por el hecho de que llevara los cabellos recogidos en la nuca. Tenía una expresión neutra.

—¿Tienes miedo?

—Haré lo que me digas.

Aunque sus formas estaban ocultas bajo su amplia túnica, se veía que tenía las manos fuertes.

—Entonces sujeta su cuerpo y no dejes que te sorprenda.

Bruma comenzaba a escapar a los efectos de la droga que Serpiente había puesto en el animalillo. Los ojos de la cobra miraban sin ver.

—Si muerde...

—¡Sujétala, rápido!

El joven se apresuró, pero no fue lo suficientemente rápido. Bruma se retorció y le golpeó en la cara con la cola. El retrocedió, tan sorprendido como dolorido. Serpiente sujetó fuertemente a la cobra por detrás de la cabeza y luchó por dominar también el resto de su cuerpo. Bruma no era constrictora, pero su cuerpo era suave, largo y fuerte. Silbó fuertemente. Mientras Serpiente luchaba con ella, logró Presionar en sus glándulas y obligarla a expulsar las últimas gotas de veneno. Estas colgaron de los dientes de Bruma durante un momento, reflejando la luz como si fueran joyas; luego la violencia de las convulsiones de la serpiente hizo que se perdieran en la sombra. Serpiente siguió luchando con la cobra, ayudada por la arena, que obstaculizaba los movimientos del reptil. Serpiente notó que el joven estaba detrás de ella asiendo el cuerpo y la cola del animal. La lucha cesó bruscamente y Bruma quedó quieta entre sus manos.

—Lo siento...

—Sujétala —dijo Serpiente—. Tenemos toda la noche.

Durante la segunda convulsión de Bruma, el joven la sujetó firmemente y fue una buena ayuda. Luego Serpiente respondió a la pregunta que antes le formulara:

—Si está haciendo veneno y te muerde, lo más probable es que mueras. Incluso

ahora, su mordisco te pondría enfermo. Pero a no ser que hagas alguna tontería, si logra morder me morderá a mí.

—En poco beneficiaría a mi primo si te murieras o agonizaras.

—No me has comprendido. Bruma no puede matarme. —Ella levantó la mano para que él pudiera ver las blancas cicatrices de desgarrones y mordiscos. El los miró, la miró después a ella durante unos momentos a los ojos y finalmente desvió la mirada.

El brillante punto de luz entre las nubes por donde ésta se filtraba se fue corriendo hacia el oeste en el cielo; sostenían a la cobra como si fuera un niño. Serpiente se dio cuenta de que estaba dormitando, pero Bruma movió la cabeza en un intento de escapar y la joven se despertó bruscamente.

—No debo dormirme —le dijo al hombre—. Háblame. ¿Cómo te llamas? Igual que Stavin, el joven dudó. Parecía tener miedo de ella, o de algo.

—Mi pueblo —dijo— piensa que no es conveniente decir el nombre a los extranjeros.

—Si pensabais que era una bruja no debíais haber pedido mi ayuda. No conozco ningún tipo de magia.

—No es superstición —dijo él—. Al menos, no como tú piensas. No tenemos miedo de ser embrujados.

—No puedo aprender todas las costumbres de todos los pueblos de la Tierra, de modo que sigo con las mías. Y mi costumbre es la de dirigirme a aquellos con los que trabajo por su nombre. —Mirándole, Serpiente trató de captar su expresión con aquella escasa luz.

—Nuestras familias conocen nuestros nombres y nosotros se lo decimos a aquellos con los que queremos casarnos.

Serpiente reflexionó acerca de aquella costumbre y pensó que se adaptaría muy mal a ella.

—¿Y a nadie más? ¿Nunca?

—Bueno..., un amigo puede conocer nuestro nombre.

—Ah —dijo Serpiente—, ya comprendo. Yo todavía soy una desconocida, y tal vez una enemiga.

—Un *amigo* conocería mi nombre —dijo el joven de nuevo—. No pretendo ofenderte, pero eres tú la que me malinterpreta. Un conocido no es un amigo. Nosotros valoramos mucho la amistad.

—En esta tierra debe ser fácil decir rápidamente si merece la pena llamar a una persona «amigo».

—Nosotros apenas entablamos amistades. La amistad es una gran cosa.

—Suena como si fuera algo temible. El meditó aquella posibilidad.

—Tal vez lo que tememos es traicionar la amistad. Eso sí que es algo terrorífico.

—¿Nadie te ha traicionado?

El la miró hoscamente, como si ella hubiera excedido los límites de la propiedad.

—No —contestó, y su voz fue tan dura como su cara—. Ningún amigo. No tengo a nadie a quien llamar amigo.

Su reacción sorprendió a Serpiente.

—Eso es muy triste —dijo ella, y luego permaneció en silencio, tratando de entender los extremos a los que podía llegar la gente para cerrarse tanto, comparando su soledad obligada con la de aquellos que la habían elegido—. Llámame Serpiente —dijo ella finalmente— si puedes pronunciarlo. Decir mi nombre no te ata a nada.

Pareció que el joven iba a hablar; tal vez pensó que la había ofendido, o tal vez que debía seguir manteniendo sus costumbres. Pero Bruma comenzó a retorcerse en sus manos y tuvieron que sujetarla para que no les hiciera daño. La cobra tuvo unas convulsiones más violentas que nunca. Se agitó en las manos de Serpiente y casi logró desasirse. Intentó liberar su cabeza, pero Serpiente la sujetaba muy fuerte. Abrió la boca y siseó, pero de sus dientes no surgió veneno.

Enroscó la cola en torno a la cintura del joven. Este comenzó a desasirse de sus anillos.

—No es constrictora —dijo Serpiente—. No te hará daño. Déjala...

Pero fue demasiado tarde; Bruma se relajó súbitamente y el joven perdió el equilibrio. Su cola, libre, trazó dibujos sobre la arena. Serpiente comenzó a luchar sola con ella mientras el joven trataba de sujetarla. Comenzó a separarse de las manos de Serpiente y ésta cayó sobre la arena; Bruma se alzó sobre ella y abrió la boca furiosa, siseando. Entonces el joven logró asirla justo por detrás de la cabeza. Bruma se revolvió contra él, pero Serpiente logró cogerla también. Juntos lograron controlarla de nuevo. Súbitamente, la cobra se quedó inmóvil y cayó rígida entre ellos. Ambos estaban sudando. El joven estaba pálido y Serpiente temblaba.

—Disponemos de algún tiempo para descansar —dijo Serpiente. Le miró y se dio cuenta de que tenía una línea oscura sobre la mejilla, en el lugar en donde Bruma le había golpeado con la cola—. Tienes una herida. Pero no dejará cicatriz.

—Si fuera cierto que las serpientes muerden con la cola, tú estarías sujetando la cabeza y la cola y yo sería de poca utilidad.

—Esta noche necesitaba que alguien me mantuviera despierta, tanto si tuviera que ayudarme con Bruma como si no. —Luchar con la cobra producía adrenalina, pero ahora el cansancio y el hambre le habían vuelto con más violencia.

—Serpiente...

—¿Sí?

El sonrió, un poco azorado.

—Probaba la pronunciación.

—Está muy bien.

—¿Cuánto tiempo cuesta atravesar el desierto?

—No mucho. Demasiado. Seis días.

—¿Cómo sobreviviste?

—Hay agua. Viajaba de noche, excepto ayer, que no pude encontrar una sombra.

—¿Llevabas contigo la comida? Ella se estremeció.

—Un poco. —Y deseó que él no le hablase más de comida.

—¿Qué hay al otro lado?

—Más arena, más arbustos y un poco más de agua. Unos cuantos grupos de personas, comerciantes, la estación donde yo nací y donde me eduqué. Y más lejos aún, una montaña con una ciudad interior.

—Me gustaría ver una ciudad. Tal vez algún día.

—El desierto se puede cruzar.

El no dijo nada, pero los recuerdos de Serpiente de cuando dejó su hogar eran lo suficientemente recientes como para que ella pudiera imaginar sus pensamientos.

Se produjeron las siguientes series de convulsiones, mucho antes de lo que Serpiente había esperado. Por su severidad pudo deducir algo del estado de la enfermedad de Stavin, y deseó que ya fuera de mañana. Si tenían que perderle, prefería haber hecho antes todo lo posible, y luego trataría de olvidar. La cobra se hubiera golpeado contra la arena hasta matarse de no haber sido porque Serpiente y el joven la tenían bien sujeta. Bruscamente se puso rígida, con la boca abierta y la lengua bífida colgándole fuera.

Dejó de respirar.

—Sujétala —dijo Serpiente—. Sujétale la cabeza. Rápido, cógela, y si se despierta, corre. ¡Cógela! Ahora no te atacará, ya sólo puede herirte por accidente. El no dudó más que un momento, y luego asió a Bruma tras la cabeza. Serpiente echó a correr, hundiendo los pies en la arena, hacia el borde del círculo de tiendas donde aún crecían los matorrales. Rompió algunas ramas secas, que arañaron sus laceradas manos. Se dio cuenta de la presencia de una masa de víboras, tan feas que parecían deformes, anidadas junto a un manojito de vegetación seca; sisearon, pero ella las ignoró. Encontró una caña estrecha y la tomó. Las manos le sangraban por profundas heridas.

Volvió junto a la cobra, le obligó a abrir la boca y empujó el tubo dentro de su garganta, a través del conducto de aire que Bruma tenía en la base de su lengua. Luego se acercó, se puso el otro extremo del tubo en la boca y sopló con cuidado en los pulmones de Bruma.

En aquel momento se dio cuenta de muchas cosas; de las manos del joven sujetando a la cobra como ella le había pedido; su respiración, primero una exhalación de sorpresa, luego de rabia; la arena lacerándole los codos allí donde se apoyaba; el olor empalagoso del líquido que segregaban los dientes de Bruma; su propio azoramiento, pensó exhausta, que ella rechazaba por necesidad y por voluntad.

Serpiente respiró una y otra vez hasta que Bruma cogió el ritmo y continuó sin ayuda. Serpiente se sentó de nuevo sobre los tobillos.

—Creo que se pondrá bien —dijo—. Así lo espero, al menos. —Se pasó el dorso de la mano por la frente; aquel roce le produjo dolor. Retiró la mano y el dolor se esparció por sus huesos, subiendo por el brazo, la espalda, a través del pecho,

envolviendo su corazón. Perdió el equilibrio. Intentó agarrarse, pero se movió con demasiada lentitud, le entró náuseas y vértigo y la tierra pareció desaparecer bajo sus pies y quedó perdida en la oscuridad sin poder asirse a nada.

Sintió la arena en el pecho y en las palmas de las manos, pero era suave.

—Serpiente, ¿estás bien?

Pensó que la pregunta había sido dirigida a otro, pero al tiempo se dio cuenta de que no había allí ningún otro a quien dirigírsela, nadie que respondiera a su nombre. Sintió unas manos que la cogían con suavidad; hubiera deseado responder, pero estaba demasiado cansada. Necesitaba dormir más, de modo que las apartó. Pero las manos sostenían su cabeza, le ponían cuero seco en los labios y vertían agua en su garganta. Ella tosió.

Se incorporó sobre un codo. Cuando su vista se aclaró se dio cuenta de que estaba temblando. Se sentía como la primera vez que le había mordido una serpiente, antes de que su inmunidad se hubiera desarrollado completamente. El joven se inclinó sobre ella, con su cantimplora en la mano. Detrás de él, Bruma se arrastró hacia la oscuridad. Serpiente se olvidó de su dolor.

—¡Bruma! —Golpeó el suelo. El joven dio un salto y se volvió asustado; la serpiente se irguió, y su cabeza quedó a la altura de los ojos de Serpiente, mirando encolerizada y dispuesta a atacar. Formaba una sinuosa línea blanca que se recortaba contra la oscuridad. Serpiente se obligó a sí misma a levantarse, sintiendo como si estuviera intentando hacerse con el control de un cuerpo que no conocía. Estuvo a punto de caer de nuevo, pero logró levantarse.

—No debes cazar ahora —dijo—. Tienes otro trabajo que cumplir. —Levantó su mano derecha, imitando los movimientos de la cobra. La mano le dolía. Serpiente tenía miedo, no de ser mordida, sino de que Bruma perdiera el contenido de sus sacos de veneno—. Ven aquí —dijo—. Ven aquí y apaga tu cólera. —Notó que la sangre corría por sus dedos y el miedo que sentía por Stavin se intensificó—. ¿Me has mordido, criatura? —Pero el dolor era otro: el veneno debería haberla atontado, y el nuevo suero solamente...

—No —susurró el joven tras ella. Bruma se calmó. Los reflejos de un largo adiestramiento funcionaron. Serpiente actuó rápidamente con su mano derecha y cogió a Bruma. La cobra se debatió durante un momento, pero después se calmó.

—Endiablado animal —dijo Serpiente—. Debería darte vergüenza. —Se volvió y dejó que Bruma se le enroscara por el brazo y le trepara hasta los hombros, donde quedó quieta como la línea del borde de una capa invisible.

—¿No me ha mordido?

—No —contestó el joven. En su voz había miedo contenido—. Parecías estar muriéndote, parecía que agonizabas, y tu brazo se cubrió de rojo. Cuando despertaste...

—Hizo un gesto señalando su mano—. Debe de haber sido una víbora de los matorrales.

Serpiente recordó el nido de reptiles que había encontrado entre los matorrales y tocó la sangre de su mano. La limpió y apareció la doble herida de una mordedura de serpiente. La herida no tenía muy buen aspecto.

—Necesito limpiármela —dijo—. Me reprocho este descuido. —El dolor disminuía, aunque le recorría el brazo en oleadas, pero ya no le abrasaba. Se levantó y miró al joven, a las cosas que la rodeaban—. Sujetaste muy bien y valerosamente a Bruma —le dijo—. Te lo agradezco.

El bajó la mirada y casi le hizo una reverencia. Se levantó y se aproximó a ella. Serpiente puso suavemente su mano sobre el cuello de Bruma para que no se asustara.

—Sería para mí un gran honor —dijo el joven— si quisieras llamarme Arevin.

—Me encantará hacerlo.

Serpiente se arrodilló y sujetó el cuerpo de Bruma mientras ésta se introducía en su caja. Al cabo de poco tiempo, cuando Bruma se hubiera estabilizado, al amanecer, podrían ir junto a Stavín.

La punta de la blanca cola de Bruma desapareció de la vista. Serpiente cerró la caja e intentó levantarse, en vano. Todavía no había superado los efectos del veneno. La carne que rodeaba la herida estaba roja, pero la hemorragia se había detenido. Permaneció allí insegura, mirándose la mano, pensando en lo que tenía que hacer para curarse, esta vez ella misma.

—Deja que te ayude. Por favor.

Le tocó el hombro y la ayudó a levantarse.

—Lo siento —dijo ella—. Necesito tanto descansar...

—Deja que lave tu mano —dijo Arevin—. Luego podrás dormir. Dime cuándo debo despertarte...

—Todavía no puedo dormir. —Ella se esforzó por reponerse, se irguió y arregló los oscuros rizos de los cortos cabellos que le caían sobre la frente—. Ahora me encuentro bien. ¿Tienes un poco de agua?

Arevin se abrió la túnica. Debajo llevaba un traje de lana y un cinturón de cuero con bolsillos del mismo material. Su cuerpo estaba bien formado, sus piernas eran largas y musculosas. El color de su piel era un poco más claro que el de su bronceada cara. Sacó un recipiente con agua y se acercó a la mano de Serpiente.

—No, Arevin. Si el veneno penetrara, aunque sólo fuera una pequeña cantidad, podría infectarte.

Ella se sentó y vertió un poco de agua sobre la herida. El agua cayó rosada sobre el suelo y desapareció, sin dejar siquiera una mancha visible. La herida sangró un poco más, pero ya dolía menos. El veneno había sido contrarrestado.

—No comprendo —dijo Arevin— cómo no te sucede nada. A mi hermana menor la mordió una víbora de los matorrales. —Se interrumpió, ahogado por la pena—. No pudimos hacer nada para salvarla..., ni siquiera aminorar su dolor.

Serpiente le devolvió la cantimplora, extrajo un pequeño frasquito de uno de los

bolsillos de su cinturón y vertió parte de su contenido en la mordedura.

—Es parte de nuestra preparación —dijo ella—. Trabajamos con muchos tipos de serpientes y tenemos que ser inmunes a la mayor cantidad posible de ellas. —Se estremeció—. El proceso es tedioso y algo doloroso. —Cerró el puño. El líquido se había secado. Se acercó a Arevin y tocó su lastimada mejilla—. Sí... —Esparció un poco del contenido del frasco por ella—. Esto te ayudará a curarte.

—Si no puedes dormir —dijo Arevin— podrás al menos descansar.

—Sí —convino ella—. Durante un rato. Serpiente se sentó cerca de Arevin y se apoyó en él, mientras contemplaban cómo el sol teñía de rojo y dorado las nubes. El simple contacto físico con otro ser humano le proporcionó placer, aunque no se sintió satisfecha. En otro momento, en otro lugar, ella habría hecho algo más. Pero allí, en aquel momento, no.

Cuando la luz del sol tiñó el horizonte, Serpiente se levantó y sacó a Bruma de la caja. La cobra salió lentamente y trepó hasta la espalda de Serpiente. Esta, junto con Arevin, se dirigió hacia el pequeño grupo de tiendas.

Los padres de Stavin la esperaban fuera, junto a la entrada de la tienda. Se mantenían en un grupo compacto, defensivo y silencioso. Por un momento Serpiente pensó que habían decidido echarla. Luego, con un miedo que hacía que sintiera como si le hubieran aplicado un hierro candente sobre la boca, preguntó si Stavin había muerto. Ellos negaron con la cabeza y la llevaron al interior.

Stavin estaba en la misma posición que le dejara la noche anterior, todavía dormido. Los adultos la siguieron con la mirada y pudo oler el miedo. Bruma sacó la lengua, poniéndose inquieta por el peligro que aquello implicaba.

—Sé que querríais quedaros —dijo Serpiente—. Sé que querríais ayudar, si pudierais, pero no hay nada que nadie, salvo yo, pueda hacer. Por favor, volved afuera.

Se miraron entre sí y luego a Arevin, y ella pensó por un momento que iban a negarse. Serpiente deseaba dormir.

—Vamos, primos —dijo Arevin—. Estamos en sus manos. —Apartó la lona de la entrada de la tienda y les instó a salir. Serpiente se lo agradeció con la mirada y él casi sonrió. Luego se volvió hacia Stavin y se arrodilló junto a él.

—Stavin... —Le tocó la frente; estaba muy caliente. Se dio cuenta de que tenía la mano más firme que antes. Aquel ligero toque despertó al muchacho—. Ya ha llegado el momento —dijo Serpiente.

El parpadeó, saliendo de sus sueños de niño, y la miró, reconociéndola poco a poco. No parecía asustado, lo cual agradeció Serpiente. Por alguna razón que no podía identificar, se sentía incómoda.

—¿Me va a doler?

—¿Te duele ahora?

El vaciló, apartó la mirada y luego volvió a ponerla sobre ella.

—Sí.

—Puede que te duela un poco más. Pero espero que no. ¿Estás preparado?

—¿Puede quedarse conmigo Hierba?

—Claro que sí —contestó ella.

Y entonces se dio cuenta de lo que no iba bien.

—Volveré en un momento. —Su voz había cambiado tanto que el niño se asustó. Ella salió de la tienda, caminando lenta, tranquilamente, conteniéndose a cada paso. Fuera, los padres mostraban con sus expresiones el temor que sentían.

—¿Dónde está Hierba? —Arevin, que le daba la espalda, se sorprendió por el tono de su voz. El marido más joven lanzó un extraño sonido y apartó su vista de ella.

—Estábamos asustados —dijo el marido más viejo—. Pensábamos que podría morder al niño.

—Creí que lo haría. Fui yo. Se le subió a la cara y vi sus dientes... —La mujer puso las manos en los hombros del marido más joven y él ya no dijo nada más.

—¿Dónde está? —Hubiera deseado gritar, pero no lo hizo.

Ellos le tendieron una pequeña bolsa abierta. Serpiente la cogió y miró dentro.

Allí estaba Hierba, casi partida en dos, temblando. Se revolvió una vez y sacó la lengua. Serpiente profirió un sonido demasiado sordo para haber sido un grito. Esperaba que sus movimientos fueran solamente reflejos, pero la sacó lo más cuidadosamente que pudo. Se inclinó y tocó con los labios las suaves escamas verdes que tenía tras la cabeza. Luego la mordió rápida y agudamente en la base del cráneo. La sangre manó fría y salada a su boca. Si no estaba ya muerta, la había matado instantáneamente.

Miró a los padres, y a Arevin. Todos estaban pálidos, pero no sentía dolor alguno por su miedo.

—Un ser tan pequeño —dijo—. Un ser tan pequeño, que sólo proporcionaba placer y sueños. —Les miró un instante más y regresó a la tienda.

—Espera... —Oyó la voz del marido más viejo que se le acercaba. Luego le tocó en el hombro, pero ella apartó su mano—. Te daremos todo lo que deseas —dijo—, pero deja al niño.

Ella le replicó, dominada por la furia:

—¿Crees que mataría a Stavín por la estupidez de sus padres? —Pareció que él iba a detenerla por la fuerza, pero ella hundió su hombro en su estómago y se dirigió a la tienda. Ya dentro, dio una patada a la caja. Colérica por aquel brusco despertar, Arena reptó fuera. Cuando el marido más joven y la mujer intentaron entrar, Arena silbó y siseó con una violencia que jamás antes había visto Serpiente. Ni siquiera se molestó en mirar tras ella. Escondió la cabeza entre los brazos y comenzó a llorar, procurando que Stavín no la viera. Luego se arrodilló junto a él.

—¿Qué sucede? —preguntó él, que oía voces y carreras fuera de la tienda.

—Nada, Stavín —dijo Serpiente—. ¿Sabías que vinimos cruzando el desierto?

—No —contestó él, sorprendido.

—Hacía mucho calor y ninguna de nosotras tenía qué comer. Hierba está cazando

ahora. Tenía mucha hambre. ¿Me perdonarás y me dejarás comenzar? Yo estaré aquí todo el tiempo.

El estaba muy cansado. No parecía muy de acuerdo, pero no tenía fuerzas para discutir.

—Bueno. —Su voz manaba como arena entre los dedos.

Serpiente se quitó a Bruma de los hombros y apartó la manta que cubría el pequeño cuerpo de Stavin. El tumor estaba en la caja torácica y le había deformado y afectado sus órganos vitales, tomando el alimento que el niño ingería para su propio crecimiento, envenenándole con sus desechos. Sujetándole la cabeza, Serpiente dejó que Bruma se le acercara, tocándole y probándole. Tenía que impedir que la cobra atacara; estaba agitada. Los ruidos de Arena la excitaban. Serpiente trató de tranquilizarla; las respuestas adecuadas resultantes del adiestramiento comenzaron a producirse, superando los instintos naturales. Bruma se detuvo cuando su lengua se posó sobre el tumor y Serpiente la dejó.

La cobra se irguió, y atacó y mordió como muerden las cobras, contrayendo sus anillos, relajándolos, volviendo a morder, sujetando a su presa. Stavin gritó, pero no se movió. Serpiente le estaba sujetando.

Bruma introdujo el contenido de sus sacos de veneno en el niño y le dejó. Luego se irguió, miró a su alrededor y se deslizó marcando una línea perfecta hacia su caja.

—Ya está, Stavin.

—¿Voy a morirme ahora?

—No —dijo Serpiente—. Ahora no. Y espero que no mueras en muchos años. —Extrajo un frasquito de polvos del bolsillo de su cinturón—. Abre la boca. —Él obedeció y Serpiente extendió su contenido por la lengua—. Esto disminuirá el dolor. —Acto seguido le limpió la sangre de las heridas que le había hecho la cobra. Luego le dio la espalda.

—Serpiente, ¿te vas?

—No me iré sin decirte adiós. Te lo prometo.

El niño se tumbó otra vez, cerró los ojos y dejó que la droga hiciera efecto.

Arena estaba enroscada tranquila. Serpiente dio una patada contra el suelo para llamarla. El reptil se dirigió hacia ella y le permitió que la encerrara en la caja. Serpiente oyó ruidos fuera de la tienda. Los padres de Stavin y las personas que habían venido para ayudarlos abrieron la lona que cubría la entrada y penetraron en el interior.

Serpiente dejó su caja de cuero.

—Ya está.

Arevin estaba entre ellos, pero no llevaba ningún arma en las manos.

—Serpiente... —dijo con rabia, piedad, confusión, y Serpiente no hubiera podido decir qué era lo que sentía. Entonces él se volvió. La madre de Stavin estaba junto a él. Arevin la tomó por los hombros—. Sin ella, él hubiera muerto. Pase lo que pase ahora, él hubiera muerto.

Ella le apartó las manos.

—Podía haber vivido. Podía habersele pasado. Nosotros... —No pudo seguir hablando y se echó a llorar.

Serpiente vio cómo la gente la rodeaba. Arevin dio un paso hacia ella y luego se detuvo. Serpiente pudo darse cuenta de que él deseaba que ella se defendiera a sí misma.

—¿No puede ninguno de vosotros llorar? —preguntó—. ¿No puede ninguno llorar por mí y mi desesperación, o por ellos y su culpa, o por las cosas pequeñas y su dolor? — Sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

No la comprendieron; les ofendió su llanto. Se retiraron un poco, pues todavía la temían, pero siguieron dispuestos a atacar. Ella ya no necesitaba fingir calma.

—Ah, locos. —Su voz era frágil—. Stavin... La luz de la entrada les sorprendió.

—Dejadme paso.

Las personas que había frente a Serpiente se hicieron a un lado para dejar paso a su jefa. Esta se detuvo frente a Serpiente, ignorando la caja que había en el suelo y que casi tocó con el pie—. ¿Va a vivir Stavin? —Su voz era serena, tranquila y amable.

—No puedo estar segura —contestó Serpiente—. Pero creo que vivirá.

—Dejadnos. —Entonces la gente comprendió las palabras de Serpiente como antes lo había hecho su jefa; se miraron entre sí y bajaron las armas; finalmente, uno a uno fueron saliendo de la tienda. Arevin se quedó dentro. Serpiente sintió que la fuerza que se extrae del peligro la abandonaba. Sus rodillas cedieron. Cayó sobre la caja con la cara entre las manos. La mujer más vieja se arrodilló delante de ella antes de que Serpiente pudiera darse cuenta de lo que sucedía o prevenirla.

—Gracias —dijo—. Gracias. Lo siento tanto... —Rodeó a Serpiente con los brazos y la atrajo hacia sí; entonces Arevin se arrodilló junto a ellas y abrazó a Serpiente también. Serpiente comenzó a temblar de nuevo y ellos la sostuvieron mientras lloraba.

Más tarde quedó dormida, exhausta, en la tienda junto con Stavin, mientras le sostenía la mano. La gente había cazado pequeños animales para Arena y Bruma. Le habían dado comida y agua suficiente para que se bañara, aunque esto último debía haber agotado sus reservas.

Cuando se despertó, Arevin estaba durmiendo junto a ella, con la túnica abierta y un rastro de sudor sobre el pecho y el estómago. La severidad de su expresión se había desvanecido con el sueño; ahora parecía exhausto y vulnerable. Serpiente fue a despertarle, pero se detuvo, movió la cabeza y se giró hacia Stavin.

Observó el tumor y comprobó que había comenzado a disolverse, agonizante, pues el veneno de Bruma lo había afectado. En medio de su tristeza, Serpiente experimentó una cierta alegría. Retiró el suave y pálido cabello de Stavin de su cara.

—Me gustaría no tener que volver a mentirte, pequeño —susurró—, pero tengo que partir en seguida. No puedo permanecer aquí. —Hubiera deseado dormir otros tres días para acabar de sobreponerse a los efectos del veneno de la víbora de los matorrales, pero podría dormir en cualquier otro lugar—. ¿Stavin?

El se despertó a medias.

—Ya no me duele —dijo.

—Me alegro.

—Gracias...

—Adiós, Stavin. ¿Recordarás después que te desperté y te dije adiós?

—Adiós —dijo él, soñoliento—. Adiós, Serpiente. Adiós, Hierba. —Y cerró los ojos.

Serpiente cogió la caja y se quedó mirando a Arevin. El siguió durmiendo. Entre triste y aliviada, salió de la tienda.

Fuera, el campamento estaba cálido y tranquilo. Encontró a su *pony* rodeado de comida y agua. Cantimploras de piel nuevas y llenas estaban colocadas en el suelo junto a la silla de montar y sobre ésta habían puesto ropas apropiadas para el desierto, pese a que Serpiente se había negado a que le pagaran de ninguna forma. El *pony* atigrado se acercó a ella. Serpiente lo acarició entre las orejas, le colocó la silla y dispuso su equipo sobre su lomo. Tomándolo por las riendas lo dirigió hacia el oeste, al camino por donde había venido.

—Serpiente...

Ella respiró profundamente y se volvió a mirar a Arevin. Estaba de cara al sol y tenía el rostro encendido. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros, lo que le dulcificaba la cara.

—¿Has de marcharte?

—Sí.

—Esperaba que no te irías antes de... Esperaba que te quedases algún tiempo...

—Si las cosas hubieran sido diferentes, me hubiera quedado.

—Estaban asustados...

—Les dije que Hierba no les haría daño, pero vieron sus colmillos y no sabían que lo único que podía provocar eran sueños y un buen morir.

—¿Pero no puedes perdonarlos?

—No puedo afrontar su culpa. Lo que hicieron fue por culpa mía, Arevin. No los comprendí hasta que fue demasiado tarde.

—Tú misma dijiste que no podías conocer las costumbres y los miedos de todos.

—Me siento mutilada —dijo ella—. Sin Hierba no podré ayudar a la gente. Debo regresar a mi casa y enfrentarme a mis profesores, y espero que ellos perdonen mi estupidez. No conceden a casi nadie el nombre que yo llevo, pero a mí me lo dieron..., y ahora se sentirán decepcionados.

—Deja que vaya contigo.

Ella lo deseaba; vaciló, y se reprochó a sí misma aquella debilidad.

—Ellos se quedarán con Bruma y con Arena y a mí me echarán. Y puede que a ti te echaran también. Quédate aquí, Arevin.

—No importa.

—Sí importa. Al cabo de un tiempo terminaríamos odiándonos. Yo no te conozco, y tú no me conoces. Necesitamos calma, tranquilidad y tiempo para comprendernos bien.

El avanzó hacia ella y la rodeó con los brazos, y así permanecieron durante un rato. Cuando Arevin levantó la cabeza, había lágrimas en sus ojos.

—Vuelve, por favor —le rogó—. Pase lo que pase, vuelve.

—Lo intentaré —dijo Serpiente—. La próxima primavera, cuando se detengan los vientos, espérame. Si no he regresado, olvídate. Donde yo esté, si vivo, te olvidaré.

—Te buscaré —dijo Arevin, y no quiso prometer nada más. Serpiente puso en marcha su caballo y comenzó a cruzar el desierto.

UNA GALAXIA LLAMADA ROMA

Barry N. Malzberg

A Galaxy Called Rome

1

Esto no es una novela corta sino una serie de notas inconexas. Tampoco puede ser simplemente una novelita, porque los hechos pertenecen a otros tiempos muy diferentes de los nuestros, y sólo podrían entenderse mediante el idioma y los inventos de su época.

Así, en virtud de esta razón y otras muy personales, incluso para esta especie de confesión auténtica, la obra que les presento apenas es algo más que una serie de datos con destino a algo menos solemne que una novela y que, como le sucede al autor, nunca formará un conjunto homogéneo.

2

La obrita se basa en dos trabajos del difunto John Campbell —durante treinta y tres años director de *Astounding-Analog*—, escritos poco antes de su muerte, acaecida el día 11 de julio de 1971. Estos trabajos aparecieron como artículos de fondo de su revista ese mismo año; creo que el segundo de ellos fue el último que llevó su firma. En ellos, el autor imaginó la formación de una galaxia negra como resultado de la implosión de una estrella de neutrones, implosión tan poderosa que las fuerzas gravitatorias desencadenadas no sólo retendrían luz, sino espacio y tiempo.

Una galaxia llamada Roma es el título impuesto por la narración y no por mí, puesto que el autor imaginó que una nave espacial quedaría atrapada en dicha galaxia negra, debido a que la velocidad de escape tendría que ser superior a la de la luz. Y como todos los caminos, de forma inexorable, conducirían a esta galaxia y ninguno fuera de ella, el título *Una galaxia llamada Roma* no puede ser más acertado.

3

Imaginemos, pues, una nave espacial tan veloz como la luz, que cayese en dicha galaxia y no pudiera escapar. La caída sería fácil o, al menos, inevitable, porque una de las características de la galaxia negra sería su *invisibilidad*, como también sería invisible te nave. Entonces, la historia giraría en torno a los esfuerzos de la tripulación para escapar de allí. La nave de nuestro relato ha sido bautizada con el nombre de *Skipstone*. Quedó terminada en el año 3893. Hasta ponerla en funcionamiento murieron quinientas personas, pero entonces la vida tenía menos valor que el que hoy día tiene.

A solas con mis propias fuerzas, yo podría estar menos interesado en el problema de la fuga galáctica que en el de los elementos que componen el relato: luz generada en un sector anterior del Universo; sumisión a los componentes de la obra, desesperación irónica y literaria por parte de los personajes. Sin embargo, esto no es

ciencia ficción. La ciencia ficción la creó Hugo Gernsback para enseñarnos el modo de salir de un atolladero tecnológico. Y así es.

4

Pese al interés que ofrecía el material a emplear, me sentí abrumado ante esta serie de notas, pensando que jamás podría sacar de ellas una obra completa y cuidada. Mi vida personal es un agujero negro, que me gustaría llenar (pero ¿quién se interesaría?); mis hijas representan una implosión más perfecta y duradera que cualquier estrella de neutrones, y el sonido de los *pulsars* no es nada en comparación con la musiquilla de la pista donde se exhiben los caballos del hipódromo Acueducto del Parque Ozono, Queens, un buen martes cualquiera de la época estival.

Podría haber dicho «basta» a los conceptos raros, a las distancias infinitas, a las apariciones bruscas de los *quasars*, a los mensajes retransmitidos de uno a otro de los brazos de la nebulosa espiral... Ya sé que algunos encuentran ahí la gran verdad, pero yo no. Prefiero dedicar los años que me restan de vida (mi elemento melodramático) a comprender las desdichas de esta ciudad aburguesada del norte de New Jersey, hasta que logre interpretar como deseo a Ridgefield Park, la ciudad en cuestión, en lugar de tratar de la propagación de la fisión nuclear, que libera gases cada vez más pesados.

En consecuencia, decidí escribir esta novelita, o mejor esta serie de notas, aunque con algún temor, si bien esto ni me destroza ni me duele, ya que mi vida no es más que una serie de notas deslavazadas de mi existencia, y Ridgefield Park es tan sólo un tosco remedo de Trenton, en donde varios miles de personas que no saben distinguir la mano derecha de la izquierda, viven junto con abundante ganado.

5

Nos hallamos en el año 3895. La nave espacial *Skipstone*, durante un vuelo de exploración a través de las galaxias mayores y menores que rodean la Vía Láctea, se ve atraída por una galaxia negra de una estrella de neutrones, y se pierde para siempre.

El capitán de la nave, único ser vivo consciente de ello, es su comandante, una mujer llamada Lena Thomas. La bodega de la nave contiene quinientos quince muertos, inmersos en una masa gelatinosa que absorbe los rayos gamma. Estos rayos, en un momento dado del futuro, acelerarán su reanimación. Asimismo, otra parte de la bodega contiene los clones de siete ingenieros científicos, de ambos sexos, que podrían ser reanimados al menor fallo de los mandos de la nave, para darle a Lena no sólo respuestas a los problemas técnicos que pudieran presentársele, sino también

para hacerle compañía durante las largas y monótonas horas de la travesía del *Skipstone*.

Sin embargo, Lena no utiliza esos clones, ni juzga necesario hacerlo. Es muy hábil y competente, al menos en relación con las tareas rutinarias de este vuelo de pruebas, y cree que pedir ayuda significaría admitir cierta debilidad por su parte, lo cual se comunicaría al departamento, y haría disminuir sus posibilidades de ascenso. Tiene razón, porque el departamento ha colocado monitores en todos los compartimientos de la nave, tanto visual como biológicamente, y Lena no puede hacer nada, no puede ver nada que no sea visualizado por el departamento. Los jefes no se forjarían una excelente opinión de la comandante si pidiera ayuda a los clones. Lena piensa más en los embalsamados: su estado inestable en la bodega de la nave, cuando ésta avanza a propulsión taquiónica, parece semejante al suyo, y eso les acerca a ella; la privación de la conciencia carece de importancia, en el hiperespacio. Si Lena pudiese olvidar su condición les dirigiría la palabra. Pero debido a su estado de muertos, se ve obligada a imaginar diálogos mientras vigila los monitores, contempla el arco iris del hiperespacio y observa la colisión espectral.

Sin embargo, el silencio no le sirve de nada, y lo cierto es que Lena, a veces, habla incesantemente, aunque sólo sea consigo misma. Esto es magnífico, porque una historia ha de tener diálogo; los incidentes dramáticos quedan mejor plasmados con una acción directa, y la necesidad compulsiva de Lena la impulsa, de cuando en cuando, a afirmar su soledad, de modo que su relación con los espacios que recorre satisface esta necesidad.

Naturalmente, en sus monólogos se dirige a los embalsamados, algunos de los cuales llevan muertos ochocientos años, otros unas semanas, pero todos están dispuestos en la bodega, esperando su resurrección, de acuerdo con la posición que tuvieron en vida y según su cuenta bancaria para abonar el retorno a la existencia.

—Considerad lo qué ocurre aquí.

Nota que a través de las ventanillas, en la bodega los colores brillan en las muñecas de los muertos, y que los colores danzan en el aire. Los ojos de Lena están muy abiertos, como enloquecidos por tanta luminosidad, lo cual no significa que ella esté loca, sino que se debe a la disposición del hiperespacio, puesto que en éste el efecto Michelson-Morley forja una realidad tanto física como psicológica.

—También yo podría estar muerta ocupando vuestro lugar y vosotros estar en mi camarote. Veríais girar los colores, tan de prisa, tan de prisa o más aprisa aún que la velocidad de la luz.

En realidad, los efectos deslizantes y cambiantes del impulso taquiónico son tales que Lena acaba de proclamar una verdad.

Los muertos viven; los vivos están muertos, y todos se deslizan y agrupan, como ha dicho ella; y si no fuera porque los polos objetivos de la conciencia de los muertos se hallan asegurados por tantos años de adiestramiento y disciplina, lo mismo que los de ella están fijos por un adiestramiento y disciplina diferentes, Lena presionaría las

correspondientes palancas para arrojar a los muertos uno a uno al amplio ataúd del espacio, cosa que sólo está permitida como emergencia en los casos más graves, y cuyo resultado sería, al regreso, su inmediata expulsión del departamento. Los muertos son una mercancía muy valiosa; en esencia, son el precio de los experimentos y, por lo tanto, han de manejarse con suma delicadeza.

—Yo os cuidaré con gran solicitud —afirma Lena en el hiperespacio— y jamás os abandonaré, pequeños paquetes de mi diminuta prisión.

Lena continúa hablando y canturreando mientras la nave prosigue su viaje a más de un millón de kilómetros por segundo, siempre acelerando y, sin embargo, aparte de los colores, la náusea y los giros desorientadores, su propia demencia creciente y el lugar de acción de esta historia, Lena podría estar ahora mismo en la avenida Lenox, a la hora punta, caminando lentamente calle arriba, mientras los círculos enfermizos avanzan dentro del coche evanescente en las entrañas del verano.

6

Lena tiene veintiocho años. A casi dos mil años en el futuro, cuando el hombre ya ha establecido colonias en cuarenta planetas de la Vía Láctea y cuando ha superpoblado el sistema solar y se ocupa en experimentos de velocidades superiores a la de la luz, con el fin de poder trasladarse a otras galaxias, la ciencia médica de la época no es muy superior en conocimientos a la nuestra: la existencia humana no se ha alargado notablemente ni tan siquiera han sido extirpadas las dolencias que la humanidad denomina congénitas. La mayoría de los embalsamados tenían al morir ochenta o noventa años, y algunos, los más recientes, llegaban casi a los cien, pero el promedio de vida sigue siendo de ochenta años, o algo menos, y la mayoría fallece aún de cáncer, ataques cardíacos, dolencias renales, embolias y otras enfermedades similares. Existe cierta ironía en que el hombre haya podido poner un pie firme en su galaxia, haya solucionado los misterios de la velocidad hiperlumínica y, no obstante, ignore aún los misterios de su propia biología, igual que en el pasado de su historia. Claro que todos los sociólogos saben que los que viven dentro de una cierta cultura son los menos calificados para hacer crítica de ella (porque han asimilado por completo las leyes de dicha cultura, incluso la crítica), y Lena entiende tan poco esta ironía como el lector que no sepa apreciar la profunda y metafísica paradoja de la narración, que es ésta: la mayor velocidad de vuelo, el ensanchamiento del espacio, el mayor progreso, la mayor sensibilidad, no han dado como resultado ninguna expansión definible de los límites de la conciencia y la personalidad, y lo único que significa la velocidad hiperlumínica para Lena es un agobiador e interminable encarcelamiento.

Es importante comprender que ella no es más que un técnico; que, aunque es muy hábil y durante muchos años se ha adiestrado en el departamento como piloto, en

realidad no necesita estar en posesión de los conocimientos técnicos de los científicos de nuestra época; su trabajo es, esencialmente, de conducción y sondeo, cosa que podría hacer cualquier adolescente; y todo su adiestramiento no le ha suministrado la protección necesaria contra el aburrimiento y la depresión propias de su oficio.

Cuando finalice esta prueba, regresará a Urano, donde le concederán seis meses de vacaciones. Lo está anhelando. Espera esta oportunidad. Sólo tiene veintiocho años y ya está harta de ser enviada con los muertos a través del espacio durante varias semanas seguidas, pues le gustaría ser, al menos por algún tiempo, una mujer joven. Le gustaría vivir tranquila. Le gustaría ser amada. Le gustaría sentirse sexual.

7

Sí, hay que escribir algo referente al sexo en este relato, aunque sólo sea por la condición femenina de su protagonista (donde no sirve la asepsia), lo cual entra en la mejor tradición de la moderna literatura de ciencia ficción, en la que hay que hacer concesiones a toda la gama de las necesidades humanas, a toda la gama de la conducta humana, por lo que sería torpe y propio de un novato ignorar este tema.

Ciertamente, podrían describirse escenas fáciles de gran efecto: Lena masturbándose mientras contempla por las ventanillas los planos coloreados del hiperespacio; Lena soñando ansiosamente en el intercambio sexual, mientras se frota inconscientemente los pezones, y la nave se hunde cada vez más (sin ella saberlo todavía) en la galaxia negra, siendo ésta como un símbolo de absorción vaginal, cuyas implicaciones freudianas no pueden ser ignoradas en esta historia... Incluso es fácil imaginarse a Lena cayendo hacia los expulsos, en los horrores de su pánico hacia la galaxia negra, con el fin de abrazar a un muerto, es decir, crear una fantasía necrofílica mientras el cuerpo se incorpora lentamente en su reluciente gelatina; el modo cómo sus ojos se abren al darse cuenta de que es una necrofílica... ¡Oh, sí, ésta sería una escena poderosa, pues casi todo lo que se refiere al sexo en el espacio es poderoso! También habría que considerar los efectos del hiperespacio sobre el orgasmo. ¿Sería éste allí tal como lo conocemos y adoramos aquí, o algo completamente distinto, tal vez detumesciente, tal vez una exaltación? A ser posible, me enfrentaría valientemente con este tema, construyendo al efecto un diálogo eficaz y maravilloso.

—Por favor —exclamaría Lena al final, presa por la música de su encarcelamiento, como yendo hacia ella, como arrastrándola a su extinción—, por favor, todos necesitamos el sexo, y es él quien nos envía al espacio; el sexo es lo único que cuenta para la humanidad, y yo lo necesito, sí, lo necesito, ¿entendéis?

Y haría que sus dedos entrasen y saliesen de sus zonas húmedas.

Pero esto, naturalmente, no tendría éxito, al menos en el relato que intento expresar. El espacio es aséptico; éste es el secreto de la ciencia ficción desde hace

cuarenta y cinco años. No son el engaño, la audacia juvenil o la censura los que han privado a esta literatura de la sexualidad humana, sino el hecho de que en los puros espacios abismales, entre las estrellas, no tiene cabida alguna el sexo, esa demostración de nuestra perversa e irremplazable humanidad. Por algo nuestros astronautas nos hablaron, a su regreso, de su visión de los otros mundos; por algo se tambalearon dentro de sus engorrosos trajes espaciales al recibir el saludo de los coroneles; por algo efectuaron todos esos matrimonios; por algo aquellos chicos padecieron tensiones tan horribles. Sencillamente, en el espacio no hay sitio para el sexo. No encaja. Lena lo comprendería.

—Jamás pensé en el sexo —afirmaría—. Jamás pensé en él ni una sola vez, ni siquiera al final, cuando todo daba vueltas a mi alrededor y yo también danzaba.

8

Por consiguiente, es necesario caracterizar a Lena de otro modo, y esta oportunidad sólo se presentará en el momento de la crisis, cuando el *Skipstone* sea arrastrado hacia la galaxia negra de la estrella de neutrones. Este momento tendrá lugar muy pronto en esta historia, tal vez después de quinientas o seiscientas palabras (la vida anterior de Lena en la nave y sus impresiones sobre el hiperespacio llegarán en fragmentos intercalados entre párrafos de acción), y la única indicación de lo sucedido será un profundo y tambaleante estremecimiento en las entrañas de la nave donde yacen los embalsamados, momento en que Lena sentirá la caída.

Para entender esta sensación es importante explicar antes algo del hiperespacio normal, del salto propulsor, que consiste solamente en correr las cortinillas y quedarse en un compartimiento. En el hiperespacio no existe la sensación del movimiento, no puede existir, porque el impulso lleva al *Skipstone* más allá de los conceptos de luz y sonido, a una zona en que no hay que entender ningún lenguaje ni registrar glándula alguna.

Si corriese las cortinillas (cosa curiosa, son semejantes en sus flecos y dibujos a las que podemos ver actualmente colgadas en los hogares de la clase media como el que yo habito), se vería privada de toda sensación, pero no puede correrlas; ha de mantenerlas descorridas, y por los ojos de buey ve la apoteosis de color a que antes he aludido.

Dentro existe una profunda y dolorosa desgracia; la sensación de una pérdida terrible (lo cuál explicaría por qué Lena piensa en la revivificación de los muertos), que puede atribuirse a los efectos hiperespaciales sobre el cuerpo humano; pero esta sensación puede estar oculta, no ser visible desde fuera, y puede controlarse completamente por los tipos flemáticos que suelen ser casi todos los pilotos de esos vuelos experimentales. (Lena también es flemática. Reacciona mejor al agotamiento que algunos de sus colegas, aunque siempre dentro de lo prescripto por el

departamento, que ordena llevar a cabo sólo una comprobación superficial.)

Los efectos de la caída a la galaxia negra son, no obstante, totalmente diferentes, y es aquí donde las cualidades emocionales de Lena quedan completamente aniquiladas.

9

En este punto de la narración hay que aclarar gran cantidad de datos físicos, astronómicos y matemáticos, con la esperanza de que, en cierto modo, proporcionen la base científica de la historia, sin fatigar al lector.

Naturalmente, no hay que preocuparse mucho por su cansancio, puesto que la mayoría de los que leen ciencia ficción desean enterarse, precisamente, de esta clase de datos (aunque a menudo se ven defraudados y más a menudo todavía son incapaces de entenderlos), por lo cual pueden soportar tal tipo de lectura mucho más tiempo que los lectores de las novelas de John Cheever, quienes apenas soportan las diatribas insertadas en la perenne visión de la Gehenna, que es el gran don de Cheever para sus admiradores. De este modo, sería posible dar a conocer sin fallo alguno los siguientes datos, que quedarían totalmente separados del argumento y serían expuestos de esta manera:

En otras galaxias hay estrellas de neutrones, estrellas que son cuatrocientas o quinientas veces mayores que nuestro Sol y que los demás soles «normales», las cuales, en su constante proceso nuclear, arden continuamente para mantener su luminosidad; dichas estrellas caen o se destruyen al cabo de sólo diez o quince mil años de difícil existencia, en tanto su hidrógeno se fusiona con el helio, luego con el nitrógeno y por fin con elementos más pesados, hasta que se produce, tratando de conservar una fuerza que ya no existe, una espantosa implosión, en la cual las estrellas chocan entre sí y originan una catástrofe cósmica.

Catástrofe no sólo para las estrellas, sino para toda la galaxia de la que forman parte, ya que la fuerza gravitatoria creada por la implosión es tan enorme que literalmente se traga toda su luminosidad. Y no sólo traga la luminosidad sino también el sonido y las propiedades de todas las estrellas, en este gran embudo de fuerzas gravitatorias, de modo que la galaxia se ve succionada hacia el centro de gravedad creado por el colapso del sistema, y absorbida hacia el estremecido y desesperado corazón de la estrella extinguida.

Es posible deducir varias conclusiones de la existencia de estas estrellas de neutrones, y es seguro que las mismas existen, puesto que sabemos que precisamente por este efecto se han originado muchas *novas* y *supernovas*, no por una *ex* sino por una *implosión*, y algunas de tales conclusiones son:

a) Las fuerzas gravitatorias creadas absorben todas las partes de la galaxia que se hallan dentro de su radio de acción; y a causa del campo gravitatorio, la galaxia es

invisible, ya que esas fuerzas, como se ha dicho, atraen su propia luz.

b) La estrella de neutrones, que funciona como una barrenadora mecánica cósmica, podría destruir literalmente el Universo. Es posible que éste se halle ahora mismo en proceso de destrucción, en tanto que cientos de millones de soles y planetas se ven inexorablemente arrastrados hacia estas grandes vorágines. El proceso es lento, pero inexorable. Teóricamente, una estrella de neutrones podría absorber todo el Universo. Y hay más de una.

c) El Universo puede haber sido creado, inversamente, por esta clase de implosión, expulsando filamentos cósmicos que ahora son reabsorbidos, en un momento oscilante del tiempo, que para nosotros representaría muchos, muchísimos milenios, aunque para los cosmólogos sería un solo instante. El Universo puede ser un simple accidente.

d) Cosmología aparte, una nave atrapada en esta vorágine, o sea, en un «agujero negro» o galaxia invisible, arrastrada a su vez hacia la causa mortal que es la estrella de neutrones, no podría escapar a su fatal destino ni siquiera con una velocidad mayor que la

de la luz... porque incluso así sería absorbida la nave por la intensa fuerza gravitatoria, haciendo imposible conseguir ningún incremento de velocidad (que en aquel momento no excedería a la de la luz) que le permitiese escapar. Si la nave lograra huir del campo de fuerzas, sólo podría hacerlo por medio de un salto discontinuo producido por un impulso instantáneo, sin pasar por el proceso acelerador, lo cual enloquecería al ocupante de la nave que, de todos modos, tampoco gozaría de un destino muy claro. El agujero negro de la estrella muerta es, literalmente, un vacío en el espacio, y sería posible huir por dicho agujero, pero, en tal caso, ¿adonde iría la nave?

e) El hecho de estar un individuo dentro del campo de fuerzas de la estrella muerta podría enloquecerle.

Por todos estos motivos, Lena ignora que ha caído en la galaxia llamada Roma y que su nave se ve arrastrada. De saberlo, instantánea e irremediabilmente, se volvería loca.

Después de haber dado estos datos tecnológicos, y habiendo llegado ya el momento crucial del relato, o sea, la caída en la galaxia, ahora sería obligación del autor describir las sensaciones inherentes a la caída en la galaxia negra. Como se sabe muy poco, o nada, de estas caídas, aparte de que la gravitación suspendería con toda seguridad casi todas las leyes físicas, y quizá incluso el tiempo, puesto que éste es sólo una función de la física, sería fácil efectuar una descripción de tipo surrealista. Lena podría ver monstruos por los muros, tal vez dos monstruos bidimensionales,

pequeños recuerdos surgidos de su pasado; podría revivir plenamente su existencia desde el nacimiento hasta la muerte; podría, literalmente, cambiar anatómicamente de dentro afuera y ejecutar en imaginación o físicamente graves actos en sí misma; podría vivir y morir mil veces en la expansión del pozo sin luz y sin tiempo... Todo esto podría describirse sin salir de los límites de la historia, e indudablemente daría lugar a unos efectos maravillosos. El autor también podría hacerlo de manera picaresca, como un capítulo perverso o de locura... es decir, salpicar los párrafos con más datos sobre los excesos gravitacionales y el hecho de que las estrellas de neutrones (esto es muy interesante), probablemente sean los *pulsars* que se han identificado, estrellas que sólo pueden detectarse a distancias inimaginables, por ondas electromagnéticas, y no por la vista.

El autor podría hacer todo esto, y hacerlo bien, pues ya lo ha hecho centenares de veces, pero esto, naturalmente, no tendría en cuenta a la verdadera Lena. Esta tiene necesidades más imperiosas que las del autor, e incluso que los editores. Experimenta un terrible dolor. Está sufriendo.

Al caer ve a los muertos; al caer oye a los muertos; los muertos le hablan desde la bodega, gritando; —¡Suéltanos, suéltanos, estamos vivos, sentimos dolor, terribles tormentos!

En medio de la masa gelatinosa, con las extremidades distendidas, los dedos de manos y pies suturados a las membranas que les rodean, su descomposición ha quedado invertida lo mismo que la trampa en que han caído ha invertido el tiempo; y suplican a Lena que les libere de un martirio que, por su magnitud, no pueden describir; sus voces resuenan en el cerebro de Lena, suplicantes, sonando como extrañas campanas.

—¡Suéltanos! —chillan—. ¡Ya no estamos muertos! ¡Han sonado las trompetas!

Y así de manera interminable. Pero Lena no sabe qué hacer. No es más que la conductora de estos pasajeros muertos. No es una doctora especializada. No sabe nada de profilaxis ni de restauración, y cualquier cosa que hiciera para libertarlos de la gelatina que los aprisiona, seguramente destruiría su biología, cualquiera que fuese el estado de sus mentes.

Pero aun no siendo así, aunque al libertarles les concediese la paz, no puede hacerlo porque está sucumbiendo a sus propias preguntas. En el agujero negro, si se levantasen los muertos, los que ya estuviesen levantados quedarían ciertamente muertos; y Lena muere en el espacio, muere mil veces en un período de siete mil años (porque aquí no hay tiempo objetivo, toda vez que la cronología está dominada por la psiquis, y Lena posee mil vidas y mil muertes totales, lo cual es terrible y también interesante, porque en cada ciclo de muerte hay una vida de setenta años en los que ella puede meditar respecto a su condición en plena soledad); y por las doscientas muertes, los catorce mil años o más (o menos, puesto que cada vida es individual, unas largas, otras breves) Lena ha llegado a comprender exactamente dónde está y qué le ha ocurrido. Llegar a esta comprensión le ha costado catorce mil años, lo cual

es algo increíble, y no obstante, es una especie de milagro, porque en un Universo infinito con infinitas posibilidades, todas reconstruidas para ella, es altamente improbable que, incluso en catorce mil años, llegara a obtener la respuesta, a no ser porque es muy voluntariosa y porque algunas de las personalidades que ha vivido han sido muy creativas y dominantes y han sabido reflexionar seriamente. Además, y aunque con distintas entidades, existe como una relación entre una existencia y otra, por lo cual puede aprovecharse de los conocimientos de la vida anterior.

Casi todas las personalidades que encarna son débiles, y algunas locas, la mayoría son cobardes, pero siempre queda algo, un pequeño residuo, a veces lo suficiente como para trasvasar el conocimiento adquirido, de modo que al término de los catorce mil años, Lena comprenda la verdad de lo que ha ocurrido y de lo que está ocurriendo, y sabe qué ha de hacer para escapar de la trampa. Entonces reúne todas sus energías, toda la voluntad que aún conserva, Se dirige tambaleándose al cuadro de mandos (está en el año sesenta y ocho de su vida actual, con la personalidad de un hombre viejo y refunfuñón), y convoca a uno de los clones, el ingeniero jefe, el controlador. Mientras tanto, los muertos han estado chillando y atronando en sus oídos (catorce mil años de angustiosa agonía en la bodega), envolviéndola como con unos sudarios de hierro; y cuando el ingeniero jefe, exactamente igual a como ella le vio por última vez, catorce mil años y dos semanas antes, surge del cuadro de mandos mientras la maquinaria chirría suavemente, Lena jadea de alivio, demasiado débil para responder con alegría al hecho de que en el estado de antitiempo, antiluz y anticausalidad, la maquinaria aún funcione. Aunque es natural. La maquinaria funciona siempre, incluso en esta última y más terrible de todas las historias de ciencia ficción. No es la maquinaria lo que falla, sino quienes la manejan o, en última instancia, el Cosmos.

—¿Qué sucede? —indaga el ingeniero jefe.

La estupidez de la pregunta, su ingenuidad, su salida de tono, en medio del Infierno en que se debate Lena, la dejan atónita, pero luego comprende, en medio de su estupor, que el ingeniero jefe ha surgido sin memoria de las circunstancias, por lo que es preciso ponerle al corriente de la situación. Sí, es inevitable. Chillando, tambaleándose, Lena se lo cuenta con su voz masculina.

—¡Oh, es horrible! —exclama el ingeniero jefe—. ¡Verdaderamente horrible!

Y yendo hacia una escotilla se asoma a la galaxia negra, la galaxia llamada Roma. Una sola ojeada le deja rígido, para desintegrarse acto seguido, no porque haya fallado la maquinaria (la máquina nunca falla), sino porque ha recreado una substancia humana que no compaginaba con lo que el ha visto al asomarse.

Lena ha vuelto a quedarse a solas con los gritos de los muertos que conduce.

Comprendiendo instantáneamente lo que ha ocurrido (catorce mil años de reflexión pueden desencadenar una reacción temporal más rápida), va de nuevo al cuadro de mandos, mueve las palancas y produce otros tres clones, todos ingenieros casi de la misma categoría que el jefe. Su semejanza con los tres ángeles que

consolaron a Job no ha de echarse en olvido, pues de este modo habrá oportunidad de sacar alguna alegoría religiosa, cosa siempre útil en una historia ambiciosa, aunque en otro plano. Por más que no estén tan cualificados, ni se muestren tan categóricos en sus opiniones como el ingeniero jefe, son lo bastante inteligentes como para comprender las explicaciones de Lena, la cual añade que no deben asomarse a contemplar la galaxia. Por consiguiente, permanecen en sus posturas rígidas y curiosamente mortificadas, como aguardando a que Lena hable.

—De modo que —concluye ella, finalizando una larga y penosa explicación—, por lo que veo, la única forma de escapar a la atracción de esta galaxia negra es utilizar directamente la propulsión taquiónica sin pasar por ninguna clase de aceleración.

Los tres ángeles de Job asienten débilmente. Ignoran a qué se refiere Lena, y esto se debe a que no les respaldan catorce mil años de meditación.

—Al menos —agrega—, que vosotros sepáis algo más; al menos que opinéis de manera distinta. De lo contrario, estaremos aquí toda la eternidad y yo no puedo soportarlo. ¡Oh, no, catorce mil años ya son suficientes!

—Tal vez —sugiere el primer ángel—, sea éste tu destino. Tal vez, en cierto modo, estés determinando el destino del Universo. Al fin y al cabo, fuiste tú quien dijo que quizá esto fuese tan sólo un tremendo accidente, ¿no? Tal vez tu sufrimiento tenga una finalidad.

—Además —añade el segundo ángel—, hay que tener en cuenta a los muertos. Esto no resulta fácil para ellos estando vivos, y estas bruscas sacudidas podrían ser mortales, pero el salto inmediato a la propulsión taquiónica seguramente los destruiría. Al departamento no le gustaría esto, y tú saldrías muy perjudicada. No, yo en tu lugar me quedaría con los muertos.

Así habla el segundo ángel, y de la bodega parece elevarse un clamor, aunque es difícil distinguir si es de aprobación o de dolor. Los muertos no son muy expresivos.

—Por otra parte —continúa el tercer ángel consolador, apartando un mechón de pelos de los ojos y evitando mirar por la escotilla—, poco puede hacerse en esta situación. Has caído en una estrella de neutrones, un embudo negro, y esto se halla mucho más allá de la capacidad y de las posibilidades humanas. Si yo estuviera en tu lugar, aceptaría mi destino.

Su modelo es el de un científico que se ocupa en una teoría de los *quasars*, pero en la realidad parece un metafísico. Y añade:

—Hay momentos en los que el hombre no puede decidir sin verse gravemente castigado.

—Para vosotros es fácil hablar de este modo —comenta Lena con amargura, yendo en aumento su respiración jadeante—, pues no habéis sufrido como yo. Y existe al menos la posibilidad teórica de poder salir de aquí si obtengo la propulsión taquiónica sin aceleración previa.

—Pero ¿dónde aterrizarás? ¿Y cuándo? —pregunta el tercer ingeniero,

blandiendo un tembloroso índice—. Todas las leyes del espacio y del tiempo han quedado destruidas, y sólo subsiste la gravedad. Puedes caer en el centro de este sol, pero ignoras adonde saldrás ni en qué período de tiempo. Es inconcebible que salgas a un espacio normal en el tiempo que crees contemporáneo.

—No —confirma el segundo ingeniero—, yo no lo haría. Tú y los muertos estáis unidos y tu destino es quedarte con ellos. ¿Qué es la vida? En la galaxia Roma todos los caminos conducen al mismo lugar; bien, tienes mucho tiempo para considerar estas cuestiones y estoy seguro de que al final llegarás a una conclusión viable y muy interesante.

—¡Si quieres saberlo —prosigue el primer ingeniero, mirando fijamente a Lena —, opino que es mucho más noble que te quedes aquí; por lo que sabemos, tu condición da substancia y viabilidad al Universo. Tal vez seas tú el Universo. Sin embargo, sé que no piensas hacernos caso, por lo que no quiero discutir más este punto. No, no quiero.

Su tono es petulante y de pronto hace un gesto a los otros dos. Los tres se dirigen deliberadamente a la escotilla, apartan la cortinilla y se asoman. Antes de que Lena pueda impedirlo (y no está segura de quererlo, aunque pudiera), los tres han quedado reducidos a polvo.

Y Lena vuelve a quedarse sola con los chillidos de los muertos.

11

Es fácil colegir que los aspectos satíricos de la escena anterior poseen grandes implicaciones, y a menos que una mano muy hábil controle todo el material, la historia podría degenerar en una farsa en este momento. Es fácil, como sabe todo buen comediógrafo, elevar los temas más terribles y graves a escatología, o reducirlos a una farsa por el simple procedimiento de individualizarlos. Sería magnífico utilizar esa escena como un intermedio cómico, necesario en lo que es, al fin y al cabo, un cuento tremendamente deprimente, más aún cuando se ha utilizado toda la fuerza posible para grabar el mensaje de que el hombre se halla irremediabilmente empequeñecido por el Cosmos. (Cuando menos, éste es el mensaje más simple de los que tengo en la mente, pero ¿cuántos serían capaces de comprenderlo?)

Lo que salvará esta escena y la historia misma, será la descripción lúbrica de la galaxia negra, de la estrella de neutrones, de los efectos cambiantes que ejerce sobre la realidad percibida. Cada truco retórico, cada añagaza tipográfica, cada matiz de lenguaje que el autor consiga emplear, será utilizado en esta sección para describir la aparición del agujero negro y sus efectos sobre la conciencia (razonablemente distorsionada) de Lena. Será una visión oscura, pero no necesariamente sin esperanza; demostrará que nuestros conceptos de «belleza», «fealdad», «maldad», «bondad», «amor», y «muerte» sólo son metáforas limitadas semánticamente y

rodeadas por el pobre equipo de nuestros cerebros; y esto sugerirá que, en vez de mostrarnos una realidad alternativa o diferente, el agujero negro quizá sólo nos muestra la única realidad que conocemos, pero *ampliada*, infinitamente ampliada, de modo que la narración nos dé, como suele hacerlo la buena ciencia ficción, una luz sobre las posibilidades que hay más allá de nuestro alcance, posibilidades que no pueden encerrarse en una profusión de palabras ni en los problemas de la calificación editorial. Asimismo, este momento de la historia podría servir para describir a Lena de forma más «cálida», más «simpática», y para que el lector la vea como un ser humano distinto y admirable, totalmente serena ante todas las calamidades, ante los catorce mil años, ante sus doscientas vidas. Esto podría lograrse por medio de la técnica novelística convencional; la individualización a través de una definición de su idiosincrasia, sus trucos verbales, sus costumbres, sus modismos, etc.. En la novela cotidiana, le asignaríamos un tartamudeo, una peca en el seno izquierdo, el amor de un policía, el temor a los coches rojos, y así quedaría. En esta historia, debido a la considerable extensión del tema, será necesario hacer algo mejor, habrá que hallar originalidad en la idiosincrasia de Lena, en sus maravillas, en las sugerencias de la posibilidad panorámica, en la aproximación al agujero negro... pero no importa. No importa. Esto se puede lograr; la parte intercalada de Lena y su visión del agujero negro sería la más brillante, la más admirada, aunque en realidad la más fácil de toda la narración, y estoy seguro de que no tendría la menor dificultad en escribirla si, como dije antes, esto fuese una historia y no una serie de notas para una historia, puesto que la novela, repito, no puede escribirse más allá de nuestra época, nuestro tiempo, nuestro espacio y nuestra maquinaria, y en cambio sólo puede ser atisbada por pequeños destellos de luz, igual que Lena sólo puede vislumbrar el agujero negro, del cual sólo se sabe que es una estrella de neutrones y qué posee gravedad. Estas notas están tan cerca de la plena visión de la historia, como la proximidad a que Lena podrá llegar al centro del agujero negro.

Al finalizar esta parte, queda claro que Lena te tomado la decisión de abandonar la galaxia negra por medio del paso automático a la propulsión taquiónica. No sabe adonde saldrá ni cómo, pero sí sabe que no puede resistir sus sufrimientos por más tiempo.

Se dispone a manejar los mandos, pero antes es necesario reproducir su diálogo con los muertos.

12

Uno de ellos seguramente se nombra a sí mismo portavoz de todos y aparece delante de Lena en esta nuevo espacio, como en un sueño.

—Escucha —diría este difunto nacido en el año 3361 y muerto en 3401, tras aguardar ocho siglos a ser revivido en una sociedad que hubiera aprendido a curar la

leucemia (en lo cual se vería defraudado)—, tienes que enfrentarte con los hechos. No podemos continuar así. Es preferible la muerte que ya conocemos que la que proyectas darnos.

—He tomado mi decisión —replica Lena, con las manos sobre las palancas—. No habrá modo de disuadirme.

—Ahora estamos muertos —alega el leucémico—. Deja al menos que continúe esta muerte. En las entrañas de esta galaxia donde no existe el tiempo, gozamos de cierta clase de vida (o al menos, de no existencia), cosa que siempre hemos ansiado. Podría contarte multitud de cosas que hemos aprendido en esos catorce mil años, pero para ti no tendrían sentido. Hemos aprendido a resignarnos. Poseemos una gran visión interior. Naturalmente, todo esto se halla fuera de tu alcance y de tu comprensión.

—Nada está fuera de mi alcance ni de mi comprensión, nada en absoluto. Pero no importa.

—Todo importa. Incluso aquí existe la consecuencia, la causalidad, el sentido de humanidad, el de responsabilidad. Tú puedes suspender las leyes físicas, puedes suspender la misma vida, pero no puedes separar los imperativos morales de la humanidad, porque éstos son absolutos. Sería una apostasía marcharse de aquí.

—El hombre debe abrirse camino —objetó Lena—, el hombre ha de luchar, el hombre debe intentar librarse de las cadenas. Y seguir su destino, aunque en cualquier momento se destruya a sí mismo totalmente.

Tal vez este diálogo contenga demasiadas fiorituras. Sin embargo, ésta sería, más o menos, su verdadera expresión. Hay que hacer notar que al dar esta opinión convencional al carácter femenino, se lograrán otros niveles de ironía en que debe abundar la historia si ha de ser algo más que un cuento de terror, una cascada de inagotables maravillas, mostradas desvergonzadamente dentro de una tienda de feria... La ironía le prestará carácter de legitimidad.

—No me interesan los muertos —afirma Lena—, sólo los vivos.

—Entonces, ocúpate del Universo —le ordena el muerto—, ocúpate al menos del Universo. Al intentar huir del centro del agujero negro puedes desgarrar el tejido sin costuras del tiempo y del espacio. Puedes destruirlo todo. El pasado, el presente y el futuro. La explosión tal vez podría ampliar el embudo de la fuerza de gravedad hasta un tamaño infinito, y entonces todo el Universo se vería atraído al agujero.

Lena sacude la cabeza. Sabe que el muerto no es más que otra de las tentaciones que la rodean, otra tentación más maliciosa.

—¡Mientes! —grita—. ¡Este es sencillamente otro efecto de la galaxia Roma! ¡Yo soy responsable ante mí misma, sólo ante mí misma! ¡El Universo no cuenta!

—Esto es una racionalización —arguye el muerto al observar la exaltación de Lena y presintiendo su propia victoria—, y lo sabes tan bien como yo. No puedes ser tan egoísta. No eres Dios, puesto que no hay Dios, al menos aquí; pero si lo hubiese, no serías tú. Has de medir el Universo que te rodea.

Lena contempla al muerto, que le devuelve la mirada, y en aquel enfrentamiento, en la sombra de los ojos del leucémico, mientras pasan a través del efecto lascivo de la estrella de neutrones, Lena comprende que se hallan cerca de una terrible comunión que será como una soldadura, como una conexión... Sabe que si presta oídos al muerto un solo instante más, caerá en el interior de aquellos ojos, igual que el *Skipstone* cae en el agujero negro; y esto no puede soportarlo, no debe soportarlo. Ha de aferrarse a la creencia de que existe una separación entre los vivos y los muertos, y que en esta separación hay dignidad, que la vida no es la muerte sino algo diferente, y que si no puede aceptar este axioma se negará a sí misma...; y entonces, rápidamente, antes de poder reflexionar más, mueve las palancas que llevarán instantáneamente a la nave más allá de la velocidad de la luz; y en medio de la explosión de muchos soles que sólo arden en su corazón, Lena esconde la cabeza entre los brazos y se echa a llorar.

Y el muerto llora con ella, aunque no con un llanto de alegría ni de terror. Lloro con el verdadero llanto natal, suspendido entre los momentos del limbo, la vida y la muerte, y ambos llantos se funden en las entrañas del *Skipstone*, al ser éste lanzado a través de la luz redimida.

13

La historia acaba sin aclarar nada, naturalmente.

Tal vez Lena surja a su propio tiempo y espacio una vez más, no habiendo sido todo esto más que una especie de envoltura de la auténtica realidad. Tal vez salga en otro tiempo y otro espacio. También es posible que no salga nunca del agujero negro, sino que se quede a vivir allí, transformándose el *Skipstone* en un planeta del universo tubular de la estrella de neutrones, el primero o el último de una serie de planetas caídos hacia el sol muerto. Si esta historia ha de escribirse ordenadamente, si las ambigüedades se disponen con la debida correlación, si los datos tecnológicos están bien buscados y expresados, si el material se visualiza debidamente... entonces no importa lo que le suceda a Lena, a su *Skipstone*, y a sus muertos. Cualquier final servirá. Y bastará para emocionar y satisfacer al lector.

Sin embargo, hay un final inevitable.

El autor ve claramente (¿quién no?) que no puede escribir esta historia, pero que si lo hace le dará esta sola conclusión, el final claro e implicado realmente desde el principio, unido por entero al texto.

De modo que permitid que el autor obre así.

14

En la Infinitud del tiempo y del espacio todo es posible, y al ser vomitados del gran agujero negro, expulsados por el ano de la estrella de neutrones (a ser posible no desaprovecharé ninguna implicación freudiana), Lena y sus muertos adoptarán este Infinito, participando del vasto cuadro de sus posibilidades. Ahora se hallan en el grupo de Antares, temblando como la llama de una vela; están, en el corazón de Sirio, de la constelación del Can, y se hallan situados en el antiguo Imperio Romano, viendo cómo Jesús lleva su cruz a cuestas hacia el Calvario... y también están en una galaxia muerta e Inimaginable, a mil millones de años-luz de la Vía Láctea, con cien planetas habitables, cada cual con su Calvario... y ninguno está satisfecho.

Como seres humanos no pueden participar del Infinito; sólo pueden participar de lo que conocen. No pueden, habiendo sido creados por la mente del escritor, participar de lo que éste no sabe, sino tan sólo de lo que le rodea. Atrapados dentro de la conciencia del escritor, que es la penitenciaría de su ser, lo mismo que el escritor está atrapado en el *Skipstone* de su mortalidad, Lena y sus muertos surgen en el año 1975, en la ciudad de Ridgefield Park, New Jersey, y allí habitan en los cuerpos de sus quince mil habitantes, y allí están todavía, morando entre las refinerías, paseando por la calle Mayor, sentados en el teatro Rialto, comprando en los supermercados, aparejándose y abrazándose unos a otros en las implosionadas estrellas de sus lechos en esta noche, en este momento, tal como por casualidad el autor, también uno de ellos, los ha concebido.

Es inimaginable que Lena y sus muertos vinieran desde el corazón de la galaxia llamada Roma a vivir a Ridgefield Park, New Jersey; pero aún resulta más inimaginable que, de todos los Ridgefield Park de nuestra época, vengan, se reúnan y construyan las grandes maquinarias que nos llevarán a las estrellas, algunas de las cuales nos brindarán la muerte y otras la vida, algunas la nada absoluta, en tanto que las máquinas continuarán volando, volando siempre, y así, después de un período en nuestra verdadera época, también volaremos nosotros.

ESTACIÓN EXTRASOLAR

Damon Knight

Stranger Station

El estruendo metálico resonó en los ámbitos y en los corredores abovedados de la Estación. Paul Wesson se quedó escuchando un momento, mientras los ecos se apagaban. El cohete de mantenimiento había vuelto a Casa; lo habían dejado solo en la Estación de Extranjeros.

¡Estación de Extranjeros! El nombre mismo excitaba la imaginación. Wesson sabía que las dos estaciones orbitales habían recibido sus nombres de la administración británica hacía un siglo; la estación más grande y más baja se llamaba “la Casa” porque regulaba el tránsito entre la Tierra y sus colonias; la exterior se llamaba “de Extranjeros” porque estaba destinada específicamente para tratar con extranjeros... con seres de fuera del sistema solar. Eso no le restaba misterio a la Estación de Extranjeros, que giraba allá arriba sola en la oscuridad, esperando al visitante que llegaba cada dos décadas...

Un solo hombre, entre todos los billones que poblaban el sistema solar, tenía la tarea y el privilegio de soportar la presencia del extraño cuando éste llegaba. Las dos razas, según lo que Wesson había conseguido entender sobre el asunto, eran tan fundamentalmente distintas que el encuentro resultaba siempre penoso para ambas. Bueno, él se había ofrecido para hacer el trabajo, y pensaba que podría hacerlo bien; la recompensa era grande.

Había pasado por todas las pruebas, y contra sus propias expectativas le habían elegido. El personal de mantenimiento lo llevó hasta ese lugar, drogado, como un peso muerto; lo tuvieron así mientras trabajaban, y luego lo despertaron. Y se fueron. Lo dejaron solo...

...Pero no completamente solo.

—Bienvenido a la Estación de Extranjeros, sargento Wesson —dijo una voz agradable—. Le habla la red alfa. Estoy aquí para protegerlo y servirlo en todos sentidos. Si desea algo, no tiene más que pedírmelo.

Era un voz neutra, amistosamente profesional, como la de un buen maestro de escuela.

Wesson había sido advertido, pero aun así la cualidad humana de la voz lo sorprendió realmente. Las redes alfa eran la última palabra en cerebros robóticos: computadoras, mecanismos de seguridad, servidores personales, bibliotecas, todo simultáneamente, y además con algo tan parecido a “personalidad” “libre albedrío” que los especialistas aún no se habían puesto de acuerdo. Eran poco comunes, y fabulosamente caras; Wesson nunca había tenido contacto con una hasta ese momento.

—Gracias —le dijo al aire—. ¿Cómo quiere que la llame? No puedo estar diciendo: “Oiga, red alfa”.

—Uno de sus recientes predecesores me llamaba tía Red.

Wesson hizo una mueca. Red Alfa... tía Red. No le gustaban los juegos de palabras.

—Lo de tía está bien —dijo—. ¿Qué le parece si la llamo tía Jane? Era el nombre

de la hermana de mi madre; las voces se parecen un poco.

—Es para mí un honor —dijo cortésmente el mecanismo invisible—. ¿Quiere que le sirva algo ahora? ¿Un bocadillo? ¿Un trago?

—Todavía no —dijo Wesson—. Antes quiero ver un poco este sitio.

Wesson dio media vuelta y echó a andar. La red calló; aparentemente entendió que eso había puesto punto final a la conversación. Excelente; sería una buena compañera si se limitaba a hablar cuando uno se dirigía a ella; en cambio, si se ponía conversadora...

El lado humano de la estación estaba dividido en cuatro segmentos: dormitorio, sala, comedor y baño. La sala era grande y cómoda, agradablemente decorada en tonos verde y castaño: la única nota mecánica era la enorme consola de instrumentos, en un rincón.

Los otros cuartos, ordenados en un anillo alrededor de la sala, eran pequeños; había el espacio necesario para Wesson, un estrecho corredor circular, y los mecanismos que le servirían mientras estuviese allí. Había en todo el lugar una sensación de limpieza inmaculada, de brillo; aquello se conservaba en buen estado a pesar de los veinte años de abandono.

Esta es la parte más fácil, se dijo Wesson. El mes que precedía a la llegada del extranjero había buena comida, ningún trabajo y una red alfa con quien conversar.

—Tía Jane, quisiera ahora un bistec —le dijo a la red alfa—. No muy cocido, con patatas asadas, cebollas y setas, y un vaso de cerveza. Llámeme cuando esté todo preparado.

—Muy bien —dijo la voz, amablemente. En el comedor, el cocinero automático comenzó a zumbar y a cloquear con aires de importancia. Wesson inspeccionó la consola de instrumentos. Las compuertas neumáticas estaban cerradas y selladas, decían los diales; el aire circulaba y se renovaba. La estación estaba en órbita, y girando sobre su eje con una fuerza en el perímetro, donde estaba Wesson, de una gravedad. La temperatura interna constante en esa parte de la estación era de veintitrés grados centígrados.

El otro lado del tablero contaba una historia diferente; todos los diales estaban muertos, apagados. El Sector Dos, que ocupaba un volumen unas ochenta y ocho mil veces mayor que el de Wesson, aún no funcionaba.

Wesson tenía una imagen mental muy vívida de la Estación, conseguida a través de fotografías y diagramas: una esfera de duraluminio de doscientos metros de diámetro, en la que habían puesto el reducido disco de diez metros de diámetro de la sección humana, aparentemente en el último momento. Casi toda la cavidad de la esfera —menos las salas de suministros y mantenimiento, y los importantísimos tanques agrandados hacía poco— era una apretada cámara para el extranjero...

—¡El bistec está listo! —dijo tía Jane.

Era una carne muy bien preparada, tostada por fuera, como a él le gustaba, y tierna y rosada por dentro.

—Tía Jane —dijo Wesson con la boca llena—, está un poco crudo, ¿verdad?

—¿El bistec? —preguntó la voz, con un ligero tono de angustia. Wesson sonrió.

—No tiene importancia —dijo—. Oiga, tía Jane, ¿cuántas veces pasó usted ya por esta rutina? ¿La instalaron junto con la Estación?

—No fui instalada con la Estación —dijo tía Jane con voz afectada—. He asistido a tres contactos.

—Hum. ¿Un cigarrillo? —dijo Wesson, palpándose los bolsillos. El cocinero automático zumbó un instante, y por una ranura salió un paquete de cigarrillos. Wesson encendió uno—. Muy bien —dijo—, así que ha estado en esto tres veces. Tendrá muchas cosas que contarme, ¿verdad?

—Oh, desde luego. ¿Qué quiere saber?

Wesson se echó hacia atrás fumando, pensativo, entornando los ojos verdes.

—En primer lugar —dijo—, léame el informe Pigeon, de la *Historia resumida*. Quiero saber si lo recuerdo correctamente.

—Capítulo Dos —dijo inmediatamente la voz—. El primer contacto con una inteligencia no solar fue hecho por el comandante Ralph C. Pigeon el primero de julio de mil novecientos ochenta y siete, durante un aterrizaje de emergencia en Titán. Lo que sigue es un extracto de su informe oficial:

“Mientras buscábamos una posible causa de nuestros trastornos mentales, descubrimos lo que parecía ser una gigantesca construcción metálica en el otro lado de la colina. Nuestra angustia creció a medida que nos acercábamos a esa construcción, que era poliédrica, y aproximadamente cinco veces más larga que la *Cologne*.

“Algunos de los presentes expresaron su deseo de retirarse, pero el teniente Acuff y yo teníamos una sensación muy clara de que algo, de un modo indefinible, nos estaba llamando o convocando. Aunque nuestra inquietud no disminuía, acordamos seguir adelante y mantenernos en contacto con el resto del grupo mientras ellos volvían a la nave.

“Entramos en la extraña construcción por una abertura gigantesca e irregular... La temperatura interna era de cincuenta y nueve grados centígrados bajo cero; la atmósfera estaba aparentemente compuesta por metano y amoníaco... Dentro de la segunda cámara nos esperaba una criatura extraña. Sentimos la angustia que he tratado de describir, pero en un grado mucho mayor que antes, y también aquel llamado o ruego... Observamos que el ser exudaba por ciertas articulaciones o poros un fluido espeso y amarillento. Aunque con repugnancia, conseguí recoger una muestra de esa exudación, que después envié al laboratorio”.

Hasta aquí el informe del Comandante Pigeon. El segundo contacto fue hecho diez años más tarde por la famosa expedición a Titán del comodoro Crawford...

—Basta —dijo Wesson—; sólo quería la cita de Pigeon. —Fumó un rato, mientras pensaba—. Parece como si faltara algo, ¿verdad? ¿Tiene alguna versión más completa en su memoria?

Hubo una pausa.

—No —dijo tía Jane.

—Había una historia más detallada cuando yo era un niño —se quejó Wesson, nervioso—. Leí un libro cuando tenía doce años, y recuerdo una larga descripción de la criatura... es decir, no recuerdo la descripción, pero sé que estaba allí. —Wesson miró alrededor—. Escuche, tía Jane, usted es una especie de vigilante universal, ¿verdad? Seguramente tiene cámaras y micrófonos distribuidos por toda la Estación.

—Sí —dijo la red, en un tono (¿o sería simplemente la imaginación de Wesson?) de persona ofendida.

—Entonces, ¿qué me dice del Sector Dos? Usted debe tener cámaras allí, ¿no es así?

—Sí.

—Magnífico. Entonces me puede decir qué aspecto tienen los extranjeros. Hubo una notoria pausa.

—Lo siento, no puedo darle esa información —dijo tía Jane.

—Me lo imaginaba —dijo Wesson—. Supongo que se lo habrán ordenado por la misma razón que los llevó a suprimir cosas en aquellos libros de historia que yo leía cuando era niño. ¿Cuál será la razón? ¿Tiene usted alguna idea, tía Jane?

Otra pausa.

—Sí —admitió la voz.

—¿Y bien?

—Lo siento, no puedo...

—...darle esa información —concluyó Wesson, a coro con la máquina—. Está bien. Por lo menos sabemos cuál es la situación.

—Así es, sargento. ¿Quiere algún postre?

—No, postre no. Una cosa más. ¿Qué les sucede a los guardianes de la Estación, como yo, después de que cumplen su misión?

—Son ascendidos a Clase Séptima, estudiosos con tiempo libre ilimitado, y reciben inmediatamente siete mil estelares y una vivienda de Primera Clase...

—Sí, todo eso ya lo sé —dijo Wesson, humedeciéndose los resacos labios—. Lo que quiero preguntarle, en realidad, es que aspecto tenían cuando se fueron los que usted conoció.

—El aspecto humano habitual —dijo lúcidamente la voz—. ¿Por qué pregunta eso, sargento?

Wesson hizo un gesto de desagrado.

—Por algo que recuerdo de una sesión en la Academia. No me lo puedo sacar de la cabeza; sé que tenía que ver con la Estación. Es tan solo parte de una frase... "Ciego como un murciélago y cubierto de cerdas blancas". ¿Sería eso una descripción del extranjero... o del guardián cuando vinieron a buscarlo?

Tía Jane se refugió en una de sus largas pausas.

—Está bien, no se moleste —dijo Wesson—. Me va a decir que lo siente, y que

no me lo puede decir.

—Lo *siento* —dijo el robot, con sinceridad.

A medida que pasaban los días y se transformaban en semanas, Wesson fue descubriendo que la estación era casi un ser vivo. Notaba a su alrededor las elásticas costillas metálicas, que giraban en el espacio arrastrando su peso. Notaba el expectante vacío “allá arriba”, y sentía la vigilante red electrónica que se extendía por todas partes, observando y sondeando, tratando de anticiparse a sus necesidades.

Tía Jane era una compañera modelo. Tenía una discoteca con miles de horas de música; tenía películas cinematográficas y microlibros que él podía leer en la ampliadora de la sala; o, si lo prefería, ella misma se los podía leer. Tía Jane controlaba también los tres telescopios de la Estación, y para ver la Tierra, o la Luna, o la Casa, bastaba con pedírselo.

Pero no había noticias. Si él quería, tía Jane, siempre servicial, conectaba el receptor de radio, y sólo se oía estática. Eso era lo que más pesaba sobre Wesson, a medida que transcurría el tiempo: el conocimiento de que se les imponía silencio a todas las naves en tránsito, y en las estaciones orbitales, y a las transmisiones al espacio. Era un impedimento enorme, casi paralizante. Alguna información podía ser transmitida a través de distancias relativamente cortas mediante el fotófono, pero, por lo general, todo el complejo tráfico de las rutas espaciales dependía de la radio.

Pero este próximo contacto con un extranjero era tan delicado que una voz radial, allí donde la Tierra era un disco apenas más grande que el de la Luna, podría trastornarlo. Era algo tan precario, pensó Wesson, que sólo permitían a un hombre permanecer en la Estación mientras el extranjero estuviese allí, y para proporcionarle al hombre la compañía que le impidiese enloquecer habían instalado la red alfa...

—¿Tía Jane?

—Sí, Paul —contestó inmediatamente la voz.

—Esa angustia de la que hablan los libros... usted no sabe qué es, ¿verdad?

—No, Paul.

—Porque los cerebros robóticos no la sienten, ¿no es así?

—Así es, Paul.

—Entonces explíqueme para qué quieren aquí a un hombre. ¿Por qué no pueden arreglárselas con usted?

Una pausa.

—No lo sé, Paul.

La voz pareció un poco pensativa. ¿Había realmente en ella esas graduaciones de tono, se preguntó Wesson, o eran producto de su imaginación?

Se levantó del sofá de la sala y empezó a caminar nerviosamente de un lado a

otro.

—Echémosle un vistazo a la Tierra —dijo. Obedientemente, la pantalla de la consola cobró vida; allí estaba la Tierra azul, nadando en el espacio, en cuarto creciente, brillante como una joya—. Basta —dijo Wesson.

—¿Un poco de música? —sugirió la voz, e inmediatamente comenzó a sonar una música sedante, de instrumentos de viento.

—No —dijo Wesson. La música desapareció.

Las manos de Wesson temblaban; se sentía enjaulado, frustrado.

El traje de presión estaba guardado junto a la compuerta neumática. Wesson había estado arriba un par de veces; no había allí nada de interés, sólo oscuridad y frío. Pero tenía que salir de esa jaula de ardillas. Sacó el traje y comenzó a ponérselo.

—Paul —dijo la tía Jane, preocupada—; ¿se siente nervioso?

—Sí —gruñó Wesson.

—Entonces no vaya al Sector Dos —pidió tía Jane.

—¡No me diga lo que tengo que hacer, montón de hojalata! —dijo Wesson, enfurecido. Subió el cierre delantero del traje con un brusco movimiento.

Tía Jane no dijo nada.

Hirviendo de rabia, Wesson terminó de revisar todo y abrió la compuerta.

La compuerta neumática, un tubo vertical por el que apenas podía pasar un hombre, era el único paso entre los sectores Uno y Dos. Además, era la única salida del Sector Uno; para llegar a ese sitio, en primer lugar, Wesson había tenido que entrar por la compuerta grande en el polo “sur” de la esfera, y atravesar toda la estación gateando y deslizándose. Naturalmente, había estado todo el tiempo drogado, inconsciente. Cuando llegase el momento saldría del mismo modo; ni al cohete de mantenimiento ni al de combustible les sobraba el tiempo ni el espacio.

En el polo “norte”, el otro extremo, había una tercera compuerta, tan inmensa que podría permitir el paso de una nave de carga interplanetaria. Pero a nadie le interesaba esa compuerta; por lo menos a ningún ser humano.

A la luz de la lámpara que Wesson llevaba en el casco, la enorme cavidad central de la Estación era un abismo negro, que sólo devolvía unos pocos destellos, remotos y burlones. En las paredes más cercanas centelleaba la escarcha. El Sector Dos no había sido presurizado aún; sólo se veía allí un difuso vapor que se había filtrado por la compuerta y que ahora, congelado, cubría las paredes como una capa de polvo. Las botas producían en aquel metal una vibración helada; el vacío inmenso de la cámara era más deprimente porque carecía de aire, de calor y de luz. Solo, decían los pasos; solo...

Había subido diez metros por el conducto cuando su angustia aumentó súbitamente. Wesson se detuvo a pesar de sí mismo y se volvió torpemente, apoyando la espalda contra la pared. La solidez de la pared no era suficiente. Debajo de sus pies el conducto parecía amenazar con inclinarse y dejarlo caer dentro de aquel abismo sin luz.

Wesson reconoció esa sensación de vacío, ese regusto metálico en la parte trasera de la lengua. Era miedo.

Una idea le resonó en la cabeza: *Quieren que me asuste*. Pero, ¿por qué? ¿Por qué ahora? ¿De qué?

La respuesta le llegó con la misma rapidez. Aquella presión sin nombre lo estrujó un poco más, como un gran puño que se cierra, y Wesson tuvo la aterradora sensación de algo tan inmenso que no tenía límites, bajando con una terrible e interminable lentitud...

Era el momento.

Había pasado el primer mes. Llegaba el extranjero.

Wesson se volvió, jadeando, y le pareció que a su alrededor la enorme estructura de la Estación se encogía hasta el tamaño de una simple habitación... El se había encogido también, y se vio como un pequeño insecto que baja frenéticamente por las paredes buscando seguridad.

A sus espaldas, mientras corría, la Estación retumbó.

En las habitaciones silenciosas, todas las luces alumbraban débilmente. Wesson estaba acostado, inmóvil, mirando el cielo raso. Allí su imaginación proyectaba una imagen cambiante del extranjero: inmenso, tenebroso, amenazadoramente informe.

Tenía gotas de transpiración en la frente. No podía apartar la vista.

—Por eso no quería que fuese allá arriba, ¿no es así, tía Jane? —dijo con voz ronca.

—Sí. El nerviosismo es la primera señal. Pero usted me dio una orden muy clara, Paul.

—Ya lo sé —dijo Wesson, mirando fijamente el cielo raso—. Es curioso... ¿Tía Jane?

—¿Sí, Paul?

—Usted no me va a decir qué aspecto tiene, ¿verdad?

—No, Paul.

—No quiero saberlo. Dios mío, no quiero saberlo... Es curioso, tía Jane; estoy deshecho. Tengo tanto miedo que siento el cuerpo como una gelatina...

—Lo sé —dijo suavemente la voz.

—...y una parte está tranquila, serena, como si esto no tuviera importancia. Qué cosas disparatadas se le ocurren a uno.

—¿Qué cosas, Paul? Wesson trató de reír.

—Estoy recordando una fiesta infantil en la que estuve hace veinte... veinticinco años. Fue, veamos... cuando tenía nueve años. Lo recuerdo porque fue el mismo año en que murió mi padre.

“En esa época vivíamos en Dallas, en una casa rodante alquilada, y había cerca una familia con un cantidad de niños pelirrojos. Siempre daban fiestas; nadie los

quería mucho, pero todo el mundo iba siempre.

—Hábleme de la fiesta, Paul. Wesson se agitó en el sofá.

—Era la víspera de Todos los Santos; recuerdo que todas las muchachas llevaban vestidos negros y anaranjados, y todos los muchachos estaban disfrazados de espíritus. Yo era quizás el niño más pequeño, y me sentía un poco fuera de lugar. De pronto uno de los pelirrojos, con la máscara de una calavera, saltó y empezó a gritar: “¡Vamos a jugar al escondite!” Y me agarró y me dijo: “Serás tú”, y antes de que pudiese resistirme me empujó a un cuarto oscuro. Y oí que aquella puerta se cerraba a mis espaldas.

Wesson se humedeció los labios.

—Y entonces, en la oscuridad, sentí que algo me golpeaba la cara. Algo frío y viscoso como... como algo muerto.

“Me acurruqué en el suelo y esperé a que la cosa me volviese a tocar. Aquella cosa fría y arenosa que flotaba allí. ¿Sabe qué era? Un guante de lana lleno de hielo y harina. Una broma. Una broma que nunca pude olvidar. ¿Tía Jane?”

—Sí, Paul.

—Supongo que las redes alfa pueden ser magníficas psicoanalistas. Como usted es una máquina puedo contarle cualquier cosa, ¿verdad?

—Es cierto, Paul —dijo la red, un poco triste.

—Tía Jane, tía Jane... De nada sirve que me engañe. Siento esa cosa ahí arriba, a un metro de distancia.

—Sé que la siente, Paul.

—No la soporto, tía Jane. Wesson se retorció en el sofá.

—Es... es sucia, viscosa. Dios mío, ¿va a ser así durante *cinco meses*? No lo puedo aguantar; me matará, tía Jane.

Otro atronador estampido reverberó en la estructura de la Estación.

—¿Qué fue eso? —jadeó Wesson—. ¿La otra nave, al salir?

—Sí. Ahora el extranjero está solo, como usted.

—Como yo, no. No puede sentir lo que yo siento. Tía Jane, usted no sabe...

Allá arriba, separado de Wesson por unos pocos metros de metal, estaba el enorme, monstruoso cuerpo del extranjero. Era ese peso ahí suspendido, tan real como algo que uno puede tocar con la mano, lo que le oprimía el pecho.

Wesson había sido un habitante del espacio durante casi toda su vida adulta, y sabía hasta en los huesos que si una estación orbital se derrumbaba, la parte “de abajo” no sería aplastada, sino despedida hacia adelante por su propio impulso angular. No era la opresión de los edificios planetarios, donde las imponentes masas que se ciernen sobre uno parecen amenazar siempre con su caída: esto era diferente, completamente distinto, una impresión de la que uno no podía librarse.

Era el olor del peligro, flotando allá arriba, en la oscuridad, oculto, al acecho, frío y pesado. Era la pesadilla recurrente de la infancia de Wesson: la forma hinchada, irreal, sin color, sin tamaño, que caía espantosamente hacia su cara... Era el perrito

muerto que había sacado del arroyo aquel verano en Dakota... piel mojada, cabeza flácida, frío, frío, *frío*...

Con un esfuerzo, Wesson giró sobre el sofá y se apoyó en un codo. La presión era un insistente peso helado en su cráneo; la habitación parecía hundirse y girar alrededor en lentos y vertiginosos círculos.

Wesson sintió al arrodillarse, y luego al levantarse, que los músculos de la mandíbula se le contraían por la tensión.

Tenía la espalda y las piernas tensas, la boca dolorosamente abierta. Dio un paso, luego otro, sincronizándolos para tocar el piso en el momento en que éste subía a su encuentro.

El lado derecho de la consola, el que había estado apagado, tenía ahora las luces encendidas. La presión en el Sector Dos, según el indicador, era de aproximadamente una atmósfera y un tercio. El indicador de la compuerta neumática mostraba una presión ligeramente superior de oxígeno y argón; eso era para impedir que la atmósfera del extranjero contaminase el Sector Uno, pero también significaba que la compuerta no podría ser abierta desde ninguno de los dos lados. Ese hecho produjo un irracional consuelo a Wesson.

—Quiero ver la Tierra —jadeó. La pantalla se iluminó.

—Está muy lejos, muy abajo —dijo. Había una inmensa distancia hasta el fondo de aquel pozo... Wesson, durante diez vacíos años, había trabajado como técnico en la Casa, la otra Estación. Antes había querido ser piloto, pero desistió el primer año: no soportaba las matemáticas. Pero nunca había pensado en volver a la Tierra.

Y ahora, de pronto, luego de todos esos años, aquel diminuto disco azul parecía infinitamente deseable.

—Tía Jane, tía Jane, es hermosa —murmuró.

Sabía que allá abajo era primavera; y en ciertos sitios, por donde se retiraba el borde de oscuridad, comenzaba la mañana: una acuosa mañana azul, como la luz del mar atrapada en un ágata, una mañana con humo y niebla; una mañana de quietud y promesas. Allá abajo, a años perdidos y kilómetros de distancia, una mujer que era un punto diminuto abría una puerta microscópica para escuchar el canto de un átomo. Perdida, perdida, envuelta en algodón como una platina de muestras: una mañana de primavera en la Tierra.

Arriba, a negros kilómetros de distancia, tan lejos que sería necesaria una pértiga de sesenta Tierras para alcanzar aquel sitio, Wesson giraba en su interminable círculo dentro de otro círculo. Pero por muy profundo que fuese el abismo que tenía debajo —la Tierra, la luna, las estaciones orbitales, las naves; sí, el sol y todo el resto de los planetas también— no era más que una insignificante pizca de espacio, que cabía entre el pulgar y el índice.

Más allá... estaba el verdadero abismo. En esa noche profunda las galaxias se extendían resplandecientes, taladrando con su luz distancias que sólo podían ser mencionadas con números que carecían de sentido, con gritos de angustia.

Arrastrándose, luchando, quemando energías demasiado poderosas, los hombres habían llegado hasta Júpiter. Pero si existiese uno tan alto que, tostándose los pies en el sol, pudiese helarse la cabeza en Plutón, aún habría sido demasiado pequeño en aquel vacío abrumador. Allí, y no en Plutón, estaba el límite del imperio humano: allí desembocaba el Exterior, como a través de un embudo, para encontrarse con ese imperio: allí, y solamente allí, se acercaban los dos mundos, tocándose. El de Nosotros... y el de Ellos.

En la parte inferior del tablero una luz débil iluminaba los diales, y las agujas temblaban casi imperceptiblemente.

Allá abajo, en los tanques, caía el líquido dorado: *“Aunque con repugnancia, conseguí recoger una muestra de esa exudación, que después envié al laboratorio...”*

Un fluido frío como el espacio, que goteaba bajando por las paredes de los tubos, formando pequeños charcos en las tazas de tinieblas, centelleando dorado, casi vivo. El elixir dorado. Una gota de ese concentrado detenía el envejecimiento veinte años: arterias flexibles, buena tonicidad, buena vista, pigmentación en el pelo, lucidez mental.

Eso era lo que habían descubierto con la muestra de Pigeon. Esa era la razón de toda aquella extravagante historia de la “factoría del exterior”: primero una choza en Titán, y luego, cuando se comprendió mejor el problema, la Estación de Extranjeros.

Una vez cada veinte años, un extranjero venía desde Algún Sitio y se metía en la pequeña jaula que le habíamos fabricado, y nos depositaba allí un tesoro que nadie había logrado soñar, un tesoro de vida; y aún no sabíamos por qué.

Wesson imaginó que veía allá arriba aquel cuerpo, revolcándose en las glaciales tinieblas; su masa giraba con la Estación, sangrando dentro de los tubos una sustancia dorada y fría, gota a gota.

Wesson sujetó su cabeza con las manos. La presión interior le impedía pensar con facilidad; sentía como si el cráneo le estuviese a punto de estallar.

—Tía Jane —dijo.

—Sí, Paul.

Una voz tranquilizadora, bondadosa, como la de una enfermera. La enfermera que no se aparta de la camilla y le hace a uno cosas dolorosas, necesarias. Cordialidad eficiente, profesional.

—Tía Jane —dijo Wesson—, ¿sabe por qué siguen volviendo?

—No —respondió la voz, con precisión—. Es un misterio. Wesson asintió.

—Tuve una entrevista con Gower antes de salir de Casa —dijo Wesson—. ¿Conoce a Gower? Es el jefe de la Oficina del Exterior. Vino especialmente a verme.

—¿Sí? —dijo tía Jane, en tono alentador.

—Me dijo: “Wesson, tiene que averiguar si podemos contar con ellos para futuros suministros. ¿Se da cuenta? Hay ahora cincuenta millones más que cuando usted nació. Necesitamos una mayor cantidad, y queremos saber si la tendremos. Porque, ¿usted sabe qué sucedería si esto se acaba?” ¿Usted lo sabe, tía Jane?

—Sería —dijo la voz— una catástrofe.

—Exacto —dijo Wesson, respetuosamente—. Una verdadera catástrofe. Como me dijo Gower: “¿Qué pasaría si los habitantes de la zona de Nefud quedasen aislados de la Jurisdicción del Valle del Jordán? En una semana morirían de sed millones de personas.” O también: “¿Qué pasaría si no llegasen más naves de carga a la Base Lunar? Muchos miles morirían de hambre, o asfixiados. Usted sabe —me dijo— que donde haya agua, y sea posible encontrar alimentos, y aire, irá a establecerse el hombre, y se casará, ¿sabe?, y tendrá hijos. Si el llamado suero de la longevidad no llega más... Casi el cinco por ciento de los adultos de la familia solar necesitan una inyección este año —dijo—, y de esos, casi el veinte por ciento tienen más de ciento quince años. Las muertes dentro de ese grupo triplicarían por lo menos el ritmo actual.” —Wesson alzó un rostro tenso—. Usted sabe, tía Jane, que tengo treinta y cuatro años —dijo—. Ese Gover me hizo sentir como una criatura.

La tía Jane emitió un sonido de simpatía.

—¡Gotea, gotea! —dijo Wesson histéricamente. Las agujas de los altos indicadores dorados habían subido casi imperceptiblemente—. Cada veinte años necesitamos otra provisión de esa sustancia, y alguien como yo tiene que venir y soportar esto durante cinco malditos meses. Y uno de ellos tiene que venir aquí y gotear. ¿Por qué, tía Jane?

¿Para qué? ¿Por qué les importa que vivamos más o menos tiempo? ¿Qué se llevan ellos de aquí?

Pero para esas preguntas tía Jane no tenía respuestas.

Durante todo el día, todos los días, las luces frías alumbraban constantemente el corredor gris y circular que rodeaba el Sector Uno. El suelo gris de aquel sendero había sido gastado por otros pies antes de que Wesson llegase allí: el corredor existía sólo con este propósito, como la rueda en una jaula de ardilla; decía “Camina”, y Wesson caminaba. Un hombre enloquecería si se quedaba allí quieto, a causa de la abrumadora e indescriptible presión en la cabeza; entonces Wesson caminaba kilómetros, todo el día, todos los días, hasta que se desplomaba como un muerto en la cama, por la noche.

También hablaba, a veces consigo mismo, a veces con la red alfa; a veces era difícil saber con cuál.

—Musgo en una piedra —dijo, sin detenerse—. Le dije que no le daría dos centavos por un maldito caracol... Allá abajo hay piedras pequeñas de todos los colores. —Se movió un rato, en silencio. De pronto—: No entiendo por qué no me dieron un gato.

Tía Jane no dijo nada.

—En Casa —dijo Wesson, tras un instante—, casi todo el mundo tiene un gato, Dios mío, o peces de colores, o cualquier cosa. Yo la tengo a usted, tía Jane, pero no

puedo verla Lo que quiero decir es por qué no envían a un hombre o a una mujer para que lo acompañe a uno; nunca me gustaron los gatos.

En la puerta, se giró y entró en el dormitorio; distraídamente, descargó el puño contra la pared.

—Pero un gato habría sido algo —dijo. Tía Jane seguía sin hablar.

—No finja que está ofendida; ya sé que no es más que una maldita máquina —dijo Wesson—. Escuche, tía Jane, recuerdo haber visto, hace tiempo, un paquete de cereal que tenía en un lado un campesino y un caballo. No había mucho espacio, así que casi no se veía otra cosa que las cabezas. Siempre me sorprendía lo mucho que se parecían. Dos ojos. Nariz. Boca con dientes. Estaba pensando que nosotros y los caballos somos primos bastante lejanos. Pero comparados con esa cosa que está ahí arriba somos hermanos. ¿Se da cuenta?

—Sí —dijo tía Jane, con voz calmada.

—Entonces me pregunto todo el tiempo por qué no enviaron aquí a un caballo, o a un gato, en vez de a un hombre. Pero supongo que la respuesta es que sólo un hombre puede soportar lo que yo estoy soportando. Sólo un hombre, Dios mío. ¿Es así?

—Así es —dijo tía Jane, con voz muy triste.

Wesson se detuvo otra vez en el umbral del dormitorio, y se estremeció, aferrándose al marco.

—Tía Jane —dijo en voz baja, precisa—, usted le saca fotos al extranjero, ¿verdad?

—Sí, Paul.

—Y me saca fotos a mí. Y después, ¿qué sucede? Cuando todo termina, ¿quién mira las fotos?

—No lo sé —dijo tía Jane con humildad.

—No lo sabe. Pero, ¿para qué sirve que alguien las mire? Tenemos que averiguar para qué, para qué... Y nunca lo averiguamos, ¿verdad?

—Nunca —dijo tía Jane.

—¿Pero no se dan cuenta de que si el hombre que soporta todo esto pudiese ver al extranjero conseguiría decir algo que nadie más sabe? ¿No tiene sentido lo que digo?

—Escapa a mis posibilidades, Paul. Wesson lanzó una risita.

—Es curioso. Muy curioso, de veras —cloqueó, mientras caminaba por el corredor.

—Sí, es curioso —dijo tía Jane.

—Tía Jane, cuénteme qué les pasa a los guardianes de la Estación.

—...Eso no se lo puedo decir, Paul.

Wesson entró tambaleándose en la sala, se sentó delante de la consola, y comenzó a golpear aquella lisa y fría superficie metálica con los puños.

—¿Qué es usted? ¿Un monstruo? ¿No tiene sangre en las venas, maldita sea, o aceite, o lo que sea?

—Por favor, Paul...

—¿No ve? Todo lo que quiero saber es si pueden hablar.

Si pueden contar algo después que han terminado la misión.

—...No, Paul.

Wesson se incorporó, aferrándose a la consola para no perder el equilibrio.

—No pueden. Ya me lo imaginaba. ¿Y usted sabe por qué?

—No.

—Allá arriba —dijo Wesson oscuramente—. Musgo en la piedra.

—¿Cómo, Paul?

—Nos cambia —dijo Wesson, saliendo de la sala a trompicones—. Nos cambia. Como a un trozo de hierro puesto junto a un imán. No lo podemos evitar. Supongo que usted no es magnética. Pasa a través de usted sin afectarla, ¿verdad, tía Jane? A usted no la cambia. Usted se queda aquí, y espera la llegada del próximo.

—...Sí —dijo tía Jane.

—¿Sabe usted? —dijo Wesson, mientras caminaba—. Puedo decirle cómo está allá arriba. Tiene la cabeza hacia ese lado, y la cola hacia el otro. ¿Es así?

—...Sí —dijo tía Jane. Wesson se detuvo.

—Sí —dijo resueltamente—. Así que puede decirme qué es lo que ve allá arriba, ¿eh, tía Jane?

—No. Sí. Me está prohibido.

—Escuche, tía Jane. ¡Moriremos a menos que sepamos cómo funcionan esos extranjeros! Recuérdelo. —Wesson se apoyó en la pared del corredor, mirando hacia arriba—. Ahora se está volviendo... hacia aquí. ¿Es así? Vamos, ¿qué más da?

—¡Dígamelo, tía Jane!

Una pausa.

—Se está retorciendo la...

—¿La qué?

—No sé la palabra.

—Dios mío, Dios mío —dijo Wesson, apretándose la cabeza—. Claro que no hay palabras. Corrió hacia la sala, puso las manos sobre la consola, y miró la pantalla vacía. Golpeó el metal con los puños—. Tiene que mostrármelo, tía Jane. Vamos, muéstmelo.

—¡Muéstmelo!

—No está permitido —protestó tía Jane.

—Igual tiene que hacerlo, o moriremos, tía Jane. Millones, billones, y usted será la culpable, la culpable, ¿me entiende, tía Jane?

—Por favor —dijo la voz. Hubo una pausa. La pantalla cobró vida, sólo un instante. Wesson vislumbró algo macizo y oscuro, pero casi transparente, como un insecto amplificado: una maraña de miembros innominados, filamentos, garras, alas...

Asió con fuerza el borde de la consola.

—¿Era eso lo que quería? —preguntó tía Jane.

—¡Claro que sí! ¿Piensa que mirar eso me va a matar? ¡Déjemelo ver otra vez, tía Jane! ¡Otra vez!

Desganadamente, la pantalla volvió a iluminarse. Wesson miró, y miró. Murmuró algo.

—¿Qué? —preguntó tía Jane.

—*Amor de mi vida, te detesto* —dijo Wesson, mirando fijamente la pantalla. Tras un instante, se levantó y dio media vuelta. La imagen del extranjero seguía en su cabeza, mientras regresaba tambaleándose al corredor no le sorprendió descubrir que le recordaba todas las cosas detestables que se arrastraban, que reptaban, y de las cuales la Tierra estaba repleta. Eso explicaba la prohibición de ver al extranjero, o incluso de saber qué aspecto tenía: todo eso no hacía más que alimentar su odio. No importaba que el extranjero lo asustase, pero no tenía que odiarlo... ¿Por qué? ¿Por qué?

Le temblaban los dedos. Se sentía desangrado, ablandado, seco y debilitado. Ya no bastaba con la ducha diaria que tía Jane le permitía. Veinte minutos después de la ducha, la transpiración ácida le corría por los sobacos, la transpiración ardiente le humedecía las palmas de las manos. Wesson sentía como si tuviese dentro un horno, un horno descontrolado. Sabía que, en momentos de tensión, un hombre sufría esos cambios: más adrenalina, más glicógeno en los músculos; los ojos más brillantes, la digestión más lenta. Ese era el problema: se estaba consumiendo, y no podía luchar contra la cosa que lo atormentaba ni huir de ella.

Después de dar otra vuelta por el corredor, Wesson sintió que las piernas le temblaban. Vaciló, y entró en la sala. Se apoyó en la consola y miró. En la pantalla, el extranjero contemplaba ciegamente el espacio. Abajo, en la oscuridad, los indicadores dorados habían subido: el líquido llenaba más de las dos terceras partes de los tanques.

...Luchar, o huir...

Lentamente, Wesson se fue derrumbando delante de la consola. Encorvado, la cabeza inclinada, las manos apretadas entre las rodillas, trató de aferrarse a la idea que se le había ocurrido.

Si el extranjero sentía un dolor tan grande como el de Wesson... o todavía más grande...

La tensión tenía que alterar también los procesos químicos del extranjero.

Amor de mi vida, te detesto.

Wesson se desprendió de esa idea inoportuna. Miró la pantalla, tratando de ver bien al extranjero, acosado allá arriba por el dolor y la tensión: destilando el dorado sudor del espanto...

Después de un largo rato, se levantó y caminó hasta la cocina. Se aferró al borde de la mesa para que las piernas no lo llevasen otra vez por el corredor. Se sentó.

Susurrando cariñosamente, el cocinero automático hizo salir una bandeja con

vasos pequeños: agua, zumo de naranja, leche. Wesson se llevó el vaso de agua a los rígidos labios: el agua estaba fría y le dolió en la garganta. Luego el zumo, pero sólo consiguió beber un poco; finalmente tomó la leche. La tía Jane zumbó con aprobación.

Deshidratado... ¿cuánto hacía que no comía ni bebía? Se miró las manos. Eran pequeños manojos de palillos, venosos, con garras duras y amarillas. Veía los huesos de los antebrazos debajo de la piel, y los latidos del corazón le movían la camisa. El pálido vello de los brazos y los muslos, ¿era rubio o blanco?

Su borroso reflejo en la decoración metálica del comedor no le respondió: una mancha pálida y gris, sin rostro. Wesson se sentía aturdido y muy débil, como si acabara de salir de un ataque de fiebre. Se palpó las costillas y los omóplatos. Estaba muy delgado.

Se quedó sentado delante del cocinero automático unos pocos minutos más, pero no salió más comida. Evidentemente, tía Jane pensaba que no estaba en condiciones de comer, y quizá tenía razón. *Es peor para ellos que para nosotros*, pensó vertiginosamente. *Por eso la Estación está tan afuera; por eso no hay emisiones radiales, y queda un solo hombre a bordo. De otro modo no lo podrían soportar...* De pronto no pudo pensar más que en dormir: el pozo sin fondo, las capas de terciopelo, suaves y embotadoras... Los músculos de las piernas se le contrajeron, le temblaron al levantarse, pero consiguió llegar al dormitorio y derrumbarse en el colchón. Le pareció que la masa elástica se disolvía bajo su peso. Que los huesos se le derretían.

Despertó con el cerebro lúcido, muy débil, pensando fría y claramente: *Cuando se encuentran dos culturas distintas, la más fuerte debe transformar a la más débil, con el amor o con el odio.*

—Es la ley de Wesson —dijo en voz alta.

Buscó automáticamente lápiz y papel, pero no los encontró, y comprendió que tendría que pedirle a tía Jane que la recordase.

—No entiendo —dijo tía Jane.

—No importa, recuerde esa ley de todos modos. Usted tiene buena memoria, ¿no es así?

—Sí, Paul.

—Muy bien... Quiero desayunar.

Pensó en tía Jane, casi humana, sentada allí en su prisión de metal, guiando a un hombre tras otro por los tormentos del infierno... niñera, protectora, torturadora. Seguramente habían previsto que algo cedería... Pero las alfas eran relativamente nuevas; nadie las entendía muy bien. Quizá creían que no infringirían nunca una prohibición absoluta. —*el más fuerte debe transformar al más débil...*

Yo soy el más fuerte, pensó. Y así se cumplirá. Se detuvo junto a la consola; la pantalla estaba vacía.

—¡Tía Jane! —gritó, furioso.

Con un estremecimiento de culpa, la pantalla se iluminó.

Allá arriba, el extranjero había vuelto a cambiar de posición, a causa del dolor. Ahora los ojos arracimados miraban directamente a la cámara; el dolor le hacía retorcer los miembros: los ojos miraban, pedían, suplicaban...

—No —dijo Wesson, sintiendo su propio dolor como un casquete de hierro; dejó caer la mano sobre el control manual. La pantalla se apagó. Alzó la mirada, transpirando, y vio el cuadro floral sobre la consola.

Los tallos gruesos parecían antenas, las hojas tenían aspecto de tórax, y los capullos hacían pensar en los ojos ciegos de un insecto. El cuadro se movía levemente, en un ritmo lento.

Wesson apretó con fuerza el duro metal de la consola y miró el cuadro, mientras la frente se le cubría de un sudor frío, hasta que aquello se transformó otra vez en un agrupamiento de líneas, inmóvil y sin sentido. Luego fue al comedor, temblando, y se sentó.

—Tía Jane —dijo, un momento más tarde—: ¿falta todavía lo peor?

—No. A partir de ahora todo es mejor.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó vagamente.

—Un mes.

Un mes de mejoría... siempre había sido así; el guardián abrumado y hundido, la personalidad sumergida. Wesson pensó en los hombres que lo habían precedido: ciudadanía de Séptima Clase con tiempo libre ilimitado, y vivienda de Primera Clase, naturalmente... en un sanatorio.

Los labios se le separaron, mostrando los dientes, y los puños se le cerraron con fuerza.

¡Yo no!, pensó.

Abrió las manos y las puso sobre el metal frío, haciendo un esfuerzo para que no le temblasen.

—¿Cuánto tiempo más están en condiciones de hablar, generalmente? —dijo.

—Usted ya ha estado hablando durante más tiempo que cualquiera de ellos...

Luego hubo un vacío. Wesson tuvo conciencia, vagamente, de haber vislumbrado las paredes del corredor pasando a su lado, la consola, y una atronadora nube de ideas que giraba y aleteaba alrededor de su cabeza. Los extranjeros: ¿qué querían? ¿Y qué les sucedía a los guardianes de la Estación de Extranjeros?

Aquella neblina retrocedió un poco y se encontró en el comedor, mirando estólidamente la mesa. Algo andaba mal.

Tomó unas cucharadas del caldo que le sirvió el cocinero automático, luego apartó el plato; le encontraba un gusto un poco desagradable. La máquina susurró y le ofreció un huevo escalfado, pero Wesson se levantó de la mesa.

La Estación no estaba nada silenciosa. El ritmo sedante de las máquinas latía en las paredes, casi imperceptible. La sala, iluminada de azul, se extendía delante de Wesson como un escenario vacío; la miró como si no la hubiera visto nunca.

Se tambaleó hasta la consola y miró la imagen del extranjero en la pantalla: un ser pesado, pesado, sufriendo tendido en la oscuridad. Las agujas de los indicadores dorados habían subido mucho, los tanques estaban casi llenos. No lo soporta, pensó Wesson con sombría satisfacción. Esa vez, la paz que seguía al dolor no había llegado.

Miró el cuadro encima de la consola: los pesados miembros de crustáceo se mecían graciosamente en el mar...

Wesson sacudió violentamente la cabeza. ¡No lo permitiré! ¡No cederé! Llevó el dorso de una mano junto a los ojos. Vio las docenas de diminutas arrugas cuneiformes estampadas en la piel de los nudillos, el vello pálido, la piel rosada y brillante de las cicatrices recientes. Soy humano, pensó. Pero cuando dejó caer la mano sobre la consola los dedos huesudos parecieron agazaparse como las patas de un crustáceo, listas para correr.

Transpirando, Wesson miró la pantalla. La imagen del extranjero lo miró a los ojos, y fue como si se hubiesen hablado de mente a mente, una comunicación instantánea que no necesitaba palabras. Había allí una punzante dulzura, un disolvente y delicioso cambio hacia algo que ya no sentiría dolor... Un tirón, una invitación.

Wesson se incorporó lentamente, con cuidado, como si guardase algo muy frágil en la mente y tuviese miedo de destruirlo con algún movimiento brusco.

—Tía Jane —dijo, roncamente. Tía Jane no emitió ningún sonido.

—Tía Jane —insistió—, ¡tengo la respuesta! ¡Todo! Escuche, por favor... ¡escuche! — Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Cuando se encuentran dos culturas extrañas, la más fuerte debe transformar a la más débil con el amor o con et odio.

¿Recuerda? Usted dijo que no entendía qué significaba eso. Yo le explicaré qué significa. Cuando esos... monstruos... se encontraron con Pigeon en Titán, hace cien años, supieron que nos volveríamos a encontrar. Ellos se están extendiendo por el espacio, colonizando, lo mismo que nosotros. Los terrestres todavía no hemos llegado a las estrellas, pero si nos dan otros cien años lo lograremos Llegaremos a donde ellos están. Y no pueden detenernos. Porque no son asesinos, tía Jane, porque no saben matar. Son mejores que nosotros. Son como misioneros, y nosotros como los isleños de los mares del sur. Ellos no matan a sus enemigos, ¡qué disparate!

Tía Jane estaba tratando de interrumpirlo, de decir algo, pero Wesson siguió hablando.

—¡Escuche! El suero de la longevidad fue un accidente afortunado. Lisa y llanamente, vienen y nos dan ese producto, y no piden nada a cambio. ¿Por qué? Escuche.

“Vienen aquí y la impresión del primer contacto los hace sudar ese líquido dorado. Luego, aproximadamente el último mes, siempre disminuye el dolor. ¿Por qué? Porque las dos mentes, la humana y la del extranjero, dejan de combatirse. Algo

cede, se ablanda, y se produce una comunión. Eso explica los accidentes fatales de esta operación: los hombres que salen de aquí destrozados, sin poder hablar nunca más el lenguaje humano. Oh, supongo que son felices, ¡mucho más felices que yo!, porque llevan dentro algo grande y maravilloso. Algo que ni usted ni yo podemos siquiera entender. Pero si uno los trae y los pone otra vez con los extranjeros que estuvieron aquí, pueden convivir, adaptarse.

“¡Esa es la meta de los extranjeros! —Wesson golpeó la consola con el puño—. ¡No ahora, sino dentro de cien, doscientos años! Cuando comencemos a expandirnos hacia las estrellas, cuando salgamos como conquistadores, ya nos habrán conquistado. No con las armas, tía Jane, ni con el odio. ¡Con el amor! ¡Sí, con el amor! ¡El sucio, apestoso, vil e insidioso amor!

Tía Jane dijo algo, una frase larga pronunciada en voz muy alta, angustiada.

—¿Qué? —preguntó Wesson, furioso. No había entendido una sola palabra. Tía Jane no habló.

—¿Qué, qué? —exigió Wesson, golpeando la consola con el puño—. ¿Le entró lo que dije en esa cabeza de lata, o no? ¿Qué?

Tía Jane murmuró alguna otra cosa, monótonamente. Wesson tampoco consiguió entender esta vez.

Se quedó paralizado. Unas lágrimas cálidas le brotaron de pronto en los ojos.

—Tía Jane... —dijo. Y recordó: Usted ya ha estado hablando durante más tiempo que cualquiera de ellos. ¿Demasiado tarde? ¿Demasiado tarde? Estiró el cuerpo, dio media vuelta, y corrió al armario donde estaban guardados los libros de papel. Abrió el primero que encontró.

Las letras negras eran extraños garabatos en la página, pequeñas figuras retorcidas, carentes de significado.

Las lágrimas brotaban ahora con más fuerza; no las podía contener: lágrimas de cansancio, lágrimas de frustración, lágrimas de odio.

—¡Tía Jane! —rugió.

Pero de nada servía gritar. La cortina de silencio había caído sobre su cabeza. Wesson pertenecía ahora a la vanguardia: la vanguardia de hombres conquistados, de hombres que convivirían con los extraños hermanos entre las estrellas.

La consola ya no funcionaba; nada funcionaba cuando él lo necesitaba. Wesson se puso en cuclillas debajo de la ducha, desnudo, con un tazón de sopa en las manos. Unas gotitas de agua brillaban en las palmas de sus manos y en sus antebrazos; el vello pálido se le estaba secando sobre la piel.

El reflejo plateado del tazón no le devolvía más que una silueta, la borrosa mancha de un hombre. No veía su cara.

Dejó caer el tazón y atravesó la sala, esquivando los pálidos montones de hojas. Las líneas negras que había en esos papeles parecían gusanos, bichos largos que se

arrastraban y que nada significaban. Se tambaleaba un poco al caminar, tenía los ojos vidriosos. Torcía de vez en cuando la cabeza, espasmódicamente, tratando de evitar el dolor.

Una vez, el jefe de la oficina, Gower, se le cruzó en el camino.

—¡Estúpido! —le dijo, la cara deformada por la ira—. Tendría que haber llegado hasta el final, como los demás! ¡Mire lo que ha hecho!

—Hice un descubrimiento, ¿no es así? —murmuró Wesson; apartó al hombre con una mano, como si fuese una telaraña, y de pronto el dolor se hizo más intenso. Wesson se llevó las manos a la cabeza y lanzó un gemido; se balanceó hacia adelante y hacia atrás, inútilmente, y luego siguió caminando. El dolor le llegaba ahora en olas, unas olas tan altas que apenas veía sus cimas: borrones violetas, luego grises.

Eso no podía continuar mucho tiempo. Algo tendría que estallar.

Se detuvo en el maldito lugar de siempre y golpeó el metal con la palma de la mano; el ruido reverberó en la estructura de la Estación: rruum, rruum.

Le llegó un débil eco: bu-um.

Wesson volvió a caminar, con una débil y vacía sonrisa en la cara. Ahora sólo hacía tiempo, esperando. Algo estaba a punto de ocurrir.

En la puerta de la cocina brotó de pronto un umbral que lo hizo tropezar. Wesson cayó pesadamente, resbaló en el suelo y se detuvo debajo del pulido brillo del cocinero automático.

La presión era demasiado grande: devoró el cloqueo de la máquina automática, y las altas paredes grises se empezaron a torcer lentamente hacia Wesson.

La Estación se estremeció.

Wesson lo sintió en el pecho, en las palmas de las manos, en las rodillas y en los codos: el suelo se fue un instante y volvió.

El dolor que le apretaba el cráneo cedió un poco. Wesson trató de levantarse.

Había un silencio eléctrico en la Estación. En el segundo intento logró ponerse de pie y se apoyó contra la pared. *Cluc*, dijo el cocinero automático de pronto, histéricamente, y se abrió la ranura, pero no salió nada.

Wesson escuchó, haciendo un esfuerzo. ¿Qué?

La Estación saltó, sacudiéndolo como una marioneta; la pared le golpeó con fuerza la espalda, tembló y volvió a quedar inmóvil; pero muy lejos, en aquella jaula de metal, se oyó un largo y furioso gemido metálico, cuyos ecos se fueron apagando lentamente. Luego volvió el silencio.

La Estación contuvo el aliento. Los innumerables chasquidos y palpitaciones de las paredes cesaron de pronto; en los cuartos vacíos, las luces ardían con un resplandor amarillo, y el aire estaba inmóvil, estancado. Las luces de la consola, en la sala, tenían un brillo uniforme. El agua del tazón, en el fondo de la ducha, relucía como mercurio, esperando.

Llegó la tercera sacudida. Wesson se encontró de cuatro patas, sintiendo todavía la vibración en los huesos, mirando al suelo. El ruido que colmaba la habitación disminuyó lentamente, un resonante sonido metálico que se alejaba estremeciéndose por las vigas y las planchas del casco, rechinando en los remaches y las juntas, decreciendo, apagándose, desapareciendo. Volvió a pesar el silencio.

El piso saltó dolorosamente debajo de su cuerpo: un golpe fuerte y retumbante que lo sacudió de la cabeza a los pies.

Unos segundos más tarde llegó un eco sordo de ese golpe, como si la sacudida hubiese hecho un viaje de ida y vuelta hasta el otro extremo de la Estación.

La *cama*, pensó Wesson, y se arrastró sobre manos y pies hacia la puerta; avanzó por un suelo curiosamente inclinado hasta llegar al colchón.

La habitación estalló notoriamente hacia arriba, aplastando el colchón, y con la misma violencia volvió a su lugar, haciendo saltar a Wesson, que cayó abierto de piernas y brazos. Luego todo se quietó con un largo gemido metálico.

Wesson giró sobre sí mismo y se apoyó en un codo, pensando incoherentemente: *La compuerta, la compuerta neumática*. Otro golpe lo arrojó contra la cama, le oprimió los pulmones, mientras la habitación danzaba grotescamente sobre su cabeza. Jadeando en aquel resonante silencio, Wesson sintió que una corriente helada avanzaba lentamente hacia él por la habitación... y había en el aire un olor picante. ¡Amoníaco!, pensó; y con el amoníaco, el inodoro, asfixiante metano.

Su celda estaba rota. Esa grieta era fatal: la atmósfera del extranjero lo mataría.

Wesson se levantó apresuradamente. La sacudida siguiente le hizo perder el equilibrio y lo arrojó al suelo. Volvió a levantarse, aturdido y cojeando; seguía pensando confusamente: *La compuerta; la compuerta neumática. Tengo que salir*.

Cuando estaba llegando a la puerta todas las luces del techo se apagaron simultáneamente. La oscuridad cayó sobre su cabeza como una manta. Ahora hacía un frío amargo en la habitación, y el olor picante era más nítido. Wesson corrió, tosiendo. El suelo temblaba bajo sus pies.

Sólo los indicadores dorados estaban encendidos ahora: el líquido dorado rebosaba en los tanques, un mes antes de tiempo. Wesson se estremeció.

El agua saltó a chorros en el cuarto de baño, silbando contra los azulejos, tamborileando en el cuenco de plástico debajo de la ducha. Las luces se encendieron y se volvieron a apagar. Oyó que en el comedor el cocinero automático cloqueaba y suspiraba. Aquel viento helado soplaba ahora con más fuerza: estaba entumecido hasta las caderas. Wesson tuvo de pronto la sensación de que no estaba en lo alto del cielo sino abajo, muy abajo, en el fondo del mar... atrapado en esa burbuja metálica, sufriendo la invasión de la oscuridad.

El dolor de cabeza había desaparecido, como si nunca hubiese estado allí. Wesson entendió lo que eso significaba: allá arriba, el enorme cuerpo del extranjero yacía en la oscuridad como una res de carnicero. Sus forcejeos de muerte habían terminado, el daño estaba hecho.

Wesson consiguió aspirar un poco de aire.

—¡Auxilio! —gritó—. ¡El extranjero está muerto! ¡Rompió la Estación... y está entrando el metano! ¡Necesito ayuda! ¿Me oye?

Silencio. En la asfixiante oscuridad, recordó: Nunca más me entenderá. Aunque esté viva.

Wesson dio media vuelta, emitiendo un gruñido animal. Caminó a tientas por la habitación, y salió por la segunda puerta. Detrás de las paredes algo goteaba, un frío y solitario sonido nocturno. Unas cosas flotantes, pequeñas y duras, le rozaban las piernas. Entonces tocó una suave curva metálica: la compuerta neumática.

Ansiosamente, apoyó su débil peso contra la puerta. La puerta no se movió. Un aire helado, cortante como un cuchillo, se escapaba alrededor del marco, pero la puerta en sí estaba trabada.

¡El traje! ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Si le quedaba un poco de aire puro para respirar, y un poco de calor en los dedos... Pero la puerta del armario donde estaba guardado el traje tampoco se movía. El techo se había combado sin duda hacia abajo.

Y eso era el fin, pensó aturdido. No había más salidas. Pero tenía que haber... Golpeó la puerta hasta que no pudo levantar más los brazos; la puerta no se movía. Apoyado contra el metal helado, vio una luz que parpadeaba en el techo.

La habitación era un alboroto de sombras negras y figuras flotantes; las hojas de los libros revoloteaban subiendo y bajando en la corriente. En bandadas, golpeaban frenéticamente las paredes, volvían, desconcertadas, y probaban de nuevo; otras giraban en el corredor exterior: las veía pasar frente a las puertas como en un sueño, una blanca y silenciosa nevada de papeles en la oscuridad.

El olor aquél le picaba más en la nariz. Wesson sintió que se asfixiaba, y buscó la consola a tientas. La golpeó con la mano abierta, gritando débilmente: quería ver la Tierra.

Pero cuando el pequeño cuadrado brillante se animó, Wesson vio allí el cuerpo muerto del extranjero.

Yacía inmóvil en la cavidad de la Estación, los miembros rígidos, colgando, los ojos apagados. No había soportado la última vuelta de tuerca: pero Wesson había sobrevivido...

Unos pocos minutos.

La cara muerta del extranjero tenía una mueca de burla; en la mente de Wesson flotó el susurro de un recuerdo: *Podríamos haber sido hermanos...* De pronto, apasionadamente, Wesson quiso creerlo, quiso ceder, volver hacia atrás. Esa sensación pasó. Se dejó caer pesadamente en el amargo presente, y pensó con algo de desafío: *Ya está hecho: el odio gana. Tendrás que suspender su inmenso regalo... no pueden arriesgarse a que esto*

suceda de nuevo. Y nosotros los odiamos por eso... y cuando llegemos a las estrellas...

El mundo, entumecido, flotaba alejándose. El último acceso de tos lo sintió como si lo estuviese sufriendo otra persona.

Las últimas hojas aleteantes se posaron. Hubo un largo silencio en la habitación inundada.

Y luego:

—Paul —dijo la voz de la mujer mecánica, angustiada—. Paul —repitió, con la desesperación del amor perdido, el amor ignorado, el amor imposible.

LA OPORTUNIDAD DE SU VIDA

Larry Eisenberg

The Time of His Life

Me encontraba sentado en un estrecho cubículo que me servía de despacho en el laboratorio, con mis rodillas apretadas bajo el escritorio. La oficina de mi padre era amplia y tenía una gruesa moqueta que iba de pared a pared; estaba cubierta, desde el suelo hasta el techo, por estantes llenos de libros. Pero claro, mi padre era un premio Nobel.

Apreté los dientes. Hacía veinte años yo había sido un promisorio posgraduado. Me había unido al laboratorio de mi padre como investigador asociado con grandes esperanzas de ofrecer mi propia contribución a la investigación del metabolismo. Y ahora, a los cuarenta y cuatro, mi labor se encontraba sumergida bajo los mucho más importantes logros de mi padre.

¿Qué había sucedido conmigo? Estaba perdiendo mi capacidad de concentración, la habilidad para centrar la atención implacablemente en un problema sin que me hicieran mella el tiempo ni la gente. Mi padre poseía esa habilidad. La tenía desde siempre.

Contemplé la fotografía de Alma, mi esposa, y a los tres muchachos, enmarcados en plata en mi escritorio. Innegablemente, ella todavía era una mujer encantadora. Pero en la vida real, sus ojos estaban subrayados por patas de gallo, y su piel, exquisitamente clara, había comenzado a cubrirse de manchas. ¿Y los muchachos? Eran vigorosos, ruidosos, discutidores y se sentían ofendidos porque yo no les dedicaba más tiempo.

No había necesidad de ello. Mi padre venía todos los domingos, dedicándose por entero a Alma y los muchachos. Pero a *mí* jamás me había llevado a un partido de fútbol, o a pescar; nunca me había llevado en una larga excursión a una montaña nevada. Nuestra relación era amable pero distante. Incluso cuando murió mamá la lloramos por separado. Pero no era amable cuando criticaba mi comportamiento. Hacía sólo una semana, me había llamado a su despacho para discutir acerca de unas dificultades con su subvención. Era un pretexto para otra cosa.

—No te haces cargo de tus responsabilidades en este laboratorio —dijo de modo terminante—. Has perdido todo sentido de resolución, del *honor*.

—Hago más de lo que me corresponde —dije airadamente.

—¿Yéndote a la cama con mi técnica de laboratorio? —farfulló.

—¡Eso es una sucia mentira! —dije. Sacudí mi cabeza con furia. Hacía dos años, había tenido efecto una aventura malograda con una estudiante posgraduada de ojos endrinos. Había sido excitante, tempestuoso, y pocos meses después todo había terminado. Pero Sarah Frey era un tipo de muchacha completamente diferente. Había lazos entre nosotros que se fortalecían minuto a minuto; algo que ni mi padre ni mi esposa podrían comprender jamás. Mi padre se había librado de la rubia estudiante posgraduada, pero hasta el momento no había actuado contra Sarah. Me imagino que tendría claro que hubiese sido inútil.

—Tengo mucho cariño a Sarah —dije—. Eso es todo lo que hay entre nosotros.

Mi padre profirió un bufido y yo me levanté y me retiré indignado. El tenía razón,

por supuesto. Yo estaba enredado desde el día en que Sarah entró al laboratorio por primera vez, hacía seis meses, con su rica cabellera negra cayendo en dos trenzas por la rígida y blanca parte posterior de su bata almidonada, con su blanda boca en forma de curva que fácilmente se transformaba en una sonrisa cálida. Era eficaz, buena con nuestros animales y muy cuidadosa en cuanto al registro de datos.

Una mañana en que mi padre había arribado inesperadamente, nos encontró en medio de un apasionado abrazo. Yo hubiese preferido una explosión, pero él permaneció calmo, aparentando que nada había sucedido. Incluso, habló tranquilamente con Sarah acerca de una nueva dieta para nuestros monos capuchinos.

Los recuerdos todavía eran dolorosos. Revolví los papeles de mi mesa sin propósito fijo. Me costaba un enorme esfuerzo de concentración, pero intenté poner mis pensamientos en orden y volver al trabajo. Había momentos en que lo lograba. Veinte años atrás, yo había iniciado una larga búsqueda para determinar las influencias que controlaban el reloj biológico. ¿Qué era lo que producía que la temperatura corporal de un animal de sangre caliente tuviera los mismos ciclos de altas y bajas, día tras día? ¿Por qué tantas funciones metabólicas dependían de la extensión del día?

Mi padre y yo habíamos discutido estas cuestiones extensamente, y habíamos acordado que yo exploraría los efectos gravitacionales, y él se dedicaría a las influencias electromagnéticas. La suerte había estado enteramente de su lado. Tuvo la buena fortuna de ser el primero en demostrar que las potencialidades cerebrales eran directamente dependientes de las fluctuaciones en el campo magnético de la Tierra.

Trabajando primero con monos capuchinos, y después con seres humanos, probó que la más significativa de las biopotencialidades del cerebro, el ritmo alfa, variaba entre ocho y dieciséis veces por segundo, *tal como lo hacían las fluctuaciones del campo magnético terrestre*. Y mi padre había sido llamado a Suecia para recibir la magnífica medalla de oro y la abultada recompensa en metálico.

Yo estaba orgulloso de mi padre, de su logro, que abría nuevos caminos; pero a la vez lo envidiaba ferozmente. Ya había dejado de querer entender el porqué. Tal vez fuera el inexorable sentido de competitividad que rodeaba a todo lo que él hacía. Inclusive ahora luchaba por ser el primero, haciéndome participar en una competición que yo no deseaba, tanto en el laboratorio como con mi esposa e hijos.

—Hacen falta dos para una carrera —dije en voz alta—. Y yo no pienso correr.

Mi teléfono sonó. Era mi padre, que se encontraba a unos míseros quince metros corredor abajo, pero demasiado ocupado para acercarse y hablar conmigo directamente. El desprecio en mi voz fue difícil de contener.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Tengo algo de suma importancia que discutir —dijo—. Y bastantes cosas que mostrarte. ¿Podrías dedicarme algunos minutos?

¿Algunos minutos? Tenía enormes cantidades de tiempo por delante.

—En este momento estoy muy liado —dije—. Pero estaré ahí dentro de media

hora. Me incliné hacia adelante y puse la alarma de mi reloj eléctrico media hora más tarde.

Mi padre podía tolerar muchas cosas, pero jamás la falta de puntualidad.

Llegué puntualmente al despacho de mi padre y me senté en la confortable silla de cuero que había del otro lado de su mesa. Nos miramos directamente a los ojos y luego, molesto, dirigí mi vista hacia la alfombra. Era curioso, y a veces, provocaba un poco de miedo, el constatar el enorme parecido que había entre mi padre y yo. Si no hubiese sido por el plateado cabello y la piel correosa y arrugada de un hombre de setenta años, hubiéramos pasado por hermanos. Mi padre estaba sentado, fumando su pipa. El rico aroma de su tabaco mezclado con miel comenzó a llenar todos los rincones de la sala. Yo había detestado ese olor, incluso cuando niño.

—Tengo algo que enseñarte, John —dijo mi padre. Hablaba por un costado de su boca, sin quitar de allí la pipa—. Me gustaría mucho poder contar con tu opinión —dijo.

—¿Desde cuándo mi opinión tiene importancia en este sitio? Mi padre me miró ferozmente.

—Al diablo con tu compasión por ti mismo —dijo—. Lo que deseo es tu perspicacia científica, si es que todavía te queda alguna. Estoy pensando acerca de la flecha del tiempo.

¿La flecha del tiempo? Esboqué una mueca a pesar de mí mismo. A mi padre siempre le había preocupado este tema; tanto, que yo ya no llevaba la cuenta de los años. Era una obsesión.

—Ambos sabemos —dijo mi padre, expresándose en direcciones que ya había tomado innumerables veces— que en un nivel microscópico no existe una *dirección preferida* para el tiempo. A las ecuaciones del movimiento no les importa un rábano si el tiempo se mueve hacia adelante o hacia atrás.

—Pero en un nivel macroscópico sí que importa —dije, arrastrado al diálogo a pesar de mi resentimiento—. Después de todo, si la dirección del tiempo fuese igualmente probable tanto hacia adelante como hacia atrás, debería haber, entonces, una simetría total en la forma y procesos de todos los animales. Desde luego, hay una simetría aproximada, pero desaparece cuando se la examina de cerca. Obviamente, el corazón humano y la aorta no son simétricos.

—Tienes absoluta razón —dijo mi padre, y sentí un estremecimiento de placer que descendió hasta mi estómago. Aspiró su pipa con más vigor aún, y grandes nubes azules de humo comenzaron a rodear su cabeza. Esto presagiaba que la charla continuaría por un buen rato—. Reducido a forma más sencilla —dijo mi padre—, significa que en pequeña escala, digamos en la escala de la Tierra, podría no haber una simetría macroscópica. Pero en toda la enorme extensión del universo, las cosas *tienen que alcanzar un término medio*. Si los hombres de la Tierra poseen un corazón

y una aorta que apuntan en cierta dirección, pues entonces, en algún otro planeta situado en algún remoto rincón del universo, otros seres han de tener corazones y aortas que apunten en la dirección opuesta.

—A mí eso me suena como una ampliación del principio de partícula-antipartícula — dije.

—Exactamente —dijo mi padre—. Hasta podría especular que dado que nosotros crecemos en una dirección particular, aquí en la Tierra, tal vez otros seres se hagan más jóvenes con el tiempo, en algún otro sitio.

Comencé a reír.

—¿Y salen del vientre de sus madres torcidos, combados, arrugados y sin dientes? Mi padre apagó su pipa.

—Has reducido mis observaciones al absurdo más completo —dijo sin perder la calma. Me hacía feliz el ver enfadado a mi padre, pero también me inquietaba.

—Lo siento —dije—. Pero tus observaciones en realidad parecían apuntar en esa dirección.

Mi padre se puso de pie abruptamente, depositando con fuerza las cenizas de su pipa sobre un gran cenicero de plata, con escudo en relieve, que le había sido regalado por el personal del laboratorio cuando obtuvo el premio Nobel.

—Las palabras son huecas —dijo—. Vayamos al laboratorio. Ya verás a qué me refiero.

Caminamos por los corredores exteriores, que estaban débilmente iluminados, y entramos al laboratorio donde se hallaban los monos capuchinos. En el centro, sobre un largo banco, había una simple jaula de alambre. Inmediatamente detrás, había un alto anaquel con equipo electrónico del que salía un brazo en forma de L que oscilaba por encima de la jaula. Adosado al brazo, y directamente sobre el centro de la jaula, había un enorme montón de bobinas.

Mi padre se dirigió a la jaula y la observó de cerca, canturreando muy suavemente al animal que había dentro. Yo llegué detrás suyo y miré por encima de su hombro. Había en la jaula un animal muy viejo, tan gris y lleno de arrugas que me sorprendió el que todavía viviera.

—¿Lo reconoces? —dijo mi padre.

—Pues en verdad, no.

—Es nuestra *joven* Ginger —dijo.

Al principio creí que era una broma grotesca, pero sabía, por supuesto, que mi padre no tenía sentido del humor alguno. Miré el montón de bobinas que había sobre la jaula. Los ojos de mi padre siguieron a los míos.

—Ese es el sintetizador de campo magnético que he construido —dijo mi padre—. Con él puedo emplazar un campo controlado en un área de un milímetro en cualquier punto que se encuentre a menos de un metro y medio del sintetizador. Puedo variar la amplitud y la frecuencia a lo largo de un considerable alcance.

—¿Y Ginger?

—La encerré dentro de un campo magnético de ocho ciclos por segundo —dijo mi padre—. Y por Dios, comenzó a rastrear *metabólicamente* con las fluctuaciones de este campo artificial. Gradualmente, comencé a aumentar el ritmo de las fluctuaciones. Como puedes ver, su reloj biológico cobró velocidad internamente, y su envejecimiento empezó a tener efecto a un ritmo vertiginoso.

—Es increíble —dije—. No hubiese creído que esto fuera posible.

Por el momento, mis celos y antagonismo quedaron de lado, y la magnitud de su logro se apoderó de mi imaginación. Examiné de cerca al animal. Los rasgos eran similares a los de Ginger, pero no podía estar seguro. Alrededor de su tobillo había un diminuto brazalete de identificación que decía: «Ginger». Pero podía haberle sido quitado a la verdadera Ginger.

—Sé lo que estás pensando —dijo mi padre—. Pero jamás he falsificado datos en toda mi vida, y tú lo sabes de sobras—. Cogió un grueso cuaderno de notas que estaba a un costado de la jaula.

—Aquí están todos mis registros —dijo—. Quiero que los leas y que me ofrezcas tus comentarios.

Tomé el cuaderno de sus manos. Era verdaderamente pesado. Durante un brevísimo instante pensé en lo mucho que se enfadaría mi padre si le quemase el cuaderno. En seguida me quité esa idea de la cabeza.

—Una pregunta —dije—. ¿Cómo diriges este campo hacia el animal? ¿Usas fuerza de campo uniforme? ¿Debes concentrarla en un sitio específico de la corteza o son varias las áreas que están en juego?

—Hay un solo sitio en juego —dijo mi padre—. Lee el cuaderno, está todo ahí.

Me miró durante un instante; sus ojos eran cálidos y, me dio la impresión, cariñosos.

—Tú me has llamado frío, reservado. Pero lo que ahora te sugiero es que *tú* lleves adelante los experimentos para *aminorar* el ritmo de las fluctuaciones del campo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Sabía que esto era de una enorme generosidad de su parte. En efecto, era posible que fuésemos capaces de inmovilizar el tiempo relacionado con un individuo. Podía ser el umbral de la inmortalidad, por primera vez en la historia del hombre. La idea era imponente.

—Comenzaré a leer tu cuaderno de inmediato —dije.

En el camino de vuelta a mi despacho, pasé junto a Sarah Frey. Alargó la mano y acarició mi brazo. Curiosamente, me sentí molesto. Le hice un gesto con la cabeza, secamente, y seguí adelante sin decir una palabra, esforzándome bajo el peso del enorme cuaderno.

Leí minuciosamente cada fragmento del informe; mi excitación aumentaba a cada instante. Era obvio que el experimento de reducir la velocidad de los campos iba a conmover, sin duda, al mundo de la ciencia. Y en seguida me acechó la idea, el

enorme impacto que me provocó comprender que todo esto era la labor de mi padre; una hazaña que le pertenecía y que nada tenía que ver conmigo. Me la brindaba en bandeja de plata; pero yo no había degenerado hasta el punto de poder aceptar un regalo semejante.

Volví al despacho de mi padre y deposité el cuaderno en su mesa. Me miró con sus ojos grandes y negros, casi juveniles, inexpresivos ahora.

—Es tu trabajo, no el mío —dije—. Has hecho una tarea extraordinaria, pero no me subiré a tu carruaje triunfal como si fuera el mío. Tengo que llegar por mis propios medios.

Mi padre suspiró.

—O te doy muy poco, o te doy demasiado. ¿Por qué no puedes subir a bordo? Hay aquí suficiente gloria y realizaciones como para cinco hombres. Y todavía hay mucho trabajo por realizar. ¿O es que quieres quemar toda tu creatividad dentro de Sarán Frey?

Comencé a hablar a gritos:

—No mezcles a Sarah en esto. Lo que hago con ella me concierne solamente a mí. Y en todo caso es un interés más tierno, más humano y más pleno que tu preocupación por las medallas de oro y los aplausos.

—Ya, de acuerdo —dijo mi padre.

Salí como una tromba de su despacho y marché hacia el mío. Ahí sentado, comprendí cuan pueril había sido todo lo que dije e hice. Mi padre estaba en lo cierto y yo debí haber colaborado con él. Pero no pude hacerlo. Yo era como un reloj de arena puesto de arriba abajo, perdiendo toda esa arena, y no había nadie capaz de darme la vuelta de modo que pudiese comenzar todo de nuevo.

Pasé la noche con Sarah. Telefoneé a mi esposa y le dije, como en incontables ocasiones, que trabajaría hasta tarde en el laboratorio y que dormiría allí. Y como siempre, Alma suspiró e hizo como si me creyera.

Por la mañana le dije a Sarah que iba a divorciarme. Ella estaba sentada frente al espejo, cepillando su cabello con golpes largos y uniformes; sus mechones negro azulados despedían un rico perfume y su mano comenzó a temblar.

Pero no dijo nada. ¿Me creía? Juré que esta vez lo decía seriamente, pero Sarah no estaba convencida. ¿O era, en realidad, los veinte años que separaban nuestras edades? Me marché de su apartamento, enfadado con ella, y durante los días que siguieron ignoré sus intentos de acercarse a mí.

En cambio mi padre tuvo una actitud más directa conmigo.

Si nos cruzábamos en el corredor, él se volvía. Yo sabía que continuaba con su trabajo; tal vez con los mismos experimentos que yo me había negado a realizar. Pero yo no me humillaría.

Una noche, en que me había quedado después de hora para trabajar en la preparación de un deslucido ensayo que había de leer en una conferencia, en la primavera, mi padre irrumpió en mi despacho presa de gran excitación. Su paso era

elástico y parecía estallar debido a una vitalidad que desmentía sus años.

—Ven conmigo —dijo.

Le seguí, sintiendo que el pánico crecía en mí. Volvimos a la sala de los capuchinos y a la jaula de Ginger. Mi padre hizo un gesto hacia la jaula, y yo miré adentro. *Ella había sido devuelta a la juventud.*

—Felicitaciones —dije; pero en realidad me hallaba próximo a la desesperación. Aquello hubiese podido ser mi propia hazaña. En seguida, los informes sentimientos que habían estado tamizándose dentro y fuera de mi mente, tomaron forma.

—Sé que hasta el momento no has ensayado este proceso en un ser humano —dije—. Me ofrezco como voluntario.

—Es valiente, de tu parte —dijo mi padre—. Pero el peligro es enorme. Requeriría una extremada precaución y una exposición prolongada para evitar que los procesos metabólicos revirtieran demasiado abruptamente.

—No es valentía —dije—. Deseo una oportunidad para volver a empezar. Veinte años me darían esa posibilidad. Tal vez entonces pueda evitar todo aquello que me ha conducido a un callejón sin salida.

—Es demasiado tarde —dijo mi padre—. Tienes una esposa y tres magníficos muchachos. No puedes volver atrás.

—Estoy decidido —dije—. Si no me ayudas lo haré por mi cuenta.

—Lo sé —dijo—. Pero ya hay un precedente. —Se dirigió al fregadero del laboratorio y lavó vigorosamente su cara con agua y jabón. La piel seca y correosa pareció desvanecerse como si fuese humo, y surgió una piel clara y rubicunda.

—Todo maquillaje —dijo mi padre. Alzó un brazo y se quitó la cabellera plateada; y apareció un cabello de color castaño, equivalente al mío—. Como verás —dijo—, ya he llevado a cabo el experimento.

Lo contemplé. Era, casi, mi imagen reflejada en un espejo.

—Eres un cerdo —dije—. Una lasciva bestia. Te has apoderado de mi trabajo, de mi ambición, de mi esposa e hijos. Y ahora de mi cuerpo.

—No es eso, en absoluto —murmuró—. Sabes que éste era el siguiente paso lógico de mi investigación.

—¿Lo era? —pregunté—. ¿Y ahora te diriges lógicamente al lecho de Alma? —Se ruborizó hasta la planta de sus pies—. La canjearé por esos veinte años —dije—. Al menos puedes ofrecerme eso.

—Lo haría con agrado —dijo ceñudamente—. Y me cuidaría de tu familia mucho mejor de lo que tú jamás lo has hecho. Pero aun suponiendo que considerase tu absurda propuesta, ¿qué sucedería conmigo? ¿Qué ocurriría con mi personalidad vieja?

—Eso es problema tuyo —dije—. Por una vez en tu vida, piensa primero en mí.

—No estás en tus cabales —dijo mi padre. Extendió un brazo y cogió la peluca plateada, y muy cuidadosamente volvió a colocarla en su sitio; luego, abandonó el laboratorio.

Esa noche ni siquiera me tomé el trabajo de llamar a Alma. Cogí una borrachera de miedo y así me mantuve hasta que perdí la cuenta de los días. Cuando desperté estaba completamente debilitado. Mi cabeza se partía, y todas las partes de mi cuerpo dolían más allá de toda descripción. Era algo mucho más fuerte que una resaca.

Intenté levantar un brazo y el esfuerzo me dejó exhausto. Pero lo más extraño es que me encontré sentado a una mesa de trabajo ajena. Pude observar una pila de papeles cuidadosamente rotulados, el abultado cuaderno. Contemplé mis manos. Eran nudosas; eran las manos de un hombre de setenta años, con la piel fruncida, curtida, manchada por el ácido. Alcé el mojado espejo de afeitarse que se hallaba a un lado de la mesa, y miré mi reflejo en él. Era el rostro de mi padre, o, más bien, su rostro antes de que hubiera vuelto atrás su reloj biológico. ¿O era, en realidad, mi rostro?

Me sentí terriblemente confundido. Así es como me siento después de despertar de una larga siesta. Todavía me encontraba en ese estado de semiconciencia en que uno no está seguro acerca de qué es lo que ha soñado y qué lo real. Sarah Frey se deslizó dentro del despacho para dejar un informe sobre la mesa. Alargué un brazo para acariciar su cadera; pegó un brinco que casi la hizo salir de su piel. Abandonó el despacho antes de que pudiera emitir palabra alguna.

Miré el cuaderno, lo abrí y volví las páginas ociosamente. ¿Era mío este trabajo? Los párpados me pesaban terriblemente. Comencé a dormitar, y por el rabillo de mi ojo pude ver una versión más joven de mí mismo, detenida junto a la puerta del despacho, contemplándome con sus ojos grandes, oscuros, enfadados. Y en el preciso instante en que volvía al profundo consuelo de mi siesta, pensé: «Pobre tonto; las cosas con las que te has quedado son efímeras. En cambio yo, después de todo, soy ahora el premio Nobel».

LA MARCHA DE LOS IMBÉCILES

Kornbluth Cyrill

The Marching Morons

Algunas cosas no habían cambiado. Una rueda de alfarero seguía siendo una rueda de alfarero y la arcilla era aún arcilla. Efim Hawkins había construido su establecimiento cerca de Goose Lake, donde existía una estrecha faja de arena blanca. Mantenía allí encendidos tres hornos con carbón de sauce procedente de la porción de bosque. El bosque era también útil para darse buenos paseos mientras los hornos se iban enfriando, ya que, si se permitía el gusto de quedarse junto a ellos, tal vez se sentiría tentado a abrirlos prematuramente, incitado por su impaciencia por ver cómo había resultado tal o cual cosa sometida a su acción, y entonces... ¡pum! todo quedaría estropeado.

En su modesta factoría, una pobre construcción de ladrillo con techado de tejas, se desarrollaba una conferencia mercantil, mientras el "rocket" Chicago-Los Angeles rugía en los cielos... liso como una picuda, arrojando por detrás fieras llamaradas, estrepitoso...

El comprador de Marshall Fields se hallaba estudiando una botella de litro de negro vidrio, mostrando su aprobación con los movimientos de su masiva y agradable cabeza.

—Esto es realmente bonito —dijo Hawkins, a su secretario Gómez-Laplace—. Esto tiene mucho de los que usted llama verdaderos principios estéticos. Sí, es realmente bonito.

—¿Cuánto? —preguntó el secretario al alfarero.

—Siete cincuenta en lotes de docena —repuso Hawkins—. El mes pasado fabriqué quince docenas.

—Son realmente estéticas —repitió el comprador de Fields—. Me las llevaré todas.

—No creo que podamos hacerlo, doctor —dijo el secretario—. Nos costarían 1.350 dólares. En tal caso nos quedarían solamente 532 dólares de nuestro presupuesto trimestral. Y aún tenemos que ir a Liverpool para recoger algunos juegos de cena baratos.

—¿Juegos de cena? —inquirió el comprador, con su grueso rostro delataba extrañeza.

—Juegos de cena. Hace ahora dos meses que el Departamento carece de ellos. El señor Garvy-Seabright se puso ayer muy pesado con esto, ¿recuerda?

—Garvy-Seabright, ese narigudo estúpido —dijo el comprador desdeñosamente—. Ese no sabe nada de estética. ¿Por qué diablos no me dejará llevar mi propio departamento?

—sus ojos se fijaron en un ejemplar olvidado del *Whambozambo Comix* y se sentó para leerlo. Mientras leía sus páginas se le escapaba alguna que otra risita o algún gruñido de sorpresa.

El alfarero y el secretario, libres de él, cerraron rápidamente un trato para dos docenas de las botellas de litro.

—Desearía poder llevarme más —dijo el secretario— pero ya oyó usted lo que le

dije a mi jefe. Tendríamos que renunciar a adquirir lo que nos ofrecen los clientes de artículos de cena ordinarios porque él se gastó el presupuesto del último trimestre con algunas manadas de cerditos mejicanos que algún entusiasta importador le vendió. El quinto piso está atestado de ellos.

—Apuesto a que se ven muy antiestéticos.

—Están pintados de púrpura.

El alfarero se estremeció y acarició el vidrio de la botella de muestra. El comprador levantó la cabeza y murmuró:

—¿Todavía no han terminado de charlar? ¿Para qué me sirve un secretario si no es capaz de arreglarme las cosas, eh?

—Ya hemos terminado, doctor. ¿Dispuesto para la marcha?

El comprador gruñó malhumorado, arrojó al suelo el *Whambozambo Comix* y salió de la casa; a través del estriberón llegó a la carretera. Su coche esperaba sobre el cemento.

Como todos los coches contemporáneos, era demasiado bajo de carrocería para poder pasar sobre el maderamen. Se introdujo en su interior y puso en marcha el motor con un tremendo ruido y relampagueo.

—Gómez-Laplace —gritó el alfarero al abrigo del ruido—. ¿Dio resultado el programa de radiación en el que estaban trabajando la última vez que yo me encontraba de servicio en el Polo?

—Nada. Inútil como siempre —repuso el secretario con sombrío tono—. Nos detuvo en mutuación, en segregación, en selección y por último en hipnosis.

—Bien, debo volver al trabajo dentro de nueve días. Ahora voy a encender el fuego. Tengo un nuevo barniz que probar...

—Le echaré de menos. Estaré "de vacaciones" encargado de la sala de esquemas del New Century Engineering Corporation en Denver. Tienen que erigir un edificio de oficinas de doscientos pisos y, naturalmente, tienen que tener a alguien a mano.

—Naturalmente —dijo Hawkins con amarga sonrisa.

Prodújose un penetrante sonido cuando el comprador pulsó un botón. Al propio tiempo brotó una bocanada de algo parecido a una llama, como de un metro de altura, de la tapa del radiador del coche; la instalación de fuerza del vehículo consistía en una turbina a gas y no tenía radiador.

—Ya estoy aquí, doctor —dijo el secretario introduciéndose en el coche, el cual emprendió la marcha entre rugidos y llamaradas intensísimas.

El alfarero, alicaído, retrocedió sobre sus pasos, recorriendo de vuelta el estriberón y contempló sus hornos, ya en proceso de enfriamiento. El susurrante viento hacía crujir las ramas y arrancaba murmullos a los ladrillos refractarios. ¿Podría echarle una ojeada al interior de los hornos...?

El sentido común le arrancó de allí y lo llevó hasta la choza de herramientas. Cogió un pico y, resueltamente, se encaminó hacia unos montículos en los que podría haber óxidos. Estaba interesado especialmente en los de cobre.

El largo paseo lo dejó extenuado, con el deseo en el corazón de echarle un vistazo al interior de los hornos. Casi al azar hundió su pico en uno de los montículos; golpeó sobre una piedra, la cual excavó. Apareció a la vista una inscripción muy borrosa que rezaba:

ERSIDAD DE CHIC
LABO OGICO
MEMORIA DE
MUERTO EN ACTO

El alfarero exhaló un apagado suspiro. Esperaba que aquel terreno fuera un cementerio, con preferencia un cementerio antiguo que pudiera ofrecerle muchos ataúdes de bronce enmohecidos por el óxido de cobre y de estaño.

Bueno, mala suerte, tal vez por allí cerca hubiera algo.

Se encaminó hacia el vecino montículo, el segundo de ellos por su tamaño, y clavó en él su pico. Se encontró con una piedra que le costó trabajo sacar de allí, y luego el alfarero se vio muy contento de haber dado con ella. Su olfato estaba lleno de amargo olor y la inmundicia teñíase del excitante azul de las sales de cobre. El pico produjo un sonido metálico... ¡cling!

Hawkins, resoplando, contempló fijamente una placa de acero inoxidable que sin embargo estaba muy oxidada y en la que también habían letras inscritas. Parecía haberse desprendido del bronce descompuesto; ribetes de pátina de verdusco color correteaban por su reverso. El alfarero limpió la superficie de la placa con una manga, la volvió de modo que el sol la bañara oblicuamente y leyó:

HONESTO JOHN BARLOW

«Honesto John», famoso en los anales universitarios, representa un reto que la ciencia no ha sido todavía capaz de explicar, resurrección de un ser humano que accidentalmente ha sido puesto en un estado de vida en suspenso.

En 1988 el señor Barlow, un destacado comerciante de Evanston, visitó a su dentista para que le tratara una muela del juicio. El dentista solicitó y obtuvo permiso para emplear el anestésico experimental Cycloparadimethanol-B-7, desarrollado en la Universidad.

Después de la aplicación del anestésico, el dentista recurrió al cepillo. Por fatal desgracia, se produjo un corto circuito en el aparato, que suministró corriente de 220 voltios de 60 ciclos al cuerpo del paciente. (En el pleito entablado por la señora Barlow contra el dentista, la Universidad y el fabricante del cepillo, el Jurado falló en favor de los demandados). El señor Barlow no llegó jamás a levantarse del sillón del dentista y se supuso que había fallecido a causa de envenenamiento, electrocutado o ambas cosas a la vez.

Sin embargo, los empleados de la funeraria que lo estaban preparando para su embalsamamiento descubrieron que aquel hombre —aunque no estaba ciertamente vivo— evidentemente no había muerto. Se comunicó la noticia a la Universidad y comenzó una serie de pruebas exhaustivas, incluyendo los intentos de repetir el estado de trance en voluntarios. Después de siete desgraciados casos que acabaron fatalmente, todos los intentos fueron abandonados.

Honesto John se exhibió durante largo tiempo en el museo de la Universidad y animó muchos partidos de fútbol como mascota de los «Blue Crushers» de la universidad.

El 22 de mayo de 2003, la Junta de Regentes de la Universidad publicó las siguientes notas: «Por votación unánime, se ordena que los restos de Honesto John Barlow que se hallan en el museo de la Universidad sean trasladados a los Laboratorios Biológicos de la Universidad Conmemorativa del Teniente James Scott III y que allí sean guardados en una tumba especialmente dispuesta y bien cerrada. Se ordena además que por parte de la administración se tomen las necesarias medidas para la conservación de los restos y que se niegue el acceso a los mismos a toda persona, excepto a estudiantes calificados provistos del pertinente certificado por la Junta. La Junta se ve obligada a proceder de este modo en vista de las últimas noticias y fotografías aparecidas en la prensa de la nación, que, diciéndolo con mucha suavidad, reflejan muy poco crédito para la Universidad.

Era algo que estaba muy lejos de sus conocimientos, pero Hawkins comprendió lo que había sucedido: un fallo accidental que afectó todos los huesos durante el shock anestésico de Levantman, el cual, desde entonces, fue reemplazado por otros métodos. Para sustraer a los pacientes del shock de Levantman se aplica un inyectable al nervio trigémino, un poco de líquido salino. Interesante. Y ahora, en cuanto a ese bronce...

Levantó el pico y lo dejó caer con fuerza contra las corrompidas sales verdosas y por poco se rompió la muñeca. *Algo* allí abajo era *sólido*. Comenzó a quitar los óxidos.

Tras media hora de trabajo llegó al bronce fosforoso, una enorme masa del casi incorruptible metal. Su estructura se había debilitado a través de los siglos; notó la punta del pico hundida en un cuerpo corroído y percibió el crujir de desgarradas estrías...

Deseó haberse traído con él a un arqueólogo, para llamarlo a fin de que se hiciese cargo del descubrimiento. Era un hombre polifacético: por capricho y en sus horas libres, un artista de la arcilla y el vidrio; por necesidad, ingeniero en automatización, en electrónica y en problemas atómicos, capaz también de ofrecer un proyecto sobre control del tráfico, sobre psicología individual o general, arquitectura o planeamiento de nuevas herramientas.

Cavó una trinchera alrededor de su descubrimiento y vio que se trataba de una gran masa de bronce en forma de ladrillo que producía un excitante ruido profundo. De una de sus caras verticales saltó una ligera tira de enmohecido metal, exponiendo a la vista rojizo polvo que desapareció absorbido en el interior de la masa...

Arrojó el pico fuera de la trinchera, salió de la misma y corrió alocadamente hacia su casa. Buscó algo, un momento, halló una aguja hipodérmica y luego encontró en la cocina un envase de plástico y sal.

Ya de vuelta en la trinchera, trabajó durante otra media hora para reseguir y forzar la juntura de la tapa. Como los goznes no funcionaban, los destrozó.

Hawkins extendió el mango del pico para hacer palanca, ajustó su punta en lo más hondo y procedió a levantar la tapa. Accionó aquella cuña cinco veces y al fin pudo vislumbrar en el interior de la tumba lo que parecía ser una polvorienta estatua de mármol. Luego, sus asombrados ojos descubrieron el desnudo cuerpo del Honesto John Barlow, incorrupto y lozano.

El alfarero le pinchó el extremo del trigémino con la punta de la aguja y le inyectó 60 cc. de la solución salina, y al cabo de una hora el pecho de Barlow empezó a moverse.

Y una hora después dijo con ronca voz:

—¿Ha dado resultado?

—¡Ya lo creo! —musitó Hawkins.

Barlow abrió los ojos y se movió, miró hacia abajo, levantó las manos hasta sus ojos...

—¡Le demandaré! —gritó—. ¡Mis ropas! ¡Mis uñas! —Una horrible sospecha se reflejó en su rostro y sus manos subieron hasta el pelado pericráneo—. ¡Mi cabello! —gimió—.

¡Le demandaré hasta que acabe con su último ochavo! ¡El tribunal no le tendrá en cuenta para nada mi liberación! ¡Yo no cedí mi pelo, ni mis ropas ni tampoco mis uñas!

—Volverán a crecer —dijo Hawkins tranquilamente—. Y también su epidermis. Todo esto no estaba vivo y no quedó protegido con el resto de su cuerpo. Temo, sin embargo, que sus ropas se hayan perdido para siempre...

—¿Dónde me encuentro..., en el hospital de la Universidad? —demandó Barlow—. Quiero un teléfono. No, telefonee usted. Dígale a mi esposa que estoy bien y a Sam Immerman, mi abogado, que venga aquí inmediatamente. Greenleaf, 7-4922. ¡Oh! — Había intentado levantarse y una porción de su rosada piel rozó con la superficie interior del ataúd—. ¿Qué han hecho ustedes conmigo? ¿Acaso me han hervido vivo? ¡Oh, esto me lo van a pagar...!

—No le pasa nada, amigo —dijo Hawkins, deseando ahora tener algún libro que le aclarara ciertos oscuros términos—. Su epidermis empezará a crecer inmediatamente. No está usted en el hospital. Eche un vistazo a esto.

Le dio a Barlow la placa de acero que había estado sobre el ataúd. Tras una

mirada suspicaz, el hombre empezó a leer. Al terminar, dejó cuidadosamente la placa en el borde de la tumba y durante un momento permaneció silencioso.

—Pobre Verna —dijo al fin—. Aquí no dice si le cargaron los gastos del juicio. ¿Acaso sabe usted...?

—No —repuso el alfarero—. Todo cuanto sé es lo que dice la placa y cómo volverle a usted a la vida. El dentista le dio accidentalmente una dosis de lo que llamamos shock anestésico Levantman. Hace ya siglos que no lo usamos; era eficaz, pero demasiado peligroso.

—Siglos... —repitió pensativo el hombre—. Siglos... Apostaría que Sam la estafó hasta el último céntimo. Pobre Verna. ¿Cuánto ha de eso? ¿En qué año estamos?

Hawkins se encogió de hombros.

—Lo llamamos el 7-B-936. Esto no le aclara a usted nada. Se requiere mucho tiempo para que se oxiden estos metales.

—Como aquella película —musitó Barlow—. ¿Quién lo hubiese pensado? ¡Pobre Verna!

Empezó a gimotear, recordándole amargamente a Hawkins que le había encontrado bajo una losa.

Casi con rabia, el alfarero preguntóle:

—¿Cuántos hijos tenía?

—Ninguno todavía —sollozó Barlow—. Mi primera esposa no los quería. Pero Verna quiere uno..., quería uno..., pero vamos a esperar hasta... *íbamos* a esperar hasta...

—Naturalmente —dijo el alfarero, sintiendo un salvaje deseo de decirle que se fuera al diablo, para volver a su trabajo. Pero se contuvo. Había El Problema en medio; siempre había que pensar en El Problema y este pobre desgraciado tal vez pudiera proporcionarles inesperadamente una pista. Hawkins debía hacer entrega de él.

—Vamos —dijo Hawkins—. Me apremia el tiempo. Barlow levantó la cabeza, ofendido.

—¿Cómo puede ser usted tan poco humanitario? Soy un ser humano como...

El "rocket" Los Angeles-Chicago rugió en los cielos y Barlow se detuvo en su lastimera protesta.

—¡Hermoso! —suspiró, siguiéndolo con la vista—. ¡Hermoso!

Salió de la fosa con mucho cuidado, procurando no dañarse su infantil piel.

—Al fin y al cabo —dijo con animado tono de voz—, esto debe tener su lado de color de rosa. Nunca me dediqué demasiado a la lectura, pero es muy parecido a una de aquellas novelas. Y creo que podré ganar dinero con esto, ¿verdad?

Dirigió a Hawkins una mirada astuta.

—¿Necesita dinero? —preguntóle el alfarero—. Tome. —Le dio un puñado de billetes y monedas—. Será mejor que se ponga mis zapatos. Tendremos que caminar

un cuarto de milla. ¡Oh...! Está usted... avergonzado..., sí, era la palabra. Tome.

Hawkins le dio sus pantalones, pero Barlow estaba contando, muy excitado, el dinero.

—Ochenta y cinco, ochenta y seis... ¡y son dólares de verdad! Creí que todo sería a base de crédito o como le llamen. «*E Pluribus Unum*» y "*Liberty*"... sólo difieren en lo acuñado en ambos lados. Diga, ¿no hay aquí algún engaño? ¿Son dólares de verdad, como los teníamos antes?

—Le aseguro que son buenos... —contestó el alfarero—. Tengo prisa. Deseo que nos marchemos cuanto antes de aquí.

El hombre murmuraba mientras se encaminaban a la alfarería:

—¿Dónde vamos... al Consejo de los Científicos o al Coordinador Mundial tal vez?

—¿Quién? Oh, no. Le llamamos "Presidente" y "Congreso". No, eso no nos haría ningún bien. Le llevo a ver a ciertas personas.

—De esto podría sacar mucho beneficio. ¡Mucho! Podría escribir libros. Se lo confiaría a algún joven inteligente para que me lo escribiera y apuesto a que resultaría un "bestseller". ¿Cómo andan ahora estas cosas?

—Ya no hay "bestsellers". Actualmente la gente no lee mucho. Pero le encontraremos algo igualmente provechoso para usted.

Ya en la alfarería, Hawkins le dio a Barlow un traje completo, lo depositó en la sala de espera y llamó a la Central de Chicago.

—Llévenselo —suplicó—. No para de hablar. No le he dicho nada. Quizá debiéramos dejarlo libre para que por sí mismo encuentre su propio nivel, pero queda una oportunidad...

—El *Problema* —convino Central—. Sí, queda una posibilidad.

Barlow sintió regocijo cuando el alfarero le preparó una taza de café con una pastilla que no solamente se disolvía en agua fría sino que la hacía hervir. Mientras esperaban, Hawkins habló sobre el "rocket" que tanto admiraba Barlow, pero tuvo que callarse apenas comenzar; estuvo a punto de decirle al otro cuál era realmente su velocidad máxima... y casi le reveló que no era un "rocket".

Lamentó también haberle entregado a Barlow tan despreocupadamente un par de cientos de dólares. El hombre parecía estar obsesionado por el temor de que careciesen de valor, pues Hawkins había rehusado aceptarle un pagaré e incluso una promesa de devolución. Pero Hawkins no podía entrar en detalles, y se sintió muy satisfecho cuando llegó un desconocido procedente de Central.

—Tinny Peete, de Algeciras —le dijo el recién llegado con prisa cuando ambos se encontraron en la puerta—. Físico del *Probpo*. Enviado especial para hacerse cargo de Barlow.

—Gracias al Cielo —dijo Hawkins—. Barlow —dijo, mirando al hombre del pasado—. Le presento a Tinny-Peete. Se va a hacer cargo de usted y le ayudará a ganar mucho dinero.

El físico permaneció allí el tiempo suficiente para que le sirviera una taza de café, cuya preparación tanto había gustado a Barlow, y luego condujo al hombre que habían puesto a su cargo hasta su coche, pasando por el estriberón, dejando al alfarero con la preocupación de si al fin podría abrir sus hornos.

Hawkins, libre ya de Barlow y del *Problema*, fijó su atención en el horno número dos y lo abrió un poco. Una oleada de calor y de olor del humo que salía de dentro le hizo estremecer de alegría. Escudriñó el interior del horno y vio un rincón de un estante relumbrando en rojo cereza que se oscurecía entre fluctuantes zonas negras al perder calor a través de la puerta abierta. Introdujo una socarrada pala de madera que metió bajo un pichel del estante y lo sacó afuera como muestra y el vello del dorso de sus manos se retorció chamuscado por el calor. La vasija crujía y restallaba y Hawkins respiró felizmente.

El lustre de resinato de bismuto había salido de negro plateado y azulinas luces que brillaban a la perfección, con su delgada película de metal extrañamente mientras él mantenía la muestra ante sus ojos y entonces el *Problema de la Población* le pareció a Hawkins que era una cosa muy lejana.

Barlow y Tinny-Peete llegaron a la carretera de cemento, donde estaba aparcado el coche del físico en un lugar seguro.

—¡Vaya... canoa! —exclamó asombrado el hombre del pasado. Tinny-Peete aclaró:

—¿Canoa? No, es mi coche.

Barlow lo contempló con pánico. Sus líneas eran parecidas a una canoa y en él había muchos kilos de cromo. Barlow lo tocó con los dedos, buscando la puerta... ¿era acaso una puerta?... en un inútil intento para hallar la manilla, y luego preguntó respetuosamente:

—¿A qué velocidad va?

El físico le dirigió una aguda mirada y dijo lentamente:

—Doscientos cincuenta. Lo verá en el cuentakilómetros.

—¡Oh! Mi viejo "Chevrolet" alcanzaba los cien en línea recta, ¡pero usted va mucho más rápido, señor!

Tinny-Peete hizo algo y automáticamente se abrió una gran puerta y Barlow descendió tres escalones, sumergiéndose entre inmensos cojines y se acomodó en la parte derecha. Se sentía demasiado fascinado para prestar atención a su delicada piel. El salpicadero era una maravilla de diales, indicadores, clavijas, lucecitas e interruptores.

El físico descendió hasta el asiento del conductor e hizo algo con los pies. El motor se puso en marcha como si se hubiera encendido una lámpara de soldar, inmensa. Moviéndose entre los cojines, Barlow vio a través de un espejo retrovisor un tremendo escape lleno de brillantes y blancas chispas.

—¿Le gusta? —gritó el físico.

—¡Es terrorífico! —respondió gritando Barlow—. ¡Es...!

En aquel instante se vio impelido hacia arriba al ponerse el coche en marcha con un fuerte *¡boo-ooo-oom!* Una tormenta pasóle por la cabeza, aunque al parecer las ventanas estaban cerradas; la impresión de velocidad era espantosa.

Descubrió el cuentakilómetros en el salpicadero y lo vio subir a 90, 100, 150 y a más de 200.

—Para mí es suficiente —gritó el físico, notando que el rostro de Barlow expresaba miedo—. ¿Quiere la radio?

Le pasó un objeto sorprendentemente ligero parecido a un casco de "football", sin hilo alguno, y señaló una hilera de botones. Barlow se colocó el casco, contento de librarse del ruido del aire, y pulsó un botón. Se encendió satisfactoriamente y Barlow se recostó aún más para paladear el gusto en cuestiones de entretenimiento e ingenio en el nuevo mundo supermoderno.

—¡TÓMELO Y QUÉDESELO! —aulló una voz en sus oídos.

Se arrancó el casco inmediatamente y dirigió una dolorida mirada al físico. Tinny-Peete sonrió y accionó un dial asociado con la hilera de botones. El hombre del pasado volvió a colocarse el casco y comprobó que la voz tenía ahora un tono normal.

—¡El espectáculo de los espectáculos! ¡El superespectáculo! ¡El superengañabobos de las atracciones! ¡La burla de todas las burlas! ¡Tómelo y quédeselo!

Se oían estallidos de risa desde el fondo.

—Aquí tenemos a los competidores dispuestos a empezar. Ya saben cómo lo hacemos. Le doy a un competidor un recorte en forma de triángulo y quiero que lo ponga en la línea. Ahora tenemos aquí estos tableros, que disponen de sitios recortados en la misma forma de triángulos, pero todos tienen proporciones diferentes y el primer competidor que meta los recortes en el tablero será el vencedor.

—Ahora viene una competidora, la primera. Venga aquí, nena. ¿Su nombre, por favor?

—¿Nombre? Oh...

—¿Les gusta esto, muchachos? ¡No sabe su nombre! ¡Ja, ja! ¿Vendería eso por un cuarto de dólar?

La pregunta fue formulada con mucho retintín y el público comenzó a chillar, a aullar y silbar, demostrando su entusiasmo.

Era aburrido escuchar aquello cuando uno no podía verlo. Barlow pulsó otro botón, con la mano libre en el control del volumen.

—...de accidentes de tránsito. Una tripe colisión de coches en la Ruta 66 con dirección a Chicago costó doce vidas. El "rocket" Chicago-Los Angeles de la mañana estalló en el Mohave. Sus 94 pasajeros y tripulantes perecieron. Un autorizado investigador de la Aeronáutica civil que se hallaba cerca del lugar del siniestro declaró que el piloto volaba muy bajo sobre unos rebaños de corderos y no frenó a tiempo.

—¡Ah! ¡Una buena de Nueva York! Un remolcador Diesel entró inopinadamente en el puerto mientras su tripulación estaba abajo y chocó contra la proa del trasatlántico S. S.

Placentia. Se dice que se abrió una vía de agua en el trasatlántico y que se hundió de inmediato, calculándose las víctimas en 180 pasajeros y 50 miembros de la tripulación. Se enviaron 6 buzos al fondo para estudiar la situación del barco, pero también perecieron a causa de que sus trajes estaban llenos de pequeños agujeros.

—Y aquí un boletín que acabo de recibir de Denver. Al parecer... Barlow se quitó el casco desconcertado.

—Esto me ha parecido muy extraño, duro —gritó al conductor—. Estaba escuchando la emisión de noticias...

Tinny-Peete movió negativamente la cabeza y señaló sus oídos. No le oía porque el ruido del aire era ensordecedor. Barlow frunció contrariado el ceño y miró por la ventanilla.

Su vista se clavó en un deslumbrante letrero que decía:

MOOGS

¿LO QUIERE COMPRAR POR UN CUARTO?

No sabía qué era lo que significaba o había *significado* la palabra Moogs; la ilustración mostraba una muchacha increíblemente proporcionada que a todo color se cimbreaba con un 99,9 por ciento de desnudez.

El ruido del aire de la carretera seguía acompañándole, pero de una forma diferente. El coche había entrado en una zona de radar u otra cosa parecida, haciendo cambiar la intensidad del mismo. Pudo ver otro letrero que decía:

SI QUIERE TENER MUJER

DEFLOCULICESE EL

OLOR DESAGRADABLE CON

ARMPITTO

El resplandor de otro letrero acaparó su atención. Lo que en él se decía y ante todo su ilustración, le obligaron a bajar la vista y el rubor coloreó sus mejillas.

—¡Ya entramos en Chicago! —chilló Tinny-Peete.

Otros coches seguían su misma dirección, todos ellos parecidos a canoas.

Contemplándolos, Barlow empezó a preguntarse si realmente sabría lo que era un kilómetro. Aquellos coches parecían deslizarse con mucha lentitud, si uno hacía caso omiso del aire que rugía en sus oídos y del cuentakilómetros. Hubiese jurado que la verdad era que corrían a veinticinco, con alguna que otra aceleración de hasta treinta.

¿Cuánto tendría un kilómetro, de todos modos?

La ciudad se elevaba enfrente, y era como debía ser: rascacielos gigantescos, rampas aéreas, plataformas de aterrizaje para los helicópteros...

Se sujetó fuertemente a los cojines. Aquellos dos helicópteros. Iban a... Iban a...

No vio nada porque la ruta de ambos, que aparentemente les conduciría al choque, se ocultó detrás de un rascacielos altísimo.

Al detenerse ante la luz roja de un semáforo el ruido de apagadas explosiones los rodeó inmediatamente.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió Barlow con voz chillona, asustada, porque el frenazo fue instantáneo y no se vio impelido contra el salpicadero—. ¿Quién engaña a quién?

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —demandó el conductor.

Se encendió la luz verde y el coche se puso en marcha. Barlow notó, atemorizado, que el ruido del aire en sus oídos había comenzado una fracción de segundo antes de que el coche empezara a moverse. Su mano se aferró al asidero de la puerta de su lado.

Se adentraban en la ciudad: edificios diseminados, más densos, más altos y una luz roja enfrente. El coche se detuvo en seco y el ruido de aire desapareció un instante después de pararse, y Barlow salió como una exhalación de su interior y corrió alocadamente por la acera, apenas un segundo después.

Me seguirán —pensó jadeante—. *Es cosa de la policía secreta. Te cogerán... con sus máquinas lectoras del pensamiento, con sus ojos televisivos por todas partes, temerosos de que les hables a sus esclavos de libertad y cosas así. No permiten que nadie les estorbe, lo mismo que en aquella novela que leí.*

Falto de aire cesó en su huida y continuó caminando a paso normal, felicitándose de que tenía valor suficiente para no volver la cabeza. Esto era lo que siempre vigilaban. Andando era uno como otro cualquiera, por detrás, con su traje de trabajo. Se pondría a salvo, se salvaría...

Una mano le agarró por el hombro y un rostro grueso y rústico se le acercó y le dijo:

¡Deleyegust empujarata gent comsi vía fues-detú!

No era ni el loco del alfarero ni el loco del conductor.

—Perdone —dijo Barlow—. ¿Qué dijo?

—¿Ah, sí? —aulló el desconocido peligrosamente, y esperó la respuesta.

Barlow, bajo la sensación de estar sumido en un intrincado laberinto, se oyó decir a sí mismo, belicoso:

—Sí.

El desconocido le soltó el hombro y gruñó:

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —repitió Barlow, ajustándose la chaqueta de un tirón.

—¡Ahhh! —ladró el otro, con más desprecio y disgusto que ferocidad. Añadió a esto una obscenidad corriente en los tiempos de Barlow y se marchó, apretando los puños, con los hombros encogidos.

Barlow continuó su marcha, tembloroso. Evidentemente lo había hecho bien. Se

detuvo ante una luz roja mientras los largos coches rugían delante de él y los peatones que seguían su dirección continuaban atravesando la calzada entre el torrente de coches. Rechinar de los frenazos, guardabarros abollados entre ruidos metálicos, roncós alaridos de los conductores y peatones... Dio un salto hacia atrás cuándo un coche subió a la acera para evitar el encontronazo con otro.

Se encendió la luz verde y los coches continuaron como antes casi otros treinta segundos y luego disminuyeron su velocidad. Barlow cruzó la calzada temerariamente y se apoyó contra una máquina tragaperras, respirando fuertemente.

Muéstrate natural, se dijo. Haz algo normal. Compra algo a esta máquina.

Buscó algunas monedas sueltas en sus bolsillos y obtuvo un periódico por diez centavos, un pañuelo por un cuarto de dólar y una golosina por otro cuarto.

El suave olor a chocolate le despertó súbitamente el apetito. Durante unos segundos manipuló la cristalina envoltura, inútilmente, y luego ella misma se abrió limpiamente. El bar le proporcionó tres buenos bocadillos y compró dos más, que engulló complacido.

Era su primera comida después de años...

Sintió luego sed y por otros diez centavos sacó de la misma máquina una bebida carbónica anaranjada, envuelta también en un envoltorio cristalino. Desgraciadamente, sus manipulaciones sólo sirvieron para que, al partirse el envoltorio, el líquido le cayera encima de las rodillas. Decidió entonces que ya había permanecido bastante tiempo allí y se marchó.

Los escaparates de las tiendas eran lo mismo que antes. La gente seguía comprando trajes, todavía fumaba y compraba tabaco y también comía y compraba alimentos. Y también iba al cine, según vio satisfecho al pasar por delante de un reluciente local cuyo título decía: *The Bijou*.

El salón estaba en aquel momento en funcionamiento. Se estaba proyectando, al parecer, un programa triple: *Los niños son terribles*, *No tengan hijos* y *El hijo de Canali*.

No pudo resistirse; pagó un dólar y se introdujo en él.

Se estaba terminando *El hijo de Canali*, una película tridimensional, en color y con olores. Al parecer, se trataba de una leyenda interplanetaria que concluía con una escena de persecución y la reconciliación entre el héroe descarriado y la heroína. *Los niños son terribles* y *No tengan hijos* consistían en fantásticos argumentos contra la procreación... los peligros grotescamente exagerados de la natalidad, de viejos padres y madres golpeados y maltratados por sus malignos hijos, sádicos, que dejaban morir de hambre a sus progenitores. El público, ante el asombro de Barlow no demostraba afectarse y consumía plácidamente sus dulces, sin que en sus rostros se expresara ningún signo de aversión.

Las "Próximas Atracciones" que seguían le arrancaron de su butaca y le empujaron al vestíbulo. La charanga era horrisona; los chillones colores cegaban; los aromas que invadían el local trastornaban el estómago...

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la moderada luz del vestíbulo se sentó en un banco y desplegó el periódico que había comprado. Era el *The Racing Sheet*, el cual le afectó en el alma profundamente. El familiar índice del recuadro de la parte inferior izquierda de la primera página demostraba casi intolerablemente que el Churchill Down y el Empire City seguían funcionando...

Conteniéndose las lágrimas, centró su atención en las Pasadas Sesiones, en el Churchill. Ya empleaban abreviaturas y a causa de esto las páginas eran de una columna en vez de dos. Pero todo era lo mismo...

Estudió la primera carrera: tres cuartos de milla a cuyo ganador se ofrecían 1.300 dólares. Increíblemente, el récord a batir era de dos minutos, diez segundos y tres quintos de segundo. Cualquier jockey de su tiempo hubiera podido alcanzar los tres cuartos en un minuto y quince segundos. Lo mismo ocurría en otras distancias y mucho peor para carreras largas.

¿Qué diablos le había ocurrido a todo?

Alguien se sentó a su lado y le dijo:

—Esta es la verdad.

Barlow se puso en pie de un salto y vio que era Tinny-Peete, su conductor.

—Tenía mis dudas sobre contárselo —dijo el físico—, pero me doy cuenta de que usted sospecha cada vez más la verdad. No se excite, por favor. No pasa nada, yo se lo contaré todo.

—De modo que me han atrapado —dijo Barlow.

—¿Que le han *atrapado*?

—No finja. Sé que dos y dos son cuatro. Ustedes, los de la policía secreta, usted y los demás aristócratas viven lujosamente a costa del sudor de esos esclavos oprimidos por su yugo. Usted me teme porque tienen que mantenerlos en la ignorancia.

El físico estalló entonces en una sonora carcajada que atrajo las furiosas miradas de otros presentes en el vestíbulo. Aquella risa no parecía en modo alguno siniestra.

—Salgamos de aquí —aconsejó el físico, todavía sonriendo—. No podría usted estar más equivocado. —Cogió a Barlow del brazo y lo condujo a la calle—. La pura verdad es que quince millones de trabajadores viven en la opulencia a costa del sudor de un puñado de aristócratas. Probablemente que moriré ante tanto trabajo, a menos que... —Miró a Barlow especulativamente—. Usted puede ayudarnos.

—Conozco esa trampa —burlóse Barlow—. En mis tiempos hice dinero y para hacer dinero se tiene que tener gente al lado. Siga con sus planes y pégüeme un tiro si le place, pero a mí nadie me toma el pelo.

—¡Estúpido ingrato! —rugió el físico con el semblante iracundo—. ¡Este condenado desorden se debe todo a su culpa y a la gente como usted! Ahora, vámonos, y déjese de tonterías.

Empujó a Barlow hacia el interior del vestíbulo de un edificio de oficinas y le obligó a entrar en un ascensor que, desconcertándolo, hacía un fuerte ruido, al elevarse. Las rodillas del hombre del pasado temblaban cuando el físico lo sacó de un

empujón del ascensor y a través de un corredor lo metió en una oficina.

Al cerrarse la puerta a sus espaldas, un hombre de aguileño rostro se levantó de una modesta silla. Tras una irritada mirada a Barlow, preguntó al físico:

—¿Me hicieron venir desde el Polo para ver a este... este...?

—*Nonequiv Yoprobad encontraproba Proppobla arreglar.*

—Dudo —gruñó el aguileño.

—Pruebe —sugirió Tinny-Peete.

—Muy bien; señor Barlow, creo que usted no tuvo hijos. Dijo:

—¿Y qué?

—Esto: Eran ustedes un pueblo ciego, un pueblo de estúpidos egoístas que toleraban condiciones económicas y sociales que hacían que los prudentes y perspicaces evitaran tener hijos. Ustedes nos hicieron ser lo que ahora somos, y quiero que sepa que estamos muy lejos de sentirnos satisfechos. ¡Estúpidos "rockets"! ¡Malditos automóviles! ¡Malditas ciudades con rampas aéreas!

—Por lo que he visto —dijo Barlow—, están ustedes echando por los suelos lo mejor que tienen de su tiempo. ¿Están locos?

—Los "rockets" no son "rockets". Son turbo-reactores... buenos turborreactores, pero la fantástica cáscara que los envuelve les hace perder velocidad. Los automóviles tienen una velocidad máxima de cien kilómetros por hora... y un kilómetro es, si mal no recuerdo mi paleolingüística, tres quintos de milla... y los cuentakilómetros están todos amañados expresamente para que los conductores crean que marchan a doscientos cincuenta. Las ciudades son ridículas, costosas, insanas, inútiles aglomeraciones de gentes que estarían mejor fuera de ellas y sería más productiva si estuviera diseminada por el campo.

—Precisamos los "rockets" y cuentakilómetros amañados y ciudades porque, mientras usted y los de su clase eran prudentes y perspicaces para no tener hijos, los trabajadores inmigrantes, los moradores de barracas insalubres y labriegos del campo continuaban teniendo hijos... criando, criando. ¡Dios mío, cuánto procrear!

—Espere un momento —objetó Barlow—. Había mucha gente en mis tiempos que tenían dos o tres hijos.

—De eso se cuidó la plaga de los accidentes, las enfermedades, la guerra. Su inteligencia disminuyó. Ha desaparecido. Niños que tenían que venir a este mundo, jamás nacieron. El promedio del Cociente de Inteligencia actual no pasa del 45.

—Pero esto ocurrió en Un pasado muy lejano.

—Tan lejano como el suyo —gruñó el hombre aguileño.

—¿Pero quiénes son *ustedes*?

—Gente... gente verdadera. Hace algunas generaciones los entendidos en genética se dieron cuenta, al fin, de que nadie iba a prestar atención alguna a lo que decían, así que se decidieron a abandonar las palabras por los hechos. Formaron una cerrada comunidad que tenía la finalidad de mantener y mejorar la raza, y nosotros somos sus descendientes, unos tres millones. De los otros hay unos cinco mil

millones, de modo que nosotros somos sus esclavos.

—En los pasados dos años diseñé un rascacielos, mantuve funcionando aquí, en Chicago, el Billings Memorial Hospital, evité la guerra contra Méjico y dirigí el tráfico en el Campo de La Guardia, en Nueva York.

—¡No lo entiendo! ¿Por qué no dejan que se destruyan por sí mismos? El hombre sonrió.

—Lo intentamos una vez durante tres meses. Nos fuimos al Polo Sur y esperamos. No se dieron cuenta. Empezó a faltar gente indispensable, algunas enfermeras no se presentaban, no se podía localizar a ciertas personas que desempeñaban cargos gubernamentales...

—En una semana se declaró la falta de alimentos. A la siguiente empezó el hambre y las plagas, y la tercera, la guerra y la anarquía. Dejamos el experimento y nos costó casi toda una generación conseguir que las cosas volvieran a su cauce normal.

—Pero ¿por qué no dejaron que se mataran unos a otros.

—Cinco mil millones de cadáveres significan algo así como quinientos millones de toneladas de carne en putrefacción.

A Barlow se le ocurrió otra idea.

—¿Por qué no los esterilizaban?

—Dos mil quinientos millones de operaciones son muchas operaciones. Como que procrean constantemente, jamás terminaríamos.

—Comprendo. ¡Igual que la marcha de los chinos!

—¿Quién diantre son esos?

—Era... era una paradoja de mis tiempos. Alguien se figuró que si todos los chinos del mundo formaran en fila de a cuatro y empezaran a marchar pasando por un punto determinado, jamás se detendrían, debido a los hijos que nacerían y crecerían antes de que pasaran del punto.

—Ciertamente. Pero en vez de "un punto determinado" digamos "un inconcebible número de salas de operaciones", y nunca habría suficientes.

—¡Oiga! —dijo Barlow—. Esas películas que tratan de niños... ¿es parte de su propaganda?

—En efecto. Pero, al parecer, no les afecta en absoluto. Hemos abandonado la idea de intentar la propaganda contra un anhelo biológico.

—¿Y si trabajan *con* un anhelo biológico...?

—No sé de ninguno que sea compatible con la inhibición de la fertilidad. El rostro de Barlow palideció, resultado de años de cuidadosa disciplina.

—¿No, eh? ¿Ustedes son los grandes cerebros y no pueden pensar en ninguno?

—Pues no —dijo inocentemente el físico—. ¿Usted sí?

—Eso depende. Vendí diez mil acres de tundra siberiana, valiéndome de una firma imaginaria, naturalmente, después del reparto de Rusia. Los compradores pensaban que adquirirían buenas parcelas de terreno para edificar en los alrededores de

Kiev. Yo diría que era bastante más difícil que este asunto.

—¿Y por qué? —preguntó el aguileño.

—Aquellos eran clientes normales, suspicaces, y éstos son atrasados mentales, peleles. Ustedes no tienen más que inventarse cualquier patraña que les atraiga; no serán lo suficientemente inteligentes para averiguar si les conviene aceptarla o no.

También el físico y el del rostro aguileño habían tenido su buena disciplina; evitaron mirarse mutuamente con la súbita alegría que les invadía.

—Al parecer tiene usted algo bueno —dijo el físico. El rostro de Barlow se puso aún más pálido.

—Tal vez sea así. Todavía no se me ha hecho ninguna oferta.

—Si realmente tiene usted algún método, creo que no hay precio que se pueda considerar demasiado elevado —ofreció el físico.

—Dinero —dijo Barlow—. Todo el que quiera.

—Más del que quiera —corrigió el aguileño.

—Prestigio —añadió Barlow—. Mucha publicidad. Mi retrato y mi nombre en los periódicos y diariamente en la Televisión; estatuas por doquier; parques y ciudades y calles con mi nombre. Un capítulo entero dedicado a mí en todos los libros de historia.

El físico hizo un gesto facial mirando al aguileño, que quería decir: "¡Oh, hermano!" El aguileño hizo otro que decía: "¡Calma, muchacho!"

Ellos solos se entendían.

—No es mucho pedir —convino el físico. Barlow, viendo su ocasión, continuó:

—¡Poder!

—¿Poder? —repitió admirado el aguileño.

—¡Quiero una dictadura mundial y yo ser el dictador!

—Bueno, pero... —empezó a decir el físico, pero el aguileño le interrumpió:

—Será preciso una reunión especial, de emergencia, del Congreso, pero la situación lo requiere. Creo que eso se puede garantizar.

—¿Puede ofrecernos alguna indicación sobre su plan? —preguntó el físico.

—¿Ha oído hablar de los lemmings?

—No.

—Son... eran, supongo, puesto que ahora no se sabe nada sobre ellos... unos pequeños roedores propios de las regiones árticas que acostumbraban a concentrarse cada tres o cuatro años en la costa y luego se metían en el mar hasta que se ahogaban. Abrigo la intención de hacer que la población sienta ese mismo deseo.

—¿Cómo?

—Eso me lo reservo hasta que tenga debidamente firmado el pertinente pacto. El aguileño dijo:

—Me gustaría trabajar a su lado en eso, Barlow. Me llamo Ryan-Ngana. Ofreció su diestra.

Barlow miró fijamente la mano; luego la cara del hombre.

—¿Ryan, qué?

—Ngana.

—Suenan a nombre africano.

—Lo es. Mi abuela paterna era watusi. Barlow no aceptó la mano.

—Pensé que parecía usted bastante moreno. No quiero herir su susceptibilidad, pero creo que no me sentiría muy contento a su lado. Estoy seguro de que habrá alguien más tan capacitado como usted.

El físico hizo un gesto con la cara mirando a Ryan-Ngana, que decía: "¡Paciencia, muchacho!"

—Muy bien —dijo Ryan-Ngana a Barlow—. Veremos qué arreglo se puede hacer.

—No es que yo tenga prejuicios raciales, entiéndame. Algunos de mis mejores amigos...

—Señor Barlow, no se preocupe. Cualquier persona que sea capaz de ayudarnos en lo de los lemingos, con usted, nos es necesaria.

Tinny-Peete acompañó seguidamente a Barlow a la azotea, donde tenían la estación de helicópteros. Allí Barlow comenzó a contarle al otro que no tenía nada contra los negros, y Tinny-Peete pensaba que no le vendría mal tener la imperturbabilidad y humor de Ryan-Ngana para aguantar ciertas cosas.

El helicóptero los condujo al Aeropuerto Internacional, desde donde, explicó Tinny-Peete, Barlow sería trasladado al Polo.

Al hombre del pasado no le hacía demasiada gracia la idea de verse metido entre hielo y frío.

—No se está del todo mal —aclaróle el físico—. Hay montada una civilización. Clima agradable, templado. Allí podrá trabajar con mayor eficacia. Todo cuanto necesite estará a su alcance, una buena secretaria...

—Necesitaré una buena plantilla de personal a mis órdenes —dijo Barlow, que había aprendido a costa de miles de tratos comerciales que nunca había que aceptar la primera oferta.

—Quiero decir una secretaria particular, confidencial... —dijo en seguida Tinny-Peete—. Pero puede tener tantas como desee. Si de veras tiene usted un plan realizable, todo cuanto necesite estará a su absoluta disposición. Será tratado con las máximas consideraciones.

—No olvidemos lo de la dictadura —recordó Barlow.

Ignoraba que el físico le habría prometido la divinización si lo hubiera deseado; todo, todo, con tal de meterlo voluntariamente en el "rocket" que había de trasladarlo al Polo. Tinny-Peete no tenía ningún deseo de que lo destrozaran; sabía de sobra que terminaría así si la población se enteraba de que existía una pequeña élite que se consideraba cabeza rectora de los demás. No sería tenido en cuenta el hecho de esta superioridad y que la élite, por su capacidad de trabajo, se hubiese visto obligada a cargar con las más penosas labores del mundo.

El físico colocó finalmente a Barlow a bordo del "rocket", en el que viajaban unas treinta personas —personas de verdad—, que luego partió camino del Polo.

Barlow se sintió mareado durante todo el viaje como consecuencia de una sugestión hipnótica que Tinny-Peete plantó en él. Una idea era hacerle sentir la máxima aversión posible hacia un viaje de regreso y la otra ahorrar a sus compañeros de viaje su agresiva locuacidad.

Durante su primer día de estancia en el Polo, Barlow se sintió como cuando su primer día en el Ejército. Era la misma sensación de no saber dónde ir, qué hacer, de acostumbrarse al ambiente.

Cuando moría el día, se reclinaba cómodamente en un agradable alojamiento subterráneo, con los salvajes vientos polares soplando furiosamente yardas arriba, y empezaba a meditar sobre su situación.

Era igual que en los viejos tiempos, pensó. Ahora vendería a los lemingos parcelas para edificar, a aquellos lemingos ávidos de suicidarse, y eso sería todo cuanto había que hacer para resolver el *Problema* que traía de cabeza a aquellos estúpidos.

Naturalmente, ellos tendrían que cuidarse de casi todos los detalles, pero... ¡qué diablos!, para eso estaban sus subordinados. Necesitaría especialistas en publicidad, propaganda, ingenieros, técnicos en comunicaciones... ¿Sabían cosas sobre hipnotismo? Mejor que mejor.

Sólo venderles parcelas de terreno a los lemingos...

Mientras le invadía el sueño su mente pensaba en la pobre Verna... ¡ella tendría que estar ahora a su lado para ayudarlo! Era el negocio más grande, más estupendo jamás por él realizado... Verna... Aquel tipo sin escrúpulos llamado Sam Immerman sin duda que la habría estafado...

El siguiente día empezó con la visita de personas que tenían ganas de conocerle. Sabía bien la situación. Sólo deseaban poder serle útil. Deseaban conocer de boca de su ilustre visitante cosas del pasado, que por desgracia era algo oscuro en la historia y qué creía pudiera hacerse para resolver el *Problema*. Él les contestó que era demasiado viejo para dejar que le engañaran y que no obtendrían información alguna hasta que recibiera una carta solicitándolo al menos de parte del Presidente Polar, y que se convocara una sesión en el Congreso con suficientes poderes para nombrarlo dictador.

Consiguió la carta y la sesión. Presentó su programa y le preguntaron si no sentía remordimientos de conciencia por su dureza, y él les contestó que un trato era un trato y que quienquiera que no fuese capaz de defenderse a sí mismo no tenía derecho a la protección. No le importaba un ápice la suerte de los incapaces ni la de sus inteligentes esclavos; les había dicho su precio y sólo eso le interesaba.

¿Lo aceptaban o no?

El Presidente Polar ofreció resignar el cargo a su favor, con ciertos poderes temporales de emergencia que el Congreso votaría si él los consideraba necesarios. Barlow exigió el título de Dictador Mundial, absoluto control sobre las finanzas,

salario a decidir por él, una inmediata campaña publicitaria y que en los libros de historia se escribiese sobre él, sin pérdida de tiempo.

—En cuanto a los poderes de emergencia —añadió— no deben ser ni temporales ni limitados.

Alguien pidió la palabra, expresando la esperanza de que tal vez Barlow modificaría sus demandas.

—Tienen ustedes mi propuesta —contestó Barlow—. No estoy dispuesto a ceder.

—Pero, ¿y si el Congreso no la acepta, señor? —preguntó el Presidente.

—Entonces pueden quedarse en el Polo y tratar de arreglárselas como puedan. Obtendré de los atrasados mentales cuanto me plazca. Un hombre tan astuto como yo no tiene por qué comprometerse. No tengo ningún competidor en esta era de estúpidos.

El Congreso debatió la propuesta y votó por aclamación. Barlow ganó por unanimidad.

—No saben ustedes qué cerca han estado de perderme —dijo en su primer discurso oficial ante las Cámaras—. No soy de los que ceden; o consigo lo que quiero o me marchó. Lo primero que quiero ver son los planos para un palacio nuevo para mí —un palacio lujoso, naturalmente— y que sus mejores escultores y dibujantes empiecen a trabajar en mis retratos y estatuas. Entretanto yo me ocuparé de seleccionar las personas que han de colaborar conmigo.

Despidió al Presidente Polar y al Congreso Polar, diciéndoles que ya les comunicaría cuándo debería celebrarse la próxima sesión.

Una semana después comenzó el programa, teniendo como primer blanco a Norteamérica.

La señora Garvy se hallaba descansando después de la cena. La televisión, naturalmente, estaba funcionando y en la pantalla aparecía el espacio comercial *Perfume Asalto Criminal*.

—Muchachas —decía una voz ronca—, ¿queréis a vuestro novio? Es tan fácil tenerlo a vuestro lado... tan fácil como un viaje a Venus.

—¿Eh? —dijo la señora Garvy.

—¿Qué pasa? —dijo el esposo, despertándose.

—¿Oíste eso?

—¿Qué?

—Dijo "tan fácil como un viaje a Venus". Creía que sólo había aquel rocket que se estrelló en la Luna.

—Bah, las mujeres no están al tanto de las noticias —contestó el señor Garvy con aplomo, sumiéndose de nuevo en el sueño.

—Oh —dijo la esposa desorientada.

Y al día siguiente, en el espacio *Las Otras Mujeres de Henry*, apareció un rostro

nuevo: Buzz Rentshaw, "el más grande de los pilotos de rockkets con destino a Venus". La señora Garvy escuchaba asombrada con la taza de café enfriándose entre sus manos mientras Buzz echaba a rodar por los suelos sus nebulosas convicciones.

MONA: Querido, ¡Es tan maravilloso volverte a ver!

BUZZ: No sabes cuánto te he echado de menos en este monótono viaje a Venus.

SONIDO: *Caen las cortinas y se cierra la puerta con llave.*

MONA: ¿Fue muy monótono, amado mío?

BUZZ: Olvidemos mi pasado trabajo, querida. Hablemos de nuestras cosas.

SONIDO: Cruje una cama.

Bien, al menos ahora el programa se había vuelto normal. Aquella noche la señora Garvy intentó preguntarle a su esposo si estaba seguro de lo de los rockets, pero él estaba dormitando mientras en la pantalla presentaban Tómelo y quédesele, de modo que se quedó contemplándolo y olvidó su quebradero de cabeza.

Se estaba todavía riendo de lo que había visto en el programa cómico *¿Lo quiere comprar por un cuarto?* cuando apareció un espacio comercial anunciando el polvo detergente que ella usaba fielmente para lavar sus platos.

El anunciante desplegó montañas de espuma de una pequeña porción de artículo y luego dijo tímidamente: "Naturalmente, Cleano no se encuentra en cualquier sitio, al alcance de la mano, como ocurre con el jabón de raíz de Venus, pero es bastante barato y casi tan bueno como el otro. Para nosotros, las personas sencillas que no tenemos la suerte de poder vivir en Venus, Cleano es lo mejor que existe".

Luego el coro empezó a repetir su slogan de costumbre: "¡Cleano es lo mejor! ¡Cleano es lo mejor!", pero la señora Garvy no quiso escucharlo. Era una mujer tenaz, pero le ocurría que estaba verdaderamente muy enferma. No quería preocupar a su marido. Al siguiente día se fue a visitar al psicoanalista de la familia.

Ya en la sala de visitas cogió un ejemplar del día del *Readers Pablum* y lo dejó en seguida con el corazón palpitante. Los titulares decían: "El venusiano más memorable que he encontrado".

—El doctor la espera —anunció la enfermera, y la señora se introdujo en la oficina. Las tradicionales gafas y patillas fortalecían el ánimo. Ella dijo la frase ritual:

—Doctor, perdóneme, pues estoy neurótica. Él contestó el consabido:

—Cállate, pequeña. ¿Qué te pasa?

—Tengo como un agujero en la cabeza —balbuceó ella—. Parece que se me olvidan todas las cosas. Creo que todo el mundo sabe, menos yo.

—Bueno, eso le ocurre a todo el mundo de vez en cuando, querida. Te sugiero unas vacaciones en Venus.

El doctor miró boquiabierto a la vacía silla. Su enfermera entró en seguida y exclamó:

—¡Caramba, cómo escapó! ¿Qué le ha pasado? Él se quitó las gafas y patillas, meditativamente.

—No lo sé. Le dije que debería pasarse unas vacaciones en Venus.

Una sombra de duda pasó rápidamente por su rostro y buscó en los cajones de su mesa hasta que encontró un número de la publicación profusamente ilustrada a cuatro colores dedicada a su profesión. Había llegado aquella mañana y la había leído completamente, aunque dedicando especial interés a las ilustraciones. Se detuvo en la página encabezada por el artículo *Ventajas del Planeta Venus en las Curas de Reposo*.

—Aquí está —dijo.

La enfermera leyó los titulares.

—Claro que sí —convino—. ¿Y por qué no?

—Lo que les ocurre a estos neuróticos —decidió el doctor— es que se pasan la vida luchando contra la realidad. Que pase el siguiente.

Se volvió a colocar las gafas y las patillas y se olvidó de la señora Garvy y de su extraña conducta.

—Doctor, perdóneme, pero estoy neurótica.

—Cállate, pequeña. ¿Qué te pasa?

Como ocurre en muchas curaciones de desórdenes mentales, la señora Garvy consiguió su recuperación gracias en su mayor parte a un tratamiento personal. Se autodisciplinó arrancándose por sí misma la disparatada idea de que había habido sólo *una* nave espacial y que ésta había resultado un fracaso. Podía permanecer imperturbable en cualquiera reunión aunque el tema a tratar fuese la conveniencia de Venus como un lugar de reposo, con la fabulosa profusión de su flora. Finalmente se fue a Venus.

Todos sus amigos trataban de obtener pasaje en la Evening Star Travel y en la Real State Corporation, pero, naturalmente, la demanda era abrumadora. Se consideró muy dichosa por haber conseguido un pasaje para el crucero de verano de dos semanas. La nave espacial despegó de un lugar llamado Los Alamos, Nuevo Méjico. Era similar a todas las naves espaciales de la televisión y de las revistas ilustradas, pero más confortable de lo que cabía esperar.

La señora Garvy se sintió complacida al ver antes del despegue a los cincuenta y tantos pasajeros. Procedían de diversas partes del mundo y ella tenía la clara impresión de que eran personas talentadas. El capitán, un individuo alto, impresionante, de aguileño rostro y un nombre raro, Ryan y algo más, les dio la bienvenida a bordo y les deseó que tuvieran un viaje memorable. Lamentó no pudiera verse nada, ya que "debido a la estación meteorítica" tendrían que mantenerse cerrados los ojos de buey. Era lamentable, pero al mismo tiempo reconfortante, pues la Compañía no quería correr ningún riesgo.

Se notó alguna molestia lógica al despegar y luego dos monótonos días de viaje a través de los espacios, durante los cuales los pasajeros se entregaron al juego de cartas o de dados en el *lounge*. El aterrizaje fue algo rutinario y a los pasajeros les dieron unas pastillas para que quedaran inmunizados contra pequeñas dolencias.

Cuando las pastillas surtieron su efecto, abrióse la puerta y Venus estaba a su disposición.

Se asemejaba mucho a una isla tropical de la Tierra, excepto por la nubosidad del cielo. Pero contenía una cualidad extraterrestre que era intoxicante y maravillosa.

Los diez días de vacaciones estuvieron envueltos en una mágica bruma. El jabón de raíz, como se anunció, era espumoso y al alcance de la mano. Los frutos, la mayor parte de ellos especies tropicales transplantadas de la Tierra, deliciosos. Los sencillos refugios proporcionados por la Compañía turística eran más que adecuados para los suaves días y noches.

Y cuando los viajeros volvieron a embarcar en la nave sentían verdadera pena, y tomaron más pastillas para contrarrestar y esterilizar cualquier enfermedad de Venus que pudieran comunicar involuntariamente a la Tierra.

Las vacaciones son una cosa. La política, otra.

En el Polo, en una habitación a prueba de ruidos, se hallaba un hombre de baja estatura, sentado en una sencilla silla, el rostro mortalmente pálido.

En la Cámara del Senado Americano el senador Hull-Mendoza decía:

—Señor Presidente, caballeros: No estaría a la altura de mis deberes si no pusiera en conocimiento del augusto Cuerpo que veo una situación preñada de peligro. Como es bien sabido por los miembros de este augusto Cuerpo, la perfección de los vuelos espaciales ha traído consigo una situación que sólo puedo describir como altamente peligrosa. Señor Presidente, caballeros. Ahora que los rápidos rockets americanos atraviesan el vacío sideral entre este planeta y nuestro más próximo vecino planetario en el espacio, y caballeros, me refiero a Venus, la joya más brillante de la diadema de Vulcano, la estrella del atardecer..., ahora digo, quiero saber qué pasos se han dado para colonizar a Venus con una vanguardia de ciudadanos patriotas, con hombres como aquellos primeros luchadores de la revolución americana.

—¡Señor Presidente, caballeros! Hay en este mundo naciones, envidiosas naciones cuyos bajos niveles de vida e innata depravación les confiere una innoble ventaja sobre los ciudadanos de nuestra noble república.

—Este es mi programa: Sugiero sea elegida mediante sorteo una ciudad de 100.000 habitantes. A estos afortunados ciudadanos se les deben ceder las mejores tierras de Venus, libres de todo impuesto, para que las mantengan y las puedan dejar como herencia a sus descendientes. Y que el gobierno nacional les proporcione gratuitamente los medios necesarios para su traslado allí. Y que este programa continúe, ciudad tras ciudad, hasta que exista en Venus la suficiente vanguardia de ciudadanos para proteger en aquel planeta nuestros irrefragables derechos.

—Se levantarán voces contrarias, pero las críticas capciosas nos son familiares. Dirán que no hay suficiente acero. Lo tildarán de mal negocio. Yo contesto que hay suficiente acero para que la población de una ciudad sea trasladada a Venus, y esto es cuanto se necesita. ¡Y cuando llegue la hora del traslado de la segunda población, la primera ciudad deshabitada podrá ser destruida para aprovechar de ella el acero necesario! ¿Es un mal negocio? ¡Sí, lo es! ¡Es el más glorioso mal negocio de la historia de la Humanidad! Señor Presidente, caballeros, no hay tiempo que perder...

¡Venus debe ser americano!

Black-Kupperman, en el Polo, abrió los ojos y dijo con voz débil:

—El estilo fue un poco escabroso. ¿Cree usted que alguien lo notará?

—Lo hizo usted bien, muchacho, bastante bien —le aseguró Barlow. El proyecto de Hull-Mendoza se hizo ley.

En el Polo Sur las máquinas tractoras estaban trabajando continuamente y las acererías de Pittsburgh mandaban millones de planchas de acero al espaciopuerto de Los Álamos, del Evening Star Travel y de la Real State Corporation. Iba a ser Los Angeles, por razones logísticas, y los tres mejores psiconéticos fueron a Washington y se mezclaron con la gente durante el sorteo para asegurar que la cápsula de Los Angeles se metiera entre los dedos del superchero senador.

En Los Ángeles gustó la idea y en el desierto floreció una selva de espacionaves. No eran muy buenas naves espaciales, pero no tenían por qué serlo. Pero lo que tenían que servir eran más que suficientes.

En el Polo, bajo la dirección de Barlow, trabajaba un equipo de correos. Era necesario que hubiera un intercambio de correspondencia entre Venus y la Tierra para evitar la menor sospecha. Por fortuna Barlow recordó que el problema había sido ya resuelto anteriormente por Hitler. Familiares de personas incineradas en Lublín, o Majdanek, continuaron recibiendo optimistas tarjetas postales.

En la fecha fijada de antemano, entre tremendos reportajes de televisión, noticiarios cinematográficos y prensa, se llevó a efecto el despegue de Los Ángeles. El mundo aplaudió a los valientes *angelanos* que partían en su patriótico viaje a la tierra de la leche y miel. La selva de espacionaves se elevó rugiente, hacia arriba, hacia arriba, hasta que se perdió de vista. Miles de millones de personas envidiaron a los *angelanos*, aunque el viaje lo hiciesen apiñados y sin muchos alimentos.

Buscadores de acero procedentes de San Francisco, cuya cápsula quedó en segundo lugar en el sorteo, acudieron a la ciudad de Los Angeles, inmediatamente, para llevarse el acero que en ella había para emplearlo en su propio viaje.

El presidente de Méjico, alarmado hipnóticamente por la extensión del *imperialismo americano* más allá de la estratosfera, lanzó su propio programa de colonización de Venus.

Al otro lado del océano, Inglaterra competía con Irlanda, Francia con Alemania, China con Rusia, India con Indonesia, en sus programas de colonización de Venus. Y diariamente, cientos de naves espaciales se elevaban al cielo alimentadas por el fuego de antiguos odios.

Querido Ed: ¿Cómo te encuentras? Sam y yo estamos perfectamente y deseamos que tú también estés bien. ¿Se está tan bien ahí con comida y cosas que crecen en los árboles? Ayer estuve en Springfield y de verdad que da pena ver los edificios destrozados, pero, naturalmente, es conveniente si tenemos que mantener a raya a nuestros vecinos fronterizos. ¿Tenéis algún problema con ellos en Venus? Escríbeme de vez en cuando. Tu hermana que no te olvida, Alma.

Querida Alma: Me encuentro perfectamente y espero que tú también lo puedas decir. Aquí es un lugar magnífico, con buen clima y vida fácil. El médico me dijo hoy que parece que tenga diez años menos. Cree que hay algo en este aire que mantiene más joven a la gente. En South Bay sé de una pequeña isla que reservo para ti y Sam, con muchos árboles frutales y arbustos de jamones. Esperando verte pronto, a ti y a Sam, tu hermano que te quiere, Ed.

Sam y Alma emprendieron pronto el viaje. (Y como ellos, muchos miles más.)

Black-Kupperman realizó un trabajo final con el Presidente Hull-Mendoza, el último servicio que el genio del hipnotismo haría con un incapacitado mental, importante o no.

Hull-Mendoza, presa del pánico en su presidencia sobre una nación que se estaba deshabitando, se unió a sus ministros. El Independence, a bordo del cual viajaba el gobierno de América, era el más perfecto de los navios espaciales, más grande, más comfortable, con un lounge hermoso, aunque demasiado lleno de gente, y con roperos para los senadores y representantes. Fue, sin embargo, al mismo lugar donde los otros y Black-Kupperman se suicidaron, dejando una nota que decía "que no podía vivir con su conciencia".

Al día siguiente de la partida del Presidente americano, Barlow estalló iracundo. Se suponía que por su mesa habían de pasar todos los documentos importantes concernientes al Probpopact y esto... ¡esta ultrajante cosa... llamada Probpopact, había pasado al ejecutivo sin que él pudiera echarle una sola ojeada!

Llamó furioso a su estadístico, Rogge-Smith. Rogge-Smith parecía ser el causante de todo.

Mientras Rogge-Smith estaba en la puerta, Barlow espetó:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no se me ha consultado? ¿Hasta dónde han llegado ustedes y por qué han hecho esto que yo no he autorizado?

—No quisimos molestarle, Jefe —afirmó Rogge-Smith—. No se trataba realmente de un asunto técnico, sino de dar un toque final. ¿Quiere verlo terminado?

Apaciguado, Barlow siguió a su estadístico abajo, al corredor.

—Sin embargo, no tenían que haber hecho nada sin mi consentimiento —gruñó—. ¿Dónde demonios habrían ido a parar ustedes sin mi ayuda?

—Tiene usted razón, Jefe. Nosotros solos no podríamos haber resuelto nada; nuestros cerebros no trabajan como el suyo. Y todo eso que sabe usted de Hitler... no se nos hubiera ocurrido a nosotros. Pobre Black-Kupperman.

Al final de una ligera rampa había una sala de máquinas bastante espaciosa. Hacía frío en ella. Rogge-Smith pulsó un botón y un motor se puso en marcha, y la luz polar penetró con sus rayos en la sala al paso que el techo se abría lentamente. Apareció a la vista una pequeña astronave con la puerta abierta.

Barlow abrió la boca asombrado cuando Rogge-Smith le cogió de un brazo y vio a sus otros muchachos: Swenson-Swenson, el ingeniero; Tsutsugimushi-Duncan, el encargado de las propulsoras; Kalb-French, el publicista.

—Métase dentro, Jefe —ordenó Tsutsugimushi-Duncan—. Esto es el Probpopact.

—¡Pero yo soy el dictador mundial!

—Así es, Jefe. Figurará usted en la Historia, desde luego... pero esto es necesario. Lo siento.

Cerróse la puerta. La aceleración empujó a Barlow cruelmente contra el metálico suelo. Algo roto, cálido, húmedo y de salino gusto bajó desde su boca hasta la barbilla. La luz polar que se filtraba por el ojo de buey convirtióse súbitamente en una fiera lanza que apuñalaba sus ojos; se hallaba fuera de la atmósfera.

Retorciéndose en el suelo, destrozado por la aceleración, Barlow se dio cuenta de que algunas cosas no habían cambiado, de que el crimen se paga finalmente...

Lo último que aprendió fue que la muerte es el final del sufrimiento.

LA REINA DEL AIRE Y LA OSCURIDAD

Poul Anderson

The Queen of Air and Darknes

El último resplandor del último ocaso se prolongaría casi hasta medio invierno. Pero no habría más día, y las tierras del norte se alegrarían. Capullos abiertos, fulgor en los estramonios, flores-de-acero irguiéndose azules de las matas que cubrían todas las colinas, tímida blancura de las no-me-beses en las cañadas. Mariposas revoloteando entre ellas sobre alas iridiscentes; un gamo macho sacudió sus cuernos y gamitó. Entre horizontes, el cielo pasó del púrpura al color arena. Las dos lunas estaban en lo alto, casi llenas, brillando sobre las hojas y sobre las aguas. Las sombras que proyectaban estaban manchadas por una aurora boreal, una gran cortina de luz a través de medio cielo. Detrás de ella habían salido las primeras estrellas.

Un joven y una muchacha estaban sentados en el Túmulo de Wolund, debajo del dolmen que lo remontaba. Sus cabellos, que caían sobre sus espaldas, aparecían decolorados por el verano. Sus cuerpos, todavía morenos por aquella estación, destacaban entre la tierra, los arbustos y las ramas. Ya que sólo llevaban guirnaldas. El tocaba una flauta de hueso y ella cantaba. Se hablan hecho amantes últimamente. Tenían alrededor de dieciséis años, pero ellos lo ignoraban, considerándose a si mismos como Outlings y, en consecuencia, indiferentes al tiempo, recordando muy poco o nada de cómo en otro tiempo hablan morado en las tierras de los hombres.

Las notas de la flauta acompañaban la voz femenina:

*Inventa un hechizo, téjelo bien
de polvo y rocío y noche y tú.*

Un arroyo que discurría junto al túmulo, transportando luz de luna a un río oculto por la colina, respondió con sus rápidos. Una bandada de murciélagos pasó, negra, debajo de la aurora.

Una forma llegó brincando sobre Cloudmoor. Tenía dos brazos y dos piernas, pero las piernas eran largas y terminaban en zarpas, y estaba cubierto de plumas hasta el extremo de una cola y anchas alas. El rostro era medio humano, dominado por sus ojos. Si Ayoch hubiese sido capaz de erguirse del todo, hubiera llegado al hombro del muchacho.

La muchacha se puso en pie.

—Lleva un bulto —dijo.

Su visión no estaba hecha para el crepúsculo como la de un ser nacido en el septentrión, pero había aprendido a utilizar todas las señales que sus sentidos le proporcionaban. Aparte del hecho de que normalmente un puk hubiera volado, había cierta pesadez en su apresuramiento.

—Y llega del sur —dijo el muchacho con visible excitación, repentina como una verde llama que cruzara la constelación Lyrth. Descendió rápidamente por la ladera del túmulo—. ¡Ohoi, Ayoch! —gritó—. ¡Soy yo, Mistherd!

—Y Sombra-de-un-Sueño —rió la muchacha, siguiéndole.

El puk se paró. Respiró más ruidosamente que la vegetación que susurraba a su

alrededor. En el lugar en que se había detenido se alzó un olor a hierba aplastada.

—Saludos en el umbral del invierno —silbó—. Podéis ayudarme a llevar esto a Carheddin.

Levantó lo que portaba. Sus ojos eran fanales amarillos encima. El bulto se movió y gimió.

—¡Es un niño! —dijo Mitherd.

—Lo mismo que lo fuiste tú, hijo mío, lo mismo que lo fuiste tú. ¡Jo, jo, qué proeza! — alardeó Ayoch—. Eran muchos en el campamento de Fallow wood, armados, y además de máquinas de vigilar tenían perros grandes y feos, de guardia mientras ellos dormían. Sin embargo, me acerqué por el aire, después de haberles espiado hasta que supe que un puñado de polvo...

—¡Pobrecillo! —Sombra-de-un-Sueño cogió al niño y lo apretó contra sus menudos pechos—. Tienes mucho sueño, ¿verdad? —Ciegamente, el niño buscó un pezón. Ella sonrió a través del velo de sus cabellos—. No, soy demasiado joven, y tú eres ya demasiado mayor. Pero, cuando despiertes en Carheddin debajo de la montaña, tendrás un banquete.

—Yo, ah —dijo Ayoch muy suavemente—. Ella está fuera y ha oído y visto. Está llegando.

Se agachó, con las alas plegadas. Al cabo de unos instantes Mitherd se arrodilló, y lo mismo hizo Sombra-de-un-Sueño, aunque no soltó al niño.

La alta forma de la Reina bloqueó las lunas. Miró en silencio a los tres y a su botín. Los sonidos de la colina y del páramo dejaron de existir para ellos hasta que les pareció que podían oír sisear las luces del norte.

Finalmente, Ayoch susurró:

—¿Lo he hecho bien, Estrellamadre?

—Si has robado un niño de un campamento lleno de máquinas —dijo la hermosa voz—, es que eran gente del lejano sur que podría no soportarlo tan resignadamente como los hacendados.

—Pero, ¿qué pueden hacer, Elaboradora-de-Nieve? —preguntó el puk—. ¿Cómo podrían localizarnos?

Mitherd irguió la cabeza y habló en tono de orgullo.

—Ahora, también ellos aprenderán a temernos.

—Y es un niño encantador —dijo Sombra-de-un-Sueño—. Y nosotros necesitamos más como él, ¿no es cierto, Dama Cielo?

—Tenía que ocurrir en algún crepúsculo —asintió la Reina—. Llevadle hacia abajo y cuidad de él. Por esta señal —que ella hizo—, es reclamado por los Moradores.

Su alegría se manifestó libremente. Ayoch se revolcó por el suelo hasta que encontró un árbol de hojas temblonas. Encaramándose por el tronco se colgó de una rama, semioculto por el pálido follaje. El joven y la muchacha llevaron el niño hacia Carheddin, a un paso rítmico que les permitía a él tocar la flauta y a ella cantar:

¡Wahaii, wahaii! ¡Wayala, laii!
Ala en el viento alta sobre el cielo,
con grito estridente, avanzando a través de la lluvia,
a través del tumulto,
avanzando a través de los árboles bañados por la luz de la luna
y las sombras cargadas de sueños debajo de ellos,
confundiéndose con el tintinearte cabrilleo de los lagos
en los que se ahogan los rayos de las estrellas.

Al entrar, Barbro Cullen se sintió, a través de todo su pesar y su rabia, invadida por el desaliento. En la estancia reinaba un espantoso desorden. Periódicos, cintas magnetofónicas, carretes, códigos, ficheros y papeles revueltos llenaban todas las mesas. En la mayoría de estanterías y rincones había una capa de polvo. Contra una de las paredes había un laboratorio, con microscopio y material analítico. Ella lo reconoció como compacto y eficaz, pero no era lo que uno esperaba encontrar en una oficina, y ponía en el aire un tufo químico. La alfombra estaba deshilachada, los muebles desvencijados.

¿Era esta su oportunidad final? Luego, Eric Sherrinford se acercó.

—Buenos días, señora Cullen —dijo.

Su tono era vigoroso, firme el apretón de su mano. Lo desaseado de su atuendo no la molestó. A ella no le preocupaba demasiado su propio aspecto, excepto en ocasiones especiales. (¿Y existirla otra para ella, a menos de que recuperase a Jimmy?) Lo que ella observaba era el aseo personal de un gato.

Sherrinford sonrió.

—Perdone mi desorden de soltero. En Beowulf tenemos..., teníamos, en cualquier caso, máquinas para eso, de modo que nunca adquirí la costumbre de limpiar, y no quiero que un asalariado desarregle mis herramientas. Me resulta más conveniente trabajar en mi apartamento que mantener una oficina fuera de aquí. ¿No quiere sentarse?

—No, gracias. No podría —murmuró ella.

—Comprendo. Pero, si me disculpa, yo funciono mejor en una postura relajada.

Se dejó caer en una tumbona. Una larga pierna cruzó la otra rodilla. Sacó una pipa y la llenó de tabaco de una bolsa. Barbro se preguntó por qué fumaba de un modo tan anticuado. ¿No se suponía que en Beowulf disponían del equipo moderno que en Roland todavía no podían permitirse construir? Bueno, desde luego que las viejas costumbres podían sobrevivir en cualquier caso. Generalmente lo hacían en colonias, recordó haber leído. La gente se había trasladado a las estrellas con la esperanza de conservar cosas tan anticuadas como sus idiomas maternos, su gobierno constitucional o su civilización tecnológica-racional.

Sherrinford la arrancó de la confusión provocada por su fatiga:

—Debe darme los detalles de su caso, señora Cullen. Me ha dicho simplemente

que su hijo fue raptado y que el cuerpo de policía local no ha hecho nada. Por otra parte, sólo conozco unos cuantos hechos evidentes, tales como que es usted viuda más bien que divorciada; que es hija de residentes de la Tierra de Olga Ivanoff, los cuales se mantienen en estrecha telecomunicación con Christmas Landing; que ha estudiado usted una de las profesiones biológicas; que ha pasado varios años sin trabajar en su especialidad, hasta que recientemente volvió a empezar.

Barben contempló con la boca abierta el rostro de pómulos salientes, nariz aguileña, cabellos negros y ojos grises que tenía enfrente. El mechero de Sherrinford proyectó un resplandor que pareció llenar la habitación. El silencio reinaba en esta altura encima de la ciudad y el crepúsculo invernal se filtraba a través de las ventanas.

—¿Cómo diablos ha sabido eso? —se oyó exclamar a sí misma.

Sherrinford se encogió de hombros y adoptó el tono de conferenciante que le había hecho famoso.

—Mi trabajo depende de observar los detalles y hacerlos encajar unos con otros. En más de cien años en Roland, la gente, tendiendo a arracimarse de acuerdo con sus orígenes y sus hábitos mentales, ha desarrollado acentos regionales. Usted tiene un deje del acento olgano, pero nasaliza las vocales al estilo de esta zona, aunque vive en Portolondon. Eso sugiere una infancia expuesta al lenguaje metropolitano. Me ha dicho que formaba parte de la expedición de Matsuyama y que se llevó a su hijo con usted. A ningún técnico vulgar se lo hubieran permitido; en consecuencia, tiene que ser lo bastante valiosa para haberlo conseguido. El equipo estaba realizando investigaciones ecológicas; por lo tanto, su especialidad ha de encontrarse entre las ciencias de la vida. Por el mismo motivo, hay que suponerle una experiencia previa. Pero su piel es muy fina, lo cual demuestra que no ha estado expuesta prolongadamente a este sol. Ergo, ha pasado mucho tiempo bajo techado antes de emprender este infortunado viaje. En cuanto a la viudedad... nunca me ha mencionado un marido; pero debió de ser un hombre al que quería mucho, porque lleva aun el anillo de boda y la alianza de compromiso que él le regaló.

Barbro suspiró, aturdida. Aquellas últimas palabras habían traído ante sus ojos la figura de Tim, enorme, pelirrojo, reidor y cariñoso. Tuvo que apartar la mirada de esta otra persona y mirar hacia fuera.

—Sí —dijo finalmente—, tiene usted razón.

El apartamento ocupaba la cumbre de una colina encima de Christmas Landing. Debajo, la ciudad descendía en paredes, tejados, chimeneas arcaicas y faroles callejeros, luces fantasmagóricas de vehículos pilotados por humanos, hasta el puerto, la curva de Venture Bay, buques que se dirigían o procedían de las islas Sunward y regiones más remotas del Océano Boreal, el cual brillaba como mercurio en los arreboles del ocaso de Carlomagno. Oliver estaba ascendiendo rápidamente, un disco moteado de color naranja; más cerca del cenit que nunca podría alcanzar brillaría con el color del hielo. Alde, la mitad de grande, era una delgada lúnula cerca de Sirio, la

cual se encontraba cerca del Sol, recordó Barbro, pero no podía verse el sol sin un telescopio.

—Sí —dijo Barbro, conteniendo los sollozos que habían acudido a su garganta—, mi marido murió hace cuatro años. Yo llevaba en mi seno a nuestro primer hijo cuando le mató un unicornio desbocado. Nos habíamos casado tres años antes. Nos conocimos cuando estábamos en la universidad... Las emisiones de la Escuela Central sólo pueden proporcionar una educación básica, ya sabe... Creamos nuestro propio equipo para realizar estudios ecológicos bajo contrato: ya sabe, averiguar si una zona determinada puede ser colonizada manteniendo el equilibrio de la naturaleza, qué podría cultivarse en ellas, qué dificultades se encontrarían, etcétera. Bueno, más tarde trabajé en un laboratorio piscícola de Portolondon. Pero la monotonía de aquella tarea me resultó insoportable. El profesor Matsuyama me ofreció un puesto en el equipo que estaba organizando para examinar la región de Hauch. Pensé, Dios me perdone, pensé que Jimmy... Tim quería que se llamara James, cuando los tests demostraron que sería un chico, porque era el nombre de su padre y porque «Timmy y Jimmy» sonaba bien, y... Bueno, pensé que Jimmy no correría ningún peligro acompañándome. No podía soportar la idea de separarle de mí durante meses, a su edad. Podíamos asegurarnos de que nunca saldría del campamento. Y, dentro de él, ¿qué podía ocurrirle de malo? Nunca había creído esas historias acerca de los Outling que roban niños humanos. Suponía que los padres trataban de ocultarse a sí mismos el hecho de que habían sido descuidados, permitiendo que un niño se perdiera en los bosques, o fuese atacado por una manada de fieras, o... Bueno, estaba equivocada, señor Sherrinford. Los robots de guardia se evadieron, los perros fueron drogados, y cuando desperté Jimmy había desaparecido.

Sherrinford la miró a través del humo de su pipa. Barbro Engdahl Cullen era una robusta mujer de treinta y tantos años (años rolándicos, se recordó a sí mismo, noventa y cinco por ciento de los terrestres, que no correspondían a los años beowulfanos), ancha de hombros, de piernas largas y senos rotundos; tenía una cara ancha, la nariz recta, los ojos color de avellana, la boca de labios gruesos y expresiva; sus cabellos eran de color castaño-rojizo, recogidos debajo de las orejas, su voz un poco ronca, y llevaba un sencillo vestido de calle. Para aquietar el temblor de sus manos, él preguntó escépticamente:

—¿Cree usted ahora en los Outlings?

—No. Simplemente, no estoy tan segura como antes. —Barbro vaciló, antes de añadir—: Y hemos encontrado huellas.

—Restos de fósiles —asintió Sherrinford—. Unos cuantos artefactos de tipo neolítico. Pero aparentemente antiguos, como si los que los construyeron hubieran muerto hace siglos. La investigación intensiva no ha aportado ninguna prueba real de su supervivencia.

—¿Hasta qué punto puede ser intensiva una investigación, en un verano tormentoso y un invierno lúgubre en una zona desértica alrededor del polo Norte? —

inquirió ella—.

¿Cuando somos un millón de personas en todo un planeta, la mitad de ellas concentradas en esta única ciudad?

—Y el resto concentrado en este único continente habitable —puntualizó Sherrinford.

—La Ártica cubre cinco millones de kilómetros cuadrados —replicó ella—. La zona Ártica propiamente dicha cubre una cuarta parte del territorio. No tenemos la base industrial para establecer estaciones monitoras satélites, construir aeronaves para explorar aquellas regiones, abrir carreteras a través de las malditas tierras oscuras e instalar bases permanentes que nos permitan conocerles y domesticarles. ¡Dios mío, generaciones de colonos solitarios contaron historias acerca de Mantogris, y la bestia no fue vista nunca por un científico hasta el año pasado!

—Sin embargo, usted sigue dudando de la existencia de los Outlings.

—Bueno, ¿qué me dice de un culto secreto entre humanos, nacido del aislamiento y la ignorancia, amadrigando en lugares desérticos, robando niños cuando pueden para...? —Barbro tragó saliva e inclinó la cabeza—. Pero se supone que el experto es usted.

—Por lo que me ha dicho por el visífono, las fuerzas de policía de Portolondon ponen en cuarentena la exactitud del informe que su grupo, creen que la mayoría de ustedes padecen histerismo, pretenden que han descuidado las debidas precauciones y que el niño se alejó y se extravió sin que ustedes lograran encontrarle.

La sequedad de aquellas palabras la hizo reaccionar. Enrojeciendo, replicó:

—¿Como el hijo de cualquier colono? No. Yo no me he limitado a gritar. He consultado los archivos. Y hay demasiados casos registrados como accidente para que resulte una explicación plausible. ¿Y debemos ignorar del todo las aterradoras historias acerca de reapariciones? Pero cuando acudí a las fuerzas de policía con mis hechos, no quisieron saber nada. Sospecho que la causa no es que dispongan de muy pocos agentes. Creo que también ellos están asustados. La mayoría proceden de zonas rurales, y Portolondon se encuentra cerca del borde de lo desconocido. —Su energía se apagó—. Roland no tiene ninguna fuerza central de policía —terminó, en tono de desaliento—. Usted es mi última esperanza.

El hombre expelió una bocanada de humo antes de decir, con voz más amable que hasta entonces:

—Le ruego que no confíe demasiado en mí, señora Cullen. Soy un investigador privado solitario en este mundo, sin más recursos que los míos propios, y un recién llegado, por así decirlo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Doce años. Apenas el tiempo suficiente para familiarizarme un poco con las relativamente civilizadas regiones del litoral. Ustedes, que residen aquí desde hace un siglo o más, ¿qué es lo que saben acerca del interior de la Ártica? —Sherrinford suspiró—. Aceptaré el caso, sin cobrar más de lo que debo, principalmente por la

experiencia que puede reportarme —dijo—. Pero sólo si es usted mi guía y mi ayudante, por penoso que le resulte.

—¡Desde luego! No puedo resistir la idea de permanecer ociosa. Mas, ¿por qué he de ser yo?

—Contratar a alguien con la suficiente capacidad resultarla prohibitivamente caro, en un planeta de pioneros en el que cada mano tiene mil tareas urgentes que realizar. Además, usted tiene un motivo. Y yo necesito eso. Yo, que nací en otro mundo completamente distinto a éste, que por su parte es completamente distinto de la Madre Tierra, me doy perfecta cuenta de nuestras limitaciones y desventajas.

La noche se cernió sobre Christmas Landing. El aire seguía siendo suave, pero los zarcillos luminosos de niebla, escurriéndose a través de las calles, tenían un aspecto frío, y más fría aún era la aurora que se estremecía entre las lunas. La mujer se acercó más al hombre en la oscurecida habitación, seguramente sin darse cuenta de que lo hacía, hasta que él pulsó el interruptor de un fluorescente. Ambos participaban del conocimiento de la soledad de Roland.

Un año-luz no es ninguna exageración en distancias galácticas. Podría recorrerse en unos 270 millones de años, empezando a mediados de la era permiana, cuando los dinosaurios pertenecían al futuro remoto, y continuando hasta nuestros días, cuando las naves espaciales cruzan distancias todavía mayores. Pero las estrellas de nuestra vecindad se encuentran a un promedio de nueve años-luz de distancia, y apenas el uno por ciento de ellas tienen planetas habitables para el hombre, y las velocidades están limitadas a menos de la de la radiación. La contracción relativista del tiempo y la animación suspendida en ruta prestan cierta ayuda. Eso hace que los viajes parezcan cortos, pero entre tanto la historia no se detiene.

Así, los viajes de sol a sol serán siempre pocos. Los colonizadores serán aquellos que tengan motivos sumamente especiales para marcharse. Se llevarán consigo plasma germinal para el cultivo exogenético de plantas y animales domésticos... y de niños humanos, a fin de que la población pueda crecer con la rapidez suficiente para escapar de la muerte a través del agotamiento genético. Después de todo, no pueden confiar en una posterior inmigración. Dos o tres veces por siglo, una nave puede llamar desde alguna otra colonia. (No desde la Tierra. La Tierra está sumida desde hace mucho tiempo en otra clase de preocupaciones.) Su lugar de origen será un antiguo poblado. Los jóvenes no están en condiciones de construir y gobernar naves interestelares.

Su misma supervivencia, dejando aparte su eventual modernización, está en duda. Los padres fundadores han tenido que aceptar lo que pudieron obtener, en un universo no diseñado especialmente para el hombre.

Considérese, por ejemplo, Roland. Se encuentra entre los raros hallazgos afortunados, un mundo en el que los humanos pueden vivir, respirar, comer el

alimento, beber el agua, andar descalzos si lo prefieren, cultivar sus cosechas, pacer sus animales, cavar sus minas, edificar sus hogares, criar a sus hijos y nietos. Vale la pena recorrer tres cuartas partes de un siglo-luz para conservar ciertos valores queridos y hundir nuevas raíces en el suelo de Roland.

Pero la estrella Carlomagno es de tipo F9, un cuarenta por ciento más brillante que el Sol, más brillante aún en los traicioneros ultravioleta y más salvaje aún en el viento de partículas cargadas que desprende. El planeta tiene una órbita excéntrica. En medio del corto pero furioso verano septentrional, que incluye el periastron, la insolación total es más del doble de la que recibe la Tierra; en lo profundo del largo invierno septentrional, es muy inferior al promedio terrestre.

La vida nativa es abundante en todas partes. Pero al carecer de maquinaria adecuada, que sólo podrían construir unos cuantos especialistas, el hombre sólo puede soportar las latitudes más altas. Una inclinación axial de diez grados, junto con la órbita, significa que la parte septentrional del continente ártico pasa medio año sin recibir la luz del sol. Alrededor del polo sur se extiende un océano vacío.

Otras diferencias con relación a la Tierra podrían parecer superficialmente más importantes. Roland tiene dos lunas, pequeñas pero cercanas, para provocar desastrosas mareas. Gira sobre sí mismo una vez cada treinta y dos horas, perjudicando sutilmente a unos organismos evolucionados a través de milenios de un ritmo más rápido. Las pautas climatológicas son también distintas a las terrestres. El globo sólo tiene 9.500 kilómetros de diámetro; su gravedad de superficie es $0,42 \times 980 \text{ cm/seg}^2$; la presión del aire al nivel del mar es ligeramente superior a una atmósfera terrestre. (Ya que en realidad la Tierra es la rareza, y el hombre existe debido a que un accidente cósmico expulsó la mayor parte del gas que un cuerpo de su tamaño debería conservar, como ha hecho Venus.)

Sin embargo, el Homo puede ser llamado realmente sapiens cuando practica su especialidad de no ser especializado. Sus repetidos intentos de congelarse a sí mismo en unos moldes con respuesta para todo, o una cultura, o una ideología, o como quiera que lo haya llamado, le han conducido repetidamente a la ruina. Si se le encarga la tarea pragmática de subsistir, suele desempeñarla bastante bien.

Se adapta dentro de unos límites muy amplios.

Esos límites están determinados por factores tales como su necesidad de luz solar y de convertirse, necesariamente y para siempre, en una parte de la vida que le rodea y un producto del espíritu que la alienta.

Portolondon introduce muelles, embarcaciones, maquinaria y almacenes en el golfo de Polaris. Detrás de ellos se agrupan las viviendas de sus 5.000 habitantes permanentes: paredes de hormigón, contraventanas altos y picudos tejados. Lo alegre de su pintura quedaba desdibujado entre los faroles; este pueblo se encontraba más allá del Círculo Ártico.

Sin embargo, Sherrinford observó:

—Un lugar alegre, ¿eh? Llegué a Roland buscando algo como esto.

Barbro no contestó. Los días pasados en Christmas Landing, mientras él hacía sus preparativos, la habían agotado. Mirando a través de la cúpula del taxi que les llevaba a la parte baja del pueblo, supuso que él se refería a la lozanía de la vegetación a lo largo de la carretera, matices brillantes y fosforescencia de flores en los jardines, clamor de alas encima de sus cabezas. A diferencia de la flora terrestre en climas fríos, la vegetación ártica pasa todas las horas diurnas en frenético crecimiento y almacenamiento de energía.

Hasta que la fiebre del verano deja paso al suave invierno no florece ni da fruto; y los animales aletargados durante el verano abandonan sus madrigueras y las aves migratorias vuelven a casa.

La vista era encantadora, tuvo que admitirlo: más allá de los árboles, una espaciosidad trepando hacia remotas alturas, grisplateada bajo una luna, una aurora, el difuso resplandor de un sol debajo mismo del horizonte.

Hermoso como un satán cazador, pensó, e igualmente terrible. Aquella selvatiquez había robado a Jimmy. Se preguntó si al menos podría encontrar sus pequeños huesos y llevárselos a su padre.

Bruscamente se dio cuenta de que Sherrinford y ella estaban en su hotel y que él había estado hablando del pueblo. Dado que era el siguiente en tamaño después de la capital, él debió haberlo visitado con frecuencia. Las calles aparecían atestadas y ruidosas; parpadeaban los letreros luminosos, brotaba la música de tiendas, tabernas, restaurantes, centros deportivos, salones de baile; los vehículos se tocaban unos a otros; los edificios para oficinas de varios pisos de altura se erguían como ascuas de luz. Portolondon unía un enorme traspais al mundo exterior. Río Gloria abajo llegaban balsas de troncos, minerales, cosechas de granjas cuyos propietarios estaban logrando lentamente que la vida de Roland les sirviera, carne, marfil y pieles reunidos por los exploradores en las montañas que se erguían más allá de Troll Scarp. Por el mar llegaban cargueros que navegaban a lo largo de la costa, la flota pesquera, productos de las islas Sunward y de otros continentes situados mucho más al sur y hasta los que se aventuraban hombres audaces. En Portolondon se reía, se fanfarroneaba, se disimulaba, se robaba, se rezaba, se bebía, se soñaba, se fornicaba, se construía, se destruía, se nacía, se moría, se era feliz, desdichado, codicioso, vulgar, amante, ambicioso, humano. Ni el ardor del sol en verano ni el crepúsculo de medio año —completamente de noche en pleno invierno— pondrían freno a la mano del hombre.

Al menos, eso decía todo el mundo.

Todo el mundo, excepto aquellos que se habían establecido en las regiones oscuras. Barbro solía dar por sentado que estaban desarrollando extrañas costumbres, leyendas y supersticiones, las cuales morirían cuando todas las tierras estuvieran registradas en los mapas y controladas. Últimamente, había empezado a dudar. Tal vez las alusiones de Sherrinford acerca de un cambio en su propia actitud acarreado por su investigación preliminar eran las responsables de las dudas de Barbro.

O tal vez necesitaba algo en que pensar que no fuera en cómo Jimmy, el día antes de desaparecer, cuando ella le preguntó si quería pan de centeno o pan francés para un emparedado, le respondió con gran solemnidad (empezaba a mostrarse interesado en el alfabeto): «Quiero una rebanada de lo que nosotros llamamos el pan F».

Apenas se dio cuenta de que se apeaba del taxi, se registraba en el hotel y era acompañada a una habitación amueblada de un modo primitivo. Pero, después de deshacer su equipaje, recordó que Sherrinford había sugerido una conferencia confidencial. Cruzó el pasillo y llamó a su puerta. Sus nudillos sonaron menos ruidosos que su corazón.

Sherrinford abrió la puerta, con un dedo en los labios, y le hizo un gesto señalándole un rincón. Barbro frunció el ceño hasta que vio la imagen del jefe de Policía Dawson en el visífono. Sherrinford debió llamarle, y debía tener sus motivos para mantenerla fuera del alcance de la cámara. Encontró una silla y esperó, clavando las uñas en sus rodillas.

El detective se acercó de nuevo al visífono.

—Perdone la interrupción —dijo—. Un hombre se ha equivocado de número. Estaba borracho, al parecer.

Dawson dejó oír una risita.

—Aquí abundan mucho —dijo. Barbro recordó lo aficionado a charlar que era Dawson, el cual se atusó la barba que llevaba, como si fuera un explorador en vez de un hombre de ciudad—. No producen ningún daño, por regla general. Lo único que tienen es un exceso de voltaje, después de pasar semanas o meses enteros en las regiones del interior, y necesitan descargarlo.

—He llegado a la conclusión de que ese entorno, ajeno en un millón de aspectos al que creó el hombre, produce extraños efectos en la personalidad. —Sherrinford atacó su pipa—. Desde luego, ya sabe que mi práctica ha estado limitada a zonas urbanas y suburbanas. Las regiones aisladas rara vez necesitan investigadores privados. Ahora esa situación parece haber cambiado. Le he llamado para pedirle consejo.

—Me alegraría si pudiera ayudarle —dijo Dawson—. No he olvidado lo que hizo por nosotros en el caso del asesinato de Tahoe. —Cautelosamente—: Será mejor que explique primero su problema.

Sherrinford prendió fuego a su pipa. El humo que siguió se impuso a los aromas campestres que, incluso aquí, a un par de pavimentados kilómetros de distancia de los bosques más cercanos, se abrían paso a través de una ventana crepuscular.

—Esto es más una misión científica que una búsqueda de un deudor oculto o de un espía industrial —dijo Sherrinford—. Me encuentro ante dos posibilidades: la de que una organización, criminal, religiosa o de otro tipo se haya estado dedicando desde hace tiempo a robar niños; o la de que los Outlings del folklore sean reales.

—¿Eh? —En el rostro de Dawson, Barbro leyó tanta consternación como sorpresa—.

¿No es posible que hable usted en serio?

—¿De veras? —sonrió Sherrinford—. El valor de los informes de varias generaciones no debería ser desechado. Especialmente cuando se han ido haciendo más frecuentes y consecuentes con el paso del tiempo. No podemos ignorar las desapariciones de niños de corta edad, que ascienden a más de un centenar, sin que se haya encontrado nunca el menor rastro de ellos. Ni los hallazgos que demuestran que una especie inteligente habitó en otro tiempo en la Ártica, y puede todavía merodear por el interior.

Dawson se inclinó hacia delante como si se dispusiera a salir de la pantalla.

—¿Quién le ha contratado? —preguntó—. ¿Una tal Cullen? Lo lamentamos por ella, naturalmente, pero lo que dijo no tenía sentido, y cuando se puso impertinente...

—¿Acaso no confirmaron su relato sus compañeros, reputados científicos?

—No había ningún relato que confirmar. Mire, ellos tenían el lugar rodeado de detectores y alarmas, y tenían mastines. Lo normal en una región en la que puede presentarse un suroide hambriento o cualquier otra fiera. Nada podía haber entrado sin ser detectado.

—Nada por el suelo, pero ¿qué me dice de algo volador aterrizando en medio del campamento?

—Un hombre tripulando un helicóptero hubiera despertado a todo el mundo.

—Un ser alado podría resultar más silencioso.

—¿Un ser alado capaz de levantar a un niño de tres años? No existe.

—No existe en la literatura científica, quiere usted decir, señor Dawson. Recuerde a Mantogris; recuerde lo poco que sabemos acerca de Roland, un planeta, un mundo entero. Tales pájaros existen en Beowulf... y en Rustum, según he leído. He calculado el nivel local de densidad del aire y, sí, es marginalmente posible también aquí. El niño pudo haber sido transportado a una corta distancia antes de que los músculos de las alas se fatigaran y el animal se viera obligado a descender.

Dawson refunfuñó:

—Primero aterrizó y se dirigió a la tienda en la que dormían la madre y el niño. Luego se llevó al niño, hasta que no pudo volar más. ¿No suena eso a ave de presa? ¡Y el niño no gritó, y los perros no ladraron!

—En realidad —dijo Sherrinford—, esas inconsistencias son las características más interesantes y convincentes de todo el asunto. Tiene usted razón, resulta difícil creer que un raptor humano pudo entrar en el campamento sin ser detectado, y un animal tipo águila no hubiera operado de ese modo. Pero nada de esto tiene aplicación a un ser alado inteligente. El niño podría haber sido drogado. Desde luego, los perros mostraron síntomas de haberlo sido.

—Los perros mostraron síntomas de haberse dormido. Nada les había llamado la atención. Ni podía llamársela el niño vagando por el campamento. Por lo visto, las alarmas estaban instaladas de un modo muy chapucero, puesto que no se esperaba ningún peligro en el interior del campamento. Así que el niño pudo salir fácilmente.

Lamento tener que decirlo, pero debemos suponer que el pobre rapaz murió de hambre o atacado por alguna fiera. —Dawson hizo una pausa antes de añadir—: Si dispusiéramos de más personal, podríamos haber dedicado más tiempo al asunto. Y nos ocupamos de él, desde luego. Llevamos a cabo una exploración aérea, arriesgando las vidas de los pilotos, utilizando instrumentos que hubieran localizado al niño en cualquier parte en un radio de cincuenta kilómetros. Ya sabe usted cuán sensibles son los analizadores térmicos. No encontramos absolutamente nada. Y tenemos tareas más importantes que la búsqueda de los dispersos restos de un cadáver. —Terminó bruscamente—: Si le ha contratado la señora Cullen, le aconsejo que busque un pretexto para renunciar al encargo. También será mejor para ella. Es preciso que recobre la cordura y el sentido de la realidad.

Barbro reprimió un grito mordiéndose la lengua.

—¡Oh! Esta es simplemente la última desaparición de la serie —dijo Sherrinford—. Más cuidadosamente registrada que ninguna de las anteriores y, por ello, mucho más sugestiva. —Barbro no comprendió cómo podía hablar con tanto despego, teniendo en cuenta que Jimmy estaba perdido—. Habitualmente, la familia ofrecía un relato lacrimoso pero desprovisto de detalles de la desaparición de su niño, que tenía que haber sido robado por la Antigua Gente. A veces, años más tarde, hablaban de lo que ellos juraban tenía que haber sido el niño crecido, que había dejado de ser realmente humano, revoloteando tristemente, o atisbando a través de una ventana, o atrayendo algún perjuicio sobre ellos. Como usted dice, ni las autoridades ni los científicos han dispuesto de personal o de recursos para organizar una adecuada investigación. Como digo yo, el caso merece ser investigado. Tal vez un particular como yo pueda aportar una ayuda.

—Escuche, la mayoría de los que integramos las fuerzas de policía hemos crecido en el interior. No nos limitamos a patrullar y a contestar a las llamadas de emergencia; vamos allí con relativa frecuencia para celebrar fiestas y reuniones. Si existiera alguna banda de... sacrificadores humanos, lo sabríamos.

—Me doy cuenta de eso. Y también me doy cuenta de que la gente de la que ustedes proceden tiene una creencia profundamente arraigada en la existencia de seres no humanos con poderes sobrenaturales. En realidad, son muchos los que celebran ritos y hacen ofrendas para atraerse la buena voluntad de aquellos seres.

Dawson soltó una risita burlona.

—Sé a dónde quiere ir a parar —dijo—. Lo he oído antes, de un centenar de sensacionalistas. Los aborígenes son los Outlings. Tenía una opinión mucho mejor de usted... Seguramente ha visitado más de un museo, seguramente ha leído literatura de planetas que tienen nativos. ¿O acaso no ha aplicado nunca esa lógica suya? —Agitó un dedo—. Piense —continuó—. ¿Qué hemos descubierto, en realidad? Unas cuantas piedras labradas; unos cuantos megalitos que podrían ser artificiales; rayaduras en la roca que parecen mostrar plantas y animales, aunque no del modo que cualquier cultura humana los hubiera dibujado; rastros de fogatas y huesos rotos; otros

fragmentos de hueso que podrían haber pertenecido a seres pensantes, como si pudieran haber estado en el interior de dedos o alrededor de grandes cerebros. Sin embargo, sus propietarios no tenían el aspecto de hombres. Ni de ángeles, dicho sea de paso. ¡Nada! La reconstrucción más antropoide que he visto muestra una especie de crocagator bípedo.

»Espere, déjeme terminar. Las historias acerca de los Outlings... ¡Oh! Las he oído también, muchas de ellas. Y las creía cuando era niño. Las historias cuentan que son de diferentes tipos, algunos alados, algunos no, algunos medio humanos, algunos completamente humanos a excepción quizá de que son demasiado guapos... Es una repetición de los cuentos de hadas de la antigua Tierra. ¿No es verdad? En cierta ocasión me interesé por la materia y rebusqué en los microarchivos de la Biblioteca Heritage, y que me aspen si no encontré leyendas casi idénticas, contadas por campesinos siglos antes de los vuelos espaciales.

»Ninguna de ellas encaja con las escasas reliquias que tenemos, si es que son reliquias, ni con el hecho de que ninguna zona del tamaño de la Ártica ha podido producir una docena de especies inteligentes distintas, ni... diablos, con el modo que el sentido común nos dice que se hubieran comportado los aborígenes cuando llegaron los humanos.

Sherrinford asintió.

—Sí, sí —dijo—. Yo estoy menos seguro que usted de que el sentido común de los seres no humanos sea precisamente como el nuestro. He visto demasiadas variaciones dentro del género humano. Pero admito que sus argumentos son de peso. Los escasos científicos de Roland tienen tareas más apremiantes que la de rastrear los orígenes de lo que es, como usted ha dicho, una superstición medieval revivida. —Cogió la cazoleta de su pipa con ambas manos y contempló fijamente la diminuta brasa que humeaba en ella—. Tal vez lo que más me interesa —continuó en voz baja— es el motivo de que a través de esa hondonada de siglos, a través de una barrera de civilización mecánica, sin ninguna continuidad de tradición, unos colonizadores tecnológicamente organizados y razonablemente instruidos hayan sacado de su tumba una creencia en la Antigua Gente.

—Supongo que eventualmente, si la Universidad llega a desarrollar el departamento de psicología del que tanto se habla, alguien extraerá una tesis de su pregunta.

Dawson había hablado en tono mordaz, y casi se atragantó cuando Sherrinford replicó:

—Me propongo empezar ahora mismo. En la región de Hauch, dado que allí ocurrió el último incidente. ¿Dónde puedo alquilar un vehículo?

—Uh, resultará difícil...

—Vamos, vamos. Aunque sea un novato conozco la situación. En tanta economía de escasez, pocas personas pocas personas poseen equipo propio. Pero dado que es necesario, siempre puede ser alquilado. Necesito un ómnibus todo terreno. Y necesito

que me instalen en él cierto equipo que he traído conmigo, y que coloquen en la parte superior una torreta con un cañoncito controlable desde el asiento del conductor. Yo suministraré las armas. Además de los rifles y pistolas de mi propiedad, he conseguido alguna artillería del arsenal de la policía de Christmas Landing.

—¿De veras pretende usted hacer... una guerra... contra un mito?

—Digamos que adopto medidas de seguridad, lo cual no es terriblemente caro, contra una remota posibilidad. Ahora, además del ómnibus, ¿qué hay acerca de una aeronave ligera remolcada para utilizarla en vuelos de reconocimiento?

—No —Dawson habló en tono más decidido que hasta entonces—. Eso sería una llamada al desastre. Podemos trasladarle a un campamento base en un avión grande cuando el parte metereológico sea favorable. Pero el piloto tendrá que regresar inmediatamente, antes de que las condiciones climatológicas empeoren. La meteorología está subdesarrollada en Roland; el aire es especialmente traicionero en esta época del año, y no estamos preparados para fabricar aeronaves que puedan superar todas las contingencias. —Respiró a fondo—. No tiene usted idea de la rapidez con que puede desencadarse un huracán, ni del tamaño del pedrusco que puede caer de un cielo claro... Una vez esté allí, péguese al terreno. —Vaciló—. Este es un motivo importante de que nuestra información sobre el interior sea tan escasa y de que sus colonos estén tan aislados.

Sherrinford rió sin alegría.

—Bueno, supongo que si los detalles son los que busco, tendré que salir corriendo.

—Perderá usted mucho tiempo —dijo Dawson—. Y el dinero de su cliente. Escuche, no puedo prohibirle cazar sombras, pero...

La discusión se prolongó por espacio de casi una hora. Cuando la pantalla se apagó, Sherrinford se puso en pie, se desperezó y echó a andar hacia Barbro. Ella observó de nuevo lo peculiar de su paso. Había llegado de un planeta con una cuarta parte de la atracción gravitacional de la Tierra, a otro en el que el peso era menos de la mitad del terrestre. Barbro se preguntó si volaba en sueños.

—Disculpe que la haya dejado al margen del asunto —dijo Sherrinford—. No esperaba poder hablar con él tan pronto. Era completamente sincero al decir que está muy ocupado. Pero, habiendo establecido contacto, no quería que la recordara demasiado a usted.

»Puede no dar importancia a mi proyecto, considerándolo como una inútil fantasía a la que no tardaré en renunciar. Pero su actitud podría haber sido muy distinta, hasta el extremo de acumular obstáculos delante de nosotros, si se hubiera dado cuenta a través de usted de lo decididos que estamos.

—¿Por qué habría de importarle? —preguntó Barbro en su amargura.

—Por miedo a las consecuencias, mucho peor porque se niega a admitirlo. Miedo a las consecuencias, más aterrador porque son insospechables. —La mirada de Sherrinford se fijó en la pantalla, y luego pasó a través de la ventana hacia la aurora

que latía en glacial azul y blanco inmensamente lejos por encima de sus cabezas—. Supongo que se ha dado cuenta de que estaba hablando con un hombre asustado. A pesar de su aparente escepticismo, Dawson cree en los Outlings... ¡Oh, sí, cree en ellos!

Los pies de Mistherd volaban sobre la hierba más veloces que el viento que agitaba los tallos. A su lado, negro y deforme, avanzaba Nagrim el nicor, cuyo enorme peso dejaba una ringla de plantas aplastadas. Detrás, capullos luminosos de un estramonio brillaban a través de los perfiles retorcidos de Morgarel el espectro.

Aquí se alzaba Cloudmoor en una rompiente de colinas y espesuras. El aire permanecía inmóvil, transportando de vez en cuando el apagado aullido de un animal en la distancia. La oscuridad era mayor que de costumbre al empezar el invierno, ya que las lunas estaban bajas y la aurora era un pálido parpadeo encima de las montañas en la orilla septentrional del mundo. Pero esto hacía que las estrellas brillaran más, y su número atestaba el cielo, y el Camino Fantasma brillaba entre ellas como si, al igual que el follaje debajo de él, estuviera pavimentado con rocío.

—¡Allí! —rugió Nagrim, que tenía sus cuatro brazos extendidos. El grupo había llegado a lo alto de una loma. Lejos brilló una chispa—. ¡Hoah, hoah! ¿Debemos saltar sobre ellos, o acercarnos lentamente?

Ni lo uno ni lo otro, cerebro de hueso. La respuesta de Morgarel se deslizó a través de sus mentes. No, a menos que nos ataquen, y no nos atacarán a menos que demos a conocer nuestra presencia. Ella nos ordenó que espiáramos sus propósitos.

—Gr-r-rum-m-m. Yo conozco sus propósitos. Cortar árboles, hundir arados en la tierra, sembrar sus malditas semillas. Si no les paramos los pies, pronto, muy pronto, serán demasiado fuertes para nosotros.

—¡No demasiado fuertes para la Reina! —protestó Mistherd.

Sin embargo, al parecer, ellos tienen nuevos poderes, le recordó Morgarel. Debemos someterles a prueba cuidadosamente.

—Entonces, ¿podemos saltar cuidadosamente sobre ellos? —preguntó Nagrim.

La pregunta provocó una sonrisa en Mistherd, haciéndole olvidar su propia intranquilidad. Palmeó la escamosa espalda.

—No hables —dijo—. Me lastimas los oídos. Ni pienses; eso lastima tu cabeza.

¡Vamos, corre!

Tranquilízate, intervino Morgarel. Hay demasiada vida en ti, nacido-humano.

Mistherd hizo una mueca al espectro, pero obedeció hasta el punto de aminorar el paso y avanzar con más cautela. Ya que viajaba en nombre de la Más Bella, para enterarse de lo que había traído a un par de mortales hasta allí.

¿Buscaban al niño que Ayoch robó? (El niño seguía llorando y llamando a su madre, aunque cada vez menos a medida que las maravillas de Carheddin penetraban en él.) Quizás. Una máquina voladora les había dejado a ellos y a su vehículo en el

ahora abandonado campamento, desde el cual habían avanzado en espiral. Pero cuando ningún rastro del cachorro había aparecido dentro de una razonable distancia, no habían llamado para emprender el viaje de regreso. Y esto no era debido a que las condiciones climatológicas impidieran la propagación de las ondas, como ocurría con frecuencia. No, en vez de llamar, la pareja se había dirigido hacia las montañas de Moonhorn. Directamente hacia unos reinos no hollados hasta entonces por su raza.

De modo que ésta no era una investigación rutinaria. ¿Qué era, entonces?

Mistherd comprendió ahora por qué la que reinaba había hecho que sus hijos mortales adoptados aprendieran, o conservaran, el torpe lenguaje de sus predecesores. El había odiado aquel ejercicio, completamente extraño a las costumbres de los Moradores. Desde luego, uno la obedecía a ella, y con el tiempo se daba cuenta de lo sensata que había sido.

De pronto, dejó a Nagrim detrás de una roca —el picor sólo sería útil en una lucha— y se arrastró de arbusto en arbusto hasta quedar a una distancia prudencial de los humanos. Un árbol de la lluvia se inclinó sobre él, hojas suaves sobre su desnuda piel, y le envolvió en oscuridad. Morgarel flotó hasta la copa de un árbol de hojas temblonas, cuya oscilación ocultarla mejor su forma insustancial. Tampoco él sería de mucha ayuda. Y eso era lo peor de la situación. Los espectros se encontraban entre aquellos que no sólo podían captar y transmitir pensamientos, sino también proyectar ilusiones. Morgarel había informado que esta vez su poder parecía rebotar en una invisible pared fría alrededor del vehículo.

Por otra parte, el varón y la hembra no habían instalado máquinas guardianes ni llevaban perros. Seguramente suponían que no iban a necesitarlos, dado que dormían en el largo vehículo en el que viajaban. Pero semejante desprecio de la fuerza de la Reina no podía ser tolerado.

El metal brillaba débilmente a la luz de su fogata. Ellos estaban sentados junto al fuego, protegiéndose contra una frialdad que Mistherd, desnudo, encontraba suave. El varón bebía humo. La hembra miraba fijamente hacia un punto indeterminado que sus ojos deslumbrados por las llamas debían ver como espesa oscuridad. La danzante claridad permitía verla muy bien. Sí, a juzgar por el relato de Ayoch, era la madre del nuevo cachorro.

Ayoch había querido venir también, pero la Maravillosa se lo prohibió. Los puks no podían mantenerse inmóviles el tiempo suficiente para aquella clase de misión.

El hombre chupó su pipa. Sus mejillas quedaron así en la sombra mientras la luz parpadeaba a través de su nariz y su entrecejo: por un instante pareció un ave de presa a punto de caer sobre su víctima.

—No, se lo repito, Barbro, no tengo ninguna teoría —estaba diciendo—. Cuando los hechos son insuficientes, teorizar es ridículo en el mejor de los casos, desorientador en el peor.

—Sin embargo, debe de tener alguna idea de lo que está haciendo —dijo ella. Era evidente que habían hablado a menudo de aquello antes de entonces. Ningún

Morador podía ser tan insistente como ella ni tan paciente como él—. El equipo que ha traído... ese generador que mantiene en marcha...

—Tengo un par de hipótesis, que me han sugerido el equipo que debía traer.

—¿Por qué no me dice qué hipótesis son esas?

—Ellas mismas indican que podría ser desaconsejable en los momentos actuales. Todavía estoy palpando mi camino en el laberinto. Y aún no he tenido una oportunidad de establecer conexión entre todos los datos que poseo. De hecho, sólo estamos realmente protegidos contra una supuesta influencia telepática...

—¿Qué? —se sobresaltó ella—. Se refiere usted... a esas leyendas acerca de cómo pueden leer también las mentes...

La hembra se interrumpió, y su mirada escrutó la oscuridad más allá de los hombros del varón.

El se inclinó hacia adelante. Su tono perdió rápidamente su sequedad para hacerse más ansioso y más suave.

—Barbro, se está destrozando a sí misma. Lo cual no será una ayuda para Jimmy si está vivo, y cuanto más dure esto más va a necesitarla. Tenemos una pesada tarea ante nosotros, y será mejor que se concentre en ella.

Ella asintió con un gesto y se mordió el labio inferior unos momentos, antes de contestar:

—Lo estoy intentando.

El sonrió alrededor de su pipa.

—Espero que lo consiga. Nunca me ha dado la impresión de ser una mujer dispuesta a abandonar, ni una plañidera, ni amiga de compadecerse de sí misma.

Ella dejó caer una mano sobre la pistola que llevaba al cinto. Su voz cambió; surgió de su garganta como un cuchillo de la vaina.

—Cuando los encontremos, sabrán quién soy. Quiénes son los humanos.

—Deje a un lado la ira —apremió el hombre—. No podemos permitirnos esa clase de emociones. Si los Outlings son reales, como ya le he dicho que provisionalmente supongo, están luchando por sus hogares. —Después de un breve silencio, añadió—: Me gusta pensar que si los primeros exploradores hubiesen encontrado nativos vivos, los hombres no hubieran colonizado Roland. Pero ahora es demasiado tarde. No podemos volvernos atrás. Esta es una lucha hasta el final, contra un enemigo tan astuto que incluso nos oculta el hecho de que está guerreando.

—¿Lo está haciendo? Quiero decir, acechando, raptando ocasionalmente a un niño...

—Eso es parte de mi hipótesis. Sospecho que eso no son hostigamientos, sino tácticas empleadas en una estrategia terriblemente sutil.

El fuego chisporroteó. El hombre fumó unos instantes en silencio, meditando, y finalmente continuó:

—No quise despertar sus esperanzas ni excitarla sin motivo mientras tuvo que esperarme, primero en Christmas Landing, luego en Portolondon. Más tarde tuvimos

que convencernos a nosotros mismos de que Jimmy había sido llevado más lejos del campamento de lo que él podría haber andado antes de caer agotado. Sólo le estoy diciendo lo minuciosamente que he estudiado el material disponible sobre la... Antigua Gente. Además, al principio lo hice con la intención de eliminar toda posibilidad imaginable, por absurda que fuera.

»No esperaba otro resultado que una refutación final. Pero lo examiné todo, reliquias, análisis, historias, relatos periodísticos, monografías; hablé con colonos del interior que estaban de paso en el pueblo y con algunos científicos que han demostrado cierto interés por el asunto. Asimilo las cosas rápidamente. Y tengo la pretensión de que puedo convertirme en tan experto como cualquiera..., aunque Dios sabe que en este caso hay poco en lo que ser experto. Por otra parte, yo, relativamente forastero en Roland, tal vez podría examinar el problema con distinto enfoque. Y llegué a unas cuantas conclusiones.

»Si los aborígenes se extinguieron, ¿por qué no dejaron más restos? La Ártica no es tan enorme, y la vida rolándica es fértil. Tenía que haber alimentado a una población cuyos utensilios se habrían acumulado a través de milenios. He leído que en la Tierra se encontraron millares de hachas paleolíticas, más por casualidad que por arqueología.

»Muy bien. Supongamos que las reliquias y los fósiles fueron deliberadamente eliminados entre la época en que se marchó la última expedición exploradora y el momento en que llegaron las primeras naves de colonización. Hallé cierto apoyo para esta idea en los diarios de los primeros exploradores. Estaban demasiado ocupados comprobando la habitabilidad del planeta para confeccionar catálogos de los monumentos primitivos. Sin embargo, sus observaciones demuestran que vieron muchas más cosas que los que llegaron posteriormente. Supongamos que lo que nosotros hemos encontrado es, precisamente, lo que los encargados de eliminarlo pasaron por alto o no tuvieron tiempo de eliminar.

»Eso revela una mentalidad sofisticada, pensando en términos de a largo plazo, ¿no es cierto? Lo cual a su vez revela que la Antigua Gente no eran simples cazadores ni agricultores neolíticos.

—Pero nadie ha visto nunca edificios, ni máquinas, ni cosas por el estilo —objetó Barbro.

—No. Lo más probable es que los nativos no avanzaran a través de nuestro tipo de evolución metalúrgico-industrial. Yo puedo concebir otros caminos. Su civilización podría haber empezado, más bien que terminado, con ciencia y tecnología biológicas. Podrían haber desarrollado potencialidades del sistema nervioso, que Podrían ser mayores en su especie que en el hombre. Nosotros mismos tenemos hasta cierto punto esas capacidades, como usted sabe muy bien. Un zahorí, por ejemplo, capta realmente las variaciones en el campo magnético local provocadas por una meseta de agua. Sin embargo, en nosotros no abunda ese tipo de talento. De modo que nos dedicamos a otras actividades. ¿Quién necesita ser un telépata,

digamos, si se tiene un visifono? La Antigua Gente puede haber visto las cosas en otro sentido. Los utensilios de su civilización pueden haber sido, y pueden ser todavía, inidentificables para los hombres.

—Pero podían haberse identificado a sí mismos ante los hombres —dijo Barbro—.

¿Por qué no lo hicieron?

—Puedo imaginar varios motivos. Por ejemplo, podían haber tenido una desagradable experiencia con visitantes interestelares en una época anterior de su historia. La nuestra no es la única raza que posee naves espaciales. Sin embargo, ya le he dicho que no teorizo anticipándome a los hechos. Digamos simplemente que la Antigua Gente, si existe, es extraña para nosotros.

—Para un pensador riguroso como usted, ésta es una argumentación muy alambicada.

—Ya he admitido que es provisional. —Él la miró a través de un turbión de humo de la fogata—. Usted acudió a mi, Barbro, insistiendo en que su hijo había sido robado, pero sus alusiones a unos raptos por motivos religiosos eran absurdas. ¿Por qué se muestra tan reacia a admitir la realidad de no humanos?

—A pesar de que probablemente de ello depende el que Jimmy esté vivo —suspiró ella—. Lo sé. —Un estremecimiento—. Tal vez no me atrevo a admitirlo.

—Hasta ahora no he dicho nada que no se haya especulado en letra impresa —dijo él—. Una especulación desacreditada, desde luego. En un centenar de años nadie ha encontrado pruebas válidas de que los Outlings sean algo más que una superstición. Sin embargo, unas cuantas personas han declarado que es al menos posible que en las regiones inexploradas habiten nativos inteligentes.

—Lo sé —repitió ella—. Aunque no sé lo que le ha inducido a tomarse en serio esos argumentos, de la noche a la mañana.

—Bueno, cuando usted me obligó a pensar, se me ocurrió que los colonos de Roland no son agricultores medievales completamente aislados. Tienen libros, telecomunicaciones, herramientas mecánicas, vehículos a motor; y por encima de todo, tienen una educación moderna orientada científicamente. ¿Por qué habían de volverse supersticiosos? Algo debe provocarlo. —Se interrumpió—. Será mejor que no continúe. Mis ideas van más allá; pero si son correctas, es peligroso hablar de ellas en voz alta.

Los músculos del vientre de Mitherd se tensaron. Había peligro para la Bella en aquella cabeza de ave de presa. La Portadora de Guiraldas tenía que ser advertida. Estuvo a punto de ordenar a Nagrim que matara a aquella pareja. Si el nicor actuaba con la suficiente rapidez, sus armas de fuego no les servirían para nada. Pero podían haber dejado un aviso detrás de ellos... Mitherd volvió a escuchar. La conversación había cambiado de rumbo. Barbro estaba murmurando:

—¿Por qué se quedó usted en Roland? El hombre sonrió desvaidamente.

—Bueno, la vida en Beowulf no tenía alicientes para mi. Heorot está... o estaba;

esto fue hace unas décadas, no lo olvide..., Heorot estaba densamente poblado, perfectamente organizado, fastidiosamente uniforme. Eso era debido en parte a la frontera de las tierras bajas, una válvula de seguridad para dar salida a los descontentos. Pero yo carecía de la tolerancia al dióxido de carbono necesaria para vivir allí en buen estado de salud. Se estaba preparando una expedición para recorrer cierto número de mundos colonizados, especialmente aquellos que no disponían de equipo para mantener contacto por laser. Recordará usted su anunciado objetivo: buscar nuevas ideas en ciencia, arte, sociología, filosofía, todo lo que se revelara como valioso. Temo que en Roland encontraron muy pocas cosas importantes para Beowulf. Pero yo vi oportunidades para mí mismo y decidí establecerme aquí.

—¿Era usted también detective allí?

—Sí, en la policía oficial. Esta profesión es una tradición en nuestra familia. Algo de eso puede proceder de la rama cherokee de ella, si el nombre significa algo para usted. Sin embargo, descendemos también por línea colateral de uno de los primeros investigadores privados que existieron en la Tierra antes de los vuelos espaciales. Sea o no verdad, siempre le he considerado como un modelo útil. Un arquetipo, ¿comprende?

El hombre se interrumpió. Una sombra de inquietud nubló su semblante.

—Será mejor que nos acostemos —dijo—. Mañana por la mañana tenemos que recorrer una larga distancia.

Ella miró a su alrededor.

—Aquí no hay mañanas —murmuró.

Se retiraron. Mitherd se incorporó y flexionó cautelosamente sus músculos. Antes de regresar a la Hermana de Lyrth, se arriesgó a echar una ojeada a través de una ventanilla del vehículo. Había dos catres, uno al lado del otro, y los humanos yacían en ellos. Pero el hombre no había tocado a la mujer, a pesar de que ella tenía un cuerpo atractivo, y nada sugería que se dispusiera a hacerlo.

Unos seres raros, los humanos. Fríos y como de arcilla. ¿Y querían invadir el maravilloso mundo salvaje? Mitherd escupió, asqueado. No debía ocurrir. No ocurriría. La que reinaba lo había jurado.

Las tierras de William Irons eran inmensas. Pero esto se debía a que se necesitaba una baronía para mantenerle a él, a su familia y a su ganado, a base de unas cosechas nativas cuyo cultivo era aún parcialmente desconocido. Cultivaba también algunas plantas terrestres, a la luz del verano y en invernaderos. Sin embargo, aquellas plantas eran un lujo. La verdadera conquista del Ártica septentrional estaba en la hierba para forraje, en la batiriza, el pericup y el glicofilón, y eventualmente, cuando el mercado se ampliara con la población y la industria, el chalcantemo para los floristas de la ciudad y las pieles de animales criados en jaulas para los peleteros.

Eso sería en un futuro que Irons no esperaba llegar a ver. Sherrinford se preguntó

si el hombre esperaba realmente que alguien lo viera.

La estancia era cálida y estaba bien iluminada. El fuego crepitaba alegremente en el hogar. La luz de los paneles fluorescentes brillaba sobre los armarios, sillas y mesas talladas a mano, sobre las cortinas de vivos colores y la vajilla de los anaqueles. El colono estaba sólidamente instalado en su alto asiento, robusto, macizo, con la barba desparramándose sobre su pecho. Su esposa y sus hijas trajeron café, cuya fragancia se unió a los restantes aromas de una cena copiosa para él, sus huéspedes y sus hijos.

Pero en el exterior, el viento ululaba, el relámpago centelleaba, el trueno rugía, la lluvia estallaba sobre el tejado y las paredes y formaba remolinos entre los guijarros del patio. Establos y cobertizos se agachaban contra la inmensidad que se extendía más allá. Los árboles gemían, y, ¿resonaba una maligna carcajada ahogando el mugido de una vaca asustada? El granizo golpeó las tejas como nudillos llamando a una puerta.

Uno podía sentir cuán lejanos estaban sus vecinos, pensó Sherrinford. Y, sin embargo, ellos eran las personas a las que uno veía con más frecuencia, con las que hacía negocios diariamente por visífono (cuando una tormenta solar no introducía el caos en voces y rostros) o personalmente, con las que celebraba reuniones, chismorreaba o intrigaba, con las que concertaba matrimonios; al final; eran las personas que le enterrarían a uno. Las luces de los pueblos teteros estaban monstruosamente lejos.

William Irons era un hombre fuerte. Pero cuando habló ahora, había miedo en su tono.

—¿Piensan ir realmente más allá de Troll Scarp?

—¿Se refiere usted a las Empalizadas Hanstein? —respondió Sherrinford, en tono más de reto que de pregunta.

—Ningún colono del interior les da otro nombre que no sea Troll Scarp —dijo Barbro.

¿Y cómo había renacido un nombre como aquél, a años-luz y a siglos de distancia de la Edad Media de la Tierra?

—Cazadores, tramperos, prospectores..., ustedes les llaman exploradores..., viajan por esas montañas —declaró Sherrinford.

—En algunas partes —dijo Irons—. Eso está permitido, por un pacto concluido entre un hombre y la Reina después de que él curase a un asno-de-las-colinas herido por un satán. Dondequiera que crece la plumablanca los hombres pueden circular, si dejan presentes en los altares de piedra a cambio de lo que toman de la tierra. A otras partes... no es prudente ir.

—Pero se ha hecho, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! Y algunos han regresado sin novedad, o al menos eso pretenden, aunque he oído decir que a partir de entonces les acompañó la desgracia. Y algunos no regresaron; se desvanecieron. Y algunos que regresaron hablaron balbuceando de

maravillas y horrores, quedando idiotizados por el resto de sus vidas. Hace muchísimo tiempo que nadie ha sido lo bastante osado para romper el pacto y traspasar los límites. —Irons miró a Barbro con una expresión casi implorante. Lo mismo hicieron su esposa y sus hijos, en completo silencio. El viento aulló más allá de las paredes y sacudió las contraventanas—. No lo haga usted.

—Tengo motivos para creer que mi hijo está allí —respondió ella.

—Si, si, nos lo ha contado usted, y yo lo siento. Tal vez pueda hacerse algo. Tal vez depositar una doble ofrenda en el Túmulo de Unvar a mediados del invierno, y un ruego escrito en el césped con un cuchillo de pedernal. Quizá devolverían al niño. —Irons suspiró—. Aunque eso es algo de lo que no hay noticia en la memoria del hombre. Y el niño podía haber corrido una suerte peor. Yo mismo les he entrevisto corriendo alocadamente a través del crepúsculo. Parecen más felices que nosotros. Para el niño, podría resultar poco beneficioso regresar a su lado.

—Como en la canción de Arvid —dijo su esposa. Irons asintió.

—U otros, ahora que pienso en ello.

—¿Qué es esto? —preguntó Sherrinford.

Con más intensidad que antes, se sintió como un extraño. El era hijo de ciudades y técnicas; por encima de todo, un hijo de la inteligencia escéptica. Esta familia creía. Le resultó inquietante ver algo más que un ápice de su aceptación en el lento gesto de asentimiento de Barbro.

—Nosotros tenemos la misma balada en la Tierra de Olga Ivanoff —le dijo Barbro, con voz menos tranquila que las palabras—. Es una de las tradicionales que se cantan para establecer el compás de un baile en un prado. Nadie sabe quién la compuso.

—He visto una multilira en su equipaje, señora Cullen —dijo la esposa de Irons. Estaba visiblemente deseosa de acabar con el explosivo tema de una aventura en desafío a la Antigua Gente. Una canción podía ayudar—. ¿Le gustaría entretenernos un poco?

Barbro sacudió la cabeza, pálida alrededor de las fosas nasales. El mayor de los muchachos se apresuró a decir, más bien dándose importancia:

—Bueno, yo puedo hacerlo, desde luego, si a nuestros huéspedes les gusta oírlo.

—Me gustaría mucho, gracias —dijo Sherrinford, retrepándose en su asiento y atacando su pipa. Si esto no hubiera sucedido espontáneamente, él hubiera guiado la conversación hacia un desenlace similar.

En el pasado no había tenido ningún incentivo para estudiar el folklore de las regiones del interior, y pocas posibilidades de leer las escasas referencias al mismo desde que Barbro acudió a él con su problema. Pero estaba cada vez más convencido de que debía llegar a una comprensión —no un estudio antropológico, sino una sensación íntima— de la relación existente entre los hombres de la frontera de Roland y aquellos seres que les acosaban.

Todos se instalaron cómodamente para escuchar. Las tazas de café volvieron a

llenarse, acompañadas ahora de una copa de brandy.

—El último verso es el estribillo. Todo el mundo tiene que cantarlo, ¿de acuerdo?

— explicó el muchacho.

Era evidente que también él confiaba en apaciguar así algo de la tensión. ¿Catarsis a través de la música?, se preguntó Sherrinford, y añadió para sí mismo: No, exorcismo.

Una muchacha rasgó una guitarra. El muchacho cantó, con una melodía que se impuso al ruido de la tormenta:

*El explorador Arvid
cabalgaba a través de las colinas
entre los árboles de hojas temblonas,
a lo largo de los cantarines riachuelos.
La danza se teje debajo del estramonio.*

*El viento nocturno susurraba a su
alrededor con aromas de ruda y gamarza.
Las dos lunas brillaban encima de él
y las colinas resplandecían con el rocío.
La danza se teje debajo del estramonio.*

*Y soñando en aquella mujer
que esperaba al sol,
se detuvo, deslumbrado por el resplandor de la estrella,
y eso fue su perdición.
La danza se teje debajo del estramonio.*

*Ya que allí debajo de un túmulo
iluminado por una luna,
los Outlings estaban danzando
con un brillo cristalino y dorado.
La danza se teje debajo del estramonio.*

*Los Outlings estaban danzando
como agua, viento y fuego
a los acordes de un arpa,
y nunca se cansaban.
La danza se teje debajo del estramonio.*

*Ella echó a andar hacia Arvid
desde donde contemplaba la danza,
la Reina del Aire y la Oscuridad,*

*con resplandor de estrellas en su mirada.
La danza se teje debajo del estramonio.*

*Con resplandor de estrellas, amor y terror
en su mirada inmortal,
la Reina del Aire y la Oscuridad...*

—¡No! —Barbro se puso en pie de un salto. Sus puños estaban crispados y las lágrimas azotaban sus pómulos—. ¡No pueden ustedes... hablar así... de los seres que robaron a Jimmy!

Salió corriendo de la estancia y subió a la habitación que le hablan destinado.

Pero ella terminó la canción por sí misma. Eso fue unas setenta horas más tarde, acampando en las alturas que los exploradores no se atrevían a hollar.

Sherrinford y ella no habían hablado mucho con la familia Irons, después de rechazar repetidos ruegos para que renunciaran a su expedición. Ni habían hablado mucho entre ellos al principio, mientras viajaban hacia el norte. Lentamente, sin embargo, Sherrinford empezó a sonsacar a Barbro acerca de su propia vida. Poco a poco, Barbro casi olvidó su pesar, recordando su hogar y sus antiguos vecinos. Esto condujo a varios descubrimientos: que él, debajo de sus modales de profesor, era un gourmet y un aficionado a la ópera y apreciaba la feminidad de Barbro; y que ella aún podía reír y encontrar belleza en la tierra salvaje que la rodeaba. Barbro se cuenta, con una sensación de culpabilidad, de que la vida contenía más esperanzas que incluso la recuperación del hijo que Tim había dado.

—Me he convencido a mí mismo de que está vivo —dijo el detective. Frunció el ceño—. Sinceramente, eso me hace lamentar haberla traído conmigo. Esperaba que nuestro viaje tendría con objetivo reunir hechos, simplemente, pero se está convirtiendo algo más. Si nos enfrentamos con seres reales que le robaron niño, pueden causar verdadero daño. Debería regresar al poblar más próximo y pedir un avión para que se la llevara a usted.

—No hará nada de eso —replicó ella—. Necesita a alguien que conozca las condiciones de las tierras del interior, y además soy una tiradora de primera.

—Mmm... Implicaría también un considerable retraso, ¿no es cierto? Además de la distancia complementaria, no puedo enviar una señal a ningún aeropuerto antes de que las actuales interferencia solares hayan desaparecido.

A la «noche» siguiente Sherrinford sacó el resto de su equipo y lo instaló. Barbro reconoció algunos aparatos, tales como el lector térmico. Pero otros eran desconocidos para ella, copiados por encargo de Sherrinford de los avanzados instrumentos de su mundo natal. Y se negó a hablarle de ellos.

—Ya le expliqué mi sospecha de que los seres tras los cuales andamos posean facultades telepáticas —dijo, disculpándose.

Barbro abrió mucho los ojos, asombrada.

—¿Quiere usted decir que puede ser cierto que la Reina y su gente puedan leer en las mentes?

—Eso es parte del temor que rodea su leyenda, ¿no? En realidad el fenómeno no tiene nada de sobrenatural. Fue estudiado y perfectamente definido hace siglos, en la Tierra. Me atrevería a decir que los hechos están expuestos en los microarchivos científicos de Christmas Landing. Ustedes, los de Roland, no han tenido ocasión de estudiarlos, del mismo modo que no han tenido ocasión aún de estudiar la manera de construir proyectores de rayos de energía ni naves espaciales.

—Bueno, ¿cómo funciona la telepatía, entonces?

Sherrinford comprendió que Barbro deseaba que la tranquilizaran más que conocer hechos, y habló con deliberada sequedad:

—El organismo genera radiación de onda sumamente larga que en principio, puede ser modulada por el sistema nervioso. En práctica, lo débil de las señales y su bajo nivel de transmisión-información las hace elusivas, difíciles de detectar y de medir. Nuestros antepasados prehumanos desarrollaron otros sentidos más dignos de confianza, como la vista y el oído. Sus experiencias telepáticas eran marginales, en el mejor de los casos. Pero los exploradores han encontrado especies extraterrestres que habían conseguido una ventaja evolutiva desarrollando el sistema, en sus entornos particulares. Imagino que tales especies podrían incluir a una que está comparativamente poco expuesta a la luz directa del sol: que, de hecho, parece rehuirla. Podría incluso ser tan capaz en este aspecto como para captar emisiones débiles del hombre y hacer que las sensibilidades primitivas de éste resonaran a sus propias y poderosas emisiones mentales.

—Eso les serviría de mucho, ¿no es cierto? —dijo Barbro débilmente.

—He instalado una pantalla alrededor de nuestro vehículo —explicó Sherrinford—, pero sus efectos sólo alcanzan a unos cuantos metros de distancia del chasis. Más allá, un espía de ellos podría captar los pensamientos de usted y enterarse de lo que trato de hacer, si usted lo supiera. Yo tengo un subconsciente muy bien adiestrado, el cual se encarga de que piense en francés cuando estoy fuera del vehículo. La comunicación tiene que ser estructurada para que resulte inteligente, ¿comprende?, y esa es una estructura bastante distinta del inglés. Pero el inglés es el único idioma humano en Roland, y seguramente que la Antigua Gente lo ha aprendido.

Barbro asintió. El le había contado su plan general, el cual era demasiado evidente para ocultarlo. El problema estribaba en establecer contacto con los alienígenas, si es que existían. Hasta entonces sólo se habían revelado a sí mismos, a escasos intervalos, a uno o a unos pocos colonos del interior al mismo tiempo. La facultad de engendrar alucinaciones podía ayudarles. Permanecerían alejados de cualquier expedición numerosa, y quizá por ello imposible de manipular, que pudiera pasar a través de su territorio. Pero dos personas, desafiando todas las prohibiciones, no deberían parecer demasiado formidables para no aproximarse a ellas. Y... éste sería el primer equipo humano que no sólo trabajaba sobre el supuesto de que los

Outlings eran reales, sino que poseía los recursos de la moderna tecnología policíaca.

En aquel campamento no ocurrió nada. Sherrinford dijo que no había esperado que ocurriera. La Antigua Gente parecía proceder con mucha cautela. En sus propias tierras debían ser más osados.

Y a la noche siguiente el vehículo se había adentrado mucho más en aquellas tierras. Cuando Sherrinford paró el motor en un prado, el silencio rodó como una ola.

Se apearon. Ella preparó una comida en la lámpara incandescente mientras él recogía leña para encender una fogata. De vez en cuando echaba una ojeada a su muñeca izquierda. No llevaba reloj, sino una esfera controlada por radio que le indicaba lo que los instrumentos del vehículo podían registrar.

¿Quién necesitaba un reloj aquí? Lentas constelaciones giraban más allá de la resplandeciente aurora. La luna Alde colgaba sobre un pico nevado, convirtiéndolo en plata, aunque aquel lugar se encontraba a una respetable altura. El resto de las montañas quedaba oculto por el bosque que les rodeaba. Sus árboles eran principalmente de hojas temblonas y plumablancas, fantasmales entre sus sombras. Unos cuantos estramonios resplandecían, como arracimados y pálidos fanales, y la maleza era espesa y despedía un olor dulzón. La vista alcanzaba sorprendentemente lejos a través de la azulada neblina. En alguna parte, muy cerca, trinaba un pájaro.

—Esto es muy hermoso —dijo Sherrinford. Habían terminado de cenar pero no habían encendido aún la fogata.

—Pero extraño —respondió Barbro en voz baja—. Me pregunto si nos está realmente destinado. Si podemos esperar realmente poseerlo.

La boquilla de la pipa de Sherrinford apuntó hacia las estrellas.

—El hombre ha ido a lugares más extraños que éste.

—¿De veras? Yo... ¡Oh!, supongo que es algo que me ha quedado de mi infancia en las tierras del interior, pero cuando estoy debajo de ellas no puedo pensar en las estrellas como en globos de gas, cuya energía ha sido medida, cuyos planetas han sido hollados por pies prosaicos. No, son pequeñas y frías y mágicas; nuestras vidas están atadas a ellas; cuando morimos, nos susurran en nuestras tumbas. —Barbro inclinó la mirada—. Sé que eso es una tontería.

En el crepúsculo, Barbro pudo ver cómo se tensaba el rostro de Sherrinford, el cual dijo:

—En absoluto. Emocionalmente, la física puede ser una tontería mayor. Y al final, después de un número suficiente de generaciones, la idea sigue al sentimiento. El hombre no es racional de corazón. Podría dejar de creer las historias de la ciencia si dejaran de coincidir con sus sentimientos.

Hizo una pausa.

—Aquella balada que no terminaron de cantar, en la casa —añadió finalmente, sin mirarla—. ¿Por qué la afectó tanto?

—No pude soportar oír cómo hablaban de ellos..., bueno, elogiándolos. O al menos eso parecía. Lo siento mucho.

—Creo que esa balada ha dado origen a otras muchas.

—Bueno, nunca se me ocurrió estudiarlas. En Roland no tenemos tiempo para dedicarlo a la antropología cultural, aunque lo más probable es que ni siquiera hayamos pensado en ella, con tantas cosas por hacer. Pero ahora que usted lo menciona, sí, resulta sorprendente el número de canciones y de leyendas que incluyen el tema de Arvid.

—¿Podría usted soportar el recitarla? Barbro dominó el impulso de echarse a reír.

—Puedo hacer algo mejor que eso, si lo desea dijo—. Permítame que vaya a buscar mi multilira.

Omitió el hipnótico estribillo, excepto al final. Sherrinford la contempló, erguida contra la luna y la aurora.

...La Reina del Aire y la Oscuridad
habló suavemente bajo el cielo:

*«Anímate, explorador Arvid,
y únete a los Outlings.
No necesitas ser humano,
lo cual es un pesado yugo.*

*El se atrevió a contestar:
«No puedo detenerme.
Una doncella me espera,
soñando en tierras bajo el sol.*

*»Y también me esperan camaradas
y tareas que no debo rehuir,
pues, ¿qué sería el explorador Arvid
si descuidara su trabajo?*

*»De modo que descarga tus hechizos
y tu cólera sobre mí.
Aunque quizá puedas matarme,
no me harás esclavo.*

*La Reina del Aire y la Oscuridad
se irguió envuelta en resplandores
de septentrional belleza,
y él no se atrevió a mirarla.*

*Hasta que ella rió con sonido musical
y le dijo en tono burlón:*

*No necesito una magia
para poner en ti una eterna tristeza.*

*»Te dejaré marchar
con sólo tu recuerdo
de la luz de la luna, la música Outling,
la brisa nocturna, el rocío y yo.*

*»Y eso correrá detrás de ti,
una sombra en el sol,
y yacerá a tu lado
cuando el día termine.*

*»En el trabajo, en el juego y en la amistad
la pena te destrozará el corazón
ya que pensarás en lo que eres...
y en lo que podías haber sido.*

*»Trata amablemente mientras puedas
a tu insípida y estúpida mujer.
¡Márchate ahora, explorador Arvid,
continúa libre para ser un hombre!»*

*Retozando y riendo,
los Outlings desaparecieron.
Arvid quedó solo bajo la luz de la luna
y lloró hasta el amanecer.
La danza se teje debajo del estramonio.*

Barbro dejó la lira a un lado. El viento agitó las hojas. Tras un largo silencio, Sherrinford dijo:

—¿Y leyendas de este tipo forman parte de la vida de todo el mundo en las tierras del interior?

—Bueno, podría decirse así —respondió Barbro—. Aunque no todas están llenas de hazañas sobrenaturales. Algunas hablan de amor o de heroísmo. Temas tradicionales.

—No creo que su tradición particular haya surgido por sí misma —dijo Sherrinford—. De hecho, creo que la mayoría de sus canciones y leyendas no fueron compuestas por seres humanos.

Con estas palabras dio por terminada la conversación. Se acostaron muy temprano. Horas más tarde, una alarma les despertó.

El zumbido fue suave, pero les alertó inmediatamente. Dormían vestidos,

preparados para cualquier emergencia. El resplandor del cielo les iluminaba a través de la tela del techo. Sherrinford saltó de su litera, se calzó las botas y colgó el revólver de su cinto.

—Quédese dentro —ordenó.

—¿Quién hay? —inquirió Barbro con voz temblorosa.

Sherrinford miró de reojo las esferas de sus instrumentos y comprobó el indicador luminoso de su muñeca.

—Tres animales —contó—. No parecen salvajes. Uno muy grande, homeotérmico, a juzgar por el infrarrojo, a cierta distancia. Otro..., hum, temperatura baja, emisión difusa e inestable, como si fuera un..., un enjambre de células coordinadas..., ¿feromonalmente? revoloteando, también a cierta distancia. Pero el tercero está prácticamente pegado a nosotros, moviéndose en la maleza; y su tipo parece humano.

Barbro, le vio temblar de ansiedad: había dejado de parecer un profesor.

—Voy a intentar capturarlo —dijo—. Cuando tengamos a alguien a quien interrogar... Manténgase preparada para permitirme volver a entrar rápidamente. Pero no se arriesgue, pase lo que pase. No suelte esto.

Y le entregó un pesado rifle de caza.

Su alta figura se dirigió hacia la puerta y la entreabrió ligeramente. Penetró una ráfaga de aire, frío, húmedo, lleno de fragancias y murmullos. La luna Oliver estaba ahora también en lo alto, las dos con un resplandor irrealmente brillante, y la aurora bullía en blancura y azul-hielo.

Sherrinford consultó de nuevo su indicador. Debía señalar la posición de los espías, entre aquel bosque de hojas. Bruscamente, saltó fuera del vehículo, echó a correr más allá de las cenizas de la fogata y desapareció debajo de los árboles. La mano de Barbro se crispó sobre la culata de su arma.

Estalló la confusión. Dos luchadores se hicieron visibles en el prado. Sherrinford había agarrado a una figura humana más pequeña. Barbro pudo ver que el otro iba desnudo, era varón, de cabellos largos, flexible y joven. Luchaba como un demonio, al parecer utilizando los dientes, los pies y las uñas, y aullaba como un satén.

La identificación la dejó sin aliento: un Outling, robado en su niñez y criado por la Antigua Gente. ¡Querían convertir a Jimmy en una criatura como ésa!

—¡Ja!

Sherrinford dobló el brazo de su adversario detrás de su espalda y logró dominarle, obligándole a dirigirse hacia el vehículo.

De entre los árboles surgió un gigante. El mismo podría haber sido un árbol, negro y rugoso, agitando cuatro grandes ramas nudosas; pero la tierra se estremeció y retumbó bajo sus recias patas, y su tunco alarido llenó el cielo y los cráneos.

Barbro gritó, advirtiéndole a Sherrinford, el cual giró sobre sí mismo, empuñó su revólver y disparó una y otra vez. Su brazo libre seguía sujetando al joven. La monstruosa forma vaciló bajo aquellos impactos. Pero se rehizo y continuó

avanzando, más lentamente, con más precaución, dando un rodeo para cortar el camino de acceso al vehículo. Sherrinford no podía moverse con la rapidez suficiente para evitarlo, a menos que soltara a su prisionero..., el cual era su único guía posible hacia Jimmy.

Barbro saltó hacia adelante.

—¡No lo haga! —gritó Sherrinford—. ¡Por el amor de Dios, quédese dentro!

El monstruo rugió y se encaminó lentamente hacia ella. Barbro apretó el gatillo. El retroceso la golpeó en el hombro. El coloso se tambaleó y cayó. Pero volvió a ponerse en pie y avanzó hacia ella. Barbro retrocedió. Disparó otra vez, y otra. El animal gruñó. Empezó a brotar sangre de sus heridas. Dio media vuelta y se alejó, rompiendo ramas, hacia la oscuridad que anidaba debajo de los árboles.

—¡Póngase a cubierto! —aulló Sherrinford—. ¡Está fuera del campo protector!

Una especie de niebla la envolvió. Al disiparse, Barbro vio la nueva figura en el lindero del prado.

—¡Jimmy! —gritó.

—¡Mamá!

El niño extendió sus brazos. La luz de la luna iluminó sus lágrimas. Barbro dejó su arma y corrió hacia él.

Sherrinford salió en su persecución. Jimmy desapareció entre la maleza. Barbro siguió corriendo. Luego, alguien la cogió y huyó con ella.

De pie delante de su cautivo, Sherrinford aumentó la intensidad del panel fluorescente hasta que la visión del exterior quedó bloqueada desde dentro del vehículo. El muchacho parpadeó bajo aquel resplandor incoloro.

—Vas a hablar —dijo el hombre. A pesar de la dureza que se reflejaba en sus facciones, su tono era tranquilo.

El muchacho se removió entre sus ligaduras. Tenía una magulladura en la mandíbula. Casi había recobrado la capacidad de huir mientras Sherrinford perseguía y perdía a la mujer. Al regresar, el detective le había capturado de nuevo por muy poco. No era el momento de mostrarse blando, ya que en cualquier instante podían llegar refuerzos Outlings. Sherrinford le había golpeado en la mandíbula y le había arrastrado al interior del vehículo. Allí le había atado a un asiento metálico.

El muchacho escupió:

—¿Hablar contigo, hombre disfrazado?

Pero el sudor perlaba su piel, y sus ojos tenían una expresión asustada.

—Dime un nombre por el que pueda llamarte.

—¿Para que me eches un sortilegio?

—Yo me llamo Eric. Si no me das otra elección, tendré que llamarte... mmm... Wuddikins.

—¿Qué? —A pesar del cambio que había experimentado, el cautivo seguía siendo un adolescente humano—. Mitherd, entonces. —El acento cantarín de su inglés subrayaba su hosquedad—. Ese no es el sonido, solamente lo que significa. De todos

modos, es mi nombre hablado, nada más.

—¡Ah! ¿De modo que tienes un nombre secreto que consideras que es el verdadero?

—Ella lo sabe. Yo lo ignoro. Ella sabe los nombres verdaderos de todo el mundo. Sherrinford enarcó las cejas.

—¿Ella?

—La que reina. Que ella me perdone, pero no puedo hacer la señal reverente teniendo los brazos atados. Algunos invasores la llaman la Reina del Aire y la Oscuridad.

—Ya. —Sherrinford cogió la pipa y el tabaco. Permaneció en silencio mientras llenaba la pipa y la encendía. Finalmente dijo—: Confieso que la Antigua Gente me ha cogido por sorpresa. No esperaba tropezar con un miembro de tu banda tan formidable. Por lo que había podido averiguar, tenía la impresión de que los Outlings actuaban furtivamente sobre mi raza y la tuya a base de engaños y de alucinaciones.

Mistherd asintió con aire truculento.

—Ella creó los primeros nicors no hace mucho tiempo. No creas que ella tiene solamente encandilamientos en su pico.

—Estoy seguro. Sin embargo, un proyectil revestido de acero tampoco funciona mal, ¿no es cierto?

Sherrinford continuó, en voz baja, como si hablara para sí mismo:

—Sigo creyendo que los, los nicors, todos vuestros engendros semihumanos, están destinados principalmente a ser vistos, no utilizados. El poder de proyectar espejismos debe ser seguramente muy limitado en alcance, así como en el número de individuos que lo poseen. En caso contrario, ella no se vería obligada a actuar con tanta lentitud y tanta astucia. Incluso en el exterior de nuestro escudo protector, Barbro, mi compañera, podía haber resistido, podía haber tenido conciencia de que lo que estaba viendo era irreal..., si hubiese estado menos trastornada, menos frenética, menos impulsada por la necesidad.

Sherrinford envolvió su cabeza en humo.

—No importa lo que yo he experimentado —continuó—. No podía haber sido igual que para ella. Creo que se limitaron a ordenarnos: «Veréis lo que más deseáis en el mundo alejándose de vosotros en el bosque». Desde luego, ella no recorrió muchos metros antes de que el nicor la capturase. No confío en descubrir su rastro; no soy un explorador de la Ártica y, además, resultaría demasiado fácil tenderme una emboscada. Me quedas tú. — Torvamente—: Tú eres mi enlace con tu soberana.

—¿Crees que voy a guiarte a Starhaven o a Carheddin? No podrás obligarme a ello, hombre disfrazado.

—Quiero hacer un trato.

—Sospechaba algo por el estilo —dijo Mistherd con sorprendente malicia—. ¿Qué contaréis cuando regreséis a casa?

—Sí, eso plantea un problema, ¿verdad? Barbro Cullen y yo no somos unos

colonos asustados. Somos de la ciudad. Hemos traído instrumentos de grabación. Seremos los primeros de nuestra raza en informar de un encuentro con la Antigua Gente, y ese informe será detallado y plausible. Producirá una enérgica acción.

—Por eso no temo morir —declaró Mitherd, aunque sus labios temblaban un poco—. Si permito que sigas adelante y hagas tus cosas-de-hombre a mi pueblo, no me quedará nada por lo que valga la pena vivir.

—No debes tener ningún temor inmediato —dijo Sherrinford—. Tú eres simplemente un cebo. —Se sentó y miró al muchacho a través de una visera de calma, mientras por dentro sollozaba: ¡Barbro, Barbro!—. Piensa un poco. Tu Reina no puede dejarme marchar, llevándome a mi prisionero y hablando acerca de los suyos. Tiene que evitarlo como sea. Yo podría tratar de abrirme paso luchando: este vehículo está mejor armado de lo que imaginas; pero eso no liberaría a nadie. Por lo tanto, voy a quedarme. Nuevas fuerzas de ella llegarán aquí lo antes que puedan. Supongo que no se lanzarán ciegamente contra una ametralladora, un obús, un lanzarayos. Parlamentarán primero, sean honradas o no sus intenciones. Así estableceré el contacto que busco.

—¿Cuál es tu plan? —murmuró Mitherd, sin lograr disimular su angustia.

—En primer lugar, esto, como una especie de invitación. —Sherrinford extendió una mano y pulsó un interruptor—. Ya está. He rebajado la intensidad del escudo protector contra la lectura de la mente y la proyección de formas. Me atrevería a decir que los caudillos, al menos, serán capaces de captarlo. Y eso les infundirá confianza.

—¿Y después?

—Después, esperaremos. ¿Quieres comer o beber algo?

Durante las horas que siguieron, Sherrinford trató de sonsacar a Mitherd, descubrir algo acerca de su vida. Pero todas las respuestas que obtuvo fueron monosílabos. Apagó casi del todo las luces interiores y se instaló para atisbar hacia fuera. Fueron unas largas horas.

Terminaron con un grito de alegría, casi un sollozo, del muchacho. Surgiendo del bosque llegaba una banda de la Antigua Gente.

Algunos de ellos despedían una claridad que no era producida por las lunas ni por las estrellas. El que iba en vanguardia cabalgaba sobre una especie de toro blanco cuyos cuernos estaban adornados con guirnaldas. Su forma era humanoide pero sobrenaturalmente bella, con los cabellos rubio platino cayendo por debajo del yelmo astado, alrededor del rostro frío y altivo. La capa se agitaba detrás de su espalda como unas alas dotadas de vida. Su cota de malla de color de escarcha producía un sonido metálico.

Detrás de él, a derecha e izquierda, cabalgaban dos que llevaban espadas resplandecientes, flamígeras y centelleantes. Encima, una grey volante reía, trinaba y se revolcaba en la brisa. Cerca de ellos se arrastraba una calígene semitransparente. Los otros que pasaban entre los árboles detrás de su caudillo resultaban más difíciles de identificar. Pero avanzaban airosamente como si les acompañara un sonido de

arpas y trompetas.

—El gobernador Luighaid en persona —murmuró Mistherd en tono reverente.

Sherrinford no había hecho nunca una cosa más difícil que sentarse ante el tablero principal, acercar el dedo al interruptor del generador del escudo... y no tocarlo. Enrolló una parte de la tela del techo para permitir el paso de las voces. Una ráfaga de viento le golpeó en el rostro, cargada del perfume de las rosas en el jardín de su madre. A su espalda, en el cuerpo principal del vehículo, Mistherd se tensó contra sus ligaduras hasta que pudo ver a la tropa que llegaba.

—Llámales —dijo Sherrinford—. Pregúntales si quieren hablar conmigo. Palabras desconocidas y de sonido musical fueron y vinieron.

—Sí —tradujo el muchacho—. El gobernador Luighaid hablará contigo. Pero puedo decirte que no te dejarán marchar. No luches contra ellos. Ríndete. Te conviene. No sabrás lo que es estar vivo hasta que mores en Carheddin, bajo la montaña.

Los Outlings se acercaron.

Jimmy desapareció y Barbro se encontró retenida por unos fuertes brazos, contra un pecho poderoso, y sintió moverse el caballo debajo de ella. Tenía que ser un caballo, aunque en las granjas quedaban muy pocos de aquellos animales, destinados a usos especiales y conservados por afecto. Podía oír el rumor del follaje al ser hendido y el golpeteo seco de los cascos cuando el terreno era rocoso; una fragancia cálida y vigorosa la envolvía a través de la oscuridad.

El que la llevaba dijo suavemente:

—No temas, querida. Era una visión. Pero nos está esperando y pronto nos reuniremos con él.

De un modo vago, Barbro se dio cuenta de que debería sentirse aterrorizada, o desesperada, o algo por el estilo. Pero sus recuerdos yacían detrás de ella... Ni siquiera estaba segura de cómo había llegado aquí. Sólo la sostenía el conocimiento de ser amada. Calma, calma, descansa en la tranquila espera de la felicidad...

Poco después el bosque se abrió. Cruzaron una llanura en la que los peñascos se erguían grises y blancos bajo las lunas, con sus sombras cambiantes a los leves resplandores que la aurora proyectaba a través de ellos. Delante brillaba un picacho cuya cumbre estaba coronada de nubes.

Los ojos de Barbro se fijaron en la cabeza del caballo y reconocieron al animal con callada sorpresa: era Sambo, que había sido suyo cuando era una niña. Levantó la mirada hacia el hombre. Llevaba una túnica negra y una capa con capucha que casi ocultaba su rostro. Ella no podía gritar en voz alta, aquí.

—Tim —susurró.

—Sí, querida.

—Yo te enterré...

La sonrisa del hombre fue infinitamente tierna.

—¿Crees que no somos más que lo que queda de nosotros debajo tierra? ¡Pobre corazón desgarrado! La que nos ha llamado tiene poder para curarlo todo. Ahora descansa y sueña.

—Soñar —dijo ella, y por un instante luchó para sobreponerse a sí misma. Pero el esfuerzo fue débil. ¿Por qué tenía que creer en leyendas acerca de átomos y energías, y nada más para llenar una brecha de vacío..., leyendas que no podía traer a su mente..., cuando Tim y el caballo que su padre le había regalado la llevaban hacia Jimmy? ¿No había sido lo otro el sueño maligno, del que ahora estaba despertando?

Como si oyera sus pensamientos, él murmuró:

—En la región de los Outlings tienen una canción. La Canción de los Hombres:

El mundo navegaba

hacia un viento invisible.

La luz remolinea junto a los arcos.

El despertar es noche.

Pero los Moradores no tienen semejante tristeza.

—No comprendo —dijo ella. El asintió.

—Hay muchas cosas que tienes que comprender, querida, y no podré volver a verte hasta que hayas aprendido esas verdades. Pero, entretanto, estarás con nuestro hijo.

Barbro trató de levantar la cabeza y besarle. El la retuvo suavemente.

—Todavía no —dijo—. No has sido recibida entre la gente de la Reina. No tenía que haber venido a buscarte, pero ella fue demasiado misericordiosa para prohibirlo. Descansa, descansa.

El tiempo voló. El caballo galopaba incansablemente, sin tropezar nunca, monte arriba. En un momento determinado Barbro entrevió una tropa que descendía y pensó que se dirigía a librar una última y fantástica batalla en el oeste contra... ¿quién? Alguien que permanecía encajado en hierro y pesar. Más tarde se preguntarla a sí misma el nombre del que la había traído a la tierra de la Antigua Verdad.

Finalmente se alzaron capiteles espléndidos entre las estrellas, las cuales son pequeñas y mágicas y cuyos susurros nos consuelan cuando estamos muertos. Entraron en un patio en el que ardían unas velas sin que su llama oscilara, susurraban los surtidores y cantaban los pájaros. El aire olía a gamarza y a rosas, ya que no todo lo que aquel hombre traía era horrible. Los Moradores esperaban rodeados de belleza para darle la bienvenida. Más allá de su grandeza, los puks corveteaban a través del ocaso; entre los árboles corrían unos chiquillos; la alegría cantaba a través de una música más solemne.

—Hemos llegado...

Súbitamente, inexplicablemente, la voz de Tim fue un graznido. Barbro no estaba

segura de cómo la desmontó. Se quedó de pie delante de él y le vio tambalearse.

La invadió el miedo.

—¿Estas bien? —inquirió, cogiéndole las manos. Las encontró frías y rugosas al tacto.

¿Dónde estaba Sambo? Sus ojos investigaron debajo de la capucha. Con aquella brillante iluminación, tenía que haber visto claramente el rostro de su hombre. Pero aparecía borroso y cambiante—. ¿Qué pasa? ¡Oh! ¿Qué ha ocurrido? —sonrió. ¿Era aquélla la sonrisa que ella había amado? No recordarlo del todo.

—Yo... tengo que... marcharme —tartamudeó, en voz tan baja que Barbro apenas pudo oírle—. No ha llegado aún nuestro momento. —Se desprendió de las manos de ella y se inclinó ante una forma con un traje talar que había aparecido a su lado. Una especie de niebla remolineó sobre las cabezas de los dos—. No me mires mientras me alejo..., fija la mirada en el suelo —suplicó—. Sería la muerte para ti. Hasta que llegue nuestro momento... ¡Allí, nuestro hijo!

Barbro miró a su alrededor. Arrodillándose, abrió sus brazos de par en par. Jimmy chocó contra ella como una sólida y caliente bala de cañón. Acarició los cabellos del niño; besó el hueco de su nuca; y sollozó y musitó palabras ininteligibles; y esto no era ningún recuerdo que se hubiera escabullido burlando su vigilancia. De vez en cuando, mientras comprobaba si el niño había sufrido algún daño —hambre, enfermedad, miedo—, sin encontrar miraba a su alrededor. Los jardines habían desaparecido. No importaba.

—Te he echado mucho de menos, mamá. Quédate.

—Te llevaré a casa, querido.

—Quédate. Aquí es muy divertido. Te lo enseñaré. Pero tienes que quedarte. Un suspiro llegó a través del crepúsculo. Barbro se puso en pie.

Jimmy se pegó a su mano. La Reina estaba delante de ellos.

Muy alta con su túnica tejida con luces del septentrión, y su corona de estrellas y sus guirnaldas de nunca-me-beses. Su figura recordaba a la Afrodita de Milos, cuyo retrato Barbro había visto a menudo en los reinos de los hombres, salvo que la Reina era más rubia y había más majestad en ella y en los ojos azul-noche. Alrededor de ella los jardines despertaron a una nueva realidad, lo mismo la corte de los Moradores y los capiteles que trepaban hacia el cielo.

—Se bienvenida —dijo la Reina, y su voz era canción para siempre. Luchando contra su espanto, Barbro dijo:

—Madreluna, permítenos marchar a nuestro hogar.

—Eso no puede ser.

—A nuestro mundo, pequeño y amado —soñó Barbro que suplicaba—, el cual hemos construido para nosotros y para nuestros hijos.

—A días de prisión, noches de angustia, trabajos que se desmenuzan entre los dedos, amores que se convierten en podredumbre, pérdidas, pesares, y una sola seguridad: la de la nada final. No. También tú, Pies Vagabundos, te alegrarás cuando

las banderas de nuestro mundo ondeen en la última de las ciudades y el hombre, sepa lo que es estar completamente vivo. Ahora marcha con aquellos que te aleccionarán.

La Reina del Aire y la Oscuridad levantó un brazo, en un gesto de apercibimiento. Pero no llegó ninguna respuesta.

Por encima de los surtidores y las melodías se alzó un horrible estruendo. Las explosiones se hicieron ensordecedoras. Los Outlings se dispersaron, gritando, ante el monstruo de acero que ascendía por la ladera de la montaña. Los puks desaparecieron en medio de un remolino de alas asustadas. Los nicors se lanzaron contra el inanimado invasor y fueron consumidos, hasta que su Madre les ordenó la retirada.

Barbro se arrojó al suelo, protegiendo a Jimmy con su cuerpo. Las torres oscilaron y se derrumbaron, envueltas en humo. La montaña quedó desnuda bajo las lunas heladas. Una ingente multitud corrió a buscar un refugio subterráneo. Algunos eran de sangre humana, otros grotescos como los puks, los nicors y los espectros; pero la mayoría eran delgados, escamosos, con largas colas y largos picos, ni remotamente humanos ni Outlings.

Por un instante, incluso mientras Jimmy gemía contra su pecho —quizá tanto porque el encanto se había roto como porque tenía miedo—, Barbro compadeció a la Reina que permanecía erguida y solitaria en su desnudez. Luego, también ella desapareció.

Las armas enmudecieron; el vehículo se detuvo. De su interior saltó un muchacho que gritó salvajemente:

—Sombra-de-un-Sueño, ¿dónde estás? Soy yo, Mitherd. ¡Oh, vamos, vamos!

De pronto recordó que el lenguaje que habían aprendido no era el del hombre. Repitió su llamada en aquel otro lenguaje hasta que una muchacha surgió de una espesura en la que se había ocultado. Se miraron a través del polvo, del humo y del resplandor de la luna. Ella corrió hacia él.

Una nueva voz ladró desde el vehículo:

—¡Barbro, aprisa!

Christmas Landing conoció el día: corto en aquella época del año, pero soleado, cielos azules, nubes blancas, agua coruscante, brisas salobres en las concurridas calles, y el mismo desorden en el cuarto de estar de Eric Sherrinford.

Sherrinford cruzó y descruzó las piernas, chupó furiosamente su pipa como para formar un velo delante de su rostro, y dijo:

—¿Está segura de que se ha repuesto? No debe arriesgarse a esfuerzos excesivos...

—Estoy perfectamente —respondió Barbro Cullen, aunque su tono parecía demostrar lo contrario—. Todavía cansada, sí, y reflejándolo en mi aspecto, sin duda. No se pasa por semejante experiencia sin que queden huellas que no pueden borrarse en una semana. Pero estoy de pie y animada. Y, para ser sincera, tengo que saber lo

que ocurrió, lo que va a pasar, para quedar completamente tranquila y recobrar todas mis fuerzas. No he visto una sola noticia en ninguna parte.

—¿Ha hablado con otras personas del asunto?

—No. Me he limitado a decirles a mis visitantes que estaba demasiado agotada para hablar. Y no faltaba del todo a la verdad. Supuse que habría algún motivo para el silencio.

Sherrinford pareció aliviado.

—Buena chica. Ha sido a petición mía. Imagine la sensación que se producirá cuando esto se haga público. Las autoridades están de acuerdo en que necesitan tiempo para estudiar los hechos y discutirlos en una atmósfera tranquila evitando los histerismos de los primeros momentos. —Frunció ligeramente los labios—. Además, sus nervios y los de Jimmy tendrán ocasión de templarse antes de que caiga sobre ustedes la tormenta periodística. ¿Cómo está el niño?

—Muy bien. Continúa reprochándome que no le deje ir a jugar con sus amigos en el Lugar Maravilloso. Pero, a su edad, no tardará en olvidar.

—Puede encontrarse con ellos más tarde, de todos modos.

—¿Qué? ¿Acaso no...? —Barbro se removió en su asiento—. Yo también he olvidado. Apenas recuerdo nada de nuestras últimas horas. ¿Se trajo usted algunos humanos raptados?

—No. La impresión que recibieron fue suficientemente fuerte, sin necesidad de recluirlos en una..., una institución. Mistherd, que es básicamente un joven sensible, me aseguró que se las arreglarán para sobrevivir, hasta que el problema se resuelva. —Sherrinford vaciló—. No sé cuál podrá ser la solución. Nadie puede saberlo, tal como están las cosas. Pero, evidentemente, tiene que tender a la reinserción de aquellas personas en la raza humana, o de la mayoría de ellas, especialmente las que no han alcanzado la edad adulta. Aunque es posible que no se sientan a gusto en la civilización. Tal vez sea mejor así en un sentido, dado que necesitaremos algún tipo de enlace mutuamente aceptable con los Moradores.

Su modo impersonal de tratar la cuestión les tranquilizó a los dos. Barbro se sintió con fuerzas para decir:

—Me porté como una tonta, ¿verdad? Recuerdo cómo grité y golpeé mi cabeza contra el suelo.

—¿Por qué no? —Sherrinford contempló a la mujer y a su orgullo unos instantes. Luego se puso en pie, se acercó a ella y posó una mano sobre su hombro—. La engañaron a usted apelando al más profundo de sus instintos, en un momento de horrible pesadilla. Más tarde; mientras aquel monstruo herido la transportaba, crearon la ilusión de otro ser, alguien que podía saturar sus fuerzas neuro al borde del desequilibrio. Encima de esto, mi llegada, la repentina y brutal eliminación de todas las alucinaciones, debió resultar aniquiladora. No es extraño que gritara usted de dolor. Antes de hacerlo, sin embargo, puso a salvo a Jimmy en el interior del vehículo, subió también usted y no me estorbó lo más mínimo.

—¿Qué hizo usted?

—Bueno, conducir con la mayor rapidez posible. Al cabo de varias horas, las condiciones atmosféricas me permitieron llamar a Portolondon y pedir un avión con urgencia. No es que fuera de necesidad vital. ¿Qué posibilidad tenía el enemigo de detenernos? Ni siquiera lo intentaron... Pero el rápido traslado resultó beneficioso.

—Imaginé que eso es lo que debió ocurrir —dijo Barbro—. No, me refería a cómo nos encontró en aquella región desconocida.

Sherrinford se apartó un poco de ella.

—Mi prisionero fue mi guía. No creo que yo matara a ninguno de los Moradores que vinieron a negociar conmigo. Espero que no. El vehículo se abrió paso simplemente a través de ellos, tras un par de disparos de advertencia, y luego los dejó atrás. Acero y combustible contra carne: el desenlace no ofrecía duda. En la entrada de la caverna tuve que liquidar a unos cuantos de aquellos seres extravagantes. No me siento orgulloso de ello. —Permaneció silencioso unos instantes—. Pero usted estaba cautiva —añadió finalmente—. Y yo no podía saber lo que pretendían hacerle.

—¿Cómo consiguió que... el muchacho... cooperase?

Sherrinford se acercó a la ventana y tendió la mirada hacia el Océano Boreal.

—Desconecté el escudo protector de la mente —dijo—. Dejé que los suyos se aproximaran, en pleno esplendor de ilusión. Luego conecté el escudo, y ambos los vimos en su verdadera forma. Mientras nos dirigíamos hacia el norte, le expliqué a Mitherd cómo los de su raza y él habían sido engañados, utilizados, situados en un mundo que nunca existió. Le pregunté si deseaba seguir viviendo de aquella manera, si deseaba que su ser amado siguiera viviendo de aquella manera, hasta morir como animales domésticos: sí, corriendo en libertad limitada sobre sólidas colinas, pero devueltos siempre a la perrera del sueño. —Su pipa humeó furiosamente—. Ojalá no vuelva a ver nunca una amargura semejante. Le habían enseñado a creer que era libre.

Retornó el silencio, encima del tránsito héctico. Carlomagno se acercó más al ocaso; por el este empezaba a oscurecer.

Finalmente, Barbro preguntó:

—¿Sabe usted por qué?

—¿Por qué raptaban y criaban así a los niños? En parte porque ello figuraba en el patrón que los Moradores estaban creando; en parte para estudiar y experimentar con miembros de nuestra especie: con sus mentes, no con sus cuerpos; y en parte porque los humanos poseen facultades especiales que podían ser útiles, tales como soportar la luz del día en toda su intensidad.

—Pero ¿cuál era el objetivo final de todo eso? Sherrinford echó a andar de un lado para otro.

—Desde luego —dijo—, las motivaciones de los aborígenes son oscuras.

»Lo único que podemos hacer es suponer cómo piensan, prescindiendo de cómo sienten. Pero nuestras ideas parecen encajar con los hechos.

»¿Por qué se ocultan del hombre? Sospecho que ellos, o mas bien sus antepasados

— ya que no son duendes, sino seres mortales y falibles como nosotros—, sospecho que los nativos sólo se mostraron cautelosos al principio, más cautelosos que los humanos primitivos, aunque algunos de estos últimos se mostraban también muy reacios a dejarse ver por los extranjeros. Espiando, acechando mentalmente, los Moradores de Roland debieron captar lo suficiente para llegar a la conclusión de que el hombre era muy distinto a ellos, y muy poderoso; y que no tardarían en llegar otras naves cargadas de colonos.

»No se les ocurrió que podrían conservar sus tierras. Quizá son todavía más rabiosamente territoriales que nosotros. Decidieron luchar, a su manera. Me atrevería a decir que cuando empezamos a penetrar en su mentalidad, nuestra ciencia psicológica se verá abocada a una revolución como la que desencadenó Copérnico en el campo de la astronomía.

»Y eso no es lo único que aprenderemos —continuó, ahora con visible entusiasmo—. Tienen que haber desarrollado una ciencia propia, una ciencia no humana nacida en un planeta que no es la Tierra. Porque nos observaron tan profundamente como nunca nos hemos observado a nosotros mismos; montaron un plan contra nosotros, un plan que hubiera tardado un siglo o incluso más en quedar completado. Bueno, ¿qué más sabían?

¿Cómo mantenían su civilización sin agricultura visible, sin edificios por encima del suelo, ni minas ni nada? ¿Cómo podían crear especies completamente nuevas? ¡Un millón de preguntas, diez millones de respuestas!

—¿Podemos aprender algo de ellos? —preguntó Barbro en voz baja—. ¿O sólo podemos dominarlos como ellos temen?

Sherrinford se paró, apoyó un codo en la repisa de la chimenea, chupó pensativamente su pipa y respondió:

—Confío en que nos mostraremos más caritativos que todo eso con un enemigo derrotado. Es lo que ellos son. Intentaron conquistarnos, y fracasaron, y ahora estamos comprometidos en cierto sentido a conquistarlos, para que se reconcilien con la civilización de la máquina. Al fin y al cabo, nunca se portaron con nosotros de un modo tan atroz como nos portamos nosotros con nuestros compañeros en el pasado. Y, repito, podrían enseñarnos cosas maravillosas; y también nosotros podríamos enseñárselas a ellos, una vez hayan aprendido a ser menos intolerantes con un sistema de vida distinto.

—Supongo que podríamos proporcionarles una reserva —dijo Barbro, y no supo por qué Sherrinford replicaba tan bruscamente:

—¡Dejémosles el honor que se han ganado! Ellos lucharon para salvar el mundo que siempre habían conocido contra eso —hizo un gesto señalando la ciudad—, exactamente lo mismo que habríamos hecho nosotros en su caso. —Suspiró—. Sin embargo, supongo que si ellos hubiesen triunfado, el hombre hubiera terminado por desaparecer de Roland..., pacíficamente, incluso felizmente. Nosotros vivimos con nuestros arquetipos, pero, ¿podemos vivir en ellos?

Barbro sacudió la cabeza.

—Lo siento, no comprendo.

—¿Qué? —Sherrinford la miró con aire de sorpresa. Luego se echó a reír — Estúpido de mí. He explicado esto a tantos políticos, y científicos, y comisionados, y Dios sabe qué, estos últimos días, que olvidé que no se lo había explicado a usted. Fue una idea mía más bien vaga, mientras estábamos viajando, y no me gusta exponer ideas prematuramente. Ahora que hemos encontrado a los Outlings y les hemos visto en acción, me siento seguro.

Golpeó la cazoleta de su pipa contra la repisa.

—En una medida limitada —continuó—, yo he utilizado un arquetipo durante toda mi vida profesional. El detective racional. No ha sido una postura consciente, sino una simple imagen que se adaptaba a mi personalidad y a mi estilo profesional. Pero provoca una respuesta adecuada de la mayoría de la gente, hayan oído hablar o no del original. El fenómeno no es infrecuente. Conocemos personas que, en grado diverso, nos recuerdan a Cristo, a Buda o, en un plano menos elevado, a Hamlet o a D'Artagnan. Históricas, ficticias y míticas, tales figuras cristalizan aspectos básicos de la psique humana, y cuando nos encontramos con ellas en nuestra experiencia real, nuestra reacción se hace más profunda que la conciencia.

Su tono volvió a hacerse grave:

—El hombre crea también arquetipos que no son individuos. El Alma, la Sombra... y, al parecer, el Más Allá. El mundo de magia, de encanto, con el doble sentido que tiene el vocablo, de seres semihumanos, algunos como Ariel y algunos como Calibán, pero todos libres de fragilidades y pesares mortales: en consecuencia, tal vez, un poco crueles y bastante embaucadores; viviendo en la oscuridad y a la luz de la luna, no verdaderos dioses sino obedientes a gobernantes lo bastante enigmáticos y poderosos para serlo... Sí, nuestra Reina del Aire y la Oscuridad sabía perfectamente qué visiones debía dar a las personas solitarias, qué ilusiones debía tejer en torno a ellas de vez en cuando, qué canciones y leyendas debía implantar entre ellas. Me pregunto hasta qué punto la Reina y sus secuaces conocían los cuentos de hadas humanos, hasta qué punto aportaron su propia inventiva, y hasta qué punto los hombres lo recrearon todo, inconscientemente, a medida que la sensación de vivir en el borde del mundo penetraba en ellos.

Las sombras empezaron a invadir la habitación. El frío se hizo más intenso y los ruidos del tráfico menos audibles. Barbro preguntó en voz baja:

—Pero, ¿a qué podía conducir esto?

—En muchos aspectos —respondió Sherrinford—, el colono del interior ha vuelto a los siglos del oscurantismo. Tiene pocos vecinos apenas recibe noticias de más allá de su horizonte, lucha por sobrevivir en una tierra que no comprende del todo, que cualquier noche puede dejar caer sobre él imprevisibles desastres. La civilización mecánica que le legaron sus antepasados resulta frágil aquí, en el mejor de los casos. Puede perderla, del mismo modo que las naciones perdieron Grecia y

Roma en los siglos del oscurantismo. Manipulado de un modo prolongado, intenso y astuto por el Otro Mundo, arquetípico, llegará a creer ciegamente que la magia de la Reina del Aire y la Oscuridad es superior a la energía de los motores; y primero su fe, y finalmente sus actos la seguirán a ella. ¡Oh!, no ocurriría con mucha rapidez. Idealmente, ocurriría con demasiada lentitud para ser observado, especialmente por la gente de la ciudad satisfecha de sí misma. Y cuando se dieran cuenta sería demasiado tarde.

Barbro suspiró.

—Ella me dijo que cuando sus banderas ondearan sobre la última de nuestras ciudades nos alegraríamos.

—Es posible —admitió Sherrinford—. Sin embargo, yo creo en el derecho a escoger el propio destino.

Sacudió su cuerpo, como si se desprendiera de una pesada carga. Golpeó de nuevo la cazoleta de su pipa y se despezó, músculo por músculo.

—Bueno —dijo—, todo eso no va a ocurrir. Ella le miró directamente a los ojos.

—Gracias a usted.

El rubor inundó las flacas mejillas de Sherrinford.

—Con el tiempo, estoy seguro de que cualquier otro lo hubiera hecho... Lo que importa es lo que haremos a continuación, y ésa es una decisión demasiado importante para ser adoptada por un hombre o una generación.

Barbro se puso en pie.

—A menos de que la decisión sea personal, Eric —sugirió, sintiendo el calor en su propio rostro.

Resultó curioso ver a Sherrinford súbitamente tímido.

—Tenía la esperanza de que volveríamos a encontrarnos.

—Una esperanza que no se verá defraudada.

Ayoch estaba posado sobre el Túmulo de Wolund. Aurora brillaba tanto, despidiendo tales haces de luz, que casi ocultaba a las lunas menguantes. Los capullos de los estramonios habían caído; unos cuantos resplandecían aún alrededor de las raíces de los árboles, entre gamarzas secas que crujían bajo el pie y olían a madera quemada. El aire continuaba siendo cálido, pero en el horizonte no quedaba ya ningún resplandor.

—Adiós, buena suerte —gritó el puk.

Pero Mitherd y Sombra-de-un-Sueño no volvieron la mirada. Fue como si no se atrevieran a hacerlo. Se alejaron hasta perderse de vista, en dirección al campamento humano cuyas luces parpadeaban como estrellas nuevas allá a lo lejos, al sur.

Ayoch se demoró unos instantes. Sentía que debía ofrecer también una despedida a la que últimamente se había unido a él en aquel sueño en el dolmen. Seguramente que nadie volvería a reunirse aquí por motivos de amor o de magia. Pero sólo pudo

recordar un antiguo verso que sirviera para la ocasión.

Se irguió y trinó:

De su seno ascendió un capullo.

El verano lo agostó.

La canción ha terminado.

Luego extendió sus alas para el largo vuelo final.

ÍNDICE

LA MÁQUINA DE CAZAR (*Hunting Machine* © 1957) Carol Emshwiller.

LUZ DE OTROS DÍAS (*Light of Other Days* © 1966) Bob Shaw.

LAS LLAVES DE DICIEMBRE (*The Keys to December* © 1966) Roger Zelazny.

DE NIEBLA, HIERBA Y ARENA (*Of Mist, and Grass, and Sand* © 1973) Vonda N. McIntyre.

UNA GALAXIA LLAMADA ROMA (*A Galaxy Called Rome* © 1975) Barry N. Malzberg.

ESTACIÓN EXTRASOLAR (*Stranger Station* © 1956) Damon Knight.

LA OPORTUNIDAD DE SU VIDA (*The Time of His Life* © 1968) Larry Eisenberg.

LA MARCHA DE LOS IMBÉCILES (*The Marching Morons* © 1951) C. M. Kornbluth.

LA REINA DEL AIRE Y LA OSCURIDAD (*The Queen of Air and Darkness* © 1971) Poul Anderson.